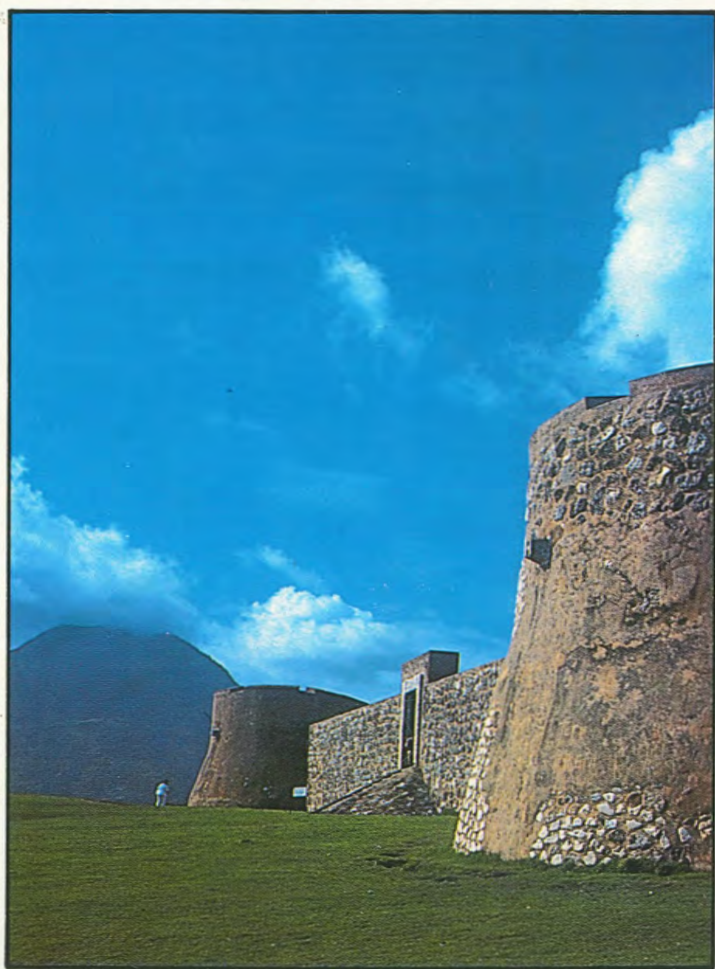


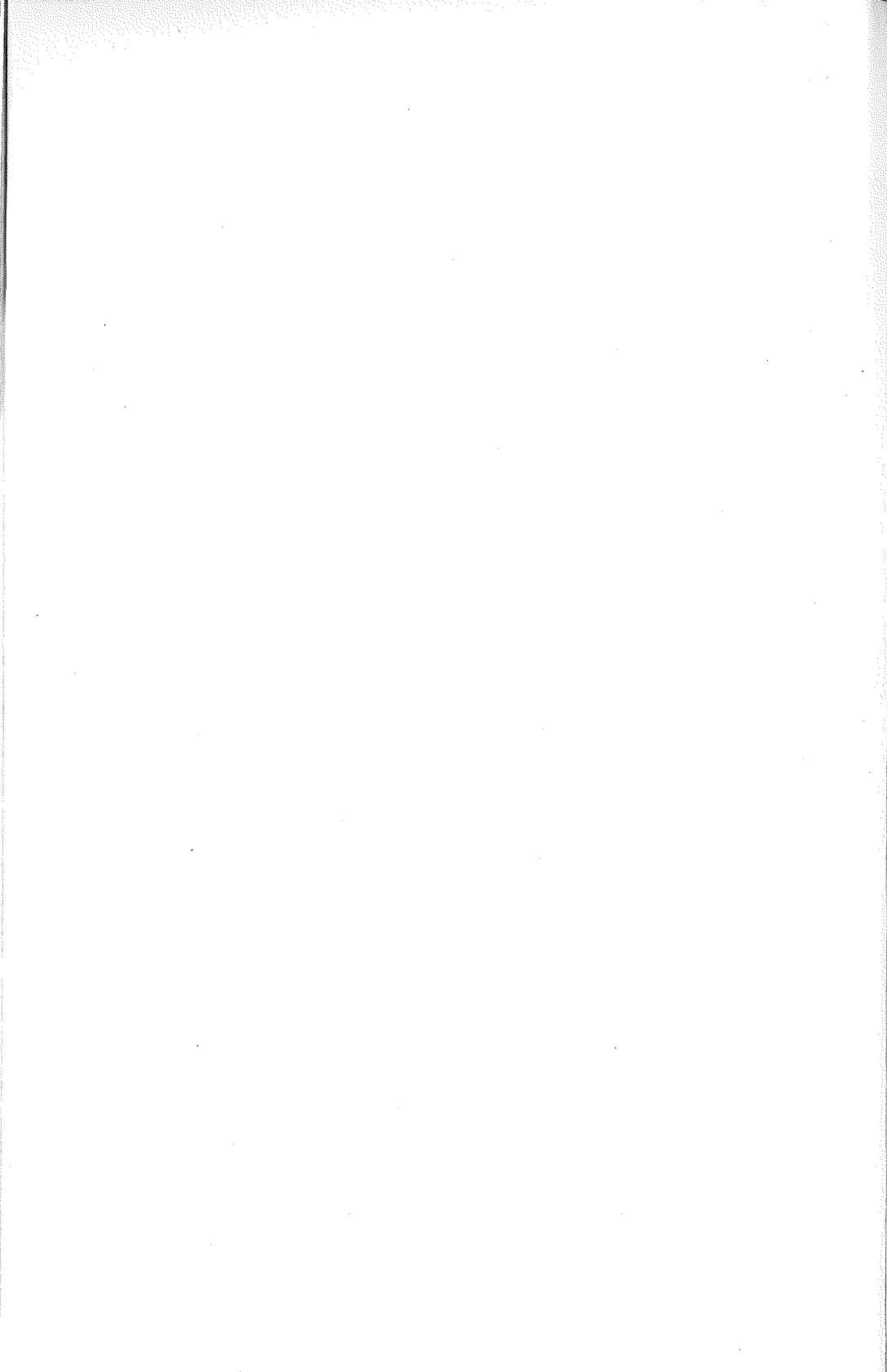
JOSÉ
RAMÓN
LÓPEZ

1.- CUENTOS
PUERTOPLATENOS



BIBLIOTECA
DE CLASICOS
DOMINICANOS

IX



CUENTOS PUERTOPLATEÑOS

Biblioteca de Clásicos Dominicanos

Director:
Manuel Rueda

Asesores:
Pbro. Oscar Robles Toledano
Dr. Jorge Tena Reyes

Fotografía de José Ramón López.



Biblioteca de Clásicos Dominicanos
Volumen IX

JOSÉ RAMÓN LÓPEZ

1.- CUENTOS
PUERTOPLATEÑOS

*Prólogo y notas de
Ramonina Brea*



EDICIONES DE LA FUNDACIÓN CORRIPIO, INC.
Santo Domingo
1991

Edición al cuidado de
Andrés Blanco Díaz

Impreso por:
Editora Corripio, C. por A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, Rep. Dominicana

Printed in Dominican Republic
Impreso en República Dominicana

Reg. 07-0022

Como un acontecimiento literario de primer orden puede ser considerado el conjunto de obras de José Ramón López que la BIBLIOTECA DE CLÁSICOS DOMINICANOS ofrece ahora en tres volúmenes; y es necesario decir que si éstos no agotan la producción del autor, dispersa en periódicos y revistas del país y del extranjero, especialmente de Puerto Rico y de Venezuela, donde vivió entre 1886 y 1897, en cambio la rescatan de manera abundante en sus aspectos más valiosos y característicos.

José Ramón López ha sido el gran olvidado de nuestras letras, a pesar de las inquietudes que aún provoca su famoso ensayo La alimentación y las razas, citado tan a menudo y tan pocas veces comprendido en sus verdaderos alcances, sobre todo en lo que concierne al debatido problema del pesimismo dominicano.

La figura de López sobresale, con dimensiones inusitadas, como sociólogo y pensador que supo valorizar el ambiente de su época en sus más ricos matices, traduciéndolo en ideas vigorosas e interpretaciones que llegaron a convertirse, con el tiempo, en verdaderas profecías. La agudeza de su talento deja siempre al descubierto la causa más profunda de nuestros males remitiéndola, no tanto a un sicologismo de tipo personal o colectivo, como al resultado de un proceso histórico que iba a resultarnos cada día más penoso. Confundir, pues, la naturaleza batalladora del criollo con los decaimientos naturales de ese proceso, sería error en el que un humanista de su talla estuvo lejos de caer, aun y cuando sus ideas dieran lugar a los más aberrantes estereotipos.

Si es cierto que nuestro presente está amenazado por ráfagas sombrías, no lo es menos que hemos sabido salir airoso, en muchos aspectos de nuestra vida, logrando para el país un avance técnico y social sorprendente, si se toma en cuenta la paralización

de treinta años que supuso la dictadura. Visto desde el presente, el dominicano se nos aparece como el prototipo del luchador, y si el campesino da, a veces, muestra de pesimismo, o para ser más exactos, de desaliento, ello se debe a razones impuestas como serían una mala administración pública, una reforma agraria defectuosa o, en conjunto, un período histórico negativo.

José Ramón López es uno de los pensadores más agudos y proliferos que hemos tenido; sus ideas apuntan lejos y sobrepasan los límites de época. En cuanto a la abundancia de su producción, ella nos demuestra que, además de un medio de sobrevivencia económica, su pluma fue un apostolado diario por la verdad, o sea por la correcta interpretación de los hechos.

Estamos ante un escritor que revolucionó, a finales del siglo pasado y comienzos del presente, la retórica periodística en boga. Fue, el suyo, el estilo más natural que tuvimos y el mejor periodismo de hoy le debe lecciones de propiedad e integridad que aún no parecen agotarse. Es justo decir entonces que la prensa escrita constituyó el marco adecuado de su producción, aun de sus cuentos, publicados en revistas y periódicos de la época al mismo ritmo que los pergeñaba. En el periodismo él encontró su inspiración y destino y tanto su carácter nervioso como las urgencias de sus cuestionamientos cívicos, necesitaron las compuertas de numerosos seudónimos para abonar la aridez de una opinión pública asaz conservadora, así como para utilizarlos como armas de lucha en la contienda política. Muchos de estos seudónimos ya han sido inventariados; bástenos señalar algunos de ellos, como ser Pancho Acendera (en artículos publicados en Ciencias, Artes y Letras, en 1897; El Radical, 1913; Letras, 1917; El Nacional, 1911; Pluma y Espada, 1921); Simplicito (en artículos publicados en Renacimiento, 1915 a 1917; Letras, 1916 a 1919; Listín Diario, 1915 a 1920; Cosmopolita, 1919 a 1921; Pluma y Espada, 1921) y Doctor Noventa y Tres, seudónimo este que utilizó en compañía de Ricardo Limardo y Pablo López en el periódico La Libertad de Puerto Plata (23 de octubre de 1884) en ocasión del explosivo suelto titulado "Receta para embalsamar el cadáver de la Patria" lo que le valió cárcel y un posterior exilio.

En él la expresión es una necesidad, una urgencia de vida. Por ello escribía siempre a vuela pluma, despreciando los primores del estilo, pero haciéndose de un tono nuevo que lo colocaba a medio camino entre el intelectual y el folklorista. De esta manera fue pro-

fundo sin pedantería y popular sin las rudezas de una oralidad que supo dosificar en descripciones atinadas y en diálogos siempre vivos en los que campea el buen humor. Y este buen humor, a la vez que tiñe de humanidad sus narraciones o sus bocetos de narraciones, ya que en la mayoría de los casos no sobrepasan el marco de la anécdota o el chascarrillo, siendo a veces sólo glosas de frases populares, lo salva del estilo minucioso de los criollistas, atentos más que al meollo del asunto, al accidente secundario y en cierto modo bisuteril.

Como narrador fue por ello, más que un criollista, un animador de las gracias naturales del dominicano, que está siempre a medio camino entre la tierra y el cielo, entre las picardías de Juan Bobo y las beatitudes de San Pedro. Este santo, por otra parte desconfía, como apunta el autor, del sujeto que no come bien o que no tiene un "terrenito", lo que debe ser entendido como una lección, ya que en un país tan privilegiado como el nuestro, no son compatibles la abundancia y la mendicidad.

Los Cuentos puertoplateños, primer volumen de las obras de José Ramón López que ahora ofrecemos al lector dominicano, constituyen una serie de relatos en más de un aspecto originales; si por un lado son populares sin haber caído en las tentaciones del criollismo, por el otro anuncian, desde los albores del siglo, la indeterminación de los géneros. En su volumen el autor no titubea en considerar, bajo el título común de Cuentos, el texto breve y la novela, así como la pieza teatral. A este respecto debe hacerse notar que su novela Nisia, publicada en volumen aparte en 1898, trae en la portada la aclaración de que se trata de uno de sus cuentos puertoplateños. Aunque no dio un paso efectivo en ese sentido, este autor vislumbraba, aun sin teorizarlos a fondo, los arduos problemas que se desprenderían de una empresa técnica semejante, la que aún hoy, tras arriesgados intentos, no ha rendido todas sus posibilidades.

El presente volumen recoge, además de Nisia y la colección de sus cuentos que alcanzó a publicar en vida (anunciaba, como de próxima aparición, tres volúmenes nuevos) un importante grupo de relatos dispersos en publicaciones nacionales, lo que constituye la casi totalidad de su narrativa. Pese a los esfuerzos que hemos hecho en esa dirección, podrán faltar sin embargo algunos textos sueltos y en especial su novela Dolores, que presumimos fue publicada en Venezuela y de la que sólo se ha obtenido el capítulo V, que como

anticipo de una posible edición dominicana apareció en la revista El Lápis, Año I, Nos. 11 y 12, del 4 y 19 de julio de 1891.

Nuestra edición de José Ramón López, que en principio constaba de dos volúmenes, tuvo que ser ampliada a tres; gracias a las investigaciones que la Fundación Corripio ha realizado con miras a la localización de los textos: el primero, como ya hemos anotado, el que contiene su narrativa, el segundo dedicado a los ensayos y artículos periodísticos y el tercero a su importante Diario (enero-agosto de 1921) obra esta de un valor inestimable para entender esa época crucial de nuestra historia.

Al frente de estas investigaciones ha estado Andrés Blanco, compañero en las faenas de la Fundación Corripio desde sus comienzos y a quien reconocemos por este medio su dedicación y, sobre todo, su gran capacidad de trabajo, con lo que nuestros archivos han venido nutriéndose de un rico material informativo.

Como factor importante del interés que debe despertar esta edición de José Ramón López, se ofrecen el Estudio preliminar y las notas de Ramonina Brea, cuyos enfoques serán necesarios para la mejor evaluación de este autor. Después que el lector dominicano lo conozca a fondo, tras la lectura de los volúmenes que hoy se ponen en sus manos, más de uno se preguntará por qué no se le ha rendido el homenaje que merece, por qué Monte Cristi, su ciudad natal, Puerto Plata y Santo Domingo, aún no le dedican un reconocimiento que vaya de acuerdo a su importancia.

MANUEL RUEDA

PENSAMIENTO Y PRÁCTICA DE LO SOCIAL Y LO LITERARIO EN JOSÉ RAMÓN LÓPEZ

I

La idea del culto al progreso es el hilo conductor que atraviesa lo más significativo de la variada producción de José Ramón López¹. Semejante pensar se sintetizaba en el incremento de riquezas creado por una sociedad que construyera sus relaciones en la solidaridad funcional y utilitaria.

La noción del progreso ha sido concebida como la marcha hacia el mejoramiento de la sociedad. En ella se plasma, pues, un sentido del movimiento orientado hacia un avance perfeccionador. El ideal civilizador, la racionalización de las actividades, la producción de riquezas, la moral utilitaria, la disciplina del cuerpo y el cultivo del intelecto constituyen en López el camino de la perfección y la salva-

1. Sus obras fueron: *La alimentación y las razas*, Santiago de Cuba, 1896; *Nisia*. (*Cuentos puertoplateños*), Imprenta «La Cuna de América», Santo Domingo, 1898; *Cuentos puertoplateños*, t. I, s/i, Santo Domingo, 1904; *La República Dominicana* (*Memoria oficial de la exposición de Milán*), 1906; *Geografía de la América antillana, en particular de la República Dominicana*, Librería Francisco Palau, Santo Domingo, 1915; *La paz en la República Dominicana. Contribución al estudio de la sociología nacional*, Santo Domingo, 1915; *Censo y catastro de la común de Santo Domingo*, Santo Domingo, Tipografía El Progreso, 1919; *Manual de agricultura*, Santo Domingo, 1920. Se tiene noticia de que escribió, en colaboración con Virginia Elena Ortea, una comedia que sin embargo no llegó a publicar. Publicó en *La Cuna de América*, en 1907, un texto inconcluso titulado «La caña de azúcar en San Pedro de Macorís, desde el bosque virgen hasta el mercado». También escribió, en 1910, un corto ensayo titulado «Colonización de la frontera occidental».

ción propios del concepto teológico de la historia que está implicada por la idea de progreso.

Por el período que le tocó vivir —nació en Monte Cristi en 1866 y murió en Santo Domingo en 1922²— fue testigo de las modificaciones de la sociedad dominicana que resultaron de la instauración de relaciones capitalistas, pero también fue testigo de las dificultades que enfrentaba el reordenamiento de la vida social y política del país.

Su mirada sociológica y periodística acusaba un marcado interés en identificar y explicar los serios problemas que confrontaba la modernización de la sociedad y al mismo tiempo proponía la llave maestra que conduciría al progreso y a la organización de una sociedad cimentada en el aliento civilizador.

Sus trabajos periodísticos se esparcieron en los más variados medios de prensa durante casi cuarenta años, logrando a través de sus artículos una presencia e influencia en la opinión pública.

Desempeñó funciones centrales en publicaciones periódicas que sustentaban propósitos políticos definidos: en 1909 dirigió *El Dominicano*, vocero del Partido Progresista que dirigía Federico Velázquez Hernández; años más tarde fundó y dirigió *El Nacional*, publicación oficial del gobierno de Ramón Cáceres. El tipo de periodismo político que cultivó López —a veces urticante y agresivo, otras veces argumentativo— fue muy sensible a los vaivenes de sus adhesiones y antipatías políticas. Para acreditar la aserción anterior basta recordar tres momentos de su quehacer periodístico.

Una gacetilla apócrifa publicada a finales de 1884 criticaba de manera burlona las actuaciones de políticos de primera fila. Uno de los concernidos, Ulises Heureaux, a la sazón ex presidente de la República, sometió a la justicia al director del periódico en el cual había aparecido la mentada gacetilla que llevaba por título «Receta para embalsamar el cadáver de la Patria³». José Ramón López,

2. Una exposición de los datos biográficos de López se encuentra en Rufino Martínez, *Diccionario biográfico-histórico dominicano. 1821-1930*, Editora de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, 1971, y en Néstor Contín Aybar, *Historia de la literatura dominicana*, t. II, Ediciones de la Universidad Central del Este, San Pedro de Macorís, 1983.

3. Publicada en el periódico *La Libertad*, del 23 de octubre de 1884. Su texto es el siguiente:

Ricardo Limardo y Pablo López reconocieron la autoría del escrito. A raíz de haber asumido la autoría se desencadenaron acciones que obligaron a José Ramón López a trillar el camino del exilio, radicándose en Venezuela y sólo pudo retornar al país en las postrimerías del régimen de Heureaux en 1897, gracias a un salvoconducto que el propio dictador le libró por resolución de fecha 8 de enero de 1896⁴.

Desde el momento de su regreso, López empezó a trabajar como secretario particular de Heureaux, según consigna Néstor Contín Aybar. El propio Contín Aybar informa que López fue el autor de diez artículos sin firma publicados en *El Teléfono* en 1898 bajo el título general de «El desembarco en Monte Cristi», de cuya serie el

Garganta Heureaux	1.200.000 m. diam.
Vejigatorio d'Luperón	1.000.000 id.
Empréstito Harmont	\$ 700.000
Nuevo Empréstito	1.000.000 id.
Compañías de Crédito	600.000 id.
Ex Ministro de Hacienda, uñas, pulgar e índice	4
Espíritu Billini	42 grados
Sobrante del Presupuesto	\$ 800.000
Filosofía ranchera contemplativa	10 toneladas
Federalismo Monción	800 mts. cuad.
Candidatura Imbert	3 meses
Yo, siempre yo, y sobre todo yo	2000 repet.
Concesión jabonífera	20 años
Patriotismo	000.000

Deslíase todo en \$30.000 de emisión de billetes y agréguesele incontinenti la enajenación de la Saona y La Romana y se obtendrá la momificación completa del cuerpo.

Doctor Noventa y Tres.

Tomado de *La República*, Año II, número 49, del 10 de enero de 1885.

4. A este respecto, Joaquín Balaguer se hace la siguiente pregunta: «¿Por qué abdicó el combatiente de sus viejos principios para enrolarse en el periodismo oficioso?», en José Ramón López, *El gran pesimismo*, Universidad Católica Madre y Maestra, Santiago, 1975, p. 13. Balaguer escribe además: «El brío del temperamento de José Ramón López se refleja en cuanto escribe para *El Nacional*, periódico desde cuyas columnas asume, a despecho de sus escrúpulos de liberal intransigente, la defensa de los métodos de gobierno del general Ramón Cáceres, drástico pacificador del país.» *Ibid.*

Es con el racionalismo del siglo XVIII cuando la intencionalidad de los nuevos saberes queda programáticamente de manifiesto. La razón es vista como el principio creativo y constructivo que preside las relaciones entre los hombres. La absolutización de la razón otorga a las ciencias un papel singular: «deberán pues servir a organizar la vida colectiva.»⁹ En una organización colectiva creada por la razón, las ciencias se convierten en «el medio de que se sirve la razón para crear, según las nociones infalibles del derecho, una vida mejor para los hombres.»¹⁰

Este racionalismo que cuestiona la tradición y la religión y que piensa y concibe la nueva sociedad a través de la utopía de la razón, no deja por eso de postular formas de cohesión social ajenas a la razón misma. Así, para Voltaire «únicamente las ideas morales pueden servirnos para conducir nuestra vida en común con otros hombres.»¹¹

Como es sabido, el positivismo, desprovisto de originalidad en muchos de sus aspectos, consiste en una propuesta de cientificidad orientada por una intencionalidad: la fundamentación de un orden que no pretende ser sino armonioso. Ciertamente, el positivismo comteano, en un esfuerzo eclecticista, define la nueva ciencia —la sociología— como el elemento racional que puede propiciar un orden social orgánico y libre de conflictos.

Esta estrategia discursiva es la que anima a José Ramón López en sus ensayos *La alimentación y las razas* y *La paz en la República Dominicana. Contribución al estudio de la sociología nacional*. Las nuevas formas de saber —la sociología positiva, entre otras— que son introducidas y cultivadas en la República Dominicana se traban, en sus inicios, con la intencionalidad de sustentar y pensar el nuevo orden. López constituye uno de los autores que dan cuenta de esta trabazón.

9. Groethuysen, B. *Philosophie de la révolution française*, Ed. Gallimard, París, 1982, p. 113. La primera edición data de 1956.

10. *Ibid.*

11. *Ibid.*, 137.

III

La lectura de *La alimentación y las razas* despierta todavía hoy actitudes y opiniones encontradas. Este ensayo plantea que los habitantes rurales y urbanos de nuestro país, sometidos consuetudinariamente a un régimen alimenticio deficiente, ven reducidas sus capacidades físicas y mentales, acercándose por esa razón a la animalidad, a la vida vegetativa y a la decadencia. Esta masa de ayunadores, sostiene López, estaría consecuentemente descalificada para vivir de manera organizada y en serias dificultades para plasmar la conciencia nacional y acceder a la civilización.

Por medio del empirismo —la única aproximación posible en el naturalismo— López establece relaciones entre el estado de desnutrición y los rasgos a través de los cuales ha sintetizado al campesino dominicano. Estas observaciones provenientes del sentido común o amparadas en la larga tradición que el organicismo tiene en el pensamiento social, pueden convencer, o como escribe Balaguer, guiadas por la verdad, son «de evidente exageración»¹². Sea que convengan o que se consideren hiperbólicas, estas observaciones se aprestan a discernir en la sociedad dominicana la anormalidad de la normalidad.

A través de la patología se syndica, fundamentalmente al campesinado, como perteneciente a lo anormal, a la degeneración. Ciertamente, en *La alimentación y las razas* hay, pues, un esfuerzo de enumeración, descripción y clasificación de las deficiencias que mostrarían al campesino alejado de la normalidad. Cuando los análisis de la sociedad moldean esta oposición binaria de lo normal y lo anormal, vale la pena traer a colación por lo menos uno de los significados de semejante construcción.

A través de prácticas, discursos e instituciones, se produce en el ámbito social el excluido, el marginal, el indeseable, el anormal. Al

12. Prólogo al libro *El gran pesimismo dominicano*, cit., p. 20, el cual contiene bajo ese título los dos principales ensayos de José Ramón López. Hay que observar que el título de esta obra fue adjudicado por Héctor Incháustegui Cabral, director de la colección, en la cual se tenía el proyecto de publicar los textos más relevantes de los pensadores dominicanos a quienes él consideraba pesimistas. Todas las citas y referencias, salvo indicación contraria, remiten a esta obra.

mismo tiempo que se instituye una normalización, se segrega lo anormal. Los valores, la cultura y el poder convergen en la sustentación de los procesos de normalización, pero también en los de estigmatización, proscripción y segregación del otro.¹³

Al interior de las ciencias sociales abundan los discursos cuyos efectos remiten a la normalización. La sociología funcionalista, por ejemplo, es un discurso transparente de normalización. Fundamentándose en la biología y en el binarismo de lo normal y lo anormal, el enfoque funcionalista conceptualiza e instituye la frontera entre individuos que actúan conforme a los objetivos culturales y las normas institucionalizadas, por una parte, y por la otra, los individuos anómicos (anormales por excelencia) que desarrollan una conducta desviada con respecto a las normas (el Charles Chaplin según Robert Merton).

En torno a este sujeto anómico, el funcionalismo prescribe un complejo conjunto de procedimientos de control social y de integración: Saturno ya no devora a sus propios hijos, aunque éstos sean indeseables.

De ahí que me pregunto en lo que concierne al ensayo *La alimentación y las razas*, ¿cuáles son los valores y los signos que forman parte de la temática de la normalidad y la anormalidad?

Una primera aproximación al texto me coloca de frente a una tríada de valores: la fuerza, la inteligencia y la belleza. Esta visión de López, ¿remite a la idea de culminación de la progresión universal del ser? Y esta otra interrogación: ¿podría decirse que sus opiniones traducen una búsqueda del prototipo humano? Sin descartar una cierta presencia de los temas anteriores, los planteamientos de López se asemejan más bien a las preocupaciones que han jalonado a la filosofía de la historia. La fuerza, la belleza y la inteligencia¹⁴ constituirían en López la energía vital que animaría a los pueblos para acceder a la civilización y la energía que los insuflaría para organizarse en una nación vigorosa.

13. Véanse los trabajos de Michel Foucault, fundamentalmente *Surveiller et punir*, Editions Gallimard, París, 1975. Véase también el trabajo proveniente de una orientación diferente: Erving Goffman, *Estigma. La identidad deteriorada*, Amorrortu, Buenos Aires, 1970.

14. Véase *La alimentación y las razas*, p. 34.

Ahora bien, para López el deficiente régimen alimenticio del campesino dominicano ha dejado secuelas que producen una degeneración física y mental. Esta degeneración causaría estragos en la energía vital que animaría a los pueblos a acometer grandes empresas. En lugar de la fuerza, los campesinos dominicanos padecerían de anemia, serían de estatura pequeña, sus cuerpos serían raquíuticos y débiles, así como proclives a enfermedades. Las «venus flacas y sedativas»¹⁵ y las «vírgenes escuálidas»¹⁶ son proposiciones a través de las cuales López describe a la mujer criolla y sus atributos. Es la presencia singular de una mirada masculina que estereotipa a la mujer. Esta mirada refiere la miseria de la inteligencia y la falta de fuerza únicamente al hombre, mientras que los atributos relativos a la belleza son evaluados únicamente en la mujer. Por último, en lo que concierne a la inteligencia, los campesinos estarían afectados de tal manera que, según esa tesis, en lugar de la razón estarían cercanos a la animalidad, en la cual prevalece el instinto; poseerían una miseria intelectual que hasta les imposibilitaría diseñar una idea que pusiera fin al estado *execrable* en que se encuentran.

Las perturbaciones de la inteligencia, el deterioro de la fuerza y la ausencia de la belleza conducen al ámbito de la enfermedad y de la anormalidad, que es el estado de degeneración biológica y de degeneración de la raza. Como hemos visto, la enfermedad como categoría política lleva a explicar fenómenos históricos y sociales relativos a la cuestión nacional y a las dificultades de organizar la sociedad.

Esta patología de la decadencia que coloca el acento en la raza degenerada está muy cerca de la perspectiva de Arturo de Gobineau. No se trata, sin embargo, de un calco de los resultados del razonamiento de Gobineau en el sentido de que la degeneración de la raza sea el resultado de las mezclas raciales con grupos étnicos inferiores.

Más bien se asume el razonamiento que explica la decadencia de un pueblo a causa de la degeneración de la raza. Y esta degeneración no es intrínseca a la esencia de la raza —como lo es en Gobineau— sino que es el producto de un agente exterior: la alimentación deficiente. La proposición de Gobineau postula que una

15. *Ibid.*, p. 38.

16. *Ibid.*

civilización está en relación directa con la fuerza y el vigor de una raza, así como de su papel en el progreso de la humanidad y el rescate de la civilización. López escribe: «el mundo ha cambiado sucesivamente de dueño, pero siempre ha confiado el cetro a la raza más fuerte (...) Digan lo que quieran los enclenques, jamás de ellos será la soberanía (...) Hasta los confines del Polo irán los hombres fuertes a sacudirlos de su inercia, a imponerles el vigor y la civilización que neciamente perdieron o dejaron de adquirir.»¹⁷

Mucho se ha escrito sobre las influencias que recibió López del organicismo spenceriano, del positivismo, de Sarmiento, del romanticismo latinoamericano, entre otros. Sin que lo anterior deje de ser cierto, para nuestra cultura, la idea central del ensayo comentado, aunque parezca sorprendente señalarlo, encuentra su antecedente teórico en Eugenio María de Hostos.

Cuando Hostos dibuja los contornos de la sociología identifica el organismo social con el organismo individual y, consiguientemente, establece una clasificación de la patología social. Parte del repertorio de las enfermedades sociales, según Hostos, es la miseria fisiológica que «puede ser el resultado de las hambres periódicas, o de un estado continuo de necesidades físicas mal satisfechas».¹⁸ Las consecuencias de esta enfermedad pueden ser, entre otras, «un estado de decadencia física que se prolonga indefinidamente sin aparente daño de la población, pero en efectiva perversión de sus fuerzas naturales.»¹⁹ López retoma estas proposiciones de Hostos y las desarrolla en todas sus consecuencias para el caso dominicano.

Además de la tríada de López, consistente en la fuerza, la inteligencia y la belleza, la patología se construye en referencia más concreta al estado de virtud, honradez, laboriosidad, bondad y cultivo del espíritu. Es decir, la degeneración comporta la inmoralidad, la holgazanería, la violencia, la simulación y la imprevisión. Estos supuestos rasgos del dominicano explicados por López a través de la patología eran ya objeto de preocupación y según los documentos de la época continuaron siéndolo posteriormente durante mucho tiempo. Estas actitudes del dominicano se consideraban serios obs-

17. *Ibid.*, p. 63.

18. *Tratado de sociología*, en *Obras completas*, vol. XVII, Edición conmemorativa del Gobierno de Puerto Rico, La Habana, 1939, p. 178.

19. *Ibid.*

táculos al progreso y muy especialmente a la hora de tratar de canalizar grandes contingentes de personas al régimen de trabajo salarial con sus imperativos ligados al tiempo, a la autoridad y a la disciplina.

En lo que concierne a López, estos rasgos de la degeneración conspiran contra la modernización de la sociedad. La violencia impediría que la sociedad se organizara institucionalmente; la imprevisión negaría la posibilidad de instituir a los individuos como actores racionales; la holgazanería se opondría al esfuerzo necesario para aumentar la riqueza; y, finalmente, la doblez o simulación trastornaría el interés y beneficios mutuos que han de reinar en las transacciones económicas y, de igual modo, sostendría un sistema político basado en el interés personal.

La visión de la sociedad que la enfoca como un organismo susceptible de enfermarse desemboca en dos desenlaces límites. Por una parte, el diagnóstico de la enfermedad conduce a una prescripción terapéutica. El malestar que aqueja a una parte de la sociedad o a su totalidad es susceptible de curación. El diagnóstico se acompaña, pues, de la terapia que apunta y anuncia la reconstrucción de la sociedad armónica y sana. El otro desenlace es el que presenta la enfermedad como irremediable; en lugar de la terapia y la anunciación de la sociedad restablecida, se detiene en la descripción de la agonía, en la inevitabilidad del mal. Es la degeneración de Gobineau, mal constitutivo por naturaleza, que él lo concibe como fatalmente irrevocable. Este último tipo de desenlace no vislumbra ningún futuro posible ante el mal que ataca a la sociedad y ha sido considerado, por consiguiente, como una visión pesimista.

El pensamiento de López ha sido calificado, por la casi generalidad de quienes lo han estudiado, de pesimista. Incluso se ha llegado a considerar como uno de los representantes del «gran pesimismo dominicano». Son fundamentalmente las ideas vertidas en *La alimentación y las razas* las que avalan, según el entendimiento de muchos, la adjudicación de pesimista a López. No obstante, en este ensayo, a la enfermedad, por más sombrías que sean sus secuelas y efectos, le sigue la posibilidad de curación; a la degeneración se le opone la regeneración de la raza que todavía conserva excelentes condiciones; a la decadencia le es posible el renacimiento de la sociedad. La anticipación de la sociedad restablecida que López describe, una vez le sea aplicada la terapia, es concluyente: «Rica la Nación, bien nutridos sus pobladores, inclinados a la alimentación

más fecunda para el organismo, desarrollada la intelectualidad por la mayor robustez de aquél, cumplirá la República brillantes destinos, y sobre todo será la mansión de un pueblo fuerte y feliz, el hogar de una raza llena del vigor física y espiritual que hermosea la vida».²⁰

Si bien la anormalidad habría subsumido al dominicano a una condición humana y social infame, en el horizonte se dibuja un futuro radiante. Estas ideas de López están muy alejadas de configurar una corriente pesimista del pensamiento. El calificar de pesimistas a diferentes manifestaciones de nuestra cultura, arte y pensamiento, se ha repandido, con bastante éxito en las últimas décadas.²¹

Las observaciones serán dirigidas ahora a las formas propuestas por López para restaurar la normalidad. La terapia incluye un repertorio limitado pero denso que desarrolla de manera un tanto diferente los dispositivos curativos que ya Hostos había señalado: creación de riqueza, cambio de régimen de alimentación, gimnasia, nuevas costumbres y educación.

Él toma de la educación hostosiana varios de sus elementos y los enfatiza unilateralmente. Postula una educación que hace del cuerpo el centro del interés, de modo que a través del aseo, la higiene, la alimentación, el vestirse y la gimnasia se desplieguen formas de disciplinarización para metamorfosear esos cuerpos en cuerpos útiles para el nuevo orden.

De igual manera, López plantea una educación utilitaria que adiestre al individuo en torno al trabajo, ya que éste es considerado como un valor supremo puesto que es visto como el factor indispensable para la creación de la riqueza y esta última es a su vez la vía que conduce al progreso.

Por último, otra de sus grandes líneas educativas es la cívica. Está orientada a formar a los individuos en torno a los deberes para la nación. De manera resuelta se opera discursivamente la consustan-

20. *La alimentación y las razas*, p. 68.

21. Diógenes Céspedes ha mostrado, en el caso particular de Salomé Ureña y los poetas que asumieron el positivismo hostosiano en el siglo pasado, que contrariamente a la opinión de Peña Batlle, que los acusaba de pesimistas, éstos, por más tonos lúgubres que contuvieran algunos de sus poemas, a riesgo de negarse doctrinalmente a sí mismos, no podían ser sino optimistas. Véase «Salomé Ureña o la metrificación de una ideología: el positivismo», en Salomé Ureña, *Poesías completas*, Biblioteca de Clásicos Dominicanos, vol. VII, Editora Corripio, Santo Domingo, 1989, p. 33, nota 1.

ciación —con las connotaciones que han sido referidas anteriormente— de los valores de la nación, el trabajo y el progreso en «un pueblo resuelto a convertir la patria en activa factoría». ²²

La paz en la República Dominicana (1915) aborda uno de los problemas que acaparó la atención en otros países latinoamericanos: las interminables guerras civiles, los levantamientos y las llamadas revoluciones. Para esa época, Sarmiento y Juan Bautista Alberdi eran las referencias inexcusables para casi toda la América Latina y José Ramón López no fue una excepción.

A pesar de que entre *La alimentación y las razas* y *La paz en la República Dominicana* median casi dos décadas, los aspectos teóricos y metodológicos usados en ambos ensayos guardan semejanza. Ahora bien, sin que el organicismo haya sido abandonado en este último ensayo, a la hora de anunciar «las causas de los sufrimientos del pueblo dominicano», sus explicaciones y sus soluciones no se centran de manera tan enfática en la asimilación de la sociedad a la de un organismo viviente o en asimilar los problemas que confronta la sociedad a las enfermedades del campesino dominicano.

Si en el ensayo de 1896 la violencia del dominicano era la manifestación del estado de degeneración física y mental en que se encontraba, en cambio, en el ensayo publicado en 1915, los constantes enfrentamientos armados no son el resultado del carácter belicoso propio de la patología del dominicano. Ahora López nos dice que los dominicanos ilustrados «se encuentran sometidos, desde la Conquista, a un régimen que ya se hace intolerable, y que es la causa determinante de nuestras frecuentes revoluciones, atribuidas, por mala fe o por ignorancia, a defectos orgánicos de raza que afectan la psicología dominicana.» ²³

22. *Ibid.*, p. 67. Indudablemente que la pragmática del poder del régimen trujillista encuentra en José Ramón López muchos elementos que va a plasmar en instituciones, prácticas y discursos. La proposición de Trujillo de que *gobernar es alimentar*, si bien es un eco de aquella otra que dice que *gobernar es poblar*, criticada por Rodó en su *Ariel*, no menos cierto es que reproduce los planteamientos de López. Por otra parte, el régimen trujillista desplegó una serie de dispositivos y prácticas que se ciernen sobre el cuerpo (aseo, higiene, gimnasia, desayuno escolar, etc.). Y también el relieve que el régimen otorgó a los valores imbricados de paz, trabajo, orden y progreso encuentran una filiación directa en las proposiciones reelaboradas que López realizó de estos temas que son leit-motiv en el positivismo hostosiano.

23. *Ob. cit.*, p. 110. ¿Qué influyó en López para que modificara su anterior punto de vista? Creo que sobre este particular su flexibilidad para asimilar nuevas teorías

Este tipo de individualismo se concatena con el segundo rasgo esbozado por López, según el cual en el país existe una disgregación tal de los elementos de la colectividad, una inexistencia tal de solidaridad entre dichos elementos que eso impediría hablar, en términos estrictos, de la existencia de una sociedad: «Puede quedar como ha quedado aquí un cuerpo colectivo; (...) compuesto de átomos disgregados, de seres sin suficiente solidaridad, sin nexos bastante estrechos para constituir sociedad.»²⁸

Esta aseveración de López remite a una de las grandes preocupaciones del pensamiento social del siglo XIX y parte del siglo XX. Bonald, de Maistre, Saint-Simon, Comte, Durkheim y el pensamiento nacionalista fundamentan la reflexión de la sociedad como organización en tanto comunidad a través de lo cual enfatizan sobre la necesidad de vínculos profundos entre los miembros de la sociedad y la solidaridad efectiva. Esta comunidad ha sido concebida de múltiples maneras: como una entidad orgánica, como una comunidad de valores, como una comunidad de destino y depositaria de un origen común, como una interdependencia utilitaria de funciones.

El discurso de López apunta, pues, a la constitución de una comunidad utilitaria de actividades integradas sobre la base de «la solidaridad para la defensa del bien alcanzado por cada individuo, y del bien colectivo representado en una socialidad moderna inspirada en la libertad, en la justicia, en la cultura; en cuanto abre amplias carreteras hacia la civilización y la riqueza.»²⁹

Ahora bien, los males descritos apelan, según el autor, a una serie de reformas que doten a la sociedad de organización. De modo que en lugar de la disgregación individualista y la prevalencia de los intereses particulares se logre asignar a ese agregado caótico y convulso un sentido de vida común. Según López, estas reformas morales y de costumbres en torno a la instrucción y a la economía no puede realizarlas el pueblo. Sin dejar de reconocer en principio la soberanía del pueblo, considera a éste impotente en su estado actual para llevar a cabo las reformas, además de que está indefenso y es visto como un cuerpo «enfermable».

Es así como José Ramón López desarrolla en nuestra cultura la sustentación del elitismo y de sus manifestaciones autoritarias y

28. *Ibid.*, p. 105.

29. *Ibid.*, p. 123.

antipopulares: «Los dirigentes, la autoridad, los vencedores, los letrados estipendiarios son quienes deben tomar la iniciativa, porque este mal que persevera desde ha cuatro centurias no puede ser extirpado sino viniendo la redención de arriba para abajo».³⁰

IV

Si se aplica escrupulosamente la teoría del cuento de Juan Bosch³¹ a esa especie de arqueología del género en nuestro país, representada por los textos recogidos en la antología de Emilio Rodríguez Demorizi³², ninguna de las muestras que contiene dicho libro saldría indemne en cuanto a valor literario se refiere.

A todos esos textos, llamados cuentos por la inercia de la tradición, les falta lo que Bosch ha definido como la cualidad imprescindible de todo cuento con valor poético: el ritmo o tensión sin caídas que impide que el lector pierda el interés en la obra. Sin ese ritmo, el hecho-tema único, el comienzo, el final sorprendente o no, la brevedad o longitud, así como las demás características que lo especifican, no sería nada. Tres veces habla Bosch claramente de la importancia del ritmo: «sostener sin caídas la tensión»³³; «Es en la primera frase donde está el hechizo del cuento; ella determina el ritmo y la tensión de la pieza.»³⁴ y «Si el hecho se halla antes de llegar al final, es decir, si su presencia no coincide con la última escena del cuento, pero la manera de llegar a él fue recta y la marcha se mantuvo a un ritmo apropiado, se ha producido un buen cuento.»³⁵ Y para rematar, Bosch afirma en sus clásicos «Apuntes...» que la forma del cuento, es decir la manera de escribirlo, tiene dos leyes

30. *Ibid.*, p. 99.

31. «Apuntes sobre el arte de escribir cuentos», en *Cuentos escritos en el exilio*, 11ª ed., Editora Alfa y Omega, Santo Domingo, 1982. Este texto fue publicado por primera vez en 1960.

32. *Cuentos de política criolla*, 2ª ed., Editora de la Librería Dominicana, Santo Domingo, 1977.

33. *Ob. cit.*, p. 12.

34. *Ibid.*, p. 14.

35. *Ibid.*, pp. 18-19.

ineludibles, de entre las cuales: «La primera ley es la ley de la fluencia constante. La acción no puede detenerse jamás;...»³⁶ Esa noción de ritmo en Bosch, aún con los reparos terminológicos que se le han hecho a causa de cierta metafísica infusa, tiene un funcionamiento histórico³⁷. Volveremos sobre esto.

Los textos que formarían los inicios de la cuentística dominicana no presentan estas características porque, como asegura el propio Bosch, «no teníamos tradición en el género y que por no tenerla, para hacer burla de los enemigos o adversarios políticos, echábamnos manos del cuento humorístico aunque viniera de otra lengua.»³⁸

Cuando un cuento no posee las características rítmicas esbozadas por Bosch, entonces es cualquier cosa menos un cuento: puede ser un cuadro de costumbres, una anécdota. Son «divagaciones, relatos, cuadros, escenas, retratos imaginarios, estampas, trozos o momentos de vida; son y pueden ser mil cosas más; pero insistimos, no son cuentos, no deben llamarse cuentos.»³⁹

En esa definición de cuento se inscriben no solamente los textos de José Ramón López sino también los de los primeros cultores del género en el siglo pasado, representados en la antología de Rodríguez Demorizi. Pero también los cuentistas del presente, quienes después de inaugurado el género con *Camino real* en 1933, siguieron aferrados a esa tradición dejada intacta por López y sus continuadores, no obstante haber ampliado Bosch en el exilio, con textos de valor literario, el cultivo de esa forma de escritura en la sociedad dominicana. Habría que hacer un estudio rítmico de los cuentos de

36. *Ibid.*, p. 33.

37. Los reparos y los aciertos de esta teoría rítmica de Bosch fueron puestos de manifiesto por Diógenes Céspedes en *Lenguaje y poesía en Santo Domingo en el siglo XX*, Editora de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, 1985.

38. Prólogo a *Cuentos de política criolla*, ya citado, p. II.

39. «Apuntes...», ya citados, p. 31. Los buenos escritores de todas las épocas, sean o no teóricos de la literatura (Platón, Filodemo, Poe, Baudelaire, Flaubert, Hugo, Proust, Borges, Pound...), siempre han sabido que en el ritmo radica el valor artístico de la obra. Los críticos literarios casi siempre han llegado tarde a ese festín. Pero esos escritores han denominado casi siempre el ritmo con nombres no técnicos: forma, composición, armonía, estremecimiento nuevo, etc. El vocablo no importa mucho con tal de que el sentido del discurso literario que habla de ritmo lo entienda como la forma, manera, vía o camino que tiene el escritor para organizar, a través del lenguaje, los sentidos indefinidamente múltiples de una obra.

Hernández Franco, Marrero Aristy, Lacay Polanco, Díaz Grullón, Sócrates Nolasco, Sanz Lajara, Manuel del Cabral y otros escritores reconocidos como tales por la sociedad, a fin de ver qué quedaría de ellos.

Planteo que al carecer los cuentos de López de valor literario, su interés radica en su carácter sociológico con miras a establecer o situar una historia del pensamiento político dominicano y a determinar cómo la cultura nacional fue nutriéndose de una red de ideologías y lugares comunes que pasaron a constituir, a nivel de creencias empíricas, proposiciones verdaderas o casi dogmas suministrados por los grandes temas del pensamiento universal.

En ese sentido, los cuentos de López son la ilustración no solamente de esos temas sino también de sus propias creencias y valores políticos, sociales, morales, culturales, filosóficos y económicos esbozados principalmente en *La alimentación y las razas*, en *La paz en la República Dominicana* y en sus escritos periodísticos. Además de vehicular esas creencias y valores, la literatura en López es una práctica ideológica de imágenes y sentido común centrada en el amor, y particularmente en la mujer. Los textos de López presentan una visión esquemática de la mujer como centro de pasiones perversas, oportunistas, calculadoras casi siempre. Como lo atestigua el estereotipo de la prostituta-adúltera en Lidia, del cuento «Nostalgia» y la simplemente adúltera, como Anita en «La revelación de la tumba»; o la coqueta-casquivana, la Clorinda de «El baile». En oposición a este estereotipo de mujer, existe el otro extremo: la mujer como ideal de pureza, de sacrificio o de pasividad resignada aunque calladamente rebelde frente a la omnipotencia del hombre. Son las Rosa o María de «El general Fico» y de «El baile», o la esposa del general Leoncio en «La política no tiene entrañas». De las imágenes masculinas sobre la mujer quizá la excepción sea el personaje anónimo de «La divorciada», a quien se le reconocen méritos y capacidad para transformar su situación, pero un tanto bajo la óptica del sacrificio.

La ideología, suma indefinida de discursos, sistema de creencias, que funciona como la verdad, pasa en López, por la mediación de la cuasi-ficción, a jugar el papel de ilustradora «literaria» de las ideas que el escritor tenía acerca de lo que era la sociedad dominicana: imprevisión, violencia, doblez. ¿Por qué utilizar la literatura como instrumento para esto? Es así como el leit-motiv fundamental de la tematización de los cuentos de López viene a ser la política criolla y

su forma de practicarla. Esta ideologización es patente, y dominante, durante todo el período en que López asumió como verdad irrefutable las proposiciones contenidas en *La alimentación y las razas*. Pero un tono más flexible, aunque conciliatorio por estrategia y táctica, se advierte cuando comienza a abandonar tales esquemas y postula en algunos cuentos la construcción de la soberanía popular bajo la tutela de las élites, tesis ya contenida en *La paz en la República Dominicana*. O, finalmente, cuando acepta, y habría que determinar y situar cuáles circunstancias o conveniencias políticas lo condujeron a eso, la democracia como el ejercicio pleno de esa soberanía popular. ¿Por qué usar la literatura como instrumento para ilustrar unas verdades bien conocidas en su época? Volveremos sobre este particular más adelante.

Sin embargo, no siempre estas modalidades del pensamiento político de López presentan una correspondencia o identidad con la práctica literaria de los llamados cuentos.

Por ejemplo, un cuento como «¡Pa la caise!» está dedicado «A la eterna víctima», o sea, «Al pueblo dominicano», mientras que «El baile», pequeña pieza teatral en un acto, o «La política no tiene entrañas», exhiben las virtudes de la lucha por los principios democráticos enfrentados a la dictadura y al personalismo políticos, si bien quienes sustentan, como personajes, tales ideales democráticos e igualitarios (Alfredo, el hijo del general Leoncio) son al final víctimas de la «política sin entrañas» que simboliza la violencia que viene del poder. En cambio, «Siéntate, no corras» revela una valoración de la sabiduría maquiavélica de un campesino dominicano. El maquiavelismo está presente, como doctrina implícita de la acción, en «El baile», en «Al pobre no lo llaman para cosa buena» y en «Siéntate, no corras». Pero en otros textos de López hallamos los ecos de las estrategias maquiavélicas de cómo actuar eficazmente para obtener los objetivos que un sujeto se propone, sin que haya problema de culpa o problema moral en lo que se hace para obtener un fin ya sea a través del engaño, la manipulación o el crimen. En «Siéntate, no corras», el sentido político de la oportunidad está simbolizado por Gerónimo. Pero no hay en este campesino, al igual que en el vale Juan de «Al pobre no lo llaman para cosa buena», ningún principio activo orientado a transformar la opresión política que les causa, a través de la explotación, la miseria en que viven. Toda la ideología de la picaresca parece estar actuando, inconscientemente, en estos tipos de cuentos. Por esa razón, al igual que el

pícaro español como prototipo que se repandió en varias literaturas, los símbolos que son Gerónimo y el vale Juan, son todo lo contrario de lo que ocurre con Julián y el vale Pedro, personajes de «El general Fico», quienes prefieren huir, una vez abatido el caudillo local, hacia las montañas de Jamao, «un refugio inviolable, saldo de cuentas de los que tienen alguna que arreglar con la justicia.»⁴⁰

En esta huida está implícito el símbolo romántico de la montaña (la naturaleza) como libertad absoluta, pero nada indica tampoco que Julián y el vale Pedro pudieran tomar conciencia del problema político del personalismo y luchar por transformarlo. Hay que recordar que el político era el general Fico, no Julián o Pedro y mucho menos Rosa. La pretensión del general de abusar de Rosa forma parte, como asunto «personal», de la caracterización de las prerrogativas de las cuales, como «políticos» o jefezuelos locales, gozaban gentes como el general Fico. Además Rosa no es un signo que sea idéntico a ella misma como personaje, sino una simbolización, pedestal por cierto en ese tipo de texto que sirve para ilustrar ideas conocidas, de la patria, víctima del poder personalista. Es a esto a lo que en literatura se le llama denuncia. En cambio, la simbolización de la patria, víctima de ese tipo de poder, se halla un poco más elaborada en «El baile», encarnada por el personaje de María.

Toda esta concepción de la política como suciedad, traición y sinvergüencería es vista así por quienes se sienten víctimas del caudillismo personalista y se sienten impotentes para transformarlo. Y los cuentos, como elaboración semiliteraria de esa realidad, son una ventana abierta de una pluralidad de personajes (intelectuales, comerciantes, campesinos, mujeres, etc.) que se rebelan o denuncian esa situación, pero desde una óptica que no pueden modificar y terminan sucumbiendo ante el peso de la realidad y el poder político que los avasalla en el plano de lo social. La denuncia o la rebelión, al quedar encerradas en el plano de lo moral, refuerzan la política que combaten. En esto no caía el adversario caudillista y personalista, cuyos actos, orientados a lograr eficazmente sus fines, se enmarcan casi siempre, implícitamente, en la previsión, el cálculo, la razón de Estado o la fortuna maquiavélicos, no en la moralidad de dichos actos.

Consecuencia de esta moralización (como resto de una ideología medieval, más señaladamente para el caso de la sociedad domini-

40. *Cuentos puertoplateños*, ed. de 1904, s/i, p. 74.

cana) es la ideología política de los personajes que simbolizan el deseo, todavía en embrión, de una democracia igualitaria o participativa basada en la ley, en la cual la soberanía resida efectivamente en el pueblo. Pero además de ese imaginario que semejante democracia simbolizaría (recuérdese que los textos cuasi-literarios están imbuidos, y su autor también) de la ideología de la inevitabilidad del progreso y del moralismo vehiculados por los discípulos del positivismo hostosiano.

Y de 1844 hasta la época presente uno de los elementos relevantes en las formas de hacer política es aquella que se orienta al logro de intereses particulares. ¿Cuáles han sido los efectos de esta práctica política sobre la literatura? Que ella no pudo para ese siglo XIX de López ni aun bien entrados los años de 1930, liberarse de la servidumbre de ser espejo de la realidad en sus planos de lo social, de la historia y de la política, ya fuera para imitarlos o para denunciarlos mediante la burla o la rebelión. De ahí el efecto moralizador de los cuentos de López y de los otros cuentistas o novelistas de esa época anterior a 1930. Siempre ha sido más fácil tomar la literatura de instrumento o pretexto para denunciar la injusticia social y el poder político y sus abusos. Hacerlo abiertamente a través del ensayo, el artículo de prensa, la tribuna o cualquier otro discurso o práctica política entraña un riesgo que muchos no están en condiciones de asumir. Entonces la literatura, al ser conceptualizada como un ornamento social para deleitar a todos en las horas de ocio, es usada confesadamente o no para otros fines que le son ajenos. De ahí el fracaso de todo escritor que siga ese criterio.

Tampoco los escritores que conciben de esa manera el ejercicio de la literatura estaban conscientes de que la escritura, como valor poético, no se reducía a injuriar o denunciar verdades conocidas por todos en la sociedad. Pero aunque los grandes escritores de la humanidad (los griegos y latinos, Dante, Cervantes, Shakespeare, Baudelaire, Flaubert, Proust, Poe, etc.) estaban ahí para decirles cómo se escribía sin imitarlos, hay que decir en abono de los escritores de aquella época, que solamente se escribe con la idea que se tiene de cómo escribir y con la idea que se tiene de la literatura.

Y desde la llegada de Hostos al país, su positivismo, inculcado en la prensa, a través de las conversaciones personales y finalmente en las aulas, a parte de venir a fijar lo que era escribir y hacer buena literatura, se le dejó el campo abierto para fijar los valores literarios nacionales. Con lo que vino a constituir casi un dogma nacional su

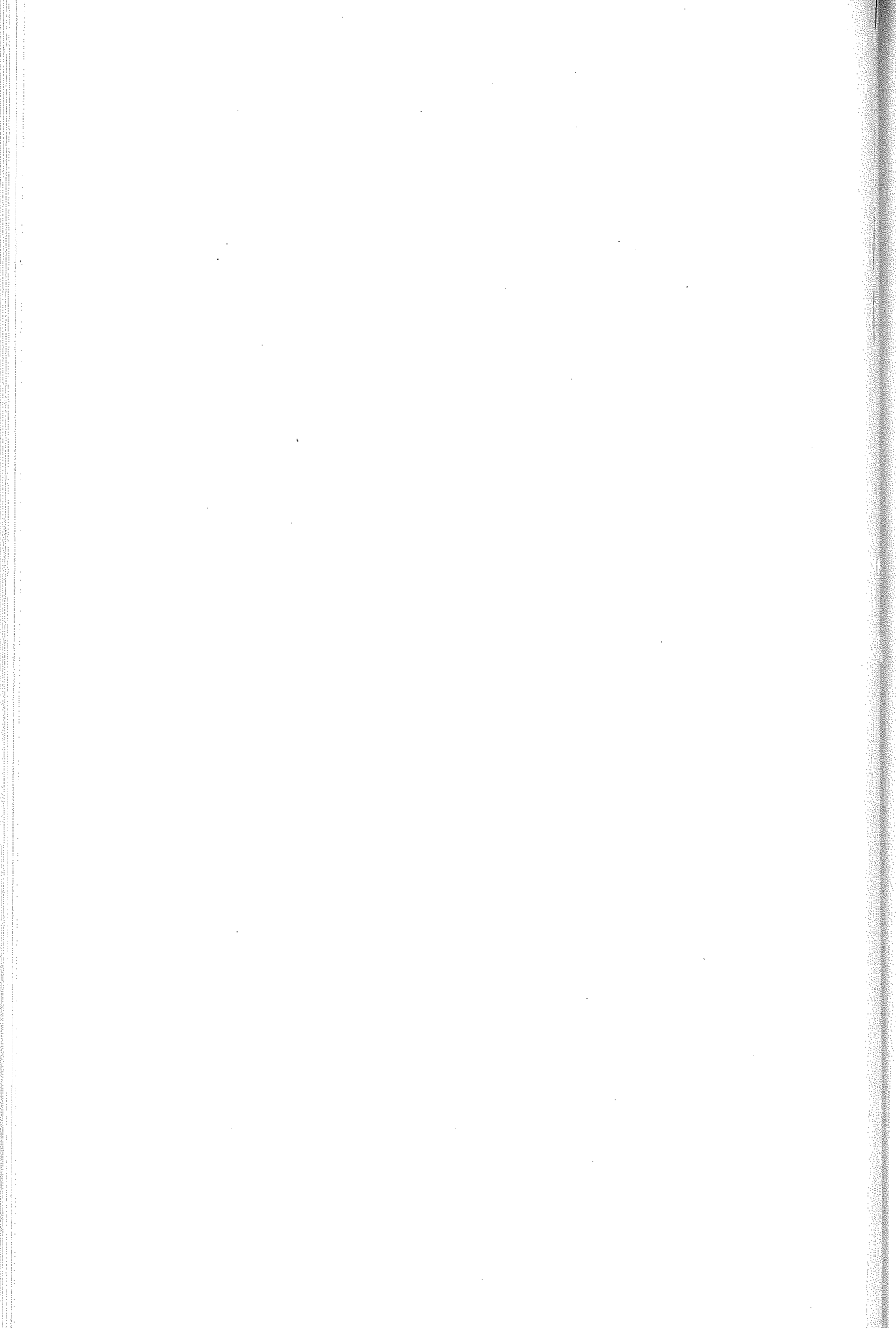
concepción de la literatura como ejercicio de la moral y del bien y como un instrumento eficaz de denuncia de los males sociales de un país. Y aunque Hostos analizaba a importantes escritores universales (como Shakespeare, por ejemplo), no podía dejar de leer las obras de éste y otros autores bajo el determinismo moral. La teoría literaria que Hostos implantó excluía expresamente el ejercicio de la imaginación como actividad creadora en la ficción. De ahí la condena de la novela en Hostos y su creencia de que la crítica literaria, como actividad científica, tiene por misión revelar en la obra los valores morales que ella contiene. Exenta de esos valores, tal obra queda reducida a una condena por incitar a la perversión de la sociedad. López, como los demás hostosianos, ortodoxos o no, heredó semejante concepción literaria.

No ha de extrañar, pues, en todos esos cuentistas y escritores formados bajo la férula del positivismo hostosiano en las Escuelas Normales, la reproducción, a nivel literario, de esa concepción moral de la sociedad y de la política.

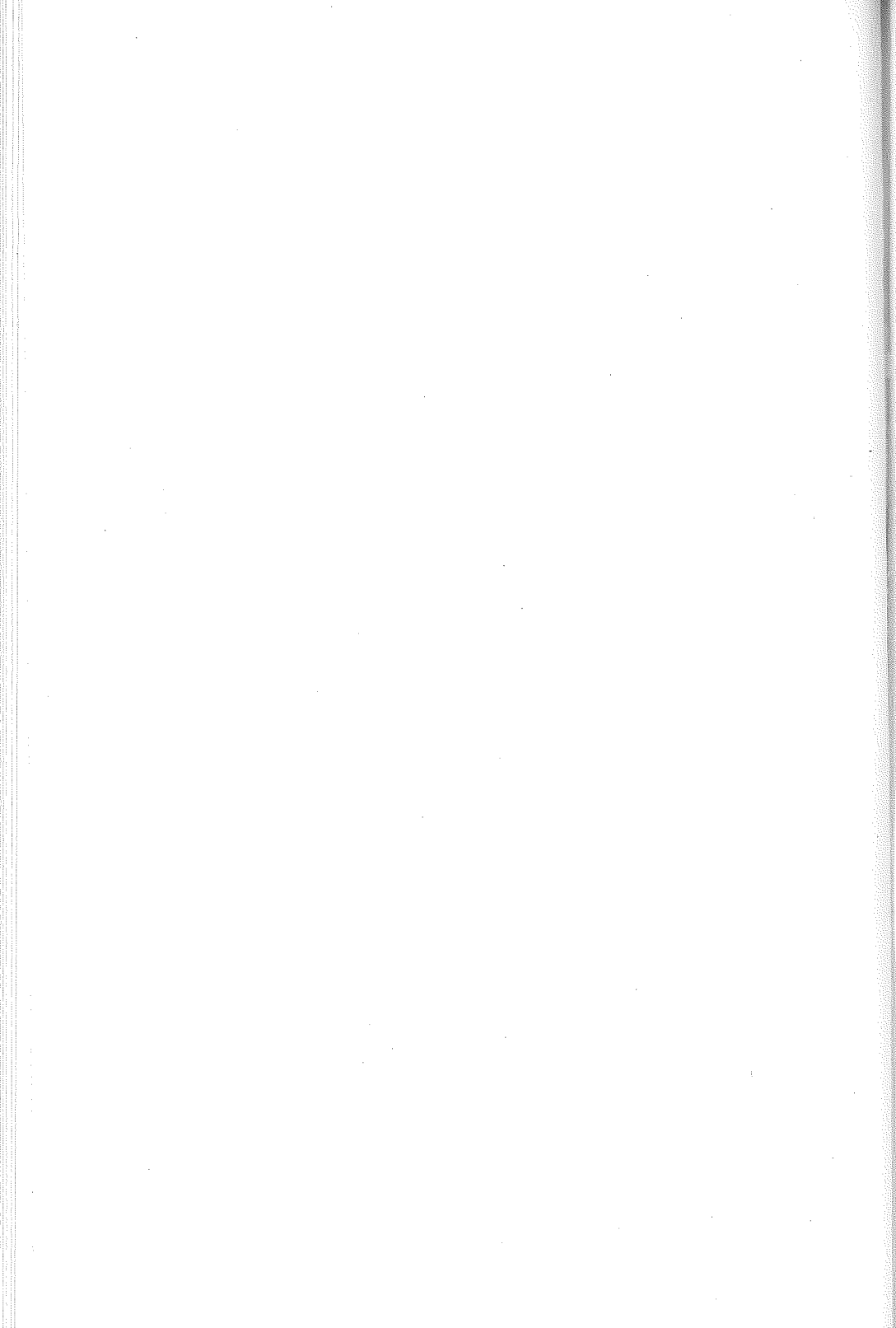
En mi opinión, solamente en "El baile" intenta López zafarse de esa concepción esquemática de la literatura como ilustradora de verdades conocidas. En dicho texto se manifiesta una pluralidad de personajes y situaciones, aunque carece de valor poético. Una de las finalidades orientadas del sentido en "El baile" es demostrar la tesis de que la política es abyección. Pero las referencias y connotaciones culturales a que apela son las que están ya en la cultura universal: Maquiavelo, Balzac, Laclos, Hostos.

De Maquiavelo, la política como cálculo, simulación y fortuna; de Balzac, el juego político como juego de máscaras para que los personajes alcancen sus fines políticos, amorosos y económicos; de Laclos, la epístola como estrategia de manipulación del otro; y finalmente, de Hostos, la democracia contra el caudillismo personalista reinante, símbolo del atraso político y causa de todos los males de la República.

Postulo que los textos de ficción de López, al ser ideologías reproductoras de las creencias y valores conocidos en una época dada de la sociedad dominicana, son un material de estudio interesante para las disciplinas sociales, independientemente de que en algunos de ellos se adviertan la burla o la denuncia. Se quedan tales textos, en el peor de los casos, en una rebelión que refuerza el poder.



CUENTOS PUERTOPLATEÑOS



JOSE RAMON LOPEZ. * * *

CUENTOS PUERTOPLATEÑOS.



Tomo Primero.

Santo Domingo. Tip. de Oigara.

1904.

Portada de la primera edición de *Cuentos puertoplateños*.

A la Señorita Presidenta y a los Señores Venerable Maestro y Presidentes de las Sociedades «Club Recreativo», «Logia Restauración», «Club del Comercio», «Fe en el Porvenir» y «Unión Puertoplateña»,

Puerto Plata.

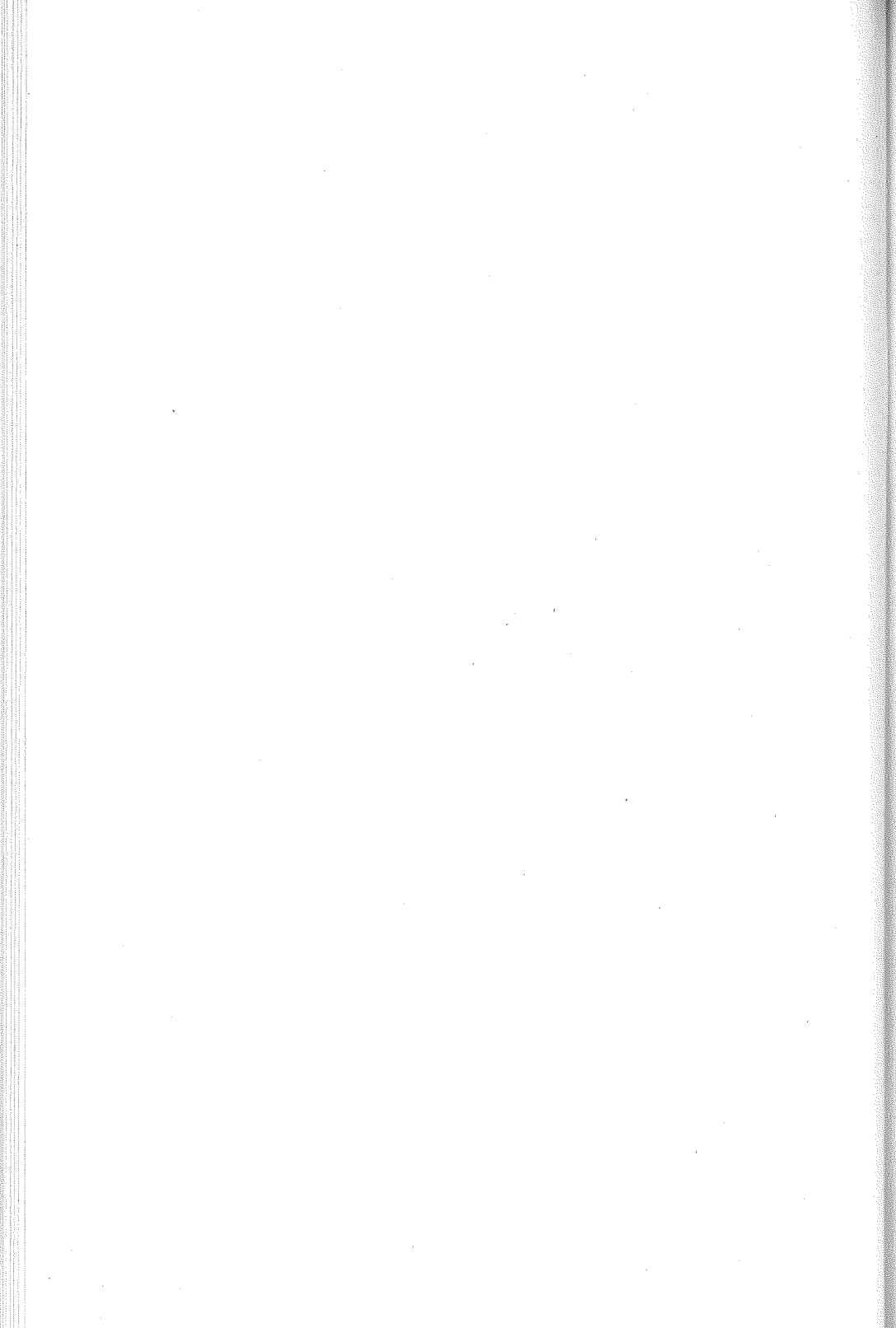
Puertoplateña es mi alma y puertoplateñas son mis producciones. Siento, por lo mismo, necesidad invencible de dedicar a la hermosa ciudad la primera colección de aquéllas.

Las pongo, como homenaje de cariño, bajo el ala protectora de las sociedades que Uds. presiden y que también representan la ejemplar cultura de Puerto Plata.

De Uds. s. s. y obsecuente amigo,

JOSÉ R. LÓPEZ.

Santo Domingo, 20 de mayo de 1904.



MUERTOS Y DUENDES¹

Siempre fueron los de Puerto Plata hombres independientes, algo ariscos y muy celosos de su autonomía individual hasta el punto de infringir abiertamente las cédulas y ordenanzas rigidísimas de los tiempos coloniales, a lo que los incitaba también el amor y el afán extraordinarios por el acrecentamiento de su pueblo que, preparado por la naturaleza para alcanzar gran desarrollo marítimo y comercial, se hallaba como encadenado por la prohibición de cambalachar con los *herejes extranjeros*, habiendo de contentarse con el escasísimo surtido que, muy de tarde en tarde, aportaba alguna nave española.

Escociales esto, y viendo que ni de S. M., ni de las autoridades locales recibieran alivio alguno, resolvieron procurárselo ellos mismos y a poco el contrabando era profesión a que muchos se dedicaban, comerciando con ingleses y franceses, marinos híbridos de piratas y negociantes, que recorrían clandestinamente toda la costa².

1. Emilio Rodríguez Demorizi, en *Cuentos de política criolla*, Librería Dominicana, Santo Domingo, 1977, informa que este cuento fue publicado en *La Opinión Nacional* de Caracas el 10 de marzo de 1891 y publicado un mes después en la República Dominicana por *El Porvenir* de Puerto Plata en la edición del 25 de abril de 1891.

2. Lo que sigue es una versión localista de la ideología según la cual las devastaciones de Osorio fueron la causa de los males sufridos por el pueblo dominicano desde la Colonia hasta nuestros días. En esta visión, el despoblamiento abrupto de una parte de la isla introdujo graves consecuencias en la formación de la nacionalidad domini-

Quejábanse los alcaldes al gobernador de la Isla, y a la Real Audiencia, y aquél al Rey, hasta que en 1606 Felipe III, encorocado con la pertinacia de los puertoplateños, que no desistían de sus tratos solapados, con una firma mandó desalojar y destruir las poblaciones marítimas de Yaguana, Bayajá, Puerto Plata y Monte Cristy, y que sus habitantes fueran internados para que fundaran nuevas ciudades en el centro de la Isla.

¡El éxodo! ¡Pena horrible! Aquella emigración a medias, sin poder llevarse a Isabel de Torres la más gallarda de las montañas, ni ese mar azul, alborotado por el Norte, y manso como una laguna al besar la ciudad por el Oeste; ni Los Mameyes que, según la tradición quien bebe sus aguas tiene que volver a Puerto Plata; ni ese suelo de la ciudad elevándose en gradas como un anfiteatro que cierra el muro de lomas allá a lo lejos.

Alborotáronse los paisanos. Era una iniquidad; más valía matarlos que arrancarlos de su pueblo, de su mar y de sus montañas. Hasta se habló de rebelión; de guerra, de cualquier atrocidad antes que marcharse de su pueblecito. Pero el Cura tenía gran influencia en las turbas, sosególas un poco, y las decidió a resignarse haciendo nacer la esperanza de que el Rey se apiadaría dejándoles regresar en breve caminito de su pueblo.

Cuando llegaron los emigrados de Puerto Plata con los de Monte Cristy al lugar que les designaron, llamáronlo Monte Plata, para no disgustar a sus compañeros y conservar casi íntegro el nombre de su pueblo, pues Colón lo bautizó con el de Monte y Puerto de Plata, encantado por la belleza de Isabel de Torres, cuya cima lucía una diadema de albas nubes en que reverberaba el sol como sobre argentina orfebrería.

Los expatriados de los otros pueblos resistieron tal cual las amarguras del destierro; pero los de Puerto Plata, poseídos de una tristeza invencible, desesperados, nostálgicos, echándolo todo de menos, fueron enfermando rápidamente, y perecieron casi a un tiempo como si mortífera epidemia se ensañara contra ellos.

Cuando llegaron al cielo, San Pedro, que les tenía muchísima compasión y que estaba tan furioso con Felipe III que lo esperaba para darle con la puerta en las narices y mandarlo derecho a los

cana al mismo tiempo que abriría las compuertas a las desgracias, pruebas y vicisitudes de la nación dominicana.

infiernos, asomó uno de sus grandes y luminosos ojos por el cristal del ventanillo y les dijo:

—Hola, hijitos. ¿Sois los de Puerto Plata?

—Sí, reverendísimo San Pedro. Nosotros tuvimos nuestro purgatorio en el mundo, y venimos creyendo que nos dejaréis pasar sin someternos a prueba.

—Indudablemente, hijitos, —contestó San Pedro mientras abría—. Estuvimos muy enfadados con aquella barbaridad. Además aquí está Colón que abogó empeñadamente por ustedes. Los quiere mucho y siempre recuerda que él mismo hizo los planos de la ciudad.

Y San Pedro se enjugó una lágrima con el dorso de su mano rugosa.

Pasaron adelante, y como se quedaran amilanados y tristes junto a la puerta, sin esa beatífica alegría de los escogidos, San Pedro lo atribuyó a timidez, y encomendó a un angelito de alas de iris que les sirviera de lazarillo y les enseñara los primores de la Gloria.

—Ea, hijitos, fuera penas —díjoles afablemente San Pedro—. A divertirse.

Y acompañó sus últimas palabras con una palmada.

Salieron con su cicerone, y a poco oyeron unos himnos verdaderamente celestiales, un canto como jamás había llegado a humanos oídos; se infiltraba dulcemente en el alma; parecía la voz de una divinidad benéfica y cariñosa y hacía soñar con dichas ideales infinitamente superiores a las que dan nuestros nervios torpes e insuficientes.

—Llévanos allá —dijeron al angelito.

Eran ángeles y serafines que entonaban alabanzas al Señor, desde una glorieta de nubes. Los puertoplateños estuvieron atentos como diez minutos, después se miraron con fijeza unos a otros sin atreverse a romper el silencio sobre que se levantaba aquel divino canto de mística idealidad.

Por fin uno preguntó al que le quedaba más cerca.

—¿Qué te parece, compueblano?

—Ay... no es malo ...pero aquel tiple, aquel güiro, aquella tamborita de nuestro pueblo... No puedo oír música sin acordarme... Aquello era la gloria —continuó saltándosele las lágrimas.

—Lo mismo me sucede a mí —contestaron dolorosamente los demás.

Se alejaron y el angelito les guió hacia otro lado por donde salían rayos de luz clarísima, de todos colores, que no ofendía la vista a pesar de que era tan viva, tan intensa que iluminaba interiormente los objetos.

Salían de los Palacios del Eterno, no solamente por las puertas, sino también al través de las paredes, cuyas moléculas de piedra brillaban como finísimos cristales.

Contemplaron el majestuoso edificio de una arquitectura fantástica, imposible acá en la tierra, porque la gravedad de los cuerpos no tiene las mismas leyes que entre nosotros y se presta a las combinaciones y a los caprichos más hermosos y variados que pueda imaginarse. Arcos inmensos, penachos como de pluma, tallados en piedra y balanceándose en el aire; cúpulas, torres afiligranadas, columnas inmensas... jamás se verá en la tierra cosa que le iguale.

—¿Qué te parece, compueblano? —preguntó otra vez el mismo que lo hizo antes.

—Está bueno; pero esto... está muy transparente con esa luz; y luego que en cualquier rato se rueda un canto y le rompe a uno la crisma.

—¡Ah! Nuestros ranchos, nuestras casitas: —agregó otro— ahí sí se vive bien. Tan curras, tan cómodas, tan frescas.

—Quién volviera —respondieron con un suspiro los demás.

Siguieron caminando; pero como todo servía para evocarles tristes recuerdos de su pueblo, resolvieron volverse a la portería y estarse ahí meditabundos y ceñudos; a ver cómo organizaban una colonia parecida a Puerto Plata, en esa gloria que para ellos era cárcel.

Al cabo de un rato San Pedro, que no quería verlos de esa suerte, comenzó a hacerles preguntas y a todo contestaban con su idea fija, con su pensamiento único: que se hallaban mejor en Puerto Plata.

—Pero aquí hay algo que indudablemente les gusta más que lo de allá.

—¿Qué, San Pedro? —le preguntaron asombrados.

—El alimento glorioso, hijitos, que no se come groseramente como en la tierra sino que está esparcido en el aire, y nos nutre continuamente, y nos hace saborear delicias como si fuéramos un paladar por todas partes.

—Ay, buen San Pedro, si probaras un sancocho, y unas longanizas con casabe de Puerto Plata... y al decirlo se relamían de gusto como si estuvieran catando esos bocaditos.

San Pedro soltó la carcajada, su carcajada franca y bondadosa.

—Ea, muchachos, —dijo luego— ¡a ver al Santísimo! Va a concederles la dicha de recibirlos.

Estaba la Santísima Trinidad envuelta en su nimbo refulgente de gloria, y a los lados y en las gradas, plácidos y bellos, la Divina Madre, los Apóstoles, y todos los Santos entre los cuales se destacaba Colón, que se sonrió al ver a sus protegidos.

El Señor se dirigió a hablarles cariñosamente, mientras ellos le oían postrados con humilde reverencia sin atreverse a levantar mucho la vista.

—Pero ¿qué tenéis, hijitos? Os veo afligidos como si no gozarais con la Gloria y en mi presencia.

—Señor... —balbucearon sin atreverse a continuar.

—Pobres muchachos; han sufrido tanto que ya se les ha hecho habitual la tristeza. Vamos, animaos. ¿Qué os hace falta? Pedid y os será concedido.

—Señor, Señor, ¡que nos volvais a Puerto Plata!

El Eterno se quedó admirado. ¡Rechazar la Gloria por ese pedacito de tierra!...

—Dejadlos ir —dijo Colón con una sonrisa suplicante—. Dejadlos ir, que allá estarán mejor. Es buena tierra.

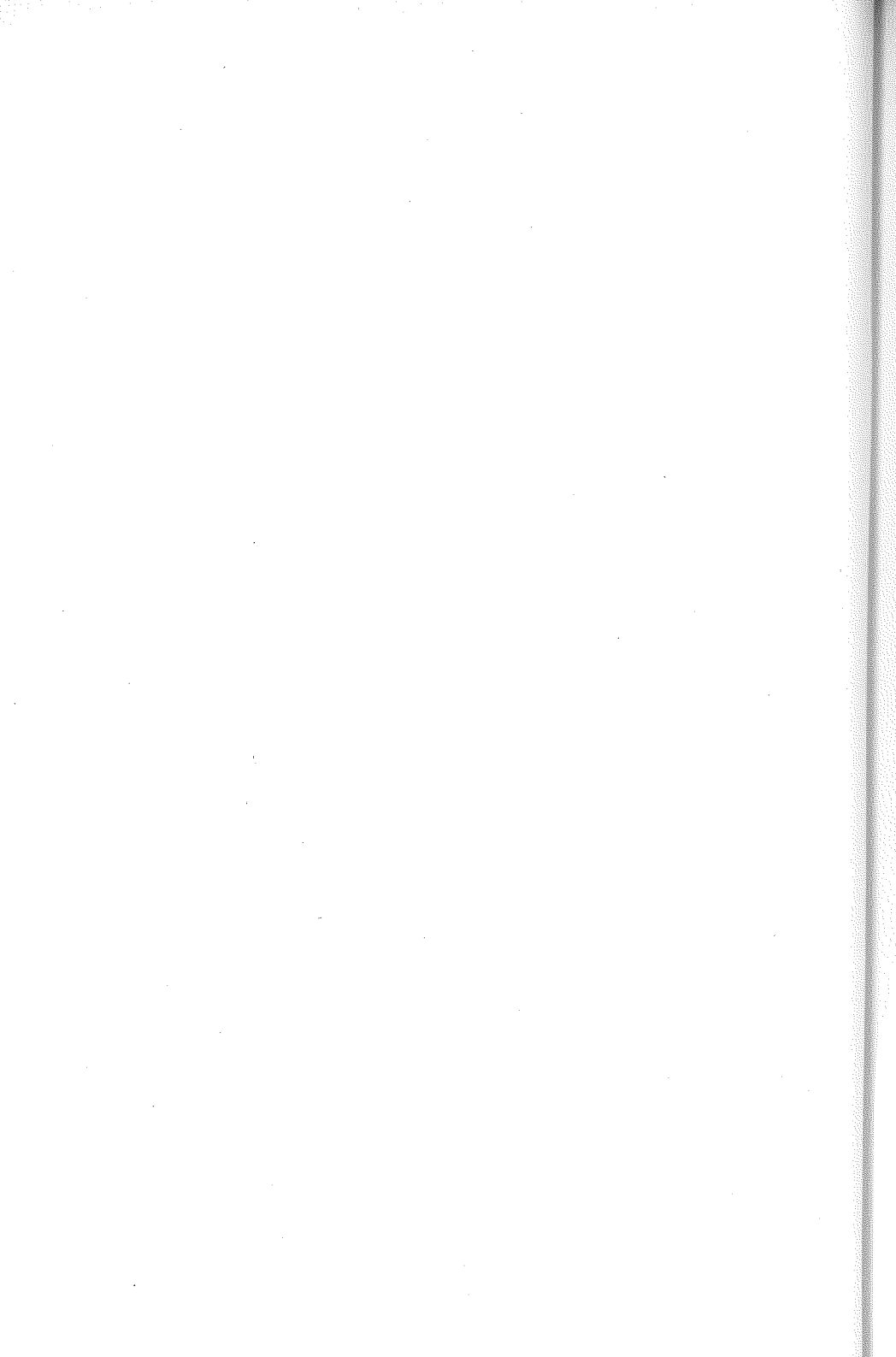
—Pues bien; que se vayan; pero la ciudad no se volverá a fundar hasta de aquí a un siglo, y vagarán en espíritu en medio de las ruinas hasta que sea reconstruida. Id, hijos, que San Pedro os abrirá la puerta.

En el Cielo no se recuerda alegría mayor que la de esos puertoplateños al oír el permiso que los restituía a la patria, y al despedirse del Portero Santo y emprender su camino de regreso por el infinito, entonaron una *media tuna* a voz en cuello.

Desde entonces salían muertos en todos los alrededores de Puerto Plata, y aún hoy aparecen de vez en cuando algunos.

Son las almas de los de aquellos tiempos, que todavía no han podido reencarnarse.

Pero aún así están contentos.



EN EL CIELO¹

Después que se reconstruyó la ciudad no tuvieron los puertoplateños tan fácil entrada a los cielos, porque las guerras y la malicia del comercio habían apimentado su carácter; y aunque San Pedro los miraba siempre con benevolencia, no era cosa de dejarlos entrar como a su propia casa, sin someterse a prueba alguna. Ya la procedencia no equivalía a cédula y patente limpia.

Sucedió que un día, o mejor, un momento, porque el cielo, no necesitando tinieblas para nada, tiene la monotonía de la eterna luz, llegaron a la puerta tres forasteros llamando con ruido inusitado.

—Apuesto a que son puertoplateños, —dijo para sí San Pedro al asomarse—. No los he visto más voluntariosos, ni más impacientes...

—¿Quién va? —preguntó luego aunque por pura fórmula, pues los había conocido en la manera de llamar.

—¿No está ahí San Felipe?

—¿Para qué le queréis?

—Señor, es el Patrón.

—¿Y bien?...

—Queremos que nos presente, que nos introduzca.

—Eh, San Felipe, San Felipe —comenzaron a vocear.

Vino el Santo, habló en secreto con el Apóstol, y en seguida se fue en busca del Padre Eterno, quien, colocándose detrás de un biombo, mandó que se acercaran los recién venidos.

1. Emilio Rodríguez Demorizi indica que este cuento fue escrito en Caracas y publicado en *El Porvenir* de Puerto Plata en la entrega del 14 de mayo de 1892.

—¿Quién eres y cuáles son tus pecados?—preguntó al más joven.

—Yo, Señor, —contestó cojeándole la voz— soy un gran pecador. Amaba a las mujeres una por una. Todo lo olvidé por ellas, a quienes dañaban mis volubles pasiones. Con lo que pude hacer bien hice mal. Pero, Señor, era tan espontáneo eso en mí que no podía contenerme. Yo era como el polen de las flores que el viento lleva de una a otra. Y luego, Padre mío, que un hombre perfecto es tan desabrido para las mujeres...

El Padre Eterno consultó a San Pedro, oyó la defensa de San Felipe, y con su bondad inagotable dijo al delincuente:

—Levántate: te perdono.

Llamó entonces al segundo pretendiente. Era un hombre que ya había pasado de la adolescencia. Curtido el rostro, la mirada fuerte, el aire marcial, se le conocía que era un combatiente.

—¿Quién eres y cuáles son tus pecados? —le preguntó también.

—Señor, yo amé mi patria, amé a la humanidad y luché mucho. Prediqué cruzada contra los malos, contra los opresores, unas veces con la tinta, otras veces con la pólvora. Los ególatras y los timoratos me llamaron revoltoso. Quizás entre el humo del combate mi espada atravesó algún contrario. Pero, Señor, a grandes males, grandes remedios: cortar es curar, cuando se corta lo dañado.

Volvió a opinar el Apóstol y a defender San Felipe, y el Padre Eterno dijo al puertoplateño que continuaba postrado.

—Levántate: te perdono.

Llegó su turno al último, un anciano acartonado con los ojos hundidos, pelada la cabeza, la nariz como un cuchillo.

—¿Quién eres y cuáles son tus pecados? —le preguntó Dios como a los otros.

—Señor, yo soy un buen hombre. Jamás desperdiicé mi tiempo en las mujeres, no tuve hijos, no me mezclé en política. Primero dejaba de comer que de ir a misa de sábadó. Cuando salía de mi empleo era para atender a los negocitos con que acrecenté mi fortuna. Y aunque me parecieron corrompidos los hombres y no cultivé amistades, logré fama de respetable en toda la ciudad.

San Pedro arrugó el entrecejo, a tiempo que palidecía San Felipe, y el Señor, mostrando al viejo la puerta con un gesto de abrumadora cólera, le gritó:

—¡Fuera! ¡Aquí no entran indiferentes!

LA OPINIÓN PÚBLICA¹

Este era... el *compai* Chan, vecino de Cafemba, al otro lado del puerto de Puerto Plata.

El *compai* Chan tenía su conuco sembrado de hortaliza; tenía un nieto de catorce años, fuerte como un *ácano*; tenía un bohío techado de yaguas; y... tenía sesenta años de edad, bien cumplidos.

Una mañanita, cuando aún no había asomado el sol su rubicunda cara por Oriente, y el campo era un tesoro... Poético, de brillantes de rocío, más grandes que granos de arroz, el *compai* Chan le dijo a su nieto:

—Juanico, apareja el bayo que hoy vamos al pueblo a vender unas berenjenas y unas ahuyamas.

Juanico acabó con el último trago de café que tomaba en una higüera, a la verita del fogón, agarró el lazo que colgaba de un estante, y se fue al cercado, a coger el bayo.

Lo trajo a la puerta de la cocina, lo aparejó, lo cargó, el *compai* Chan lo montó, con su garrote en la mano, y los tres se encaminaron al pueblo.

Venían ya por *Los Memizos* cuando pecharon a dos vecinos que marchaban en la opuesta dirección.

Se saludaron y pocos momentos después oyó el *compai* Chan que el uno decía al otro:

1. Este relato consiste en una adaptación de la fábula de La Fontaine, *El molinero, su hijo y el borrico*.

—¡Hombre, qué viejo tan *guagüero*!² Él, tamaño manganzón, montado; y el pobre muchacho a pie.

El *compai* Chan se atufó³ y pensó en echarle un sofoco al entremetido; pero después reflexionó que quizá tenía razón. Se apeó y le dijo al nieto:

—Ven, Juanico. Móntate tú, que yo voy mejor a pie.

Prosiguieron en esa nueva forma su camino, y poco antes de llegar a la boca de San Marcos encontraron a otras dos personas, las cuales, en cuanto estuvieron a alguna distancia dijeron:

—Pero miren qué muchacho tan desconsiderado. Él sobre el burro y el pobre viejo a pie.

Pasada ya la boca de San Marcos, reverberando el sol sobre la arena de la playa, el *compai* dijo a su nieto:

—Para el burro y déjame montar para que no sigan murmurando los habladores.

Y abuelo y nieto quedaron encaramados sobre el animal.

No habrían avanzado media cuadra, cuando salió del cocal un individuo miembro, tal vez de alguna sociedad protectora de animales, e increpó así a los dos jinetes:

—¡Pero ustedes no tienen caridad! ¡Van a matar ese pobre burro! ¡Ya era bastante la carga y además se le montan dos hombres encima!

El *compai* Chan, que era mulato, se puso cenizo de rabia. Pero, de ningún modo quería un pleito al puño, y se apeó ordenándole a su nieto que hiciera lo mismo.

Continuaron marcha a pie, y al llegar a la *Boquita*, o sea la boca de Los Mameyes, les salió al encuentro una mujer y les dijo:

—Pero no sean animales. Con un burro tan fuerte como ése y vienen a pie un pobre viejo y un muchacho...Móntense.

El *compai* Chan se quedó mirando a la interlocutora, y, luego refunfuñó:

—El acierto no es una suma de opiniones incompetentes. Es una sola opinión ilustrada. No vuelvo jamás a llevarme de la opinión pública, que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena. ¡No me monto! ¡Por los clavos de Cristo!

2. Persona que le gusta aprovecharse de otra (Consuelo Olivier Vda. Germán A. *De nuestro lenguaje y costumbres*, Impresora Arte y Cine, Santo Domingo, 1971).

3. Se enfadó (Pedro Henríquez Ureña, *Diccionario dominicano*, Editora Alfa y Omega, Santo Domingo, 1982).

CARAS Y ALMAS

La vieja *siña* Caridad rezaba todas las noches el rosario, rodeada de ocho a diez nietezuelos a quienes estaba iniciando en los misterios de la religión.

Una noche de luna, noche serena y tranquila en que se veía por la puerta del patio la enorme mole de *Isabel de Torres* como un coloso reposando, mientras por la de la calle se distinguía el Océano y entraba su armónico mugido, como el de una vaca monstruosa que acaricia su becerro, *siña* Caridad al terminar sus oraciones quiso como de costumbre, referir alguna sugestiva anécdota de la Historia Sagrada, que despertase la curiosa atención de sus infantiles oyentes.

Uno de los chiquillos le interrumpió preguntándole:

—Dime, *mama Caridá*, ¿por qué Juanillo el vecino no tiene cara igual a la de la gente, sino que parece un gato?

—Eso —contestó gangosamente la interpelada— depende de la hora en que llegó a la Gloria a buscar cara.

—¿Cómo? ¿Los muchachitos pueden buscar la cara que quieran?

—La que quieran no; pues todos se confundirían entonces con los ángeles; pero sí la que llevan.

—¿Y cómo es eso, *mama Caridá*? —preguntó la mayor de las hembritas.

—Pongan atención, que ahora voy a explicarles. A pesar de lo que dicen por ahí unos cuantos ociosos, hay un Dios que vive en la Gloria y se ocupa constantemente en nosotros. Cuando la guerra con los haitianos, él nos dio la victoria porque ellos no respetaban las iglesias; y cuando hubo pleito con los españoles ganamos porque los

soldados blancos decían muchas blasfemias. Dios, desde que amanece, se pone a fabricar caras para los que van a nacer ese día. Trabaja que trabaja se está horas enteras, hasta que le coge la noche, le entra cansancio y sueño y como son muchísimos millares de caras las que tiene que hacer cada día, las últimas las fabrica a la carrera y de cualquier modo. Unas con ojos muy chiquitos, otras con narices de fogón, otras con orejas de elefante, y así el millón de deficiencias y descuidos.

—Bueno, *mama Caridá*; pero... —interrumpió uno de los chiquillos.

—Cállese y oiga, que todo será dicho a su tiempo —replicó la vieja—. Ya les dije cómo hace Dios las caras. Desde que amanece empiezan a llegar al cielo los muchachitos sin cabeza, pidiendo por señas una cara, y Dios les dice:

—Cójanla ahí, en ese rimerero.

Por supuesto, los que llegan primero encuentran caras lindísimas, con las cabecitas cubiertas de largos y sedosos rizos; pero los que llegan tarde o de noche sólo encuentran caras de irrisión, esas caras estrambóticas imposibles como la del vecino de enfrente.

—¿Y cómo se llama la fealdad de él? —preguntó el más pequeño de los chiquillos.

—La fealdad ha sido clasificada en dos grandes familias. Después que Dios hace las caras de la mañana, caras lindas, las de la tarde y la noche resultan caras zoológicas y caras botánicas. Las ve usted que parecen de puerco, de perro, de gato, de animales feos. Ésas son las zoológicas. Las otras parecen patillas, auyamas, melones, lechosas y por eso son botánicas.

—Bueno *mama Caridá* ¿y las almas?

—¿Las almas? Ésas se reparten el día del bautismo. Cuando llevan el niño a la pila, como Dios está en todas partes ve la cara del neófito y le busca un alma gemela... ¿Tiene cara de tigre? Pues allá va un alma de tigre. ¿Tiene cara de cerdo? Pues allá un espíritu cerdoso... ¿Tiene cara de auyama? Pues una auyama le endosa por alma. ¿Es acaso de batata la cara? Pues le cambia el corazón por un tubérculo.

Eso les explica a ustedes por qué el vecino tiene cara de gato. Y lo que es ladrón sale, porque ya lo han dicho los italianos: *desconfía de los señalados por la mano de Dios*.

EL ORIGEN DEL HOMBRE

A Don J. B. Vicini Burgos¹.

La última vez que se peleó en las calles de Puerto Plata estaba yo en el segundo piso de la Gobernación cuando se me acercó, acabado el tiroteo, un amigo mío. Su rostro retrataba la mayor aflicción y dos lágrimas corrían por sus mejillas.

—Hombre —me dijo accionando desesperadamente— ¡qué injusticia se ha hecho a los pobres monos!

—¿Y quién ha sido? —pregunté sin darle importancia al asunto.

—¿Quién ha de ser —replicó— sino ese Darwin?

—¿Y qué ha hecho Darwin?

—Una calumnia, mi querido amigo. ¡Una calumnia! ¡Ha calumniado a los pobres monos!

Creí que el susto había trastornado la razón a mi infeliz amigo, y sonreí tristemente sin saber qué decir.

—No sonrías —me gritó él—. ¡No sonrías! Es cosa muy seria. ¡Ha calumniado a los pobres monos!

—Explicame eso —le contesté, a ver qué sacaba en limpio.

—Ya ves —me replicó algo más calmado— la inutilidad de este combate, entre tropas capituladas ya y tropas que vienen a tomar posesión de una ciudad entregada. Ha sido por gusto, por placer insano de matarse unos a otros. Se odian, se detestan aun sin cono-

1. Comerciante en quien recayó la Presidencia Provisional en 1923.

cerse. No hay carne más sabrosa para el hombre que la carne humana. En cambio, ¿cuándo has oído decir que un mono mató o se comió otro mono? Es vegetariano por no hacer daño a animal alguno. El gusano más humilde puede pasar a su lado sin temor de recibir perjuicio. ¡Y que Darwin —exclamó levantando el tono— diga que el mono es el abuelo del hombre! ¡Qué horror! ¡Qué calumnia contra los pobres monos! ¡Tú que escribes, reivindica su buen nombre, por Dios!

—Y entonces —repliqué yo— ¿de quién desciende el hombre?

—La verdad, si yo fuera materialista diría que del tigre, del puerco, y del burro, pero creo en el Supremo Creador y en la homogeneidad y casi simultaneidad de la creación del orbe. Así, pues, confieso que, como lo dice la Biblia, el hombre fue fabricado con barro.

—Y entonces.

—Es que la Biblia no lo dice todo. Dios se propuso poblar los mundos y tenía en su laboratorio barro para todo: barro de fieras, barro de pillos, barro de brutos, barro de inteligentes. Se sentó el primer día e hizo burros, cerdos, vacas, caballos, camellos y otras bestias de carga, de leche y de matadero. Al segundo día cogió otra artesa y fabricó ratones, zorros, culebras y otros animales marrullos. Al tercer día se sentó delante de otra artesa y diciendo: «Ya hay pasto para esta otra gente» moldeó tigres, leones, jaguares, leopardos, onzas, lobos y cuanta alimaña anda aterrorizando por los bosques. Así continuó y, al sexto día, ya sólo le quedaban las artesas sucias.

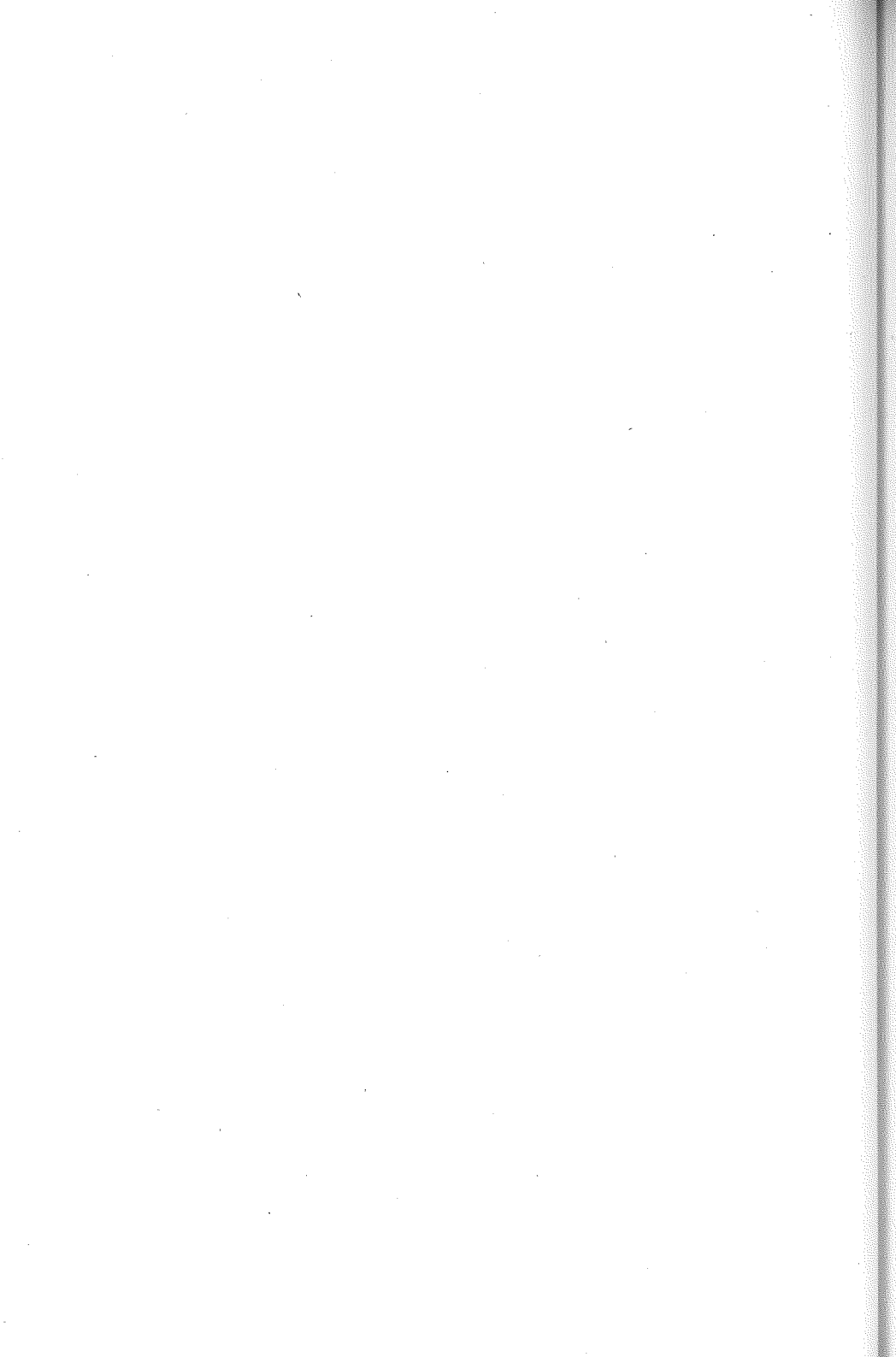
—¿Qué haré ahora? —se dijo el Señor de los mundos...

Pensó un rato, y luego empezó a rasparlas hasta dejar limpias las cinco artesas. Entonces, con el polvo mezclado de todas, amasó un nuevo ser, se esmeró en la escultura y, como el barro era escaso, le salió en dos pies, sin rabo y con poca trompa. Ése fue el abuelo de la humanidad, don Adán, el cual no hizo bellaquería alguna; pero como en los hijos se perdió el equilibrio de los diversos polvos componentes, ya en la primera generación Caín, en el cual predominó, por atavismo, la fiera, cometió un fratricidio con Abel².

2. Tanto este relato como el anterior sustentan la conocida idea de que el comportamiento humano es fundamentalmente deudor de las cualidades innatas e inmutables del hombre. Dicho relato nos habla en particular de una pérdida del equilibrio de los

Nada, pensé, mi amigo está algo desequilibrado. Pero después, viendo cómo los hombres se devoran entre sí, física y moralmente; cómo las personas que se deben amistad, cariño, compañerismo, vuelven las armas para herir al que debieran dar la mano, llego a pensar que aquel amigo había leído entre líneas lo que la Biblia quiso decir sin detallarlo.

elementos constitutivos de la naturaleza humana que la acercan a la animalidad. El autor sostiene un razonamiento similar en su ensayo *La alimentación y las razas*.



NO HAY¹

Desde pequeño era Gregorio un ambicioso y llevaba la envidia como cáncer en el pecho. Miraba torvamente lo ajeno, cual cosa que le hubiesen robado, y una frase de elogio para sus condiscípulos era puñalada que le clavaban en el corazón. Así creció tropezando con todo. Marchaba aguas arriba por el río de la vida, rechinando los dientes, viendo una usurpación en cuanto le rodeaba.

Había en él irradiaciones antipáticas, efluvios repelentes que causaban frío como si su alma fuera piel de rana. A cierta distancia era insufrible. Sólo la pequeña Inés pudo vencer esa repugnancia y adorarle, ¡pero de qué manera! Le idolatraba con toda la vehemencia del manojito de nervios que componían su personita delgaducha y pálida; se había fusionado con él espiritualmente, y sin comprender el alejamiento de todo el mundo, le era grato que nadie le disputase a Gregorio, que fuese para ella nada más.

*
* *

Tuvieron una hija. Una chiquitina toda gracia que les traía colgados de sus monerías. Cuando echó a andar sobre sus piernecitas

1. Este cuento fue publicado con anterioridad en *El Lápiz*, Año II, número 23, del 25 de enero de 1892.

vacilantes, se hizo la mimada del barrio. Era un regocijo aquella flor ambulante, con su carita picaresca, en que se esbozaban las facciones delicadas de la madre. Ninguna tan picotera como ella a los dos años; hablaba desde que amanecía Dios hasta la noche un guirigai encantador, todo chiste, sembrado de risitas francas con retintín de campanilla que enamoraba oírlo y no había sino conocerla para desvivirse por tener entre los brazos aquel cuerpecito blando y elástico que tenía imán para lãs gentes y se daba con todo el mundo, al extremo de que fue conciliándole a su padre algunas voluntades.

Pero cuando éste se extasiaba mirándola y pensando en el porvenir, renacía su ambición, su insana codicia y aquella almita virgen a quien debía un nombre honrado que le sirviera de égida en la vida, no le inspiraba sino ideas sombrías, planes horribles que se desarrollaban en su mente con espontaneidad igual a la de la tuna en suelo árido. Amaba entrañablemente a su hija, y no veía otra felicidad para ella que el dinero, riqueza, mucha riqueza, asíapestara a infamia.



Tiempos revueltos, exaltación popular, opresión, conspiraciones, guerras... tinieblas son en que luce la aureola de gloria de los buenos, hiere a mansalva el puñal de los asesinos, y hace su agosto a zarpazos la garra de los Tartufos, los Harpagones y los Macbeth, que salen de sus antros y merodean entre sombras.

Por esos tiempos fracasó una tentativa revolucionaria y Gregorio fue a la cárcel junto con muchos patriotas. Había salido de su retraimiento habitual, y afectaba una verbosidad patriotera, neurosis de entusiasmo comunicativo que encantaba a los otros, haciéndoles hablar cuanto sabían, de manera que ni lo más recóndito era secreto para él. El juicio, una parodia de juicio, se apresuraba, unas cuantas preguntas, y al patíbulo. La inquisitiva no era más que para descubrir nuevas víctimas.

Condujéronlos al Tribunal con aparatoso despliegue de fuerza. Iban serenos, tranquilos, con la satisfacción dulce del deber cumplido, suave bálsamo que cura el alma atribulada. Si los tiranos pudieran elevarse hasta la conciencia de sus víctimas, ¡qué desaliento comparando tan cabal sosiego a la borrasca que castiga la suya! La proximidad de la muerte, de criminales tan temida, el

cierzo frío que señala el límite de la existencia, sólo alcanza a dar más gravedad a los que marchan a ultratumba con el alma coronada de azahares.

Empezó el interrogatorio. Nombre, residencia, edad de adolescentes... de ahí no les sacaban una palabra a esos bravos que nada temían. Pero cuando le llegó el turno a Gregorio, se quedaron asombrados. No concebían tanta traición, tanta maldad, tanta hipocresía. Aquel hombre estaba enrolado en la policía secreta y denunció la conspiración con rasgos hiperbólicos. Él era quien los condenaba a muerte. Convertía el obscuro salón de negros tapices en antesala del sepulcro, y hacía oficiar de Parcas a los tres jueces de cabellera blanca y largos levitones.

Caía la tarde. De la cumbre de Isabel de Torres avanzaban las nubes, cubriendo el cielo como una bóveda de plomo; harineaba una lluvia fina que humedecía el aire. Día triste de luz opaca. La noticia se extendió con rapidez eléctrica por toda la ciudad, y no había labio en que se dibujara una sonrisa. Tantos condenados a muerte... Horror; "que Dios confunda a los traidores", decían todos, sombreado el rostro por la aflicción.

Gregorio salió del Tribunal muy satisfecho. "Abundancia en lo sucesivo; mi porvenir está seguro", era su pensamiento. Pero a medida que adelantaba por las calles, las puertas de todas las casas se cerraban bruscamente, como si los dueños temieran el contagio. A su espalda oía una que otra voz que le gritaba "Judás", y entonces aceleraba el paso. Quiso saludar a los conocidos que encontró en su camino, pero todos, invariablemente le volvían la espalda.

Llegó a su casa. La criada no había vuelto hacía horas, y su esposa enferma necesitaba alimentos. La infeliz le recibió transportada de júbilo: aún no conocía lo que ya indignaba a toda la población. "Espérame, le dijo Gregorio, voy a buscar de todo: tengo dinero." Y se fue a la tienda vecina a comprar provisiones.

—¡No hay! —le respondieron en coro, ruda la voz, áspero el semblante.

Siguió al despacho más próximo.

—¡No hay! —le respondieron también.

Siguió de tienda en tienda, rogando lastimeramente que le vendiesen algo.

—¡No hay! —era siempre la inflexible respuesta.

Entonces comprendió la horrible situación en que se había colocado. Le excomulgaban. Ni una palabra, ni un saludo. Ni agua, ni

pan, ni fuego. No se quería ningún género de comunicación con él. Quedaba aislado, separado del resto de la sociedad por muro infranqueable. La sangre le quemaba como fuego en las venas. No sentía la humedad del aire, la frialdad del agua que le empapaba el vestido, y seguía andando en la oscuridad de esa noche grimosa, pareciéndole que desde el seno de la tierra salía aquel fatídico "No hay". ¿De qué le servía el oro que llevaba en los bolsillos, si ni aun prodigándolo podía alimentar a los suyos? Recordó las buenas gentes que querían a su hija. ¡Por amor a ella, por caridad, un pedazo de pan para la madre y para la pobre inocente! Estaba a la puerta, iba a hablar, cuando sonó una descarga y oyó su nombre entre maldiciones. Retrocedió espantado. ¿Qué iba a hacer? Una de sus víctimas era el hijo de aquella familia.

Andando como un loco se encontró frente a su casa. Aún no había luz encendida. Entró a tientas, y llorando se aproximó al lecho en que sufría la pobre Inés. Ella le conoció en los pasos. Ya estaba enterada por la sirvienta que vino por su hatillo, y se fue para siempre como de lugar maldito. El temperamento nervioso de Inés se rebeló con estremecimiento de asco, y le gritó:

—Vete. Aquí no hay sitio para ti.

Aquel golpe rudísimo, aquel "no hay" inesperado, le hizo tambalear, y dio media vuelta para salir, pero cuando ganaba la calle, Eufrosina, su pequeñuela, que estaba acurrucada sollozando en un rincón junto a la puerta, se acercó a él preguntándole "qué cosa era un Judas, y por qué no había pan, ni leche, ni nada que cenar, ni luz siquiera en esa noche, y por qué la habían echado de enfrente". Entonces Gregorio no pudo ya más, no le fue posible resistir el timbre de la voz infantil que le acusaba sin saberlo, y emprendió una carrera vertiginosa, cruzando las solitarias calles, tropezando y cayendo en la oscuridad para levantarse cubierto de lodo y seguir corriendo siempre, extraviada la vista, los cabellos erizados... Acudía a Dios, imploraba su gracia, su piedad infinita, y la implacable frase grabada en su cerebro, le hacía creer que los cielos le respondían:

—¡No hay, no hay!

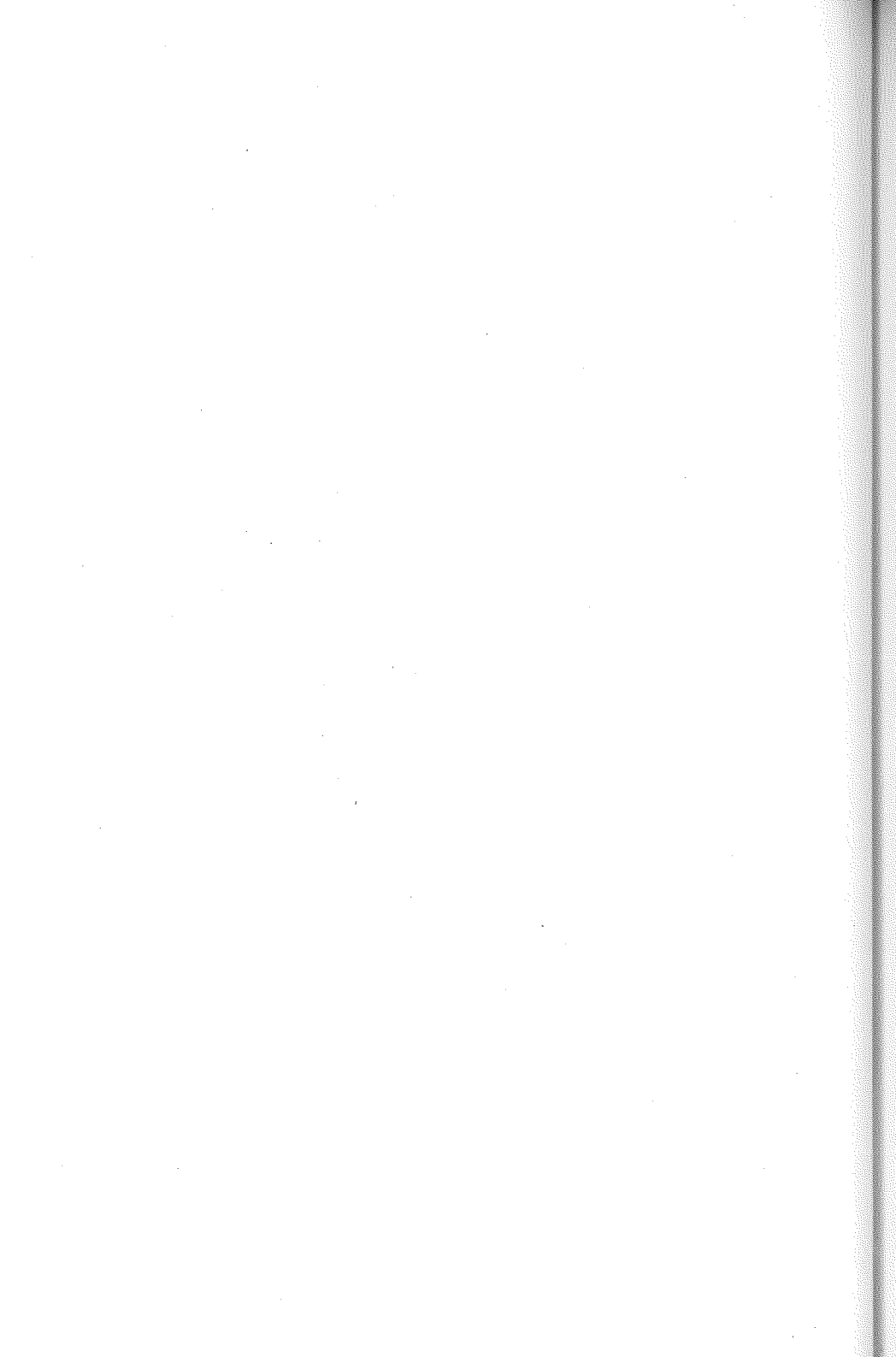
Y seguía corriendo.

La razón se le desvanecía por momentos. Figurábasele que una turba de demonios con largas uñas, colas descomunales y ojos fosforescentes le seguía pisándole los talones y gritándole «no hay, no hay» y llevando un coro infernal con el choque de cuernos y el castañeteo de dientes... Perdió la respiración y cayó desvanecido.

Cuando volvió en sí, se apretó la frente con las manos, como para renovar sus ideas. Miró en derredor, y estaba frente a una casa mortuoria. Adelantó algunos pasos. Mujeres vestidas de negro arrodilladas en círculo oraban ante un cadáver colocado en su ataúd. Se acercó más, reconoció la pálida cara del muerto, parecióle que sus rígidas facciones se animaban, que su víctima también iba a decirle «no hay», y volvió a correr, a huir de todo, a huir de sí mismo, queriendo dejar atrás su alma presa del remordimiento.

•
• •

Al otro día cerca de *La Puntilla*, donde entierran a los que suben al patíbulo, encontraron unos pescadores, flotando en el mar, los restos de Gregorio. Parecía milagro que ni los tiburones querían acercársele.



EL GENERAL FICO

A Don Andrés Julio Montolío¹

Venía cabizbajo de Las Escaleretas a La Palma, siguiendo a lo largo del camino en su caballo rucio avispado, al que soltó las riendas sobre el cuello, por lo que el rocío iba paso entre paso, imprimiendo al jinete un movimiento oscilatorio que le inclinaba tan pronto a uno como a otro lado de la bestia.

El jinete era feo. Las piernas encorvadas por el hábito de montar a caballo, encajaban sobre el cuerpo del animal circunvalándolo como una cincha, y estaban envainadas en sendos pantalones, anchos y sobre-cortos que dejaban en descubierto cuatro dedos de jarrete musculoso y peludo; y después unas medias de a real, caídas sobre los *zapatos de orejas* salpicados de lodo, con enormes espuelas de cobre bien aseguradas, rechonchos y sin lustres, fundas de los enormes pies que no se calzaban sino los domingos y fiestas de guardar. El tronco era robusto, cuadrado, ordinariote, terrible con su chaquetita corta y mal traída, de gusto y hechura rural, huyéndole a la pretina de los calzones, a dos dedos de ella, con anchos bolsillos donde guardaba el descomunal cachimbo de tapa y la vejiga de toro henchida de picado andullo, y dejando ver los pliegues de la camisa listada y la ancha correa de que pendían el sable

1. Articulista político y literario. A raíz de la publicación de *La alimentación y las razas* de José Ramón López y de la crítica que le hiciera Rafael J. Castillo, Andrés Julio Montolío escribió un comentario sobre los diferentes puntos de vista expuestos tanto por Castillo como por López.

truculento, el cuchillo *Collin* de luciente y afilada hoja, y su revólver de *Mitigüeso*², que así lo llamaba... Y como coronamiento de aquel sagitario tremebundo, de aquel ecuestre Hércules pigmeo, una cabeza sobre cuello apoplético, con la faz cetrina teniendo por frente una pulgada de surcos rugosos entre el cabello apretado y las alborotadas cejas, tras las cuales brillaban, emboscados como salteadores, dos ojillos negros de expresión felina entrecerrados ahora, mirando paralelamente a la nariz de forma cónica, rematada en trompa y como queriendo zamparse en la espaciosa boca de labios gordos y negruzcos, que se abría hasta cerca del remate de las quijadas como agallas de tiburón que, con los pómulos salientes le cuadraban la cara. De ésta, a manera de velamen se destacaban una chiva larga y puntiaguda, y dos orejas espantadizas, desconfiadas, adelantándose en acecho para oír mejor. Y por sobre todo ese conjunto abigarrado y monstruoso un breñal de cabellera amoldada al sombrero y al pañuelo que llevaba atado, y afectando las formas de un paraguas o de un hongo.

Era el General Fico, cacique el más temido en los alrededores. Machetero brutal y alevoso. Holgazán consuetudinario que vivía cobrando el barato de todo en toda la comarca.

De súbito se irguió como por resorte, arrendó el caballo, y en todo su ser se reflejó una expresión de fuerza bruta irritada, de tigre hambriento que olfatea la presa y se alista a caer de un brinco sobre ella. Aguzó el oído, y creció la ferocidad innata de su gesto, avivada por la pasión; sus ojos despedían relámpagos, y sus músculos se marcaban con brusquedad sobre la piel, como las venas hinchadas de sangre. Se apeó del caballo, sacó su revólver y se lanzó con paso cauteloso hacia la selva por entre la cual iba el camino. Cinco minutos hacía que andaba así, escudriñando por entre el claro de los troncos y las malezas, cuando vociferó una interjección de rabia, y se quedó parado entre dos ceibas de alto y grueso tronco.

—Ei diablo me yebe. ¡Bien sabía yo que era beidá! ¡Y me oyen eso do sinseibires, bagamundo je oficio y se han laigao! ¡Si yo cojo a ese güele fieta y a esa arratrá!...

Aquí se contuvo, y volvió a examinar los árboles.

2. También Miste y hueso o Misti-güeso. Corruptela de Smith and Wesson, que es la marca de un revólver muy usado en el país (Carlos Esteban Deive, *Diccionario de Dominicanismos*, Politecnia Ediciones, Santo Domingo, 1977. De ahora en adelante abreviado *CED*.)

—Noh ay dúa —continuó—. La señaí no manca. Aquí taba ei picando ei palo con su cuchiyó, sin atrebeise a miraila y eya detrás de lotro palo con lo sojo bajo ei calabaso de agua en ei suelo y jasiendo un agujero en la tierra con ei deo grande dei pie. Eso jueron lo goipe que oí. Pero ai freí será ei reí. No ar plaso que no se cumpla ni deuda que no je pague.

Y regresó mascullando tacos y maldiciones al camino, donde volvió a enhorquetarse sobre su caballo y siguió marcha a la casa de *vale* Pedro que se veía sobre un cerrito a distancia de un cuarto de milla contrastando su techo pajizo y su maderamen de tablas de palma con el verde panorama, ondulado de colinas y vallejuelos que la rodeaba.

Ya no iba cabizbajo. El pensamiento airado no se refleja mansamente en la fisonomía: es el resplandor de un incendio que caldea el rostro y se propaga al ademán. Entre uno y otro parpadeo flameaban sus ojillos como brasas sopladas, y se aventaban sus narices a compás de las crispaduras de sus puños. De cuando en cuando espoleaba maquinalmente el rucio, que en la primer arrancada hacía traquetear el sable encabado, golpeándolo sobre un costado de la silla. Torció a la izquierda y ganó la vereda que conducía a casa del *vale* Pedro.

Ideas salvajes de deseos, venganza y exterminio azotaban el pequeño cerebro del General Fico. Estaba locamente enamorado de Rosa, hija del *vale* Pedro, la más linda campesina de los alrededores; pero la muchacha se resistía a corresponder esa ferviente pasión carnal de groseras manifestaciones, y desechaba las oportunidades de encontrarse con el fauno que no le perdía pies ni pisada, en su empeño de conquistarla a todo trance. Él había perdido la tranquilidad de bestia saciada con los nuevos apetitos que le agujoneaban. Su pobre mujer y sus chiquitines andaban ahora temblando cuando él estaba en casa, porque se quedaba horas y más horas meciéndose en la hamaca, con el gesto áspero de mastín en guardia echando pestes como si para eso y para hartarse solamente tuviera la boca; cuando no les llovía una granizada de puntapiés y garrotazos sin motivo alguno. Recordaba en este momento las facciones de Rosa, dulces como una sonrisa: su lozanía robusta y graciosa, que parecía que iba a estallar como la concha de una granada y a avivar el sonrosado de las mejillas; sus ojos negros de miradas acariciadoras, su pelo reluciente, que de tan negro se tornasolaba, y aquel cuerpo de ondas firmes, acopio virgen de bellezas tentadoras...

Y que un patiporsuelo que iba a las fiestas sin chaqueta le disputara la posesión de ese tesoro, a él, al primer varón de Los Ranchos, al que hacía temblar a hombres y a mujeres y con su nombre se acallaba a los pequeñuelos traviesos... ¡a él, que disponía de todo, que cobraba primicias así de las labranzas como de las muchachas casaderas!... ¡No, no podía ser! Aquello acabaría mal si esos tercios no entraban en razón. Porque no le cabía duda: las negativas empecatadas de Rosa provenían de que andaba en teje-manejes con ese perdido de Julián, a quien tenía que meter en cintura haciéndole sentir todo el peso de su autoridad. Había visto sus cuchicheos en la fiesta del domingo anterior, y aún recordaba que Rosa se puso como una amapola cuando Julián, con el güiro en la mano, entonó unas décimas cuyo pie forzado era:

“La mujei que te parió
puede desir en beidá
que tiene rosa en su casa
sin tenei mata sembrá”.

Y ella también estaba esa noche más adornada que de costumbre: estrenaba un trajecito blanco con chambra y falda de arandelas; una mantilla rosada, y un ramito de clavellinas matizadas en el pelo. ¡Qué muchacha! ¡Oía a gloria y era de chuparse los dedos! Pero urgía proceder de firme y rápidamente, porque la cosa iba de largo: acababa de ver la señal de que hablaban en el monte saliendo ella con pretexto de ir por agua al río. Y para ganar tiempo resolvía ponerlo en conocimiento del *vale* Pedro, cosa de que espantara a Julián y vigilara a Rosa, en lo que él ideaba algo que le asegurara la posesión de la muchacha.

Al desembocar a un recodo de la vereda se encontró con aquélla.

—Bueno día le dé Dio —le dijo Rosa toda asustada. Llevaba su calabazo de agua pendiente, por el agujero, del índice encorvado. Efectivamente había estado conversando en el monte con Julián, tranquilizándole de sus celos de Fico, cuando oyeron los pasos de éste. Se le había adelantado, y la turbó encontrarse con él toda sudorosa, jadeante, temiendo que sospechara algo al verle los colores candilados y el traje lleno de cadillo.

—Bueno día —le contestó Fico acentuando mucho las sílabas; y luego añadió:

—¿Qué jeso? ¿Hai alguna laguna en ei monte, que no ba ja bucai agua po la berea?

—No, jue que...

—Sí, ya sé lo que e. Agora memo iba a desíselo a tu taita, poi que ésa no son cosa de donseya honeta. ¡Qué poibení te quea co nese arrancao que no tiene conuco y anda de fieta en juego y de juego en fieta. Poi que yo sor claro: de dai un mai paso se da con quien deje; con hombre que sean batante pa yebai qué comé y qué betí.

—Pero, general si yo con ninguno... —tartamudeó Rosa.

—No me diga na que yo lo sé to. Y como tengo que mirai poi tojutede, si no acaban eso, bor a jasei que recluten pa soidao a Julián³.

—¡Binge santa! ¿qué dise uté, general? A soidao... ¿Y poi qué? ¿Qué ha jecho ese bendito? Poi Dio... Déjelo quieto...

—¡Y te atrebe ja interesaite por ei alante mí! ¿Un bagamundo que no tiene má sembrao que tre sepe plátano? Cualquiera te coje jata tirria. Mira: si diaquí a trej día no sé con seguridá que lo haj dejao, ba pal pueblo. Hor é lune. Ei sábado, o me aj dicho que sí o buela éi con ala de cabuya, camino a Pueito Plata.

La pobre Rosa se deshizo en lágrimas y ruegos: que no lo persiguiera; que se habían visto por casualidad, y ella no podía ponerle mala cara a ese cristiano que se había criado junto con ella; que qué mal le habían hecho ellos para que los tratara como a jíbaros...

Pero no alcanzaba nada. Fico al fin la dejó plantada en medio de la trilla, recordándole al volverse su amenaza. —¿Soy o no autoridad? —se preguntaba él—. Vamos, Fico, ¿para qué te ha entregado el mando el Gobierno?... ¡No faltaba más: perderle así el respeto!...

*
* *

El sábado siguiente, muy de mañanita, iba el pobre Julián entre cuatro cívicos, atados los brazos a la espalda, guiado como un

3. En uno de sus ensayos José Ramón López retoma el tema del tiranuelo rural. En el capítulo titulado "Sufrimientos actuales del pueblo dominicano" del ensayo *La paz en la República Dominicana*, el autor describe los atropellos del Comandante rural para colmar sus deseos sexuales, sus bolsillos y sus intereses más diversos. Indudablemente hay un paralelismo entre los dos textos.

marrano a la Fortaleza de Puerto Plata, donde lo meterían en el siniestro Cubo con los criminales más atroces, para luego salir a montar la guardia y quedar condenado a envejecer bajo un fusil.

En aquella mañana tan hermosa comenzaban sus amarguras. Mientras él ahogaba los sollozos de dolor y rabia, la naturaleza saludaba la dicha de vivir con la alegría de sus cantos aurorales, el inmenso azul se teñía de franjas purpurinas que asomaban como cabellera hirsuta por la cima de los montes negruzcos que se veían al Oriente, despertándolo todo; levantóse una brisita fresca y reposada, mensajera del perfume de la selva, cantando al pasar por entre las añosas ramas, e inclinándose a susurrar secretos a los inmensos pastos de yerba de guinea, esmaltados de rocío, que se inclinaban para oírla. El gorjeo de los ruiseñores se unía a los tiernos arrullos de la paloma, y al suave murmurar del Bajabonico; cantaban los gallos, sultanes de su harén y las vacas con la ubre repleta, mugían tristemente llamando a sus becerros. Y el hombre también comenzaba su labor: hendiendo las nieblas, que se disipaban, subían alegres de las rústicas cocinas, densas columnas de humo como matinal incienso al Dios que hizo del amor el génesis y el impulso de la vida.

Y el infeliz Julián, aquel mozo robusto como una ceiba, de mirada enérgica y facciones agradables, aquel pobre muchacho, bueno y fuerte, amante y laborioso, veía todo eso con los ojos húmedos, y le parecía imposible a su edad y entre esas lomas, bordes del inmenso tazón de suelo fértil en que había vivido, pudiera el dolor arrancarle lágrimas. Ni se fijaba en los sembríos verdes y olorosos, en los ganados relucientes y gordos que retozaban a distancia, ni en los bohíos encaramados como cabras en lo alto de las colinas y picachos. Solamente cuando pasó frente a casa de Rosa salió del atontamiento en que su repentina desgracia le tenía sumido. ¿Perderla?... ¿y por qué? Por el capricho de un asno satirico y omnipotente. ¡Cómo! ¿Sería posible? Aquel trozo de alma, aquella hermosura como flor silvestre que se iba derechamente a él para que la recibiera en sus brazos y la trasplantara a su corazón, ¿no había de ser suya? ¿Por qué andaban las cosas tan destartadas en el mundo? ¿Por qué el gobierno escogía para representar la autoridad a un truhán como el General Fico? ¿Acaso no había buenos hombres en Los Ranchos? ¡Ah! pero los del campo son el ganado humano; les ponen un mayoral mejor cuanto más malo, para que arree la manada a votar por el candidato oficial, o a tomar las armas

y batirse sin saber por qué ni para qué. Nada de prédica, nada de escuelas, nada de caminos, nada de policía. Opresión brutal. Garrote y fandango: corromperlos, pegarles y sacarlos a bailar. Y en cambio de eso, que el mayoral haga lo demás. Que estupre, robe, exaccione, mate... con tal que el día de guerra o de elecciones traiga su gente.

Todo eso le trasteaba confusamente la cabeza a Julián: creía tener derecho a rebelarse contra tamaña iniquidad. ¿Eso era Gobierno?... Si un toro furioso le embestía en el camino, ¿no se defendería? ¿Y qué toro se igualaba al General Fico?...

Luego pensó en su madre, en la pobre viejecita que estaría a estas horas hecha un río de lágrimas, sin amparo, sin auxilio, quizá maltratada por ese mala casta... Estiró los brazos como para quebrar las cuerdas, y tomó tal impulso que derribó a los dos que lo sujetaban; pero los otros le dejaron sin sentido a culatazos, llevándole luego bien seguro y casi a rastras hasta la población.

*
* * *

Pasó una semana más sin que Fico se dejara ver por los alrededores de la casa de Rosa; pero a los ocho días la esperó a la vera del río, y cuando ella asomó pálida y ojerosa, pintado su dolor en el semblante, le preguntó que cuál era su resolución. Y ella volvió a deshacerse en ruegos y protestas: que sacara a Julián de soldado; porque no había nada entre los dos; que si estaba desesperada era por la idea de que ello fuese la causa de la desgracia de un prójimo: fuera de ahí nada. En cuanto a *lo otro no*, no insistiera, porque primero moriría que tener frutos que no fueran de bendición.

Él la contemplaba extasiado. Arrobbábale su hermosura, ora grave de mater dolorosa, con la delgadez semitransparente arrebolada de ideales, y se arrodilló, suplicante a su vez, implorando un jirón de amor, por el que le ofrecía su poder omnímodo, su brazo omnipotente, su voluntad que dominaba las otras desde Tiburcio hasta Las Hojas Anchas, desde el mar hasta La Cumbre. Satanás enamorado debe tener la hermosura siniestra y tenebrosa que la fiebre del amor creó en Fico. Arrebatado por su pasión vehemente, como que tenía fuertes asideros en la carne, tomó una de las manos de Rosa, y estampó en ella besos de fuego, que resonaron en la soledad confundiendo con el bullicio argentino de la corriente.

—Jesús—gritó Rosa retirando con violencia la mano y haciendo un gesto de asco y de desprecio. Miró a todos lados buscando un salvador, pero allí, fuera del monstruo sólo había pájaros y peces. Entonces echó a correr por el repecho de la hoya, hasta que salió al camino. Él se quedó mirándola con los brazos cruzados, torvos los ojos, meciendo la cabeza sobre su cuello toruno. Estaba sentenciada. La miseria y el dolor, como círculo de fuego, no tardarían en rendirla.

No transcurrió mucho sin que se esparcieran rumores funestos en toda la comarca que riega el Bajabonico. Rosa y el *vale* Pedro comenzaron a notar aislamiento, vacío en torno de ellos. Se pasaban los días sin que a su puerta se oyera el ¡Alabado sea Dios! o el ¡Dios sea en esta casa! de una visita. Rosa decía a veces con una sonrisa de enfermo que se le estaba olvidando ya el contestar ¡por siempre! Sospechaba el manejo oculto. Bien se le alcanzaba que todo era obra de Fico, quien los había señalado como objeto de su prevención y de su tirria, espantando a los atemorizados vecinos, que ninguna clase de solidaridad querrían con los amenazados por el tiranuelo. Así había excomulgado a muchos. Pero Rosa tranquilizaba a su padre achacándolo a lo afanados que andaban en todas las casas con la madurez de la cosecha.

No sabía nada de Julián, lo que la traía desasosegada e inquieta. A veces se iba al monte para escapar a las miradas de su anciano padre, y allí daba rienda suelta a su llanto. Traía a la memoria las horas de dicha en que bajo los mismos árboles relamía a hurtadillas con la vista la varonil hermosura de su novio; y ahora se encontraba sola; él, quién sabe cómo; ella, bajeada y perseguida por el enemigo de su recato, que tal vez a cuáles extremos la conduciría.

*
*
*

Una tarde, al regresar del cercano monte, la encontró siña Nicolasa, y con misteriosos ademanes le indicó que quería hablarle de algo reservado, y la llevó tras una mata de bambú muy ahijada, como enorme mazo de plumas gigantescas.

Allí le contó que había sabido lo que el General Fico quería contra ellos, pues lo oyó hablando a la vera del camino con tres de sus hombres, mientras ella recogía leña en el monte.

Su plan era reclutar para soldado al *vale* Pedro; y cuando Rosa quedara sola, acabar poco a poco con cuanto tenían, mientras el viejo se pudriera haciendo guardias: hoy una vaca, mañana un caballo, después otra bestia... así irían llevándose todo, hasta dejarlos en la inopia y los tres bribones se encargarían de vender a medias en otra parte lo robado.

Rosa, aunque no le sorprendió la noticia, pues ya lo venía temiendo, se aterró: Julián era mozo y podía esperar a que las cosas cambiaran; pero su pobre taita, viejecito que ya miraba al suelo, se le iba a morir en el servicio. Le debía más que la vida, que cualquiera la da; le debía una consagración idólatra, con ternuras y delicadezas femeniles: había sido para ella, desde el mes de nacida, padre y madre al mismo tiempo: casi ni la había dejado ocasión de notar la falta de la que la echó al mundo. Y ahora que estaba en sus manos el salvarlo, ¿no lo haría? Pero, qué sacrificio era necesario. Entregar su virginidad como flor a un verraco. Encenagarse con aquella fiera, y renunciar a la realidad de sus sueños, a la vida de amor idílico con Julián, que ya consideraba como cosa hecha. Desprenderse de la riqueza, de los goces materiales, es durísimo trance; pero deshacerse de un ideal, arrancarlo después que sus raíces profundizaron en el corazón, es la muerte del alma: sigue existiendo el cuerpo, pero no vive; las piedras crecen también.

Y no daba espera la maldad del General Fico. A la mañana siguiente iba a empezar la ejecución de sus planes tenebrosos. Esa noche el *vale* Pedro notó la aflicción de su hija, y quiso averiguar la causa; ella estuvo tentada a confesárselo todo, pero previó la amargura del buen viejo; y quién sabe si su rectitud en materias de honra pudiera llevarlo hasta un combate en que de seguro moriría... y quiso economizarle esos dolores: sonrió forzosamente y dijo que estaba indispueta... poca cosa...

¡Qué noche! ¡Cuánto ir y venir con la imaginación, buscando una salida para todos! Pero no había otro remedio: para salvar a los demás precisaba que ella quedara en prenda.

Cuando asomaron los claros del día, ya su resolución era firme: se sacrificaba entregándose a aquel hombre implacable que le causaba horror. Coló el café, y salió luego con dos calabazos, más que por buscar agua para aguardar a Fico en el camino y tratar accediendo a sus infamias.

No esperó mucho. Desde lejos lo vio venir cabalgando en su rucio, y rodeado de sus cuatro hombres, los brazos de sus maldades,

que venían a llevarse al *vale* Pedro. Lo llamó aparte, y la horrible transacción quedó consumada. Ella estaría a medianoche en la puerta tranquera, y él perdonaba al *vale* Pedro.

Oíase el segundo canto de los gallos cuando Rosa se deslizó como una sombra y se detuvo en la tranquera, donde se recostó casi desvanecida. Otra sombra avanzó entonces y empezó a hablarle en voz baja; pero cuando se disponía a saltar las yaras, sonó una interjección seguida del relampagueo de un cuchillo que se hundió en las entrañas del general Fico; para salir goteando sangre al caer el cuerpo de este bandido.

El matador era Julián. Se había escapado de la Fortaleza, y venía a ver a Rosa para ocultarse en cuanto amaneciera, cuando reconoció en las tinieblas a Fico que entraba en la vereda. Lo siguió andando por el monte sin perderlo de vista, luchando entre los celos y el temor de alguna nueva infamia y, resuelto a saberlo todo, se apostó en acecho cuando Fico se detuvo frente a la tranquera del *vale* Pedro.

Rosa, defendiéndose de las acusaciones que su amante, tentado de matarla, le imputaba, refirióle lo acontecido; y cuando el *vale* Pedro salió a las voces, tuvo que convenir en que era necesario escapar esa misma noche. Recogieron algunas bestias, y cargando con cuanto les fue posible, se encaminaron hacia los cortes de Jamao, refugio inviolable, saldo de cuentas de los que tienen alguna que arreglar con la justicia.

En La Palma, cuidando la propiedad del *vale* Pedro mientras la vendían, quedó la madre de Julián, aguardando a que su hijo viniera una noche a buscarla.

En cuanto al General Fico, hasta el Gobierno abandonó su causa cuando dio las espaldas a este mundo, y al cabo de un mes nadie se acordaba de él sino para bendecir al que libró la comarca de tan perniciosa alimaña.

LEYENDA INDÍGENA

I

Los letrados españoles de la conquista fueron poco acuciosos en recoger noticias históricas de los indígenas anteriores al Descubrimiento. Apenas si se averigua, leyendo todos los libros referentes a esa época, que el gobierno de la isla estaba repartido en cinco cacicazgos independientes, cosa que, en verdad, era un adelanto comparado a lo que hoy se ve, que en el radio que abarca la mirada desde cada campanario se distinguen las jurisdicciones de centenares de cacicazgos, como si la descentralización absoluta hubiera triunfado, o como si se fuera a la anarquía por la multiplicación y subdivisión de los poderes.

Una vez fue un amigo mío a un pueblo a comprar reses, y se cansó de solicitarlas. Nadie le vendía.

Inquirió la causa con el cura de la parroquia y éste le dijo:

—En materia de cuernos, el cacique aquí es Maito Chan. Sin su intervención no consigue usted ni un becerro.

Se dirigió a Maito Chan, le pagó el barato, e incontinenti consiguió cien novillos.

Otra vez, en otro pueblo, un pariente mío quiso obsequiar con un baile a unas señoritas que debían llegar.

Todos los preparativos fracasaban. Que las Zaleas tenían reuma; que las Pérez sufrían jaquecas; que los músicos estaban atacados de dolor de muelas...

—No pierda su tiempo —le dijo una señora mayor—. Hable con las Marimantas. Ellas son aquí las cacicas de los bailes.

Habló y el baile quedó organizado.

Pero, basta de digresiones. Ello es que la historia anterior al Descubrimiento no está escrita y que, por lo tanto, se ignora las luchas intestinas que afligieron a la población de los antiguos cacicazgos.

Yo tuve la fortuna de leer el manuscrito de un cura que hubo en Puerto Plata hará tres siglos y por él he podido enterarme de la siguiente leyenda.

II

Gobernaba Cibucán el cacicazgo de Magua cuando Mayobanix, su émulo, empezó a conspirar para apoderarse del Gobierno.

Entonces no había periódicos donde literatos asalariados o ambiciosos hicieran propaganda de mentiras indecentes contra el poder constituido. Se era cerdo entonces, verbalmente.

Un día Mayobanix llamaba aparte a un amigo y le decía al oído:

—¿Sabes lo que hizo Cibucán en su último viaje?

—Dar muchísima pata, porque la distancia es larga —respondía inocentemente el amigo.

—No seas bobo —le replicaba Mayobanix—. Cogió a Guariopátán y le ajustó treinta estacazos que le han dejado en cama.

—¡Qué horror! —exclamaba el amigo. Y difundía la noticia por todo el cacicazgo.

Otra vez se acercaba a una vieja muy chismosa y le decía a media voz:

—¡Ah Cibucán afortunado!...

—¿Por qué?

—¿Tú no sabes? La mujer de Chilotí...

La vieja enarcaba las cejas y Mayobanix se alejaba sin terminar la confidencia.

En los últimos días de la conspiración Mayobanix hizo temblar la entraña más sensible de la gente: sus haberes.

—¿No saben ustedes? —preguntaba a todos.

—¿Qué?

—Prepárense. Cibucán ha comenzado ya. En Bajabonico le confiscó toda la yuca y el maíz a la gente. Y va a seguir. El hambre va a estar al pecho.

Por supuesto, ante una amenaza semejante, la paz se turbó. Todo el cacicazgo se declaró en rebelión, y Cibucán fue destronado.

Mayobanix, que había sido el alma de la cosa, fue aclamado cacique. Los cerdos se desataron entonces en alabanzas. Mayobanix era la flor y nata de la caballeridad, de la buena fe, de la honradez. El vocabulario ciguayo era muy pobre para expresar la grandeza del héroe.

Un solo hombre, el anciano jefe Caotibex, permaneció fiel a la memoria del bondadoso cacique destronado, y a los cerdos les mortificaba este carácter erguido en medio de tanto servilismo y abyección.

Iban a su choza y trataban de convencerlo de las excelencias de Mayobanix.

—Honrado —le dijeron—. Honrado a carta cabal es Mayobanix. No lo niegues. ¡No te ciegue la pasión, Caotibex!

El anciano al oír esas palabras, sintió herido lo más delicado de su alma. Consideró que deshonraban la honradez con esa profanación, y levantándose nerviosamente del pedrusco en que estaba sentado, con los ojos húmedos de lágrimas y extendiendo la diestra, exclamó:

—¡Honrado, honrado Mayobanix, y se robó un cacicazgo!

NEPOTISMO¹

—¡Ay Maruca! ¡Abrázame! Aquí lo tengo.

Y Don Fausto, al decir esto, se dirigía hacia su mujer, con la cara congestionada, ambos brazos en alto, y en la mano derecha un pliego de papel.

—¿Y qué es? —le contesta Maruca, estrechándole—. ¿Qué es, mi querido Faustico?

—¿No lo has adivinado todavía? ¿Nada te dicen mi emoción, mi alegría, mi...? es el nombramiento. Estoy nombrado Ministro de Hacienda, y es muy consolador que quien no tiene una suya pueda manejar la de la República. ¡La hacienda grande, Maruca!

—Ya se acabaron nuestros apuros, Faustico, y los de la familia también. Porque tú, ¡lo juraría!, no has de ser un mal pariente.

—Ah, por supuesto. Lo que yo tengo está a disposición de la patria, digo, de la familia.

—Bueno, pues comencemos por los hijos. Ernestico y Luisito necesitan dos interventorías de Aduana, y es preciso buscárselas de las mejores. ¡Les daremos, les darás tú, la de Puerto Plata y la de la Capital!

—Pero son muy jóvenes...

—¡Bah! No seas tonto. En Europa han hecho oficiales de ejército, oficiales militares, a niños recién nacidos, y ya los nuestros pasan de los quince años. Además, los Papas han hecho, de sus sobrinos, Cardenales infantiles...

1. Publicado con anterioridad en *La Cuna de América* de fecha 19 de julio de 1903.

—Bueno, pues concedido.

—Ahora, siquiera sea para que compensen las edades, me les darás otras dos aduanas a papá y a mi abuelo Don Pepito. Entre los cuatro suman ciento setenta y ocho años, de manera que la parte alícuota de cada uno será de cuarenta y cuatro y un pico. Con eso se les cierra el idem a los envidiosos.

—Ya tienes lo que querías. Ahora déjame acordarme de los amigos y de las personas útiles. Tú sabes que en la política los hombres valen más por lo que pueden servir que por lo que han servido. Ese es un axioma indiscutible.

—Eso es una paparrucha. Lo que yo sé es lo que decía un político venezolano: «Quien no gobierna con los suyos se suicida,» y los *suyos* son la familia de uno.

—¡Maruca! ¡Maruca, que me pierdes! Bien lo dijo San Nepomuceno: «Si tu mujer quiere que te tires por una ventana, ruégale a Dios que no esté lejos del suelo».

—Mira, Fausto. Los santos no saben gran cosa de mujeres, porque ellos no las lidiaron jamás. Si una mujer le pide a su amado que se arroje por una ventana, ten por seguro que no es alta, y que debajo de ella ha puesto un colchón, para por si acaso. Conque déjate convencer.

—Pues sigue pidiendo.

—Oh, ya no será mayor cosa. Sólo necesito quince empleos importantes más para todos nuestros primos, nuestros tíos, nuestros hermanos. Déjame ver...

(Los enumera y los cuenta con los dedos.)

—Sí, quince nada más.

—¿Estás contenta ya, Maruquita? Te he concedido los diecinueve empleos mejor retribuidos de mi ramo. ¿No quieres algún otro?

(Maruca se queda pensativa un rato, como repasando todo su árbol genealógico. Al fin se da una palmada en la frente y exclama:)

—¡Ya! ¡Dónde tendría yo la cabeza! Falta uno; pero no vayas a alarmarte: una bicoca, el empleo más humilde.

—¿Cuál?

—La portería del Ministerio.

(El marido asombrado:)

—¿Cómo? ¿Para un pariente la portería?

—No, no es pariente, que la familia es corta, pero es de la casa. Es Nerón. El pobre Nerón a quien olvidábamos.

—¿Qué Nerón?

—Hombre, nuestro mastín. Tan fiel, tan ladrador, tan bueno...

—Maruca... ¿un perro?

—Sí, Fausto. Y no te creas, hay antecedentes clásicos. Un emperador romano nombró cónsul a su caballo... ¿Y habrías tú de ser menos?

—Es verdad, Maruca. El nepotismo comprende a todos los seres vivientes que duermen bajo nuestro techo.

EL BAILE
DRAMA EN UN ACTO

PERSONAJES:

Alfredo, joven jefe del partido de oposición.

María, novia de Alfredo e hija de

Don Carlos, amigo de

Don Teodoro, jefe del partido gobiernista y Gobernador de Puerto Plata.

Julio, amigo íntimo de Alfredo.

Doña Luisa, ama de la casa, madre de

Margarita, amiga de María.

El Mellizo, asesino.

Clorinda, coqueta.

Crispín, necio.

Convidados.

ACTO ÚNICO

Espaciosa galería al jardín, contigua a la sala de baile. Algunas sillas y bancos.

ESCENA I

(Se oye música muy piano.)

TEODORO.

(Dominó negro)

TEODORO.— *(Paseándose.)* No hay otro remedio: él o yo. Hasta en la puerta del infierno se me ha de atravesar ese joven. Que vaya a esperarme allá y me deje tranquilo los días que me faltan. El demonio lo ha puesto en mi camino y no hay intento en que él no me preceda. Me arrebató la popularidad; me disputa el Gobierno; y cuando mi corazón se enternece por primera vez, cuando tras los ojos se me va el alma en seguimiento de María, también, me arranca mi única felicidad, me estorba el más vehemente de los deseos. Fuerza es que sus ojos no reflejen la aurora de mañana. No seré criminal por eso. No es culpa mía si sólo hay en el mundo un puesto indivisible para los dos, que debe ocupar el que sobreviva. ¡Ah, necio! La pluma no corta, Yo ataco a puñaladas.

ESCENA II

TEODORO, CARLOS.

(Dominó azul.)

CARLOS.— *(Al entrar.)* Te he buscado por toda la sala, Teodoro. Eres siempre el mismo ogro, retraído aún en medio de la fiesta.

TEODORO.— ¡Ah! Si no fuera por la necesidad, ¿crees que estuviera aquí? ¿acaso me sobra tiempo para frívolas diversiones? Tú comienzas ahora la carrera de hombre público, obligado por la ruina de tus negocios, aún eres anónimo, y no puedes sondear el abismo de mi vida. Cuidados, sobresaltos, cavilaciones... Maldita roca de Sísifo. No hay poder humano que la equilibre.

CARLOS.— Pero en cambio, ¡qué satisfacción la de tener el mundo entre los puños y ser la Providencia, poder con una misma mano descargar lluvia o rayos, fecundidad o destrucción!

TEODORO.— ¡Ah! Hermosa vida, por cierto. Y aún hay quien nos envidie... Nos agarra esta máquina endiablada, y no suelta sino añicos en la tumba. ¿Dominamos? Menguada ilusión, Carlos. Mientras el último campesino goza de sus pulmones, de sus nervios, de su corazón, a nosotros no nos sirven sino para el sufrimiento. Estar alegre, disponer de sí mismo, tener tiempo para el amor... eso es vivir, lo demás... la muerte es preferible. Todo nos pertenece menos el corazón ajeno y nuestra propia persona. Hasta la misma bondad es cruel en nosotros. Nos exprimimos el alma. Tú lo sabes: a veces tenemos que salvar al pueblo matando ciudadanos¹.

CARLOS.— Con qué ardimiento hablas del amor, Teodoro.

TEODORO.— ¿Amor he dicho? Sí, mas no ese amor egoísta de los hombres vulgares. Qué se yo lo que amo. No quiero a cada uno. Me sacrifico por todos. Pero, perdemos tiempo y puede venir alguno. ¿Está todo listo?

CARLOS.— Sí. Convino, y prometió despacharlo en volandas.

TEODORO.— ¿Es hombre seguro?

1. Aquí Teodoro alude a la razón de Estado a través de la cual quien ejerce el poder goza de las licencias más amplias en lo relativo al logro de las metas de ese poder.

CARLOS.— Siempre ha cumplido sus compromisos. Tiene el honor del crimen.

TEODORO.— ¿No se embriaga?

CARLOS.— No.

TEODORO.— ¿Es fanfarrón?

CARLOS.— Un poco. Cuando le conviene.

TEODORO.— Pero, ¿estás seguro de que no hablará?

CARLOS.— Por lo que le interesa.

TEODORO.— ¿Seguro, seguro? Esa gente pierde algunas veces la chaveta.

CARLOS.— Bien seguro.

TEODORO.— Sin embargo lo mejor sería...

CARLOS.— ¿Qué?

TEODORO.— Carlos, sólo los muertos no hablan.

CARLOS.— Tienes razón, Teodoro, entiendo.

TEODORO.— ¿A qué hora vendrá?

CARLOS.— (*Sacando el reloj*) Son las diez y tres cuartos. A las once estará aquí.

TEODORO.— ¿Cómo viste?

CARLOS.— Dominó blanco, como casi todos los convidados.

TEODORO.— Buena precaución. Pero, oye, Carlos, ¿no habrá algún medio de salvar a ese joven? Él estorba tu porvenir, dificulta la política, perjudica al Estado; pero es tan joven y de tantas esperanzas... ¿No se podría, en lugar de...? Hasta creo que está enamorado de tu hija.

CARLOS.— ¿No acabas de pronunciar su sentencia? ¿Estorba? Pues que no estorbe. Creía que no eras hombre de vacilaciones. Si te has arrepentido, dilo. Aún es tiempo.

TEODORO.— Te sobra razón, Carlos. ¡Qué sacrificios imponen la política y la patria! Se me oprime el corazón cuando la cabeza, la necesidad me obligan de ese modo.

CARLOS.— ¿Conque tú también sabes? Le he visto rondar por casa y sospeché algo. Pero ya se lo he dicho a María: prefiero verla muerta que casada con él.

ESCENA III

DICHOS, DOÑA LUISA.

(Dominó amarillo.)

DA. LUISA.— Buena manera de honrar mi fiesta, caballeros... Mientras falta en el salón el ingenio de Uds., lo desperdician aquí en planes políticos.

TEODORO.— Se truecan los papeles, señora. Era yo quien debía depositar esa flor a los pies de la más discreta de las damas.

CARLOS.— No hemos desertado del salón, Da. Luisa, sino que se reciben tan gratas impresiones allá adentro que es preciso salir a platicar sobre ellas un momento.

DA. LUISA.— Me alegro infinito, Dn. Carlos. La política está pros-crita esta noche. Quédese para los días de trabajo. Aunque si por mí fuera se acabaría para una eternidad, porque nada he visto tan absorbente. Un político es sólo político, y me temía no encontrar a Don Teodoro en tan buena disposición.

TEODORO.— Señora, es tan brillante la fiesta con que Ud. nos obsequia, que la expansión se impone. Oh, si por un momento todas esas beldades se arrancaran el antifaz parecería el salón un jardín espléndido en el cual sería Ud. la más hermosa de las flores.

DA. LUISA.— Galante, muy galante. No permitiré que esas frases de almíbar las pierdan las jovencitas casaderas. En marcha. Ambos el brazo. Quiero entrar en triunfo al salón, entre la gloria y la esperanza. *(Ambos le ofrecen el brazo.)*

TEODORO.— Cuánto favor, señora.

CARLOS.— Si los ángeles fueran profetas.

ESCENA IV

MARÍA, MARGARITA.

(Dominó rosa claro - Dominó verde.)
Con las caretas en las manos.

MARÍA.— Ya estamos fuera del bullicio. Me ahogaba, Margarita. ¡Quién lo hubiera creído!...

MARGARITA.— No te inquietes, María. Son aprehensiones tuyas.

MARÍA.— ¿Aprehensiones? ¿No lo vieron estos ojos? Apenas acabó de bailar el primer vals conmigo, se dirigió a Clorinda; esa ligera coquetuela. Yo sorprendí sus miradas provocadoras, y en las inflexiones de Alfredo, cuando se inclinó ante ella, conocí la pasión con que le hablaba. Burlarme de esa manera... Preferir a Clorinda...

MARGARITA.— Consuélate, María. Así son todos los hombres. Borra de tu corazón a ese ingrato. Te ha engañado.

MARÍA.— ¿Ingrato? No, Margarita. Tú te engañas. Eso no es más que pasajero devaneo.

MARGARITA.— ¿No acabas de decirme que tú misma?...

MARÍA.— Ni sé lo que me digo. Es ella la que trata de seducirlo. Si no puede ser que Alfredo se prende de una mujer tan tornadiza. Que se publicaran todos los escándalos, y veríamos...

MARGARITA.— Entonces. ¿por qué te desesperas? Si tienes confianza en él, ¿por qué dudas?

MARÍA.— Es que le amo tanto... que vivo como el avaro, temiendo que me roben mi tesoro. Yo sé que un hombre de sus prendas es tan codiciable... Vale tanto, que estoy en continuo sobresalto, porque tal vez sea poco para él. Hermoso, valiente, inteligente, bueno. Nadie le gana a afile. ¿No es verdad que es muy hermoso?

MARGARITA.— Ya lo creo.

MARÍA.— ¿Recuerdas nuestros sueños de colegialas? Es el ideal que vivía en mi mente, la fundición de hombre y de ángel que yo ansiaba para mí. Cuando nos encontramos en el primer baile, yo me dije: es él; y desde entonces viví temblando, en una angustia mortal. Me habría extinguido de dolor si otra hubiese cautivado su generoso corazón.

MARGARITA.— Jesús, ¡qué apasionada!

MARÍA.— ¡Él pasaba a mi lado sin sospechar que había un alma toda suya, que gemía por su indiferencia. Tuve ganas de arrojarme a

sus pies el día en que me dijo que me amaba. A ti te lo han dicho también, Margarita ¿no es cierto que lo primero que una hace es dudar, figurársele galanteo de pisaflores la almidarada fraseología de un barbilindo?

MARGARITA.— ¡Y qué de veces acertamos!...

MARÍA.— En Alfredo, no. ¿Cabe mentira en ese pecho levantado? Lo dijo y lo creí como a Dios, y me llené de orgullo, y miraba sobre el hombro a las demás cuando me escoltaba las noches de retreta paseando bajo los laureles del Parque, que me parecían mezquinos para coronarle.

MARGARITA.— Dichoso el que es amado.

MARÍA.— Sí, me amaba, y me lo decían su voz varonil, sus miradas de fuego, y esa aureola de hombría de bien que lo rodea. Y que ahora... ¡Oh, Margarita, Margarita! yo no sé, Dios mío, qué horrible es esto. Quiero ver a Alfredo, hablarle a Alfredo: quiero salir de esta dolorosa incertidumbre en que me encuentro.

MARGARITA.— Cálmate, pobre amiga mía. ¿Qué amor es ese amor tuyo si dudas por tan leve indicio? Una nube no niega el sol. Sabemos que está ahí, aunque nos lo vele.

MARÍA.— Olvidarme por Clorinda... Tú tienes razón: pero necesito verle un momento a solas. Bastará que se crucen nuestras miradas, y el corazón me dirá si hay en las de él ese mismo efluvio de amor que me incendiaba. No me engañará.

MARGARITA.— ¡Oh, celos! Cáustico del corazón, matan lentamente, carcomiéndolo. Los celos dan doble vista. Los que la buscan en el sonámbulo están locos. Que estudien a un celoso. Cuando Luis se enamoró de Carmen, nada me dijeron; pero yo tenía siempre una mujer enemiga ante la vista, la sentía dentro de mi ser, la adivinaba en el rostro de Luis; medía en sus ausencias las caricias que me robaba; tenía la intuición de los besos estampados en su boca, como una mancha de sangre.

MARÍA.— ¿Y cómo te convenciste?

MARGARITA.— La primera vez que los vi juntos, el corazón me lo dijo todo. Hay algo que nos compenetra con el ser amado.

MARÍA.— Pero tenías algún punto de partida...

MARGARITA.— Nada. Como te he dicho. Mi imaginación solamente detallaba y reconstruía la historia. Después supe que todo era cierto.

MARÍA.— ¿Y qué hiciste?

MARGARITA.— Llorar. Más fácil es volver su perfume desvanecido a una flor marchita, que renacer un amor extinto. Llorar es el único consuelo para la víctima.

MARÍA—Yo también, Margarita, he llorado mucho. Esa obstinación de mi padre... Ni Alfredo ni yo nos hemos atrevido a participarle nuestro amor, porque le odia tanto, que haría cualquier violencia. ¿Cómo será posible odiar a Alfredo?

(Poniéndose rápidamente la careta.)

Ahí viene gente.

MARGARITA.— *(Imitándola)* Vámonos a la sala. Allá verás a Alfredo.

MARÍA.— No; quiero verle aquí. Volveré.

(Se levanta, para salir, Margarita.)

ESCENA V

DICHOS Y CRISPÍN.

(Con máscara de mono.)

CRISPÍN.— *(Casi al oído de María)*. Hermosa amada, ¿quieres refrescos, dulces?

MARÍA.— ¡Oh!

CRISPÍN.— Soy yo. La recibí y vine.

MARÍA.— Déjeme Ud.

CRISPÍN.— ¿Será la otra? *(Se acerca a Margarita y le dice)*: Hermosa amada. Vine a obsequiarte. Soy el del volcán.

MARGARITA.— Caballero. Modérese.

CRISPÍN.— Sucederle estas cosas a un lince como yo... Voy donde la que galanteaba el del dominó rojo. Quizá por eso dice que es comprometida...

MARÍA.— *(A Margarita, con amargura)*: ¿Lo oyes? ¡Alfredo y Clorinda! *(Se van)*.

ESCENA VI

JULIO.

(Dominó azul.)

JULIO.— *(A ellas, que salen)* Adiós mascaritas. *(Para sí)* Apostaría a que una de estas palomas es María. Ojalá no me retenga allá a Alfredo. ¿Hasta qué punto tendrá el hombre derecho de amar a las mujeres? Porque linda cosa es que asome entre la multitud una cabeza de gran vuelo y pierda el impulso enredada entre la sedosa melena de una bella. Cada pensamiento de estos hombres llena una arteria del pueblo; y cuántos no malgastan en una sola mujer... Amor... ¿podrá ser grande lo egoísta, lo exclusivo? Cuando un par de seres se cogen del brazo y dan las espaldas a la humanidad, ¿son pigmeos o son gigantes? Me pierdo. El mal está como en esas tierras muy exuberantes, que todo lo vuelven tronco y hojas. Está en el exceso. Las horas que inutiliza el amor las devuelve al mundo centuplicadas. Lo que multiplica es bueno; malo es lo que resta. Todo lo que hace vivir es eterno; sólo desaparece lo que mata. Que se amen.

ESCENA VII

JULIO, CRISPÍN.

CRISPÍN.— ¿Me conoces?

JULIO.— Si estás diciendo quien eres. No te despintas. Eres Crispín.

CRISPÍN.— Así me han dicho todos. Sin embargo, he tomado todas las precauciones posibles para evitarlo, porque estoy en la más interesante aventura. Parece cosa de Tenorio.

JULIO.— ¿No digas? Cualquiera lo dudaría.

CRISPÍN.— Tú eres Julio, ¿no es verdad? No me lo niegues: porque como soy tan listo y tan pillín me puse a acecharte y te oí hablando en voz natural. ¡Ah! ¡Yo soy un lince!

JULIO.— Ahora estará durmiendo el pobre Julio.

CRISPÍN.— ¡Bah! Y aunque tú no fueras tú, voy a contarte lo que me pasa.

JULIO.— Será después. Me espera una dama.

CRISPÍN.— No: me has de oír. Por cierto, vale la pena. ¡Qué aventura!

JULIO.— ¿Te dejó la novia?

CRISPÍN.— ¡A mí! ¡Un lince como yo! (*Sacando una carta.*) Lee eso.

JULIO.— Estoy encandilado y no veo.

CRISPÍN.— Te la leeré yo. La recibí esta mañana con gran misterio. Trájola una sirvienta muy limpia; y como soy un lince ya iba a soltarle media docena de piropos cuando me dijo: "Traigo una cartita para Ud." "¿De quién?" "No puedo decirle." "¿Ni dándote un beso, paloma?" "Calle Ud, tome y sea prudente." Y me dejó la carta, sin esperar media morocota que iba...

JULIO.— ¿A pedirle?

CRISPÍN.—Tú chanceas. Yo soy un lince. Iba a darle media morocota de propina.

JULIO.— Hasta luego.

CRISPÍN.— No; aguarda. Falta lo principal, la carta.

JULIO.— Bien; pero, eso sí, la lees de un tirón, sin comentarios ni novelas.

CRISPÍN.— Impaciente. A eso vamos (*Lee:*) Amado pimpollo mío: ¡Te amo con frenesí!... Cógale el golpe a esa palabra. "Frenesí" ...No se puede pedir más. ¿Y eso de "pimpollo"?...

JULIO.— Al grano o me voy.

CRISPÍN.— Pero déjame saborearla. Continúo. "Te amo con frenesí. Desde hace tiempo mi alma es un volcán eruptivo que espera el rocío de tu pasión. Ve al baile de Doña Luisa. Me conocerás en que me haré fresco con el abanico. Obséquiame mucho como prueba de que me correspondes. Pero no te diré mi nombre, ni debes galantearme de otro modo que sirviéndome, porque soy mujer comprometida. Addío, caro. Hasta la noche".

JULIO.—¿La encontraste ya?

CRISPÍN.— No estoy muy seguro; pero creo estar en la pista.

JULIO.— Sin embargo, las señas... el abanico.

CRISPÍN.— Es lo malo. Todas tienen un calor y unos abanicos... Fu fu, fu. No cesan un momento de abanicarse. Y yo estoy ya jadeando de llevarles a todas dulces, refrescos, cuanto hay sin llegar a nada definitivo. ¿Qué me aconsejas?

JULIO.— Sigue sirviendo refrescos. Así te entretienes y, además, la constancia todo lo vence.

CRISPÍN.— (*Dándose una palmada en la frente*) Se me ocurre una idea. Estas cosas sólo las inventa un lince como yo. La carta de mi hermosa volcánica... Porque debe tener una boca, y unos ojos, y una cabellera, y una frente, y un cuello...

JULIO.— Ya lo creo. Basta. Todas lo tienen.

CRISPÍN.— Sí; pero no como ella. No la conozco; pero, soy un lince. La carta dice "amado pimpollo." En vez de sesgar los ojos como he hecho hasta ahora inútilmente, al servirle a cada una le diré al oído con expresión tiernísima, de lince: "amada pimpolla". Y, naturalmente, al fin la encontraré y comprenderá.

ESCENA VIII

JULIO, ALFREDO.

(*Dominó rojo.*)

ALFREDO.— Ya estoy aquí. ¿Qué hay de nuevo, Julio?

JULIO.— Mucho, Alfredo. Pero antes de entrar en materia, ¿sabes que se dice que Don Carlos, tu rebelde suegro, desde hace algunos días es uña y carne de Don Teodoro?

ALFREDO.— Chismes; murmuraciones. ¿Qué motivos podría tener?

JULIO.— No sé; pero lo dicen por ahí.

ALFREDO.— ¡Bah! No hagas caso. Y aunque sea verdad. ¿qué daño puede hacernos? ¿Cuál es el otro asunto?

JULIO.— Quise hablarte a solas, Alfredo, porque me parece conveniente que se modifique el plan.

ALFREDO.— ¿Lo encuentras malo?

JULIO.— No; pero creo mejor que aprovechemos la oportunidad esta noche. La ocasión la pintan calva.

ALFREDO.— ¿Qué intentas?

JULIO.— Ya todo está listo para el golpe de mañana. Adelantémoslo algunas horas, y asegurándonos contra una delación, a la vez decapitamos al Gobierno. Aquí están Don Teodoro y algunos amigos suyos. Salgo a avisar a los nuestros y dentro de media hora estamos libres del tirano. Muerto él, unos presos, los otros...¿qué te parece?

ALFREDO.— Malo.

JULIO.— Pero, ¿lo dices de veras?

ALFREDO.— Te lo repito, Julio, malo. ¿No tienes confianza en el plan y en los medios?

JULIO.— Oh, sí. Todo lo previste y yo creo en el triunfo como creo en ti; pero, desperdiciar esta ocasión que todo lo simplifica... El plan no abortará por eso en las otras localidades. No hay telégrafo y en lo que falta para el amanecer no llegará la noticia a Santiago de los Caballeros. Decídete. Si encuentras dormida una fiera, ¿irías a despertarla antes de herirla? Habla. Esas son ocasiones que Dios presenta. El que las desprecia es temerario.

ALFREDO.— Ten calma, Julio. Si el triunfo es seguro, ¿a qué afearlo? Mañana, sin exponer a estas mujeres inocentes, sin atacar a hombres desarmados, la patria será libre. Si se fuerza a un niño a andar prematuramente se le tuercen las piernas. La impaciencia tuerce y desnaturaliza los hechos.

JULIO.— ¿Pero no es justa, no es necesaria la muerte de ese hombre? ¿No economiza la sangre a nuestros correligionarios?

ALFREDO.— Ninguna muerte es necesaria. La sociedad que necesita la muerte como garantía es una sociedad perdida. Hay dos criterios: el de hoy, el de las circunstancias; y el de siempre, el eterno. Necesidad y pasión en uno;² justicia y verdad en el otro. La revolución debe atenerse a éste. Ella es luz o no es revolución y el tipo de la luz es el cenit y no el ocaso.

2. Aquí hay ecos de los planteamientos de Maquiavelo. *Necesidad* ocupa una posición clave en el pensamiento del florentino, ella remite a una fuerza causal, al principio regulador del movimiento cuya comprensión es vital para el príncipe. Por otra parte, para Maquiavelo, el hombre es presa de las pasiones más disímiles. Entre las *pasiones* que se apoderan del hombre moderno, ese autor destaca la apetencia de poder. En esta perspectiva, necesidad y pasión se entrelazan, pues, en la actividad política y precisamente en las acciones del que pretende o ejerce el poder.

JULIO.— La justicia excluye lo malo. Los tiranos se ponen fuera de la ley que es la única autoridad social. Reponerla es un deber supremo, de todos y de cada uno.

ALFREDO.— Sí; pero la revolución, ese juicio político, sólo incumbe al pueblo. ¿Quién es cada uno para arrogarse la iniciativa de todos? No deshonremos la revolución convirtiéndola en voluntad e intriga de unos cuantos. Cuando el mayor número no se vuelve contra la tiranía, no es ésta quien merece castigo. Nuestro pueblo no ha olvidado esa serranía que con sus abruptos picachos y sus formidables estribaciones brinda asilo a la libertad,³ ni ese mar que nos guarda las espaldas. Pongamos al pueblo en posesión de la revolución, que el impulso venga de él, y sólo reciba de nosotros la unidad necesaria. Lo demás es sustituir un hombre por otro, y no una idea por una negación.

JULIO.— No había pensado mucho en el caso. Al ver a Don Teodoro en la sala, me entró la tentación.

ALFREDO.— Nosotros, Julio, debemos seguir mejores sendas que las tortuosas de los que en su conciencia no condenan sino que envidian la tiranía. Si el pueblo tiene que derramar sangre, que la derrame. Pero que no venga el asesino a teñir los pañales de la Revolución. Eso sería convertir en mártir al que debe caer como ajusticiado.

JULIO.— (*Abrazándole*) ¡Dios te guarde, alma de la Revolución!

ESCENA IX

DICHOS, MARÍA.

MARÍA.— Hola, mascarita, ¿y eso? (*A Alfredo.*) Perfectamente, caballero. No quiero interrumpirle. Me voy.

ALFREDO.— Ah, ¿eres tú, María?

MARÍA.— (*En tono de reconvencción*) Sí, yo misma.

3. En una sociedad como la de ese entonces el internarse tierra adentro abandonando lugar de residencia podría significar romper las ataduras con la autoridad y escapar a la persecución de la justicia. El *cimarrón*, el *alzo* y luego el guerrillero son casos

JULIO.— (*Descubriéndose.*) ¿Tienes celos de mí?

MARÍA.— Ah, bueno.

ALFREDO.— Me felicitaba porque mañana es mi cumpleaños. (*Señalando a Julio*) Creí que éste hubiera sido el segundo; pero fue el primero.

MARÍA.— Conozco tu voz. Algo me ocultas.

JULIO.— La compañía es gratísima; pero recuerdo ahora el compromiso de una danza. Hasta luego.

MARÍA.— Hasta luego.

ALFREDO.— Hasta luego, Julio. (*Sale Julio.*)

ESCENA X

ALFREDO, MARÍA.

ALFREDO.— ¿Conque te oculto algo, mi amada María?

MARÍA.— Sí, no eres el mismo esta noche. Tengo unos temores que me martirizan... Ese abrazo de Julio... ¿Qué traman Uds? Algún peligro te amenaza. Ciertos manejos, ciertos ir y venir de algunos días acá... Alfredo, por Dios, no te expongas.

ALFREDO.— Cavirosilla. Vas a infundirme susto. ¿De dónde puede amenazarme ese peligro?

MARÍA.— Sospecho, pero no sé; porque no conozco hasta qué punto te has comprometido. Tú conspiras. No me lo niegues. Alfredo, casi toda la tela negra que se consume en Puerto Plata es por la política.

ALFREDO.— Nada temas, María.

históricos en que se concretiza esa acción. El sentido común, los relatos, la literatura en general empezaron a plasmar una conexión entre naturaleza (particularmente el monte y la montaña) y la libertad y el camino a la rebelión. Las influencias del romanticismo tal como se aprecia en el *Enriquillo* de Galván no hacen sino profundizar esta relación. La frase de este texto de López se sostiene, pues, en la cultura política y la cultura literaria y su temática atraviesa por consiguiente, diversas épocas.

MARÍA.— ¡Y eso basta! No temas, me dices, y algo interior me asegura que debo temer. Sé prudente, Alfredo.

ALFREDO.— Te aseguro que puedes estar tranquila como si el peligro no existiera. Hablemos de nuestro amor y olvidemos cuanto malo haya en el mundo.

MARÍA.— ¡De nuestro amor! Di más bien de mi amor. Alfredo, tú me engañas. Toda la noche has esquivado mi compañía, y te he visto obsequioso al lado de Clorinda.

ALFREDO.— ¡Será posible que dudes de mí! Ah, María, ahora, cuando yo necesito toda la fuerza que tu amor me proporciona, ¡ahora es cuando pierdes la confianza en mí! ¡Y cuál sería entonces el consuelo de mi vida!

MARÍA.— Dicen que Clorinda es más hermosa que yo; y tú le hablas de una manera...

ALFREDO.— ¡Más hermosa que tú! No hagas comparaciones, amor mío. Para mí nada tiene el encanto de tus ojos negros, ni hay dulzura como la de tus frases de amor. Tú misma te engañas. El amor no se entrega a medias: hace abdicación completa y cree a ojos cerrados. Tú crees en mí y, sin embargo, te violentas para mortificarte y hacerme sufrir.

MARÍA.— Oh, sí, yo te amo con todas las potencias de mi alma; por eso temo. Te pertenezco desde la planta de los pies hasta la punta de mis cabellos, y yo quiero que tú seas lo mismo, que ni una ráfaga de tu pensamiento no sea mía. Te vi obsequioso con Clorinda.

ALFREDO.— Borra esa preocupación. Ni me acordaba ya que me habló de su próxima fiesta. Que fuera de cristal mi pecho, y verías el corazón todo lleno de ti. Si no existiera la oposición de tu padre a toda hora estaría junto a ti.

MARÍA.— Alfredo.

ALFREDO.— Yo no soy sin ti, mi María. La paz del alma es el no ser; la pasión es la vida. Yo vivo desde que te amé. Mi pasado es una tumba, hasta que el sol de tus ojos vino a convertirme en nuevo Lázaró. El día en que no nos amáramos volvería a morir.

MARÍA.— No me vuelvas loca. Me embriagan tus palabras como miel recién cogida. ¿Qué contienen?

ALFREDO.— Mi amor, que es el que habla. Ese amor que me estremece de dicha, que fecunda mi alma, que alienta todo mi ser.

MARÍA.— Y pensar que tal vez Clorinda...

ALFREDO.— ¿Qué? ¿Insistes?

MARÍA.— No, yo te creo; ya estoy alegre, corazón mío. Oye una cosa. ¿Quieres complacerme? Es para una broma.

ALFREDO.— Di.

MARÍA.— Cambiemos de dominó por diez minutos.

ALFREDO.— ¿Y eso?

MARÍA.— Hola, ¿te niegas?

ALFREDO.— De ningún modo; pero, ¿no se puede saber?

MARÍA.— Ni pizca. Después te contaré.

(*Cambian de dominó.*)

ALFREDO.— Locuela.

MARÍA.— Y tú seríote. Ahora, hasta luego. (*Se va.*)

ESCENA XI

ALFREDO.

ALFREDO.— Pobre amada mía. Celosa de Clorinda... Si supiera la verdad... No hay mujer nacida de quien pueda temer. Sólo la patria comparte con ella la preferencia de mi corazón, y de la patria no se tiene celos, como no se puede celar a la madre. Mañana se decidirá su suerte. Infeliz patria. Las otras naciones progresan debatiendo. Nosotros sangrándonos. El último esfuerzo, la última vez, y que eso acabe. Afirmemos la libertad de manera que no haya que apelar al derecho de rebelión. ¿Por qué no nacerá la libertad como las flores, sin una gota de sangre? Dios, sin duda, habrá querido que cueste cara para que sepamos apreciarla. Algunos salvajes consagran la amistad tomando recíprocamente un poco de su propia sangre. Así es el desposorio del hombre con la libertad: nos da su savia y le damos parte de la nuestra. (*Se va al salón.*)

ESCENA XII

CARLOS, EL MELLIZO.

CARLOS.— (*Entrando.*) El del dominó rojo. Le acechas aquí, y en cuanto dé las espaldas...

MELLIZO.— Bueno es orientarse. ¿Por dónde es la salida del patio?

CARLOS.— Mírala. Aquel portón, está entre junto, Mellizo.

MELLIZO.— Como me dé paso tan franco como el que le abriré yo a la *pelona*, no hay cuidado.

CARLOS.— ¿Estás seguro de tu pulso, Mellizo? Un solo golpe.

MELLIZO.— Entre la quinta y la sexta costilla. Donde pongo el ojo, Don Carlos, por ahí se cuela el hierro.

CARLOS.— Cuidado con dejarte coger.

MELLIZO.— (*Se ríe*) ¿Coger? Ya sé lo que expongo. Todo fuera como eso... Se arma la Babel, gritos, corredera, remolinos... y todos atienden al muerto. Como que el vivo tendrá un *Colín* en la mano.

ESCENA XIII

DICHOS, Y CLORINDA.

(*Dominó violeta*)

CLORINDA.— Es un San Gerónimo este Alfredo; o no valgo nada, o he de traerlo al retortero como a los otros. No faltaba más sino que me viera despreciada por ese mentecato. Porque todo hombre que no me galantea me desprecia. Y luego, esa presuntuosa de María... He de darle en cara incluyendo a Alfredo en mi rebaño.

(*Carlos y el Mellizo se alejan por el jardín.*)

ESCENA XIV

CLORINDA Y MARÍA.

(*Con el dominó de Alfredo*)

MARÍA.— (*Voz de falsete*) Hermosa Clorinda, la sala es un desierto para mí desde que saliste. Sólo tú posees la gracia y la alegría como una mañana de abril.

CLORINDA.— Raro es tu carácter, Alfredo. Tardío; pero seguro. Jamás un galanteo para mí, y de repente una descarga.

MARÍA.— (*Reprimiendo su alegría.*) ¿Cómo? ¿No te he manifestado ya mis sentimientos?

CLORINDA.— Y bien claro. Hasta temo que me odies. Te lo agradezco, porque aunque creyera en esa pasión advenediza, tu constancia sería como la que guardas con tu prometida.

MARÍA.— ¿Tengo la culpa de que el lazo fuera tan débil? Contigo no. Me has encadenado por una eternidad.

ESCENA XV

DICHOS, CRISPÍN.

CRISPÍN.— (*Al oído de Clorinda*) ¡Amada pimpolla!

CLORINDA.— ¡Impertinente!

CRISPÍN.— (*Aparte.*) Pero, ¿quién será la pimpolla de este lince? (*Se separa despedido.*)

ESCENA XVI

DICHOS, TEODORO.

TEODORO.— (*Mirando a María*) Allí está. Paladea, maldito, por la última vez el polen de las flores. Dentro de poco vas a irte a fondo como un barco agujereado. Después te seguirá el imbécil de Carlos, y su hija quedará a disposición mía. Goza, goza, maldito, el último placer mundano.

ESCENA XVII

DICHOS, ALFREDO.

ALFREDO.— (*Para sí*) Ahora comprendo por qué me trocó el traje. Y qué picarona. Sabe Dios lo que le estará diciendo. Pobrecita. Celos de mí.

CLORINDA.— (*A María*). Ahí está María. ¿Es por eso que bajas la voz?

MARÍA.— No, es que lo íntimo se dice de oído a oído.

TEODORO.— (*A Alfredo*). ¡Pobre inocente! Mira (*Señalando a María*).

ALFREDO.— (*Voz de falsete*). ¿Qué?

TEODORO.— ¿Crees que no conozco tus amores?

ALFREDO.— Y aunque así sea, ¿qué remedio? ¿Quién sabe hoy lo que querrá mañana? No hay abono para el corazón cuando se cansa.

TEODORO.— Cuánto me alegro de hallarte en esa disposición, bella María. Los jóvenes son volubles; tienen alas en el alma y la infeliz que se entrega a ellos es como rosa enamorada de una abeja. A mi edad es que todas las fibras del ser reúnen su último brío y, en esfuerzo supremo, como lámpara que se agota, lanzan los más brillantes resplandores. Así amo yo. María; así... te amo.

ALFREDO.— (*Sorprendido*) ¡Don Teodoro!

ESCENA XVIII

DICHOS. DON CARLOS, EL MELLIZO.

CARLOS.— (*Al Mellizo, señalando a María*). Aquél del dominó rojo que está de espaldas conversando con la máscara del dominó blanco. Buena ocasión. Aprovecha. (*El Mellizo avanza para herir a María*.)

TEODORO.— (*A Alfredo*). Habla. Tus palabras deciden mi suerte. ¿Podré esperar?

ALFREDO.— (*Arrancándose la careta*). ¡Don Teodoro!

TEODORO.— (*Comprende el cambio de trajes, y como ve al Mellizo levantar el brazo armado para herir a María, le grita horrorizado*): ¡No, no, Mellizo, ésa no es!

(*El Mellizo la hiere y huye*.)

CARLOS.— ¡Mi hija!

ALFREDO.— (*Se vuelve, ve caer a María, y corre hacia ella gritando*): ¡Dios mío! ¡Al asesino!

(*Entran precipitadamente los convidados*.)

ESCENA XIX

DICHOS, CONVIDADOS.

CONVIDADOS.— ¿Qué sucede? ¿Cómo ha sido?

MARÍA.— (*Desfalleciendo.*) Alfredo.

ALFREDO.— (*Inclinado, sosteniéndola.*) María, María, ángel mío. No me abandones.

CARLOS.— (*Arrodillado*) Asesino, asesino... ¡Soy el asesino de mi hija!... (*Levanta la cabeza y señala a Don Teodoro.*) Ese infame y yo.

LA DIVORCIADA¹

MONÓLOGO

A don Manuel A. Machado²

*El teatro representa una sala de habitación privada.
Sentada en una silla, apoyado el codo izquierdo en una mesita, está
Laura en actitud pensativa, y dice:*

—Ya se cumplió el primer año de mi viudez legal. No fue la muerte quien deshizo el nudo, sino un Juez, por ministerio de la ley, quien desató el lazo que el amor había anudado... ¿De quién llevaba yo ese luto sin crespones? No podía ser de mi esposo. Él andaba por ahí, más vivo de lo conveniente, jactándose, con sus amoríos, de esa libertad que había recobrado. ¡Ay, quien había muerto no era él! Yo llevaba luto por ese adorable niño ciego que me dejó sin vista a mí también y me hizo caer en las redes de Tomás...

1. Publicado con anterioridad en *La Cuna de América* del 27 de febrero de 1903. La condición de divorciada era en ese entonces una situación novísima ya que hacía apenas seis años que se había aprobado la primera ley de divorcio: Ley sobre Divorcio y Separación de Cuerpos y Bienes de 1897.

2. Abogado, escritor y orador. Fue secretario particular del presidente Juan Isidro Jimenes y posteriormente ocupó importantes posiciones en la administración pública. Cofundador de la revista *El Lápiz* (1891-1892) en la cual colaboró José Ramón López.

Verdaderamente el amor ciega, el amor quita conocimiento. Si no fuera así, gran número de personas que mueren rodeadas de familia, fallecerían solas, abandonadas, sin que una mano cariñosa cerrara sus párpados. Pero una se ciega y no valen amenazas, no valen las lágrimas de los que nos aman desinteresadamente. Nos vamos derecho al matadero, lamiendo, como la oveja, la hoja que ha de desgarrarnos las entrañas.

Porque, vengamos a cuentas. ¿No debe ser el amor el colmo del aprecio? ¿Y cómo es posible que una persona que valga algo, moralmente, se enamore de una que no valga nada? Si no fuera por esa ceguera no quedaría en mí, de aprecio a mí misma, ni una sombra. Se puede amar por una condición sobresaliente en el ser amado; pero, amar a quien ninguna tenga, casi es no tener vergüenza. Que una mujer se enamore de un hombre por inteligente, por laborioso, por valiente, por bonito, por rico, por honrado, por bondadoso: santo y bueno. Pero que se enamore de él no teniendo ninguna de estas condiciones, o teniendo las contrarias, si no es ceguera, es una cosa infinitamente más mala, pues es enamorarse de un hombre porque nada vale, y a ninguna persona honrada y buena deben gustarle las cosas malas.

En parte, es verdad, la culpa no es de quien comete la locura. Es de la sociedad, del ambiente en que vivimos, de la educación que nos dispensan. En las escuelas, por ejemplo, nos enseñan fisiología. Pero ¿qué es lo que nos describen de esta ciencia? Detalles sin importancia. Que tal músculo sirve para tal cosa, y tal nervio para tal otra, y se acabó. No nos enseñan que el ser humano psicológico no es sino la resultante del ser humano fisiológico: que según sean nuestros nervios, nuestros músculos, nuestra materia toda, así serán nuestras ideas y nuestras acciones. Que el ser bueno no es sino el ser perfectamente equilibrado, y que por todas estas razones, como dicen los abogados, la herencia psicológica es tan invariable como la herencia fisiológica. Mejor dicho: la división que se ha hecho de la fisiología y de la psicología es arbitraria. La segunda es el resultado inevitable de la primera. Jamás se logrará que un burro piense como un perro. Ésa, la que no nos enseñan, es la fisiología indispensable para una muchacha. El resto podrá serle útil: pero no le es indispensable. Sin embargo, ¡oh, bendita y eficaz educación! Tiene una que casarse, que pasar por el martirio, para aprender, *in ánima vili*, esas importantes verdades de la ciencia, que no las enseñan sino a aquellos que no lo necesitan.

Bueno, y ahora, ¿qué hago yo? ¿Quedarme soltera? ¿Y voy a perder todos mis sueños, todos mis castillos en el aire, todo ese mundo ideal que mi imaginación había fabricado? ¡Pobres de nosotras las mujeres...! No podemos vivir sin un ideal. Vamos al matrimonio ciegas casi siempre; y creemos que el ídolo que colocamos en nuestro corazón es de oro. El tiempo, ¡ah tiempo cruel! nos demuestra que el ídolo es de barro, lo quiebra en pedazos, y se queda el corazón, no vacío; pero lleno de tuestos. Y la mujer no puede vivir sino de rodillas, adorando una imagen. A la que le queda un hijo, siquiera puede adorar a ese hijo, cargarlo en brazos y darle las espaldas al mundo. Pero ¿y las que quedan como yo, sin ídolo, sin hijo, sin nada? Gracias, ¡oh buen Dios! de haberme librado de la tentación de buscar otro ídolo en la calle, ya que el de casa se había roto. Casi todas las que se encuentran en mi caso, ruedan hasta el fondo del abismo, inermes contra la pasión que las arrastra. Yo me he salvado, y debo de ponerle contrafuertes a mi virtud para que nunca se derrumbe...

¿Un nuevo matrimonio? Sería lo mejor, si yo tuviera la seguridad de encontrar un buen marido. Pero, ¿y si me sale pelón, y vuelvo a las andadas, a las noches de insomnio y de lágrimas, fingiéndoseme las columnas del lecho figuras del Arrepentimiento y del Dolor tardíos, mientras el Juicio y la Razón me hacían muecas por la espalda?

No, el matrimonio, ha dicho alguien, es un saco con 99 culebras, y una anguila. Quien se casa mete la mano en él y saca lo primero que coge. Naturalmente entre cada cien, a 99 se los lleva el diablo, y yo no quiero ser de los 99, porque, la primera vez, un fracaso puede ser desgracia solamente; pero la segunda, con toda certeza, es tontería.

Me queda un camino; pero tengo que llenar una zanja que lo interrumpe. Nuestros legisladores hicieron una reforma importantísima abriéndole esa puerta del Divorcio a la cárcel de los malos matrimonios. Mas ¿qué hace la mujer libertada? Todo el redor de la cárcel de donde sale es un bosque espesísimo lleno de leones, tigres, osos y otras fieras. ¿Cómo escapará la mujer libertada? Es indispensable talar ese bosque, para que las fieras se ahuyenten.

En los países eminentemente civilizados, la mujer es un elemento social de igual valor que el hombre. Todas las carreras están abiertas para ella. Puede casarse; pero puede también permanecer soltera y dedicarse a la Ciencia, al Arte, a todos los esfuerzos del ingenio. Dondequiera se tropieza a una médica, a una ingeniera, a una abogada, a una pintora, a una música. Aquí no hay para la mujer

más que una carrera: la del matrimonio, ¡y qué carrera! ¡Suele ser una carrera de baquetas!

Cría un padre a su hija con todo el esmero, con todo el cariño, con todo el primor imaginables. Hace de ella una flor encantadora por sus colores y por su esencia. Le enseña música, pintura, bordados, cuanto adorna o embellece a una mujer. Cumple la muchacha quince años y ¿qué hace este pobre padre que se ha desvelado tanto por criar como Dios manda a su retoño? Pues tiene que darla en matrimonio a cualquier barbilindo que la solicite, porque como no hay más carrera que la matrimonial, no le queda ni siquiera el privilegio de elección. No puede enseñarle la medicina; porque la primera vez que salga de noche a asistir un enfermo quedará descreditada socialmente; y cualquiera carrera en que esté en contacto con el público dará el mismo resultado.

A casarla, pues. Y alguna, muy rara vez, resultará que el marido es muy bueno, y muy querendón, y muy inteligente. Pero otras, no le durarán las buenas condiciones ni para una luna de miel de quince días. O es un déspota, o un haragán, o un animal o un vicioso, y no es raro que algún día entre la joven a casa de sus padres con un ojo hinchado de una bárbara trompada.

A talar, pues, el bosque. A hacer posible la vida de la mujer sola. ¿Qué? ¿Tan poco somos, que hemos de caer si no vamos por el sendero de la vida apoyadas del brazo de un hombre? Yo no voy a pedir derechos, libertades, fueros de todo género... Voy a hacer algo más práctico y más útil. ¡Voy a hacerme digna de ellos, a prepararme para valer tanto como un hombre, que entonces nadie se atreverá a atacarme por mi debilidad.³

3. El pasaje de la reclusión doméstica de las mujeres a la aspiración de iguales oportunidades y realizaciones que los hombres a través de la educación era en ese entonces una idea relativamente reciente en nuestro medio.

HACERLA A TIEMPO

A don Washington Lithgow

Algunos años ha volvía yo del destierro, con hambre de ver gentes y cosas de Puerto Plata. Era tal mi ansia a ese respecto, que lo primero que encontré al salir del muelle fue un buey uncido a una carreta, y a no haber sido por la mala cara que me puso ese paisano cornúpeto, le doy un abrazo.

En la calle del Comercio encontré a Toribio, vestido de policía. Yo lo había dejado, doce años antes, ocupando buena posición social y económica. Había sido contrario mío: pero debo hacerle la justicia de confesar que era persona completamente decente y acreditada.

El asombro se me pintó en la cara de tal manera, al verlo en aquella facha, que él me dijo:

—Lo extrañas, ¿no es verdad? Pues ha sido *por no haberla hecho a tiempo*.

—¡Cómo!

—Pues, si no te avergüenza andar conmigo, vamos a un banco de la plaza, que la cosa es para contarse con detalles. Quizás te aproveche.

Cuando llegamos y tomamos asiento, Toribio comenzó así:

—Yo tenía buena posición, y era bueno. Tú lo sabes. Pocos meses después de tu expulsión hubo un cambio en la política del Distrito. Quitaron al Gobernador, que era muy amigo mío, y nombraron otro. Ese otro era un caballero, un hombre de valor y correcto que cumplía lo mejor que le era posible sus obligaciones. Pero, yo era

amigo del anterior y creí que era deber mío serle fiel como un perro. No hice caso de la pobre Jacinta, mi mujer, que me decía siempre: «Toribio, el que no hace oportunamente una pequeña vagabundaría, tiene que hacer treinta grandes al día siguiente.»

La primera vez que encontré el nuevo Gobernador en la calle, le vi intenciones de saludarme, y como yo me había jurado no quitarme el sombrero para él, fingí que miraba con mucho interés hacia el interior del almacén de Ginebra, mientras pasaba la primera autoridad por otra acera.

La cosa se volvió un *sport* para mí. Tan pronto doblaba una esquina, como me metía en una tienda, como hacía una visita intempestiva por evitar el saludo del Gobernador. Cuando yo salía a la calle era una ocupación seria la de estar atento para evitar al Gobernador. Y sin embargo, yo no lo odiaba, yo no lo juzgaba un mal hombre. No era más sino que el exceso de orgullo me hacía creer que debía darle esas pruebas al Gobernador cesante.

En eso hubo un bochinche revolucionario, y me mandó a buscar la autoridad, para que asistiera a la Fortaleza de San Felipe. Yo creía que era para mandarme a campaña, o encargarme de cualquier servicio importante. Llego, y al momento me intiman la orden de prisión y me encierran en el *Cubo*.

Desde el primer día mandé a decir a casa que no hicieran diligencia ni súplica alguna por mi libertad, y que pusieran en la puerta a un tal Fellé, pretendiente de mi hija Titica, pues sabía que ese joven trataba al Gobernador.

Así pasaron algunos meses, hasta que Jacinta me informó que ya no tenía un medio, ni qué vender, para el sostenimiento de la casa. Mi dolor fue muy grande; pero empecé a transigir con mi conciencia; y resolví escribirle una cartita muy zalamera al amigo X, pidiéndole cinco pesos prestados. A los cinco días se había concluido el dinero, y tuve que recurrir al amigo H. Y así sucesivamente recorrí todo el alfabeto, encontrando unas veces y recibiendo otras rotundas negativas. Por supuesto, yo no comprendía cómo era que de casa me mandaban con regularidad la comida, hasta que Jacinta me informó de que un amigo anónimo, a quien no había podido descubrir, le mandaba diariamente un peso.

Hace el necio al fin lo que el sabio hace al principio. Por donde debí comenzar acabé. Un día escribí al Gobernador diciéndole «que hasta cuándo estaba yo en el Cubo; que era su amigo y me sentía dispuesto a probárselo como él quisiera.»

Mandó a buscarme, y yo me fui de bruces en ofertas. Le prometí que publicaría en los periódicos una manifestación diciendo que no había Gobierno mejor que el existente, el cual superaba a todos los pasados y los futuros. Salió el esperpento ese en *El Porvenir*, y yo quedé libre de persecuciones.

Entonces apareció aquello: lo del peso diario. Felle había abusado en mi ausencia. Enviaba secretamente el dinero; pero mi pobre Titica estaba encinta, ya en meses mayores.

Mi hijito varón iba y venía infructuosamente con mis papelitos. ¡Nada! Nadie me prestaba un medio, nadie me socorría. Un día de hambre fui a la Gobernación y le dije al Gobernador: «¡Déme un empleo, o métame otra vez en la cárcel, o fusíleme!»

—Lo siento mucho —me contestó—; pero no puedo complacerle. Ahora no hay ninguna vacante propia de su categoría.

—¡Qué categoría, ni categoría! —respondí yo— Déme lo que haya, que el hambre no tiene rango.

—Pues sólo hay disponible una plaza de policía.

—Vengan el uniforme y la ración. Pero desde ahora mismo —le repliqué. Salí de allí vestido de *peje* con unos centavos en el bolsillo, para que comieran mis hijos. No recuerdo si estaba triste o alegre; pero aquello era un clavo ardiendo de que podía agarrarme en mi derrumbamiento, y no sé si considerarle como ascua o como apoyo.

—Pobre Toribio —exclamé con verdadera pena.

—Tú tienes razón en compadecerme, —me contestó él levantándose—. Pero reflexiona, aprende a hacer las cosas a tiempo. *Quien no hace oportunamente una pequeña vagabundería, tiene que hacer treinta grandes al día siguiente.* Yo he hecho ya centenares y aún no he acabado, todo porque no realicé a tiempo la primera.

“AL POBRE NO LO LLAMAN PARA COSA BUENA”

A don Manuel Cocco¹

El *vale* Juan era mendigo habitual y vivía en la sección de Los Mameyes.

Una mañana lo encontré en la población mejor ataviado que de costumbre. Llevaba una camisa de listado muy aplanchada, un pantalón de fuerte azul bien limpio, y montaba un buey de *Silla*, con aparejo nuevo y una jáquima muy blanca pasada por el narigón.

—*Vale* Juan —le dije, empuñando su única mano— ¿cómo va?

—Ahí entreverado —me contestó.

—Pues, ni tan mal es, a juzgar por las apariencias. Hoy parece usted un potentado rural.

—Es que ya yo estoy muy escamado y sé lo que les espera a los pobres. Me mandó a buscar don Francisco y me dije: pues me pongo los trapitos de cristianar y arreglo a *Bonito* que parezca el buey de un Presidente. Y así me he puesto.

—Hombre, qué idea tiene usted de los pobres...

—Es que la gente no sabe distinguir, y yo no quiero que me confundan. Hay dos clases de pobres. Pobres *a nativitate* y pobres de

1. Notable del lilisismo en la región de Puerto Plata. Ocupó las importantes posiciones de Gobernador del Distrito (1890) y más tarde Interventor de Aduana. Rufino Martínez en su *Diccionario biográfico-histórico dominicano 1821-1930* anota que gozó fama de dadivoso. Relata que los pobres y mendigos acudían constantemente a Manuel Cocco y que éste se complacía en ayudarles.

mala fortuna. Los primeros, aunque hayan de heredar riquezas, nacen pobres.

Un individuo haragán, estúpido o sinservir², siempre es pobre *a nativitate*, y aunque ría por primera vez entre plumas y bordados, acabará llorando.

—¿Y los otros, cómo son, *vale* Juan?

—Los otros son como yo, ¡caramba! que nada me ha valido para salvarme. ¿Quién salva a uno de que lo metan a soldado y en una pelea lo dejen manco? Porque yo, si hubiera podido desertar sin peligro lo hubiera hecho; pero si desertaba, me cogían, me amarraban y por primera providencia mandaban a fusilarme; y lo esencial que uno necesita para hacer las cosas es estar vivo. Así fue que tuve que quedarme en las filas hasta que me quebraron un brazo. Y supóngase, un agricultor pobre con un ala menos...

—¿De manera que los pobres de la segunda clase son los que van a la guerra?

—Ellos solos no. En el mundo hay dos clases de circunstancias. Las que un hombre de talento puede prever y las que ningún talento en el mundo puede calcular. Al hombre de fortuna todas las circunstancias incalculables le favorecen. Al desgraciado todas le son adversas, y nunca puede salir de pobre.

—La desgracia lo ha hecho a usted pesimista, *vale* Juan.

—Ello no; es que las cosas son así, y no tengo culpa. No fui yo quien hizo el mundo con tantas jorobas y torceduras. Insisto en que al pobre no lo llaman para cosa buena, y voy a contarle un cuento que lo prueba.

Cuando gobernaba en Puerto Plata el Gral. Lovera³, que era malo con colmo, convocó para un día señalado a todos los pobres del Distrito, a que se reunieran en la plaza del pueblo arriba. Cada

2. Dos temas están presentes en este relato. La mendicidad y lo que se reputaba como holgazanería fueron identificados durante largo tiempo como atributos del dominicano que obstaculizaban el progreso y el desarrollo. Uno de los temas que aborda este relato es la iniciativa para erradicar la mendicidad, y en este caso a los mendigos, mientras que está presente también la sabiduría popular del mendigo que enfrenta exitosamente esa iniciativa.

3. Se dice que el General Lovera fue Gobernador de Puerto Plata. Rufino Martínez en su diccionario va citado consigna la siguiente extravagancia del General Lovera. Ante quejas de comerciantes, el Gobernador Lovera se comprometió a librar la ciudad norteña de los numerosos mendigos que la poblaban. Bajo la promesa de obsequiarles dinero y vestimenta convocó a los pobres a una plazoleta. Una vez reunidos allí

quien calculaba sacar la tripa de mal año. "Que nos va a dar ropa," decía uno. "No, que lo que va a dar es dinero, que recibió muchísimo por un vapor que llegó de la Capital." Y así cada uno echaba alegremente sus cuentas.

Llegó el día de la reunión y la plaza parecía una Corte de los Milagros. Cojos, mancos, tullidos, ciegos, tuertos, llagosos... era aquello una florescencia de cementerio como si cada tumba se hubiese abierto y echado al exterior su tétrico contenido.

Momentos después llegó el General Lovera seguido de mil hombres de tropa que cercaron la plaza. Avanzó el jefe, con su cara de estrafalario furibundo y con ronca voz comenzó a interrogar a los pobres uno a uno.

—Usted, ¿de qué vive?

—Yo, de la caridad pública. Ya ve que me falta un brazo y no puedo trabajar.

—Pues pase a aquel lado —le contestaba él señalándole el flanco izquierdo de la plaza.

Ya sólo faltaba un pobre por ser interrogado, y el General Lovera le hizo la pregunta consabida.

—Yo, —le contestó aquél, que era un hombrecillo flaco y desmeдрado, con cara de gato— yo vivo de lo mío. No me falta nada. —Y se sonó los bolsillos del pantalón que produjeron un ruido argentino.

—Pues váyase a su casa, que con usted no es la cosa, —le contestó con su voz atronadora el General Lovera.

Entonces, dirigiéndose al Comandante de la fuerza, le gritó:

—Cumpla la orden. ¡Fusíleme a todos estos sinservires! —Y se fue.

Se armó una gritería de lamentos entre la multitud de pobres. Todos gemían y lloriqueaban su desgracia, y anatematizaban el nombre de su sacrificador Lovera.

El que se las dio de rico se acercó entonces al grupo de los condenados a muerte, y un compadre suyo, llamado Juan José, que se encontraba allí, le increpó diciéndole:

—Hombre, compadre Toño, sólo usted es malo. Si usted sabía esto, ¿cómo no me dijo algo, en vez de dejar que me sacrifiquen así, como un marrano?

fueron apresados y conducidos a la Fortaleza para luego ser embarcados para Haití. Sólo uno de los mendigos, según el relato que recoge R. Martínez, evadió la trampa bajo el alegato de que al pobre no le invitan para hacerle regalos.

—Compadre, —le contestó el falso rico— yo no sabía nada. Lo único que yo sé es que *ai probe no lo yaman pa na güeno*. Por eso me preparé llenándome los bolsilos de tuestos de platos.

Así terminó su cuento el *vale* Juan, y yo, pensativo, le dije:

—Demontre, con usted y el General Lovera, cualquiera teme ser pobre.

—Cójale el peso al cuento —me contestó él—. Lo que soy yo, no me arrepiento de haberme vestido de limpio y de engalanar a *Bonito* para ir a ver a don Francisco. Quizás así me haga una buena proposición. De otra manera, lo contrario.

EL MILAGRO DE LA NOCHEBUENA

A la señorita Josefita Cestero¹

—Mamá, ¿sabes que el Niño va a ponerle esta noche a Pepito muchísimos dulces y juguetes en los zapatos? Me lo dijo, que su papá se lo había asegurado. Y yo quiero que a mí me ponga también. Caramba, que el año pasado me dejó esperando.

La madre sintió que se le aguaban los ojos y oprimió contra su seno al hijo querido que se iba a acostar la Nochebuena sin más cena que la ordinaria y amanecería el sábado de Pascuas sin otro juguete que el palo de la escoba. Había hecho lo posible por ahorrar algo para comprarle un caballito de madera que le había gustado; pero todo fue inútil y llegó el día con la misma miseria que los anteriores.

—Luisito —le dijo para consolarlo— la Virgen es muy buena. Rézale la oración que te he enseñado. Pídele con devoción que te mande esta noche al Niño con muchos regalos y verás cómo te lo concede, querubincito mío. Arrodíllate y reza, que la Virgen nos oye.

—¿Y me traerá el caballito? —balbuceó el chico, soñoliento ya, con los ojos medio entornados.

—Sí, hijito. Te lo traerá para que juegues, y muchos dulces y confites.

—Pues bueno —replicó él, y se puso de hinojos frente a su madre, lleno de unción, las manos palma con palma a la altura del pecho, y la cabecita rubia echada hacia atrás, circundada de rizos que tem-

1. Esposa del autor. Contrajo nupcias con José Ramón López en 1898.

bloteaban al menor movimiento. Luego empezó en su adorable media lengua:

“Dios te salve, María. Llena eres de gracia”...

El sueño bajaba como una venda sobre sus ojos, y cuando terminó la oración apenas le quedó tiempo de preguntar a su madre:

—¿Tú crees que me lo traerá?...

—Sí, queridito mío —le respondió ella, besándolo y estrechándolo en su regazo, donde al momento se quedó dormido con la serena placidez de los niños, con esa respiración tranquila y pausada, encanto de las madres.

En cuanto amaneció, Luisito saltó de la cuna, sonriente la carita molletuda, con los ojos todavía abotagados por el sueño. Metió la mano del lado donde estaban sus zapatitos, con la seguridad de quien sabe dónde está lo que busca, y retiró un lujoso cartucho, lleno de confites y juguetes.

—Mamá, —gritó— mira lo que me trajo el Niño. ¡Qué bonito!

La madre, asombrada, no sabía qué responder, sin darse cuenta del milagro de aquel regalo que no había traído ella.

—Yo lo vi cuando me lo dejó. El pobre... Me dio más pena... Lo mató ese diablo.

—¿Cómo, que tú lo viste? —le preguntó la madre más asombrada todavía.

—Sí. Yo estaba acostado, y todo se puso claro. Creí que era de día y pensé llamarte, cuando vi al Niño que entraba por la pared, ahí, al lado de tu cama. Era chiquito y tenía puesta una gran capa de pieles como ésa de los reyes, que tú me cuentas. Le arrastraba un pedazo largo, largo. En la cabeza traía su coronita, a los dos lados, de color de frijoles colorados, y me miraba con sus ojitos, como diciéndome: “Todo esto es para ti, Luisito;” y yo contento, gritándole que caminara; porque mira, mamá, todavía no ha aprendido a andar y venía gateando con el cartucho entre los dientes, arrastrándolo despacio, como si le pesara mucho.

—Pero tú soñaste todo eso, Luisito —le interrumpió la mamá, sonreída de orgullo por la relación de su chicuelo.

—No señora, que lo vi bien. El pobre... Ya estaba junto a mis zapatos cuando llegó el diablo, con sus ojazos de candela, y sus uñas de garfios, y su rabo... un rabo así, de este tamaño; y sin decirle nada, saltó sobre el Niño, y lo mordió en el pescuezo y lo mató. Cuando yo lo oí gritar me dio un miedo... que no pude ni hablar para llamarte. ¡Qué malo es el diablo! Debe de haber estado escondido detrás del

baúl acechando al Niño, calladito; porque yo no lo vi ni lo oí, sino cuando le cayó encima. ¡Jesús, cómo lo mordía y le desgarraba su capita con aquellas uñas!...

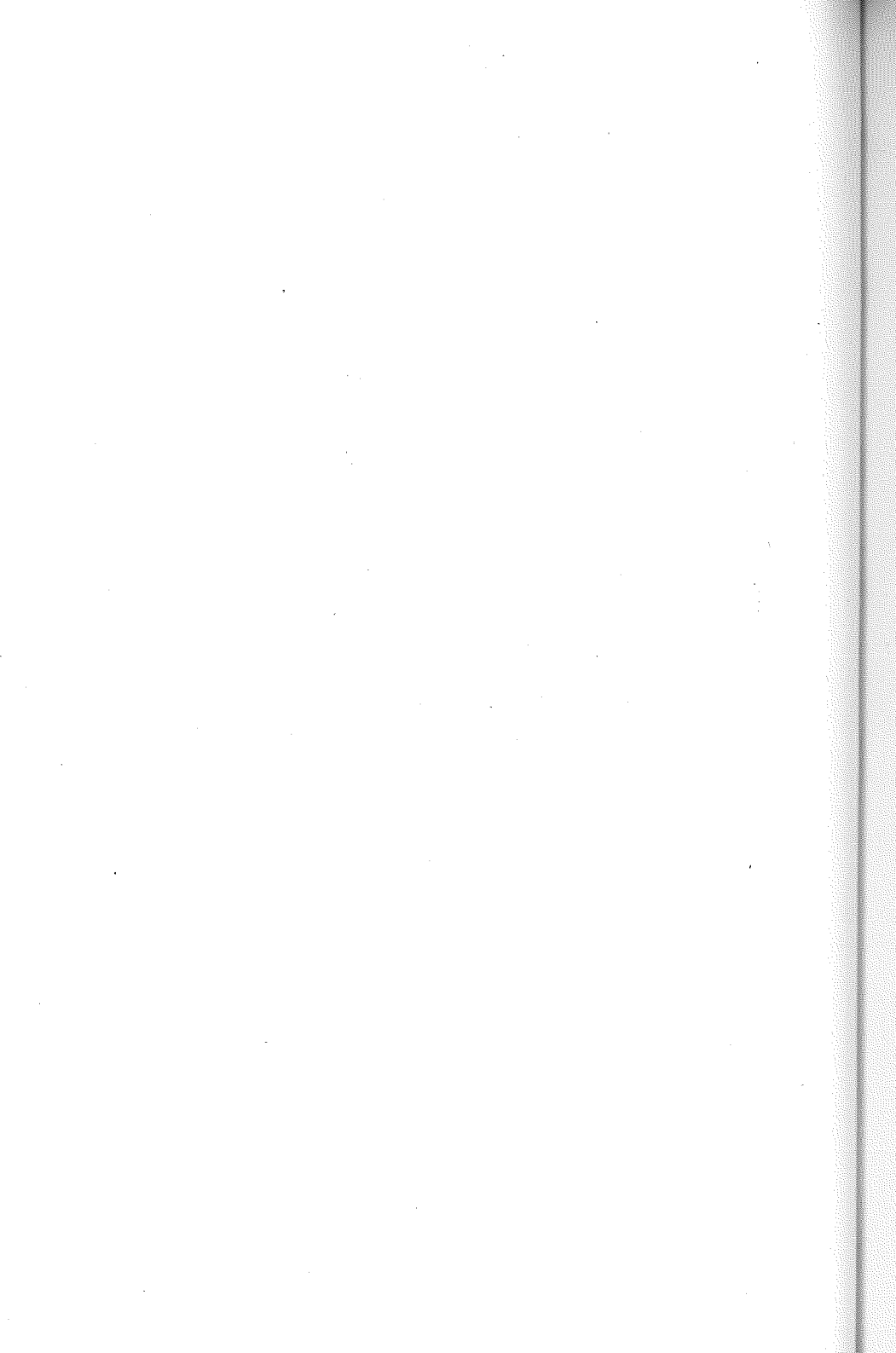
—Pero, ya ves que es sueño, hijito. Aquí estarían el cuerpecito y los pedazos de la capa.

—Sí, te parece... Porque se lo llevó a la cocina y allá fue que se lo comió crudo. Anda y verás los pedazos. Ah, ¿tú no quieres ir? Anda a verlo.

La madre por no contrariarlo, pasó a la cocina, y efectivamente, debajo de una mesa encontró la huella del crimen. Allí estaban los restos de un ratón que *Pusito* había destrozado esa noche.

Entonces se dio cuenta de aquello, que era como milagro de la Virgen en favor de Luisito.

Los ratones habían hecho un agujero en la pared medianera, comunicando así el dormitorio con un aposento de la casa contigua, que era de una familia rica. Un ratón se pilló el cartucho que los padres le habían colocado debajo de la cama al niño, y lo traía arrastrando para llevarlo a su cueva, cuando al pasar por debajo de la cuna de Luis lo asaltó *Pusito* y le quitó la bolsa y la vida, quedando el rico botín de confituras y juguetes, que el gato no apetecía, como regalo de Pascuas del niño que había soñado la tragedia idealizada, mientras se estaba verificando.



LA REVELACIÓN DE LA TUMBA

*A mi linda comadre señorita
Alicia Gutiérrez y King.*

Augusto fue, durante algunos años, uno de los inconformes de Puerto Plata. Nada encontraba bueno. Topografía, construcciones, costumbres, mujeres, hombres, todo le parecía detestable. Cuando le hablaban de longanizas hacía un gesto de asco y comenzaba a elogiar el salchichón de Bolonia o el *pate foie gras* de Strasburgo. Si de modas, decía que las nuestras eran un injerto de Francia en el Congo. De hombres, que no le hablara nadie; y de mujeres, se podía dar por muy bien servido aquel a quien él no le interrumpiera exclamando que eran unas insulsas y que no aplaudía otra mujer que la francesa.

Pero la fuerza del ambiente es irresistible. Poco a poco va penetrándonos y al fin nos satura por completo. Augusto fue *aplattanándose* y, aunque no transigió en todo, concluyó por convenir en una verdad indiscutible: que entre las mujeres de mi tierra las hay salerosísimas y dignas hasta del Zar de todas las Rusias.

Y de llegar ahí a enamorarse fue muy corta la distancia. En una *barbacoa* vio bailar un zapateo a Anita, y la maestría de la doncella en imitar a los campesinos fue tan donosa, tan interesante que Augusto quedó rendido, presentó su candidatura, fue aceptado al cabo de meses, y un año después entregaba su albedrío y su libertad a la encantadora damita, en las gradas del altar.

La vida del nuevo hogar fue un idilio enterizo, sin más solución de continuidad que leves y pasajeros nublados.

Augusto a veces profería acusaciones en las cuales no creía.

—¿Ves? —le decía a Anita—. Yo creo en tu fidelidad material, pero no estoy confiado en la intelectual.

—¿Cómo? —preguntaba Anita sorprendida.

—Muy sencillamente. Tú no tendrás un amante, pero cuántas veces no me habrás comparado a otro y encontrándole mejor que yo, habrás lamentado no ser su esposa...

—¡Jesús! qué cosas se te ocurren, para mortificarme; porque esa es una ofensa que me haces.

Ahí paraba la cuestión y generalmente Augusto daba todas las satisfacciones que le exigía su consorte.

Una vez tuvieron un pleitecito algo más serio. La flor favorita de Augusto era el heliotropo y gustaba de que Anita la usara en el peinado. De pronto ella abandonó, con veleidad femenina, la modesta flor, y dio la preferencia a la gardenia.

Al fin la increpó Augusto, con la violencia injusta del celoso.

—¿Por qué no usas ya los heliotropos que te traigo, y te prendes ese escándalo de nieve en la noche oscura de tu cabellera? Eso no es *chic* y algún misterio encierra.

—Caviloso —le replicó ella—. ¿No ves que el heliotropo, aunque recomendable por su modesto color y su opulento aroma, se marchita muy pronto? Préndomelo al cabello y al poco rato parece una ramita seca.

Al cabo de años enfermó Anita, agravó y murió.

No es para contada la aflicción de Augusto. Temían sus amigos que la pena lo matara. Cuando el dolor si no menos intenso, se domesticó un poco, contrajo la piadosa costumbre de visitar con frecuencia la tumba de Anita, sobre la cual hizo erigir un magnífico mausoleo.

Cada vez que la visitaba, llevábale un ramo de heliotropo y lo depositaba en el monumento como homenaje de amor tierno y perseverante, contra el cual eran impotentes la eterna ausencia y las tentaciones del mundo.

Un día de difuntos en la tarde fue, como de costumbre, con su ramo, y encontró sobre la tumba un ramillete de gardenias.

Una horrible sospecha, informe, vaga; pero demoledora para el ídolo de su corazón, le cruzó por la mente. Perdida casi la razón regresó al hogar y resolvió ponerse en acecho.

Al día siguiente fue al cementerio y se ocultó tras una tumba vecina a la de su mujer y desde ahí espió, con el dolor retratado en el semblante, la huesa de su compañera.

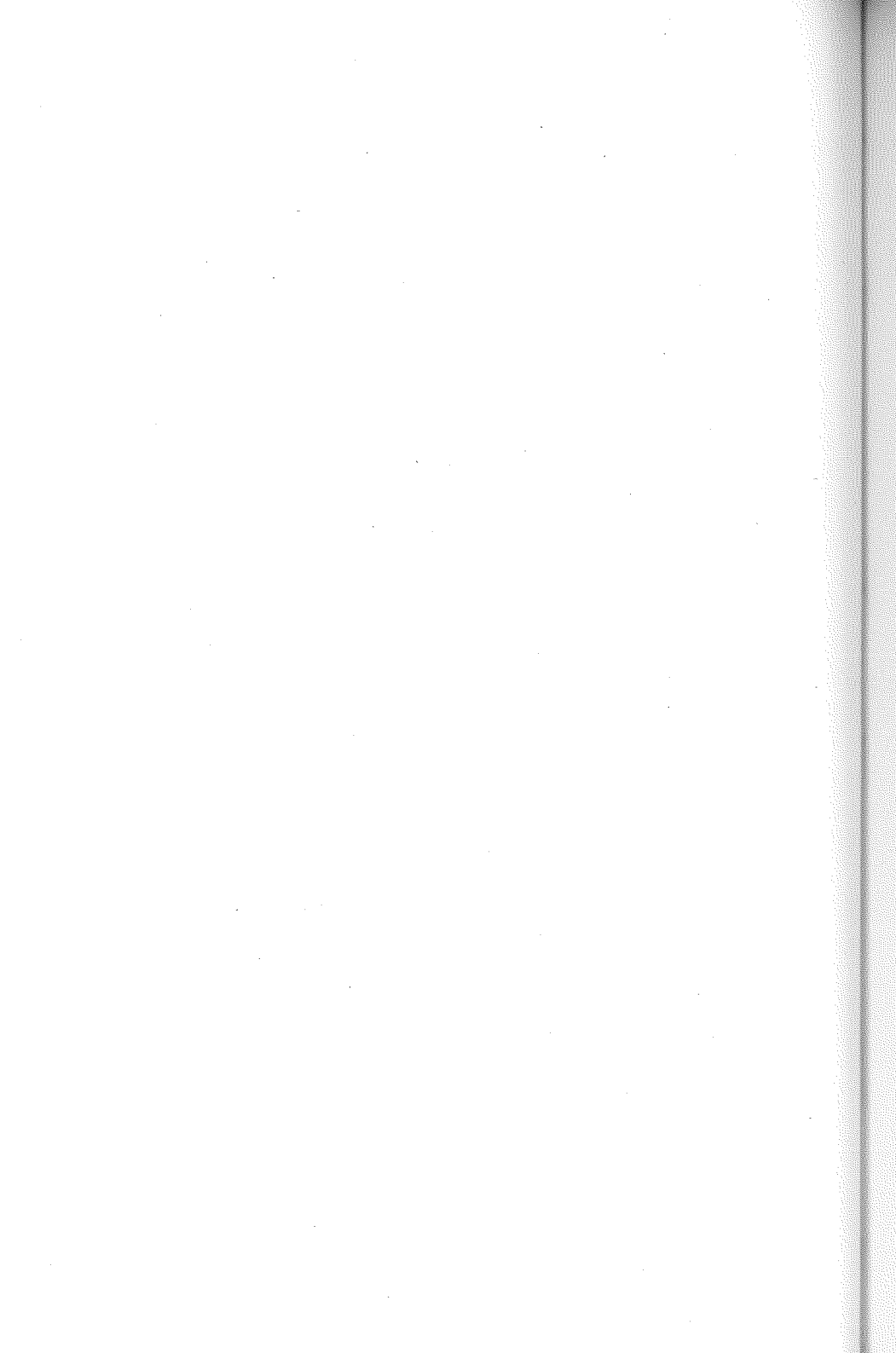
Al fin, como a las tres de la tarde, vio a su amigo Alberto que, con un ramillete de gardenias en la diestra, se acercaba a la tumba.

El corazón le latía con más precipitación que antes. Todo el pasado, con una lumbre que diafanizaba los misterios, acudió a su pensamiento. Recordó que cuando Anita empezó a preferir la gardenia a las otras flores Alberto era asiduo visitante de la casa; que en la morada del pérfido amigo el jardín era de gardenias; que cuando murió Anita, aunque Alberto descuidó mucho la amistad de él, se hizo notar la aflicción que le dominaba.

No le quedó duda. Aquel pérfido, aquel infiel a quien había llorado no era a la amiga, sino a la querida.

Y cuando Alberto depositó en la tumba las gardenias sintió una terrible palmada en el hombro, a tiempo que una voz estentórea le gritaba:

—¡Las tumbas hablan, miserable!



POR QUÉ GUSTAN LAS MUJERES

A Don Julio Simón

Las dos hijas de Don Tomás eran jóvenes de una belleza extraordinaria. Alicia, la mayor, tenía cuanto se puede recomendar estéticamente a una señorita, y adornábanla, además, bellas condiciones morales. A las cualidades que ordinariamente concurren en una joven buena unía una laboriosidad y una inteligencia poco comunes. Eufrosina, la segunda, aunque algo inferior a su hermana, merecía que cualquier poeta enamorado la comparara a los ángeles y las flores.

Ambas pasaban de los veinte años, sin llegar a los veinticinco, y las dos querían casarse. Cada una, según su temperamento, hacía lo honestamente posible por agradar a los jóvenes de la ciudad, esperando, en esa cacería disimulada y hábil, atrapar a algún mancebo.

Se acercaba la Nochebuena, y en esos días visitaba la casa de Don Tomás un joven fuerte y buen mozo, quien, por añadidura, adunaba a una buena posición social una buena posición económica.

Aún no se había decidido por ninguna de las dos hermanas. Mosca inteligente, a su manera, contemplaba las dos telas de araña tendidas a su paso y quería dejarse comer a conciencia, por el insecto que más le agradara.

A Alicia le convenía y le gustaba el mozo, Andrés, y se propuso hacer su conquista.

—Él es comerciante, de hábitos metódicos y laborioso, —se dijo—. Naturalmente, le gustará una mujer de esas condiciones. Ya es mío.

Don Tomás celebraba la Nochebuena con una cena espléndida; y Alicia se hizo cargo de dirigirla y prepararla.

La víspera, cuando Andrés se presentó como de costumbre, no encontró a Alicia en la sala. Al cabo de media hora fue que la vio atravesar un corredor, con las mangas arremangadas, un delantal al frente del principesco cuerpo, y la adorable cara algo espolvoreada de harina.

—¡Qué muchacha esa! —dijo Don Tomás—. No ha descansado hoy en todo el día, y sabe Dios a qué hora se acostará.

—Admirable joven —respondió Andrés—. Quien se case con ella llevará una buena esposa.

Llegó la Nochebuena, y la mesa de Don Tomás parecía un sueño de buen poeta. El marranito asado, en pie, parecía que estaba pastando las verduras que adornaban el plato; al pavo, echado en otra gran fuente, sólo le faltaban las plumas para figurar completamente la vida, y los pudines y los dulces, obras de estatuaria parecían, o bien se agrupaban en vistosas combinaciones policromas, junto con los vinos y la cristalería.

El puesto de Andrés fue a la derecha de Don Tomás, y a un lado le quedaba Eufrosina, mientras que al frente, triunfadora como una Venus con atributos de Diana, bella y artista a la vez, hermosa en cuerpo y alma, se sentaba Alicia.

Demás está decir que la cena fue alegre. El cariño, la juventud, la hermosura, los buenos platos y el buen vino se confabulaban aquella vez para adormecer el espíritu en una idealidad encantadora.

Cuando se servía la última copa de champagne, Andrés, dirigiéndose a Don Tomás, le rogó que, terminada la cena, le concediera unos minutos de atención, a solas, para un asunto importante.

Alicia sonrió de satisfacción, sospechando de qué se trataba.

Terminada la cena pasaron Don Tomás y Andrés a un gabinete, y allí el joven pidió a aquél formalmente la mano de su hija Eufrosina.

Don Tomás le rogó que esperara un momento la contestación en lo que consultaba a Eufrosina y a poco volvió con una respuesta como la deseaba Andrés, quien quedó desde ese momento autorizado a visitar la casa en calidad de pretendiente.

Alicia estuvo enferma unos días. Nadie lo atribuyó, sin embargo, sino a la fatiga que le costó preparar esa cena. Se la oía, no obstante, preguntarse a veces:

—Pero, Dios mío, ¿por qué gustan las mujeres?

DESCONFÍA DE LA VÍCTIMA

A Don J. Rafael Aguilar.

¡Oh almas grandes, almas bondadosas que andáis con el microscopio buscando sufrimientos para remediarlos, qué buenas sois; pero qué zonzas a veces!

Había una muchacha muy humilde, muy buena, que quedó huérfana en edad temprana. Una familia honrada se hizo cargo de ella, y la estuvo criando durante algunos años. Al cabo de ellos, un día encontré a la huerfanita en la calle, llorando.

—¿Qué te pasa? —le pregunté creyendo que se le había perdido algo, o que algún muchacho travieso la había maltratado.

—Ay, señor, —me contestó entre sollozos— me han botado. Me han echado a la calle.

—¿Y por qué?

—Por nada —me contestó—. Yo no he hecho nada.

Me conmovió hasta el fondo del corazón esa desgracia tan grande. Aquella niña, de diez años a lo sumo, verse lanzada a la calle, sin recursos, sin nadie que proveyera a su subsistencia en la delicada edad en que no se puede vivir sino bajo la sombra cariñosa que nos proyectan nuestros padres, o nuestros mayores... Sin reflexionarlo, le dije a la niña:

—¿Quieres venir a vivir a casa?

—¡Ay! sí, señor. Dios se lo pague.

—Pues ven —le dije, y la conduje a casa.

Mi mujer se volvió loca con la muchachita, le preparó ropa, la acomodó bien, y a menudo censuraba a los Frontera, que habían sido tan crueles y desnaturalizados con Francisquita. Hasta yo me entusiasmé y formé propósito de criar la niña con amor y cuidado para que algún día resultara persona útil.

Días después me decía mi mujer:

—¿Sabes una cosa? Chimbilín no congenia con Francisquita. En cuanto lo dejo solo con ella llora; y lo mismo pasa con Estelita. Parece que la muchacha no tiene la sangre liviana para los niños.

—Bah —le contesté—. Eso pasará. Los primeros días, todos los niños son así.

Pero, pasaban días y semanas, y la aversión de los niños a la chica crecía, en vez de disminuir. Me alarmó esa circunstancia, y me puse en observación para averiguar la causa, si la había.

A poco sorprendí a Francisquita tomándose la leche del biberón que le había dado para Estela.

—Bueno, —me dije— esto es cuestión de hambre vieja. Quizá en casa de los Frontera no le daban bastante alimento. Eso se arreglará. —Josefa —le dije a mi mujer—. Dámele todos los días comida a esta niña hasta que se ahíte. Hay que matarle la vieja para que se arregle.

Y le conté lo que acababa de ver.

Francisquita estuvo indispuesta durante quince días después de eso, a consecuencia de las harturas que le hizo darse Josefa.

Pero la aversión de los muchachos continuaba, y un día que Chimbilín en compañía de Francisquita, gritaba en un aposento, púseme a observar por el ojo de la cerradura.

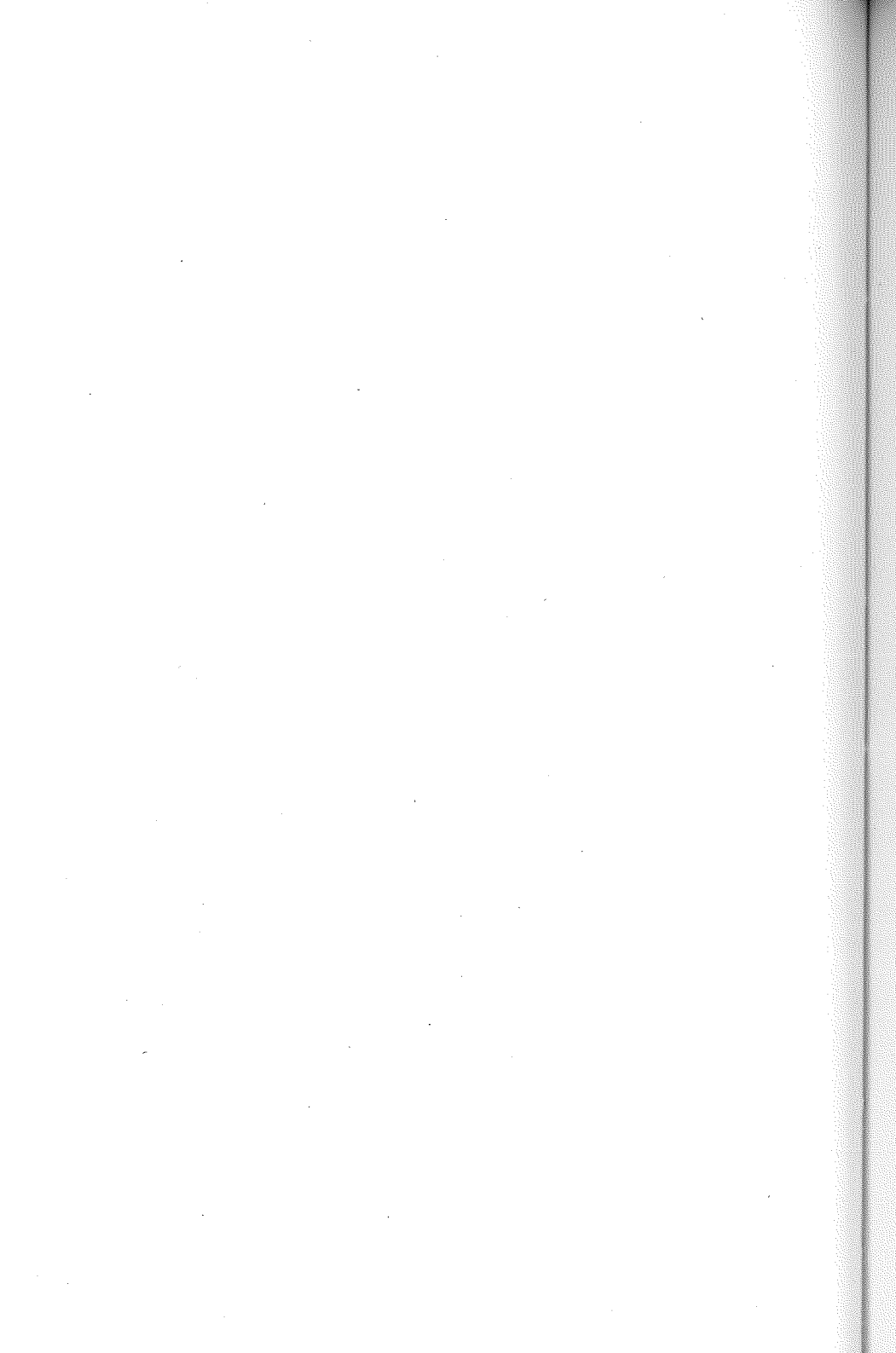
Quedé tan asombrado como indignado. Francisquita, mientras decía en alta voz, para que la oyeran, palabras cariñosas a Chimbilín, le tiraba de los cabellos y le daba pellizcos en los brazos, con satánica satisfacción.

Así me agradecía aquella fiera, con apariencias de cordero, el favor que le hacía. Complacíase en maltratar al niño, por vér su gesto de dolor a cada nueva tortura.

Entonces comprendí la conducta de los Frontera. Entonces me expliqué por qué ellos, que tienen hijos pequeños, habían lanzado de su casa a la muchacha.

Desconfía de la víctima, fue la moral que deduje del sucedido, porque la víctima, de cien casos, noventa y nueve ha provocado al victimario, le ha mortificado, le ha pinchado con alfileres, le ha

perpetrado esas mil diabluras que hacen perder la paciencia hasta que, hostigado, furioso, le ha dado un trastazo brutal, es verdad; pero cien veces merecido.



LA OPINIÓN DE SAN PEDRO

Al Lcdo. Don Américo Lugo.

Yo creía que en el cielo había pocos dominicanos porque una vez me refirieron el cuento de un paisano mío que pidió que lo pasapor-taran de la gloria para el infierno porque en la gloria todo se encon-traba demasiado tranquilo y a él le gustaba estar donde se diera y se recibiera golpes.

Después trabé amistad con un señor espiritista, el cual se cree hijo de Zoroastro, por línea espiritual, y le pedí que me solicitara informes respecto a la colonia dominicana en el cielo.

Al otro día se me presentó el amigo espiritista triste y cariacon-tecido.

—Mire —me dijo— los informes que me transmitió Colón en la sesión de anoche. —Y me entregó un legajo de papeles. Estaban escritos con una construcción algo genovesa, o espiritista, por lo nebulosa; pero, castellanizándola, dice así:

«Aquí no hay más que un puñadito de dominicanos. Algunos estadistas, algunos literatos, algunos prelados, y nadie más.

Figúrese usted que aquí está prohibida la mendicidad y de allá no vienen más que pordioseros, o poco menos.

En cuanto una persona toca a las puertas del cielo, San Pedro pregunta:

—¡Quién va!

Y abre el ventanillo.

Si el individuo responde «dominicano», San Pedro le interroga minuciosamente:

—¿Y tú, qué comías?

—Hombre, San Pedro, —responde invariablemente el dominicano— yo me cuidaba mucho. Generalmente mi comida de las veinticuatro horas era un sandwich entre dos medicamentos: por la mañana té de feregosa, al mediodía sancocho, y en la tarde otro té de feregosa. No me ahité sino una vez que fui a un matrimonio del campo y había puerco asado a *rulé*. Por no hacerle el desaire a tanta fineza... Supóngase que no me costaba un centavo...

—¡Por los clavos de Nuestro Señor! —murmura San Pedro— ¡Qué descarados son los muertos de hambre!

Y luego, alzando la voz, le pregunta:

—Y tú, ¿qué tenías allá, en esa miserable tierra?

—Yo, necesidades. Practicaba la pobreza. Por eso parecía haragán casi siempre. Trabajar es hacer por ganar dinero, y así sale uno del estado de pobreza, que es el perfecto.

San Pedro se mesaba las barbas, impaciente ya. Por fin reanudó el interrogatorio:

—Bueno, dime: ¿y tú eras caritativo?

—Yo, según y cómo. Dinero ni cosa que lo valiera di nunca. Consejo sí, aunque tuve mala fortuna. Una vez le aconsejé a un compadre mío que vivía en Isabel de Torres que comprara un caballo ciego que le vendían barato. Lo marcó, y al día siguiente...

—¿Qué?

—Se derriscaron los dos por la loma abajo, y mi compadre me precedió aquí.

—¿Aquí? —exclamó molesto San Pedro—. Ese era otro muerto de hambre. Asándose debe de estar en el infierno.

—¡Demontre! —replicó el dominicano—. Afortunadamente, yo soy muy religioso y a un hombre que ha rezado tantos Padrenuestros no pueden mandarlo al infierno.

—¿Y cómo practicaba usted su religión?

—¿Yo? Pues me mantenía en la iglesia. Mande a ver a Puerto Plata, y sabrá que hay en el piso de la iglesia que es de madera, dos carcomidos que hicieron mis rodillas.

—Pues mire —responde ya furioso San Pedro— ¡coja el camino para el infierno, que en la Gloria no pueden fabricar sino los que tienen solares en la tierra!

En cambio, se recuerda aquí, como día de fiesta, el día en que llegó Vanderbilt.

San Pedro le hizo la pregunta consabida, y él respondió:

—¡Un *yankee!*

—¡Ah! buena tierra. Ahí se da gente de provecho. Y usted, ¿quién es?

—¡Yo, Vanderbilt!

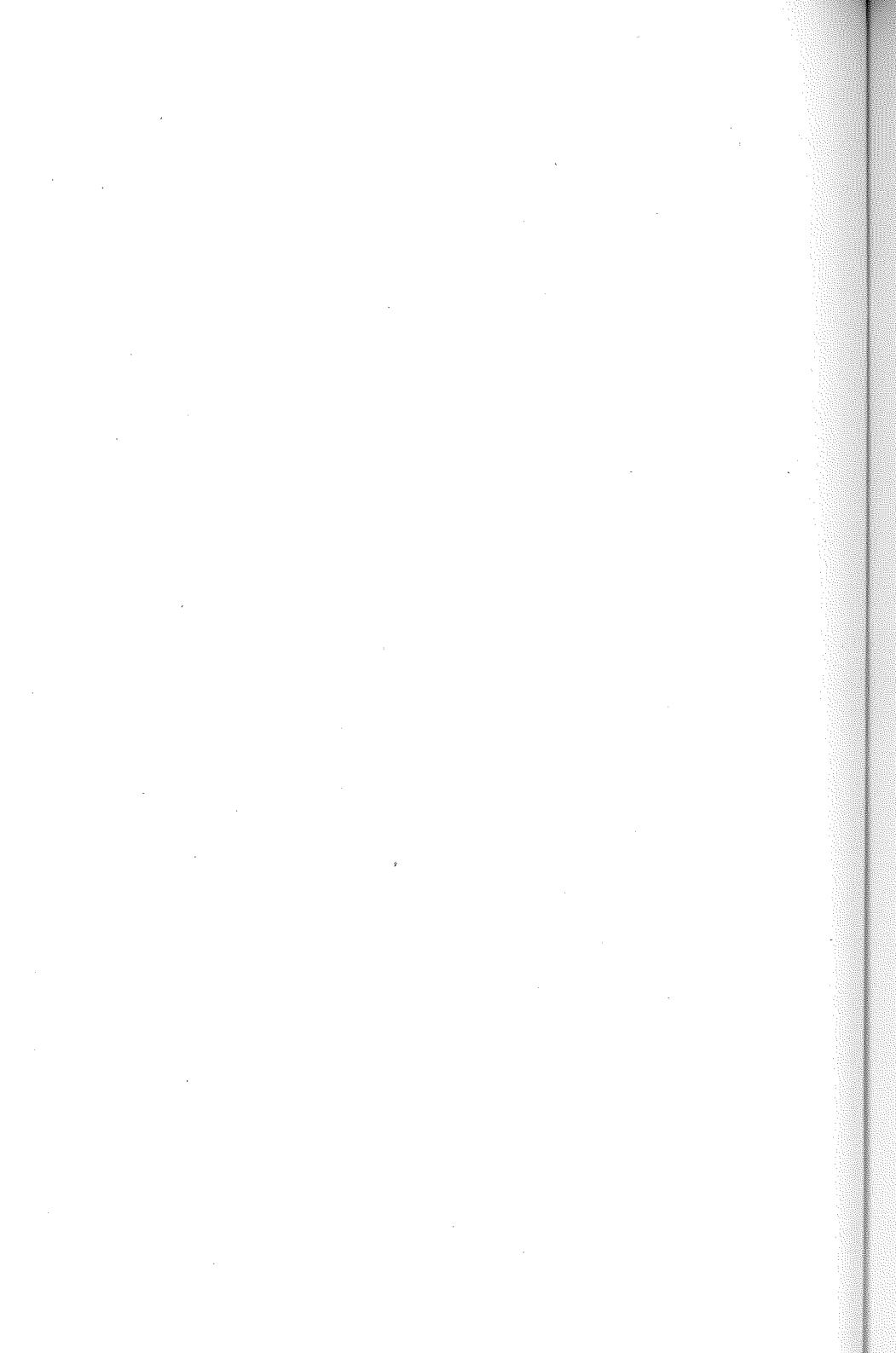
San Pedro se quitó el sombrero, le tendió la mano por el ventanillo, le abrió la puerta, y le dijo:

—Entre para que conversemos.

Entonces le hizo todas las preguntas que al dominicano, y Vanderbilt le dijo que la tierra era muy buena. Lo único malo allá son los médicos. ¡Miren que dejar morir a un hombre que tiene \$225,000,000! Pero en fin: Dios no hizo los médicos. Eso lo hicieron los hombres. Yo —continuó Vanderbilt— hice lo posible por vivir. Comía *beefsteaks* de lomo, de a libra, no tomaba sino buen vino, practiqué muchísimo la caridad, hice barcos, carreteras y ferrocarriles, doné escuelas y he perdido la cuenta de las iglesias que hice construir.

—¡Mi querido amigo! —gritó San Pedro abrazándole—. Usted sí es un hombre como Dios manda. Eso que dijo Nuestro Señor de que más fácilmente pasaba un camello por el ojo de una aguja que un rico por las puertas del cielo no es textual. Él quiso decir *avaros*, no rico. Él se refirió a esos brutos que pueden vivir en la abundancia y son más pobres que los dominicanos. Pase usted, querido amigo, déjeme presentarle al Padre Eterno, que quizás le dé aquí un buen empleo.

—Esa es —termina Colón— la opinión de San Pedro. El muerto de hambre al infierno. Al cielo hay que venir ahíto.



SIÉNTATE. NO CORRAS

A los impacientes

Cuando Jerónimo entraba en su yola y remaba hacia el recodo del excelente puerto de Blanco, donde echaba su cordel para pescar, se le iba el espíritu, en peregrinación hacia el pasado, contemplando ese panorama, poético y majestuoso a la vez, que ofrecen las aguas mansas y encajonadas como un río, mientras que en las orillas, como apretada muchedumbre salvaje, crecen los árboles disputándose el aire y el terreno y descendiendo hasta las aguas los enmarañados mangles, patriotas útiles, porque todos los días agrandan el territorio nacional robándoles espacio a los mares, convirtiendo en suelo dominicano los sedimentos minerales y sus propios detritus orgánicos.

Jerónimo, a fuerza de pensar, se había hecho una filosofía rara que le servía de programa político. *A Dios rogando y con el mazo dando* era su primera consigna; pero al mismo tiempo había resuelto abandonar el campo del luchador y no correr detrás de las cosas, sino acecharlas y empuñarlas cuando le pasasen cerca¹.

1. Este relato contiene la ilustración de la supremacía de un criterio de acción política sobre otro. Si el político sigue a pie juntillas el cambio incesante de las situaciones e intereses, esto comportaría por parte del político una inversión de energía y esfuerzos disímiles. También implicaría que el político tuviera que tratar de acercarse a las

Un día su compadre Pancho quiso acompañarle en la pesca y así que estuvieron lejos del embarcadero le habló así:

—Compadre, el Gobierno es de los malos, de los peores. Ya no se puede aguantarlo.

—¿Usted cree, compadre? —contestó Jerónimo.

—Hombre, ¿cómo dudarlo? ¿No se está viendo? Si hasta la cosecha de tabaco ha sido mala este año.

—Pues a mí no me ha ido mal en la pesca.

—Porque el Gobierno no se mete todavía con los peces. Pero usted verá como al fin se los vende a algún *musié* y se queda mi compadre pescando sabandijas...

—Y yo, ¿qué puedo hacer, compadre?

—¿Y usted me lo pregunta? Ya se está peleando en Santiago. Metámonos en la revolución. Pronunciemos a Blanco y, lo menos, lo menos que usted saca es la Jefatura Comunal.

—Compadre yo, ya que no puedo hacer otra cosa, me reservo para después del triunfo. Usted conoce mis principios: «a Dios rogando y con el mazo dando». He aprendido a leer y a escribir, y vivo honorablemente de mi trabajo. No corro detrás de las cosas como hice en mi juventud. Me siento tranquilamente en el camino por donde tienen que pasar y, cuando están a mi alcance, les salto encima y las empuño por el cogote. Mire, compadre. Las cosas corren más que un tren de ferrocarril, y si usted las persigue, a poco rato lo dejan con la lengua afuera, y ellas en el confín del horizonte.

—De manera, compadre, que usted no entra... —contestó Pancho.

—No, compadre. Me reservo para después del triunfo, si me creen útil.

Pancho no insistió. Regresaron a la aldea, terminada la pesca, y en la noche, acompañado de treinta individuos, el revolucionario pronunció el lugar en favor de su partido.

Inmediatamente reclutó algunos más, y marchó sobre Bajabonico. Se apoderó de la población y en seguida atacó a Altamira,

metas por caminos tan fluidos, móviles, inconclusos y temporales como la naturaleza cambiante de las cosas y situaciones. En este sentido, la idea que se quiere ilustrar en este relato es que en lugar del despliegue de una carrera al compás del movimiento incesante de las cosas, la acción política podrá ser exitosa si introduce el cálculo y la previsibilidad que permitan la realización de la acción eficaz en el momento oportuno.

donde el combate fue más reñido y le quebraron una pierna de un balazo.

La revolución había estallado también por el Este. En Sosúa había un fuerte destacamento de insurgentes y, como la bola de nieve, ambas fuerzas marcharon sobre la ciudad de Puerto Plata engrosándose de manera que cuando llegaron eran ya un poderoso ejército al cual se rindió la guarnición.

Pancho, entre tanto, había sido conducido a Blanco, donde se curaba lentamente, sin médico y con pocas medicinas. En su lecho supo todas las noticias de la guerra, del triunfo de los suyos, de la constitución del nuevo gobierno, y cuando se trató de nombrar Jefe Comunal en propiedad de Blanco, todavía sólo podía andar apoyado en una muleta en su aposento.

El Gobierno pidió entonces informes sobre candidatos y todos estuvieron contestes en que Jerónimo era el hombre, y en su favor fue expedido el nombramiento.

Una tarde estaba Pancho sentado a la puerta de su casa, contemplando la plaza de un verde suave que reposaba los ojos, cubierta de cabras, vacas y cerdos que pastaban tranquilamente, mientras por el lado del monte, en el camino que llega a Bajabonico, aparecían de tarde en tarde aldeanas que venían de la laguna con una lata o una damesana de agua en la cabeza, cuando llegó Jerónimo a visitarlo.

—¿Cómo le va, compadre? —preguntó.

—Aquí, cada vez más convencido de la verdad que usted me dijo en la yola. No vuelvo a correr más nunca. Y no porque esté cojo, sino porque creo que más se alcanza cuando uno sabe dónde debe sentarse.

¡PA LA CAISE!

*A la víctima eterna.
Al pueblo dominicano.*

No ha mucho se encontraban en el café *El túnel*, de Puerto Plata, algunos jóvenes tertuliando en la galería, gozando del fresco terral que soplaba y de la poesía del paisaje formado por el jardín bellissimo del parque en el cual hacía maravillas la potente luz de las lámparas Kitson deshaciéndose como rayos de sol sobre los chorros de agua atomizada de las fuentes, el enorme ramaje de los laureles, y los rosales en flor que parecían el alma de la juventud femenina: piras de rosado tinte como el favor ferviente y entusiasta; lampos de alba nieve como esas conciencias impolutas; ramilletes amarillos, color de la decepción y el desengaño que aniquilan en flor los corazones.

Hablaban los mozos de amor, de fiestas, de las manifestaciones de la vida inquieta y vivaracha de la juventud, cuando uno de ellos ladeó la charla hacia la mal llamada política, y se habló de las últimas prisiones, discutiendo unos en pro y otros en contra de su justicia.

Como siempre, la tertulia se hizo anecdótica. Cada uno refirió un caso afirmador de la opinión que sustentaba.

—Pues yo —dijo Luis, un joven moreno, de grandes ojos oscuros y bigote más negro que el café tostado— voy a referirles un caso auténtico que presencié en Santiago. Había un joven de la honorable familia Pujol, el cual tenía la costumbre de restregarse las manos con frecuencia. Un día las tropas del Gobierno fueron derrotadas en

Puñal, y el Gobernador, apenas amaneció, salió a la calle. En la acera de enfrente vio a Pujol restregándose las manos, y al instante supuso que el joven conocía la noticia y la estaba celebrando con ese movimiento. Se devolvió a la Gobernación, y dirigiéndose al Comisario de Policía, le dijo:

—¡Mándame a meter en la cárcel a ese conspirador de Pujol!

La orden fue transmitida a dos agentes, y cinco minutos después la víctima sentía dos bocas de carabina en las espaldas, mientras una voz aguardentosa le gritaba:

—*¡Pa la caise!*

Entonces Eudoro, un joven de la Capital, que oía a Luis, dijo:

—Eso es poca cosa, en comparación a lo que sucedió en la ciudad. El Gobierno esperaba de Europa una suma, de un cuantioso empréstito. El dinero no venía y eso daba lugar a muchísimas conversaciones.

Una tarde se paseaba el Gobernador por una calle de barrio cuando oyó a un honrado artesano que cantaba el estribillo de una danza a la moda:

*Y dicen que viene
Y no viene ná...*

El Gobernador se enfureció, llamó a un policía y mandando a la cárcel al artesano, le increpó:

—¿Conque no viene *ná*, eh?

—Yo qué sé. Eso lo dice la danza.

—¿Danza? ¡Buena la vas tú a tener en el Homenaje, para que te metas en asuntos de Estado!...

—Pues eso no es nada —dijo Alberto—. El uno padeció *por restregarse las manos*, el otro *por cantar*. Ya eso es algo. Yo conozco otro que fue a la cárcel *por mirar*.

—Eso es imposible —contestó Luis.

—Cuéntalo —replicó el capitaleño.

El interpelado refirió entonces:

—Aquí, en Puerto Plata, había un Gobernador algo amigo de Venus. Tenía queridas cuantas podía, y una vez logró la fortuna de encandilar a una mujer de buena familia.

Una noche, a eso de las nueve, quiso entrar a verla. Pero frente a la casa vivía un barbero, y el artista en pelos estaba a la puerta, mirándola fijamente.

El Gobernador siguió de largo, murmurando pestes y maldiciones, y volvió una hora más tarde. Pero el empecatado barbero, que sospechaba algo, estaba todavía en la puerta, clavado ahí como un poste de farol.

Cinco minutos después vinieron dos agentes de policía, y apuntándole al barbero con las armas, le gritaron:

—*¡Pa la caise!*

Quince días estuvo en el Cubo el infeliz barbero, y cuando le pusieron en libertad se dirigió a la Gobernación a inquirir la causa de habersele recluido.

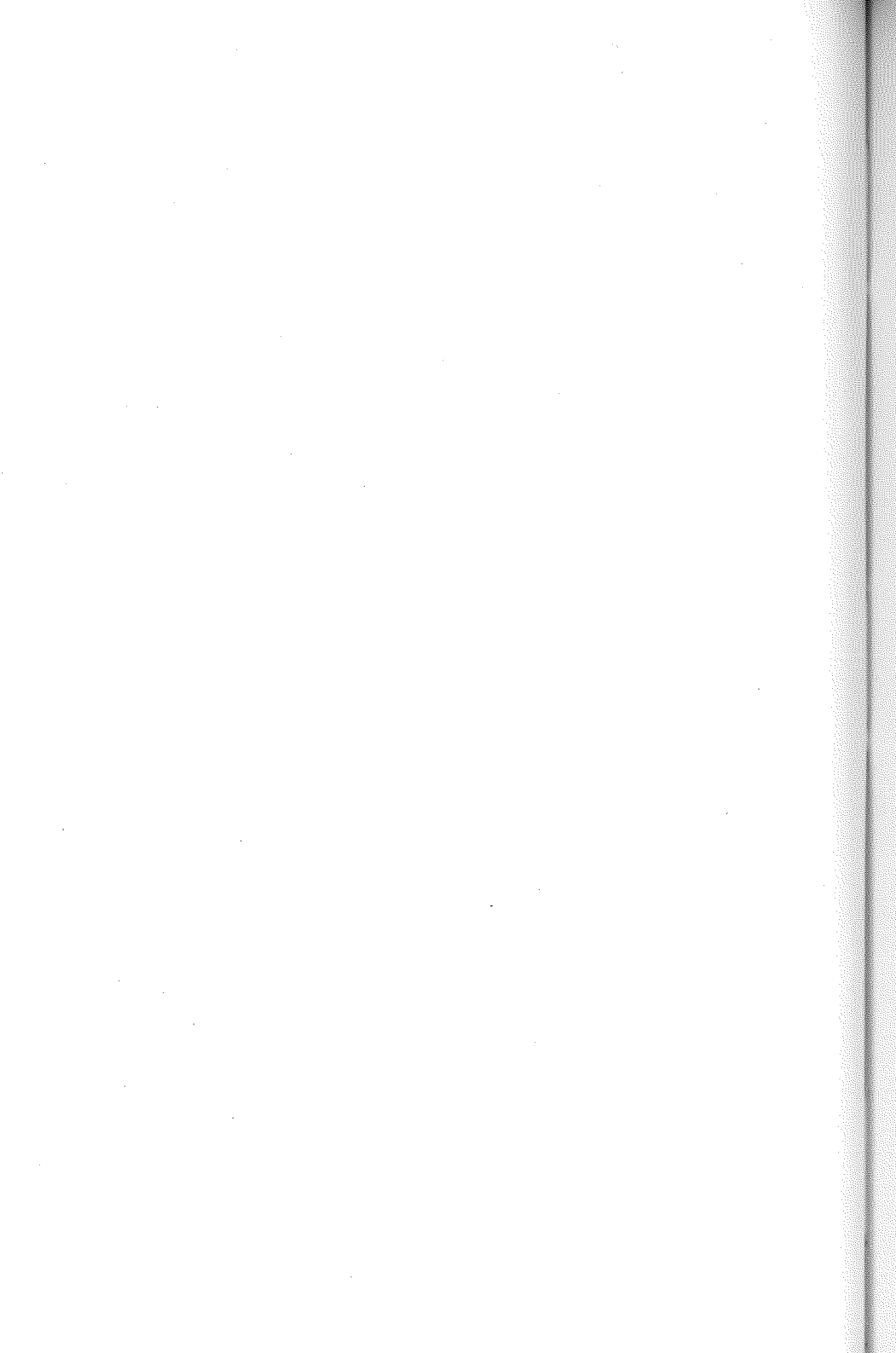
—Le doy las gracias, señor Gobernador, por haberme puesto en libertad; pero quisiera saber el motivo de mi prisión, para no volver a incurrir en él.

Tardó en contestarle el Gobernador; pero al fin, levantando la cabeza, con aire de Júpiter tonante, le gritó:

—*¡Por mirón, por mirón y por mirón!*

Ya iban a retirarse los jóvenes, después de haber comentado la última anécdota carceril, cuando un grupo de policías salidos de la Gobernación contigua, les rodeó, gritándoles:

—*¡Pa la caise, pa la caise! ¡No se premite contai cuento!*



«LA POLÍTICA NO TIENE ENTRAÑAS»

A Don Gastón F. Deligne

Por instinto era maquiavélico el general Leoncio. No había leído *El Príncipe*, ni cosa parecida; porque desde que se emancipó de la férula del maestrescuela no se fijaba en otra escritura que su correspondencia disoluta y una parte de la que sostenía su secretario con los amigos de la causa; pero su alma era un muladar de pasiones mal aconsejadas que le tenían el corazón vacío y estéril y le llevaban de la mano a hartarlas por vías de perdición. "La política no tiene entrañas" —decía sacando a relucir todo el mobiliario de su cabeza, y se lanzaba a inmoralidades e inconsecuencias inauditas. Todo por él y para él. Patria...convicciones...amigos...progreso... a su entender nada eran; cuando más, medios de llegar a su fin que era mandar siempre, tener mucho dinero, corromper muchas mujeres. Después de cada iniquidad, con repetir su estribillo se creía justificado. Y lo que son las cosas... Esto era muy repugnante; pero había en Puerto Plata grupos que celebraban las fechorías del cacique, pancistas con el cerebro y el corazón en el estómago, que decían amén a todo, con tal de recoger algunos desperdicios de la orgía.

.
. .

El pueblo comienza por insultar a la oposición honrada, llamando virtud la indiferencia; pero los buenos burgueses, si miran de

rejo al que por independiente amenaza su quietud, llegan hasta a exponer el pellejo cuando la autoridad se permite bromas con sus faltriqueras. Quien hiere a un conservador en el bolsillo le transforma en radical, y el general Leoncio se permitía hacerlo cuando estuvieron exhaustas las cajas del Estado. Y luego la añadidura de que no dejaba honra sana con la lengua o con los hechos. Principió a alborotarse la colmena, y la juventud encontró apoyo.

*
* *

Cuando le hablaban de descontento popular al general Leoncio se enfurecía con los opositoristas. Si estaba de buen humor contaba el apólogo del buey, el águila y los mosquitos, que había aprendido para el caso. —«Este era un buey —decía— que estaba en la sabana, muy tranquilo rumiando pajón. Una nube de mosquitos le cubría de arriba a abajo; pero él no se inquietaba: seguía rumia que rumia, sin dar un mugido. Un águila que andaba de caballero volante por esas tierras se acercó y le dijo: —Amigo buey, los mosquitos te tienen flaco: ¿Quieres que los espante? —No —le contestó él—. Déjalos que ya esos están llenos y si vuelan los reemplazan los hambrientos.» El pueblo es el buey —añadía el general Leoncio—. Está contento. Ese zumbido es de los mosquitos flacos.

*
* *

El cielo encapotado, oscura la noche; por los patios y galerías de la casa del gobernador trajinaban los esbirros; recibían órdenes secretas y partían. Al pasar, los rayos de luz escapados por las puertas hacían brillar las armas como ojos de tigre en las tinieblas.

Hacia el fondo de la casa, en retirado aposento, arrodillada ante sagradas imágenes, oraba la esposa del tirano: «Dios omnipotente, Virgen misericordiosa, traedme a mi hijo. He oído palabras de muerte, lazos tendidos a esa pobre juventud patriota. Mi hijo es joven y bueno como ellos. ¿Por qué tarda?... Dios omnipotente, Virgen misericordiosa, traedme a mi hijo. Ésta es noche de peligros y de duelo. Que mi hijo no esté en nada. ¡Que se salven todos; que se salve mi hijo!»

*
* *

Suena la medianoche. Rayos como espadas de fuego atraviesan las pavorosas tinieblas. Présagos coléricos de la arrebatada tempestad pintan con la palidez de la muerte lo que va a ser objeto de sus iras. El furor de los elementos se desencadena con estrépito horroroso; pero le asorda y domina el furor de los hombres apasionados. Las descargas rasgan la oscuridad alumbrando el exterminio; estallan los bronces vomitando metralla asoladora, y el agua del cielo se enrojece con la lluvia de sangre de los patriotas generosos, víctimas del engaño. El general Leoncio preside la matanza. La destrucción le excita. Como un genio satánico, a medida que diezma las filas de imberbes crece su ansia de matar.

—Ahí traen un prisionero —le dicen.

—¡Que no se haga prisioneros! —contesta—. ¡Que lo acaben!

Y se oyó el *¡cha! ¡cha! ¡cha!* de las bayonetas al enterrarse en el cuerpo de aquel joven.

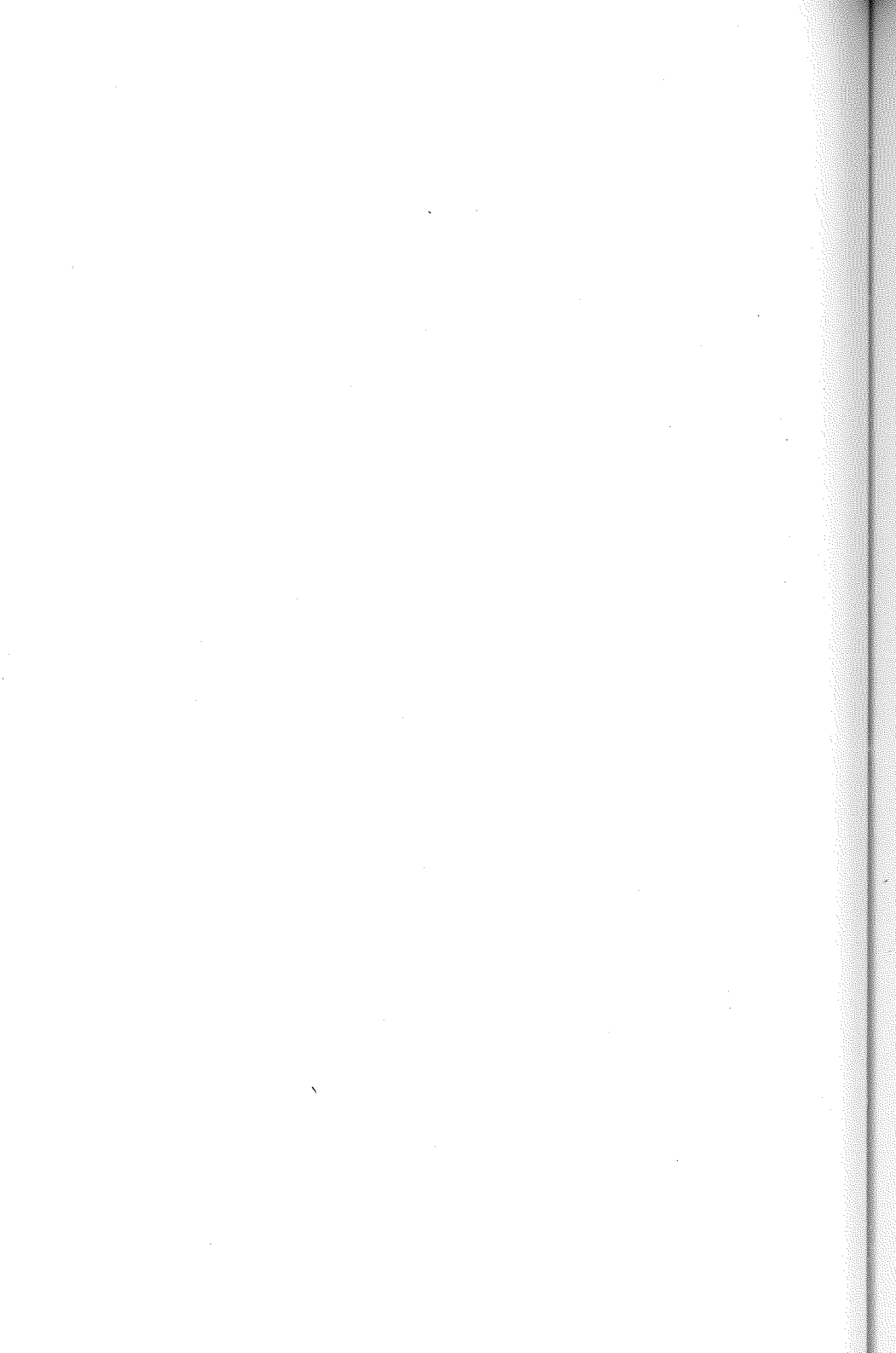
Acabado el degüello, avanza el general Leoncio y da un grito de desesperación cuando un relámpago le permite ver el rostro del bayoneteado.

*
* *

Amanece. Todavía sólo entra por las ventanas luz muy tenue de la aurora. La sangre que empapa las calles se confunde todavía con el oscuro apisonado. En la alcoba de la esposa del tirano, sobre las blancas telas del lecho, yace agujereado, con encajes de sangre las heridas, el cadáver del hijo, que alumbran cuatro cirios. La madre arrodillada, con un brazo bajo el cuello del adolescente, apoya sus labios sobre la fría boca del muerto, como si quisiera inyectarle nueva vida. Lívida, como el cadáver, no llora, no se queja, no articula una palabra.

Entró el general Leoncio y se quedó inmóvil, contemplando su obra filicida. Sintió horror, y quiso retirarse; pero la madre, volviéndose a él y señalándole el muerto, le dijo:

—Míralo. Tenías razón: «La política no tiene entrañas.»



LA EXPERIENCIA

A Don Fernando Arzeno

La vida es una serie completa de estaciones. La infancia y la adolescencia son la primavera, todo frondas, todo flores, todo poético y balsámico. La edad viril es un verano, todo frutos, todo utilidad, todo positivismo. La madurez se asemeja al otoño. Ya están almacenadas las cosechas y, como de las plantas, se caen del alma y ruedan por el suelo las hojas que la adornaban. La ancianidad es el invierno. Así como en la infancia hay el mínimum de vida; pero de vida *ascendente*, en la ancianidad hay un mínimum de vida *descendente*. No se ha caído en la fosa; pero hay vida casi sin vista, casi sin paladar, casi sin olfato, casi sin erotismo, casi sin fuerzas. ¡Oh, fatal desmayo, precursor de la muerte!

Pero el hombre, en su orgullo, no satánico, sino humano, que es mayor, no confiesa su decadencia, no declara que a medida que sus fuerzas amenguan su miedo crece, y llama a este temor *experiencia*, convirtiéndola así en alcahueta del miedo.

Conocí a Don Pepe. En su juventud fue activo y diligente como pocos. Cuando el azar, con su hacha implacable, derribaba algún árbol de la floresta de esperanzas que crecía en el alma de Don Pepe, en el espacio vacío, abierto al sol, germinaba una multitud de esperanzas nuevas que sólo esperaban calor y luz para desarrollarse lujuriosamente.

Transcurrieron los años, Don Pepe pasó de los cuarenta, y el miedo, esa noche polar del espíritu, comenzó a predominar en él. A

medida que se acercaba al fin del porvenir, el fantasma le asustaba más y le hacía crisar los nervios.

—Ya tengo experiencia —decía él engañándose a sí mismo—. Ya piso con pies de plomo en los asuntos.

Sus negocios iban mal, y ya no podía continuar en el comercio a que había dedicado su juventud. Examinaba, escrutaba con ahínco y atención todos los ramos de comercio, a ver si encontraba alguno lucrativo.

Un día vio a Don Ramón, con el aire decaído y la indumentaria bastante antigua, y le preguntó cómo le iba en los negocios.

—Creo —le respondió— que voy a aprender a mascar tabaco. ¡Maldito tabaco! He perdido, negociando con ese producto, todos mis ahorros, todo el trabajo de veinticinco años. ¡Maldito tabaco! ¡Por eso lo quemán y lo mascan!

—Demontre —se dijo Don Pepe—. Lo que soy yo, no negocio en tabaco ni en cosa que lo parezca. ¿Conque arruina? Pues al infierno.

Pasaron años y Don Pepe continuó resintiéndose en su organismo y en sus negocios. Ni su cuerpo ni su tienda eran sombra de lo que habían sido.

Iba una tarde a un almacén del pueblo abajo a suplicar la prórroga de un vencimiento cuando se encontró en la calle con Don Joaquín, montado en un brioso potro puertorriqueño, ostentando un panamá de cien pesos y un reloj y una leontina de quinientos pesos. Era cosa extraña, porque el año anterior Don Joaquín ni siquiera era Don, sino un desgraciado pesetero.

—Hola —le dijo Don Pepe—. ¿Parece que van bien esos negocios?...

—Excelentemente, mi querido amigo —respondió—. Este año he ganado cuarenta mil duros.

—¡Cuarenta mill!... ¿Y en qué se puede ganar aquí esa suma?

—En tabaco, mi querido amigo, en el pródigo tabaco, que merece un Bello que lo cante.

Don Pepe torció el gesto, y aunque no dijo nada, porque era hombre bien educado, pensó:

—¡Bestia de mí! Yo tuve fe en Don Ramón y perdí la oportunidad de salvarme. ¡Oh, experiencia, tú no eres más que miedo, y yo fui cobarde!

AL TIEMPO...

A Don Víctor M. Saume

Juan no tenía buena suerte. Por dondequiera que metía la cabeza, y lo hacía con buena voluntad, inteligencia y labor, recibía un estacazo.

A menudo me decía, enseñándome amistosamente el puño: lo que no me agencio a fuerza de éste, no lo consigo. Jamás he obtenido cosa alguna por casualidad, ni he sacado premio en la lotería. ¿Tú ves?... El fabricar anillos no es negocio desatentado, porque todos los novios se regalan mutuamente esas joyas. ¡Pues estoy seguro de que si yo me meto a hacer anillos nacen los muchachos sin dedos!

La verdad es que parecía que su estrella tuviera *mal obenque*¹, pues el *fucú* no lo abandonaba un momento.

La mujer le salió de una fecundidad abrumadora; los hijos de una salud que ni hecha de encargo por las boticas; los amigos malos; y los negocios peores.

Un día sin provocación alguna de su parte, le ofendió uno de sus amigos. Ante el agravio palideció, una ráfaga de cólera le subió al rostro, y ya iba a descargar un golpe terrible sobre el provocador, que era más débil que él, cuando, como iluminado por una intuición generosa, bajó la mano inofensivamente y continuó su camino.

1. Entre jugadores, exclamación empleada para expresar que una persona da mala suerte con la vista (CED).

La noche siguiente lo encontré bajo uno de los frondosos laureles del Parque y, así que nos saludamos, le felicité por su generosidad de la víspera.

—No ha sido generosidad —me contestó.

—¿Y qué?

—Ha sido cálculo.

—¿Cómo? ¿Si te insultan es negocio bueno no castigar la ofensa?

—Es que yo no he renunciado al castigo. Al contrario.

—Explicame eso.

—Es muy sencillo. Ahora me siento todos los días en la galería de casa, a esperar que me pasen al provocador hinchado, por frente a mi puerta.

—No comprendo.

—Pues te explicaré. Yo no le había hecho nada malo a ese amigo, y él me faltó al respeto que yo merezco. Luego es un provocador habitual. ¿Por qué voy a andar en enredos con la justicia por un individuo como ése? Es provocador habitual, y antes de quince días habrá ofendido a otra persona más irascible que yo, la cual le hará una *escuadra* en la cara o en las espaldas, a bastonazos o a bofetadas.

*
* *

Transcurrieron unos quince días, y una noche, en el mismo Parque, volví a encontrar a Juan.

—¿Qué hay? —le pregunté.

—Que ya sucedió aquello.

—¿Qué?

—Lo que te había profetizado. Hoy pasaron por mi calle, en miserable estado, al provocador.

—No me digas...

—Sí. Insultó a *Tremendito*, y el agredido le puso la cara hecha una lástima, a trompadas. Como el contuso era el agresor, la policía lo llevó arrestado al cuartel.

—¡Pero qué pronto! —repliqué.

Y Juan, que era humorista, a pesar de su perenne desgracia, humorista de sombrío tinte, agregó:

—*Sic transit malacrianza mundi.*

LAS MUJERES POLÍTICAS

A mi tío Don Manuel López Escarfulleri

El mundo estaba malo.

Los hombres le hacían a la Divinidad cada perrada que temblaba la tierra. Ya se metían a filibusteros, ya a piratas, ya a contrabandistas; y los pocos indios que quedaban en la isla estaban dados al diablo, porque indias... ¡ni esperanza! Todas eran para los españoles.

El Padre Las Casas y otros buenos frailes, como representantes del Poder divino, tronaban desde el púlpito contra esas herejías y recomendaban una práctica más cristiana; pero todo era inútil: la plebe de Europa y el salvajismo de África seguían haciendo tremendidades en esta isla.

Un día hicieron una atrocidad en La Vega, y Dios bajó a la sabana, miró con ojos encendidos como fulgurantes soles a los pobladores impíos, y lanzó una maldición:

—¡Que se hunda la ciudad y quede cubierta por el fango!

Y se oscureció el cielo y la tierra se desquició de sus cimientos y toda la ciudad desapareció con estrépito quedando en su lugar una laguna cenagosa.

Pero los del resto de la isla no escarmentaron ante esa hecatombe realizada por la cólera divina. Siguieron pecando y el Señor castigando: ya es una plaga de hormigas que obliga a abandonar la Capital y trasladarla a la margen derecha del río; ya un terremoto hunde a Azua, ya otro se traga a Santiago, hasta que el Señor que no castiga por placer, sino para provocar la enmienda, se dijo:

—Estos dominicanos son unos infieles tremendos, en quienes no hacen mella las grandes catástrofes. ¿Con qué les castigaré de manera que lo sientan?

Pensó un rato, y luego, dirigiéndose a un gran arcón que cerca tenía, empezó a sacar puñados de polvo y a arrojarlos sobre la isla.

—¡Ahí tienen, por desordenadores! ¡Ahí tienen, por fratricidas! ¡Ahí tienen, por impíos! ¡Allá les va la mujer política!

Y desde entonces los más grandes pecadores, los infieles más tenaces tienen un cáncer que les roe las entrañas, en vez de tener hogar porque la dulce y suave esposa, la tierna e inocente hija, la hermana cariñosa y buena, se les han convertido en arpías políticas, en soldados con faldas que no disparan carabinas; pero echan maldiciones, y con la faz congestionada por el odio desean la muerte a todo aquel que no sea partidario de un hombre que no es el marido, ni el padre, ni el hermano de ellas.

LAS DOS ARTISTAS

A Don Jorge Curiel

La primera vez que en el *Teatro Curiel*, de Puerto Plata, asomó, trémula, a las tablas la María, llevaba en sí toda la angustia desasosegada del bisoño temeroso más de sí mismo que el enemigo, inseguro de su valor al recibir el trágico bautismo de fuego, pensando en la muerte y horrorizándose a la idea de ser menos que sus compañeros y quedar ante todos deshonrado.

¿Quién triunfaría? ¿Su novio, jovencito elegante, que la llenaba de esperanzas extraordinarias; o su maestro, olvidado de la experiencia de este mundo, entregado en cuerpo y alma a su piano y a sus partituras, sabio metafísico que le predecía un fracaso si no vencía con el estudio ciertas bronquedades de la voz y el desmañamiento interno de sus personajes, que parecían psicológicamente individuos que no saben llevar con lucimiento un frac y una corbata?

Ahí estaba, ávido de impresiones, el soberano Juez, el público, genitor hambriento que crea y devora reputaciones, caprichoso y voluble como las linfas del mar tranquilo y huracanado, que con un zarpazo de sus mil manos desbarata al artista que mimó durante largo tiempo, como si su soberbia se resintiera de tener favoritos.

Se alzó el telón y la concurrencia quedó en éxtasis por unos segundos, medio cuerpo adelante, fijas las miradas en la preciosa niña. Fue un deslumbramiento, y el público se encontró dominado, vencido como un león rebelde que se rinde al atrevido domador.

Unos momentos después rompió el aplauso atronador, prolongado con los delirios ruidosos del entusiasmo, y en tan breve tiempo quedó formada una celebridad que aún no había emitido la más ligera nota.

¿Qué importaba? Se aplaudía aquella hermosura virginal triunfante, destacándose, como una ninfa sobre el fondo oscuro de los árboles de la decoración, adornada con todos los recursos del arte, deslumbradora con cascadas y collares de brillantes que hacían aguas azuladas ondulando a cada movimiento de la artista. De su traje de seda crema atrevidamente escotado surgía el arrogante seno que curvando y sesgando líneas de tentadora belleza servía de pedestal al busto de más peregrina hermosura que había hecho enloquecer desde las tablas. ¡Cuántos no suspiraron por un pétalo de la rosa que se cimbraba entre sus negríssimos cabellos, por una sonrisa de sus rojos labios, por una mirada de sus grandes ojos! Hasta la pobre Marta, su condiscípula que debía hacer su estreno la noche siguiente, salió de su reserva, batió palmas desde el bastidor que le servía de mampara y le arrojó una linda flor de las que cría la rica tierra de los patios puertoplateños.

En el entreacto se llenó el palco escénico de la flor y nata de los galanteadores. Que esperasen las succulentas cenas de los clubs, los licores transparentes como rubíes y topacios disueltos. Jóvenes robustos, mocitos almibarados, viejos catarrosos y reumáticos se disputaban el honor de galantearla, y rendir a sus plantas su amor y su albedrío. La voz había estado un poco mala, desafinó algo, no entraba ni salía a tiempo; pero había triunfado. ¿Qué importaban esos pormenores en una artista de fascinadora belleza?

Al segundo acto la escena se cubrió de flores, de trapo casi todas, porque a esa hora no se encontraban naturales. Fue la única justicia de la suerte: a triunfos de la vista, flores sin esencia.

*
* *

Al otro día le llegó el turno a Marta, la discípula preferida del viejo maestro. Él no cabía dentro de su gastada levita, y se prometía un triunfo legítimo, que halagara su vanidad de profesor interesado en el estreno...

La última lección duró casi toda la tarde. Marta, infatigable, seguía hasta concluir con la última nota de la ópera. ¡Qué voz la de la

joven, ya tararease, ya le diese toda su extensión! Pastosa, suave como terciopelo, su timbre simpático, puro como retintín de copa de cristal de Bohemia, evocaba tiernos sentimientos, y ya atacase con vigor las notas altas, ya bajase a las más graves, siempre ponía en ellas tanta alma, que su expresión era casi objetiva. Su música vivía.

*
* *

En el primer entreacto, encerrada Marta en el camarín, con su madre y el maestro que la consolaban, corría su llanto a lágrima viva. No la habían silbado. Eso no, porque ya fuera cosa de morir de pena por tamaña injusticia; pero el público había estado frío, impasible, y sólo desde el gallinero resonó uno que otro aplauso. ¿Qué sería? ¿No cantó mejor que nunca, con arte intachable, con todas las preciosas inflexiones de su voz? ¿Pues cómo no dominaba al público cual María, cómo vértigos de entusiasmo, ella que sabía, ¡eso sí! que era superiorísima a su compañera como una oliente rosa no lo arrastraba a esos indescribibles de Castilla a una dalia, por muy vistosa que ésta sea? ¡Qué noche! Vacía la escena, donde iban y venían sudorosos los tramoyistas preparando decoraciones, contentos de que no los estorbasen como la otra noche, y el palco de María probablemente lleno a esas horas, halagada quizá la rival con las críticas acerbas que se harían de ella y, sobre todo, con el vacío sofocante que se sentía en redor de la debutante. ¿Por qué, gran Dios, por qué ese fracaso? ¿Sería una conspiración, una mala intriga? Y volvía a llorar la pobre niña.

*
* *

Progresivamente crecía la rivalidad entre ambas artistas. Marta, ansiosa tras un triunfo; uno tan sólo, un aplauso largo y nutrido que borrara la impresión de esos otros que la amargaban porque no iban dirigidos a ella. María embelleciéndose, adornándose cada vez más para conservar y monopolizar al público; Marta sublimando la voz, dándole tonos y coloridos nuevos, convirtiendo en celestial armonía la infinita tristeza de su alma. Ya era una lucha a brazo partido, llena

de satisfacciones para María; mortificante, exacerbadora, terrible para Marta a quien la pena y el estudio iban consumiendo.

Una noche comprendió el desamor del público. Esperaba el momento de entrar en escena, detrás de un bastidor, cuando oyó que uno de los admiradores de María preguntaba a ésta:

—Y la *fea*, ¿se atreve a luchar todavía?...

Vaciló un momento, tambaleándose sobre las piernas que le flaqueaban. Fue una revelación. Toda aquella indiferencia, aquel frío, aquel desprecio que la mataba, no tenía más origen que ése. ¡Fea también!... No lo había creído nunca, no lo había sospechado; pero bastante claro era el desvío de los hombres. *Fea...* y esa sombra de la mujer oscurecía a la artista.

La llamaban ya a gritos. Había dejado pasar dos compases, y entró a la escena llorando. Cantaba el último acto de *El trovador*, ese desahogo de la desesperación de una amante, y su voz era desgarradora, saturada de tremendo dolor, con el aliento del suspiro de la queja, del sollozo, con la humedad amarga de la lágrima. Gemía por su propia desventura, imprecaba a lo ignoto, que condenaba a las tinieblas la luz intensa de su inspiración.

Y el público continuó sordo y mudo. Sólo un ciego, anhelante, apoyado al balcón, interrumpió con sus sollozos el silencio de los concurrentes.

Fue el único triunfo de Marta.

Ella dejó las tablas para lamentar sus desgracias lejos del Teatro, donde quedó como soberana única e indiscutible la bellísima María.

EL LOCO¹

A Doña Josefa Cestero de López

Es un loco, decían al pasar, y esas palabras pesaban como una excomuni3n sobre la vida de aquel infeliz que no tena familia ni amigos en la tierra.

Yo lo vea diariamente, sentado sobre una roca de la Fortaleza, mirando el Océano bramador y encrespado, o fijando la mirada intensamente en el espacio.

Haba algo extraño en ese ser que todos repugnaban. La negra cabellera despeinada que hacaa espirales caprichosas sobre una frente grande y trigueña, en la cual se interrumpaa el óvalo ancho de su cara. Los ojos, de iris negro, rasgados, dejando descubiertas las córneas blancas y limpias, ojos que miraban dulcemente o con arrebatada furia, medio velados por las pestañas larguásimas, o sombreados por las arqueadas cejas que partían de una nariz ni griega ni romana. La boca de labios regulares, cubierto el superior con un bigote sedoso aún: todo le daba un aire de fuerza y de tristeza que impresionaba compasivamente a los que no se preocupaban de la palabra *loco* alzada como un muro entre él y los demás hombres.

Cuando se ponaa en pie su talla alta y flexible dábele un aire elegante que contrastaba con la pobreza de su traje.

1. Laureado con el accesit al primer premio de prosa del Certamen promovido por *La Cuna de América*.

Un día me acerqué a él, porque ya no me era posible contenerme. El hombre es curioso: va y pregunta con o sin interés; y muchas veces ejecuta una acción, buena o mala, simplemente por informarse. Pero yo sentía compasión por ese pobre joven. ¡Estoy tan solo también...!

Le miré fijamente y la tristeza que marchitaba la expresión de su rostro acabó de enternecerme.

—Vamos, amigo mío, —díjele después de saludarle— usted sufre. Entre dos la carga pesa menos. Déme alguna y la llevaré en el corazón. ¿Por qué la soledad? No todos son egoístas. Creerlo es serlo también.

Durante algunos segundos su expresión fue sombría. Tan pocos se habían interesado por él que desconfiaba y sentía indignación al creerse interrumpido por capricho, por burla tal vez.

—Ah —contestóme al fin con una sonrisa forzada que destilaba amarguísima ironía, una sonrisa tras la cual se ocultaba tanta pena que hacía daño—. Ah, usted viene a ver el *loco*. Los demás lo han hecho también. Les basta con una sola vez. Llegan, ven, se ríen y se van. Eso no agrada todos los días. Ellos son felices y una vez en la vida se acercan al que sufre y ya tienen materia para mofarse del dolor. Dicen que soy loco. ¡Quién sabe! La ilusión es la flor del juicio. Puede ser que la raíz se haya secado también.

—Yo no soy de ellos —interrumpí ofreciéndole la mano—. Hablemos tranquilamente. Soy de los que sufren. Pero no me aísló, ni envidia, ni odio, ni desprecio, sino que miro con amor a los de arriba y a los de abajo. Somos hermanos.

La confianza fue creciendo en su pecho. Lloraba de contento al ver que alguien se había impresionado cariñosamente por él. ¡Cuántos corazones, huérfanos de cariño, se secan o degeneran por falta de consuelo! La caridad no consiste únicamente en dar de comer. No tan sólo de pan vive el hombre. Al fin me refirió la historia, no de su existencia, sino de su dolor, que es la vida del hombre.

—¿Qué importa —comenzó— mi nacimiento, ni mi infancia? Es prólogo inútil. Se comienza a vivir cuando se piensa y se siente. ¿Qué es un hombre? Idea y sentimiento. El resto es poca cosa.

Cuando fui adolescente me sentí poeta. No hacía versos; pero llevaba un poema dentro del pecho. El arte en lo material, el arte en lo moral: ése era mi sueño. Quería que la carne y el espíritu fueran un ritmo; que la armonía, ideal de la belleza, resplandeciera por el universo y lo hermoseara con la simpatía de sus divinas relaciones. Que fuera lo plástico un alma palpable; y el pensamiento, estética de ese espíritu creador de mundos tan imaginarios como hermosos y admirables.

Y dejaba que mi mente acariciara esas fantásticas visiones que revoloteaban en ella, y vivía en ese paraíso de ensueños que me había creado, olvidando enteramente los monstruos deformes de la realidad.

Empecé a sentir desasosiego, y rápidas alternativas se sucedían en mi alma. Ora experimentaba dulcísimos arrobamientos cuya causa me era tan desconocida como la plácida beatitud que me proporcionaban, ora tristezas profundas, melancolías que no era capaz de explicarme, y durante las cuales no había esperanzas, ni ilusiones, ni deseos, o ya era presa de distracciones en que me perdía completamente, sin pensar, olvidado de todo como si no viviera: así deben reposar los cuerpos en la tumba silenciosa.

Poco a poco fui dando cuenta del origen de mi raro estado de ánimo. Me sentía enamorado. La carne y el espíritu se equilibraban buscando un ideal combinado para los dos. Pero en vano consultaba a mis ojos, inútilmente interrogaba a mi corazón. Estaba enamorado de la belleza, y cuando salía de mis castillos de nieblas irisadas no encontraba completo en el mundo de la realidad el tipo de mi fantasía: esas formas que Fidias no creara, ni ese modelo de la perfección moral.

*
* * *

El *loco* había ido animándose a medida que hablaba. Sus palabras se precipitaban unas a otras ansiosas de salir en el tropel de la exaltación. Los ojos le brillaban, muy abiertos, con esa fijeza de los que no tienen muy firme la razón. Enjugó con el pañuelo el sudor que le corría, pasó la mano por la frente ardorosa, como para despejarla, inclinó la cabeza y luego, levantándola, me dijo:

—Yo debo estar loco verdaderamente. Éstas son cosas que a nadie interesan. ¡Pero ha tanto tiempo que no hablo!... ¿Le molesto?

—¡Oh. no! Continúe usted.

—Pues bien. Mi ideal fue fijándose y precisándose en mi corazón. Veía esa mujer tan claramente como si estuviese viva y tangible delante de mí. ¡Cuán cariñosamente me extasiaba contemplándola! Pintar las suaves ondas de su airoso cuerpo, la esbeltez de sus formas, el brillo de su mirada pura y refulgente, como un destello de los astros, la divina corrección de sus facciones, sus cabellos rubios ondeando al aire como una polvareda de oro; su gracia, su ternura, su cariño, su alma immaculada de albos sentimientos, sería imposible, porque no es dable explicar a los hombres lo que jamás han concebido, como no se puede dar idea de la luz a un pobre ciego.

Un deseo vehemente, irresistible, de encontrar sobre la tierra la mujer de mis sueños, la imagen encantadora que vivía en mi mente, se apoderó de mí. Buscarla fue mi anhelo; encontrarla mi aspiración única; y salí a recorrer el mundo, dispuesto a escudriñar el último rincón en busca de ella.

Un día creí verla. ¡Qué emoción la mía! ¡Cómo latió dentro del pecho mi corazón! Corrí, me postré a sus plantas... y no era ella. Brillaba la hermosura en su semblante; pero carecía de la perfección que yo soñaba.

Sin desalentarme seguí peregrinando.

Otra vez me pareció que había llegado al fin. ¡Qué bella! Venus no era igual. Mi dicha se colmaba. Ya iba a hablarle, a rendirme como esclavo, como siervo humildísimo que agradece hasta el desdén, cuando me miró fijamente, y su mirada... no era la mirada con que yo soñé.

Triste; pero no desalentado, continué la marcha atrechando campos, visitando ciudades, atravesando el océano. Encontré mujeres lindas, mezcla de ángel y de bestia, alma y carne combinadas, trasuntos muy lejanos del ideal de mi espíritu; pero mi fe era inquebrantable: ella estaba sobre la tierra y yo había de encontrarla.

Por fin, una mañana llegué a una ciudad muy populosa. Desde lejos se veían sus graciosas cúpulas, sus altas torres, sus flechas atrevidas que se erguían para recibir los dorados rayos del sol naciente.

Me abrí paso por entre la multitud que comenzaba a invadir las calles como impetuosa corriente, y llegué fatigado al atrio de una iglesia, donde descansé un momento.

No había transcurrido largo rato cuando miré hacia dentro y vi, hermosa como rayo de esperanza, una mujer de formas divinas. Se

contuvo mi respiración y quedé en éxtasis, admirándola como un idólatra reverencia su fetiche.

Era mi ensueño, mi ideal, mi concepción poética que aparecía ante mí, viva y tangible. Su misma expresión, su mirada celeste, su espesa cabellera, su perfección absoluta. Era ella, ella, el ángel de mis sueños.

Me dirigí hacia ella, me arrodillé a sus pies, y tomé su diestra para besarla. Un fugitivo instante de felicidad suprema, inmensa, un efluvio del paraíso y de la gloria. Pero, rápido como el pensamiento, palideció mi rostro y caí desvanecido por el espanto y la desesperación.

¡No había sentido latir su corazón! ¡No lo tenía!

¡Fría, insensible como la piedra, la mujer que yo adoraba era una estatua!

*
* *

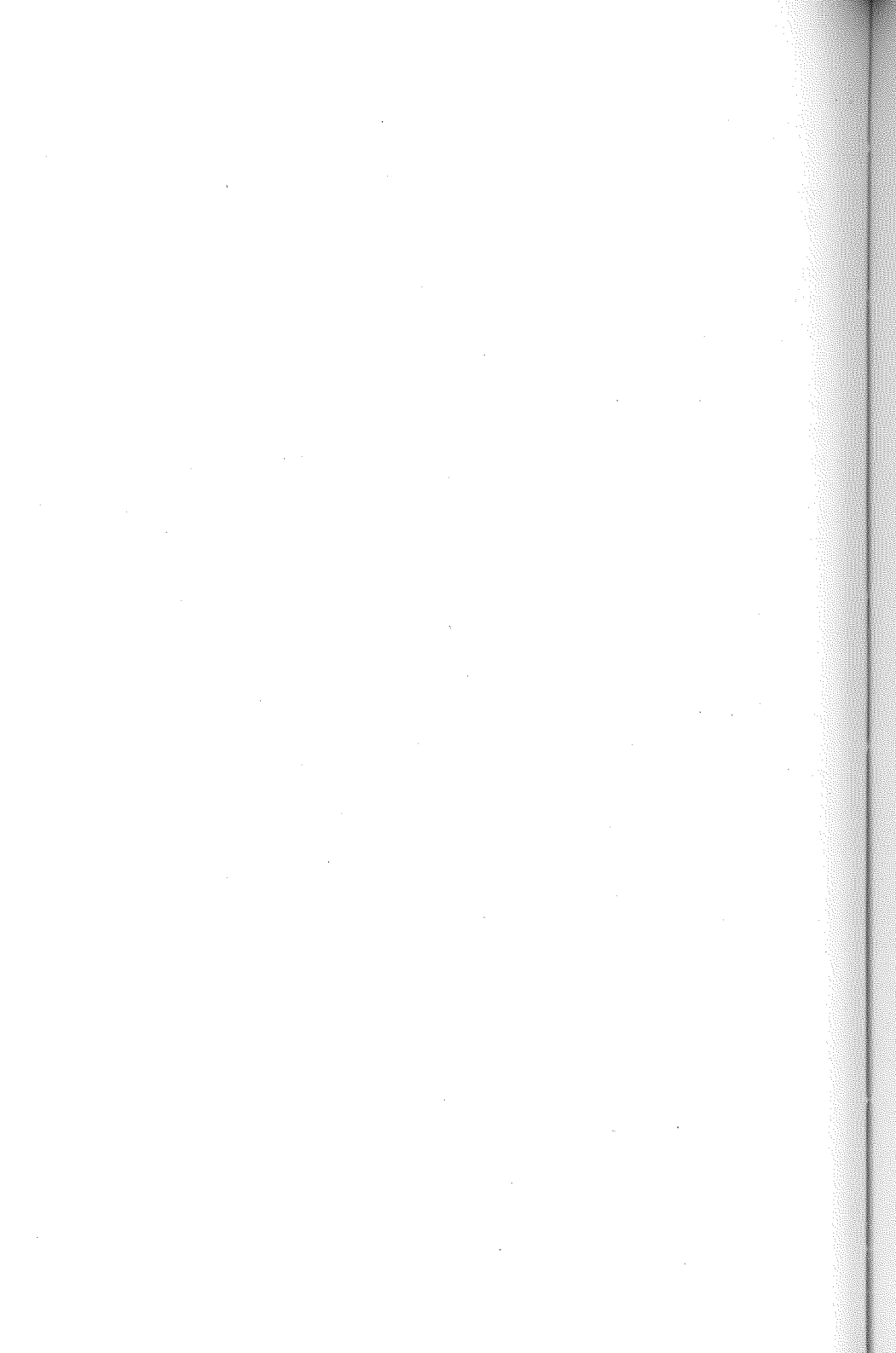
Ensancháronse las pupilas del pobre joven, mientras sus párpados se estiraban, dándole espantosa vaguedad a la mirada de sus ojos fijos. Contrajéronse sus nervios y con la fisonomía rígida y los puños apretados, iba y venía a grandes pasos.

Quise calmarle, darle algún consuelo, pero no se apercibía de mi presencia y, casi silbando las palabras, repetía:

—¡Sin corazón, sin corazón! ¡No, no lo tenía!

*
* *

Me alejé. Él podía tener horas lúcidas; pero en aquel momento estaba loco. ¡Cuántos, sin embargo, corriendo tras un ideal hallaron a la humanidad sin corazón!



UN INFELIZ

A mi madre Juana de Lora

Lo vi triste, meditabundo, circundado de esa niebla oscura de la miseria. Tenía desgredada la crespa cabellera, como si jamás hubiese entrado a una barbería; y los ojos, sus hermosos ojos negros que tañían todas las cuerdas del sentimiento, parecían brillantes montados sobre acero ennegrecido, según eran de oscuras sus ojeras y sus enmarañadas cejas. Ni un capricho de escultor hubiera sido más artístico. Su traje era un horror: semejaba pelambre de animal antediluviano, y a no ser por la pulcra limpidez de mi bolsillo, le habría llevado a una sastrería a cambiar la maltratada vestimenta por otra de corte elegante y tela fina.

—¿Sufres? —le pregunté.

Me miró con expresión de gacela herida, y luego, remirándome de arriba abajo, contestó:

—¿No ves cómo estoy?...

Su gesto y sus amargas palabras decían un mundo de cosas, expresaban todas las hambres. Hambre de comida, hambre de trajes, hambre de distinción. Me conmovió su pauperismo agonizante. Era mi condiscípulo, mi amigo del alma, mi *alter ego*, condenado por infernal destino a rodar de una a otra penumbra por todos los barriales de la miseria, aspirando su atmósfera; pero incontaminado como esos hongos blanquísimos que crecen sobre el fango.

lector encontrará en esta selección de los trabajos de López los dos últimos artículos que llevan como subtítulo «Participación del gobierno norteamericano»⁵.

La serie de artículos es una defensa del régimen de Heureaux frente a la acción de sedición dirigida por Juan Isidro Jimenes y conocida como «La expedición del *Fanita*». Lo que en la gacetilla de años atrás se censuraba, en este instante es defendido a través de un periodismo oficial.⁶

Otro de los ejemplos de ese periodismo político apasionado que no repara ni en las propias ideas, lo brinda López en «Los últimos días», una especie de diario que va del 28 de enero hasta el 30 de agosto de 1921. En estas entregas periodísticas, además de criticar la ocupación militar norteamericana, él se dedicó más bien a polemizar en torno a las formas del sistema de partidos y el acceso al poder que se instituirían una vez se produjera la evacuación de los *marines*. Y estas polémicas las desplegaba en su condición de adherente al Partido Progresista. Reivindicando la categoría de pueblo como unidad de acción política, criticando el personalismo y el caudillismo, consideró, sin embargo, que la única posibilidad «civilizadora» era precisamente la continuidad de los viejos partidos caudillistas y personalistas: «En el país dominicano lo que perdurará son los actuales partidos históricos. Dentro de ellos se realizará la natural evolución civilizante que relegue los hombres a un segundo plano y conserve en el más alto las ideas.»⁷ Al mismo tiempo, desde un realismo político inmediateista y negador de muchas de las ideas que había sustentado, López postuló que lo útil era llevar a cabo alianzas entre esos partidos. Como de hecho ocurrió en las elecciones de 1924, en las cuales el partido de Velázquez Hernández (al cual pertenecía López, quien al morir en 1922 no llegó a ver realizada, aunque por corto tiempo, esta alianza) se alió al Nacional de Horacio Vásquez, quien ganó la presidencia y llevó a Velázquez de vicepresidente.

5. Néstor Contín Aybar, *ob. cit.*, p. 314.

6. Esta recopilación que hicieramos de textos de López y que es una selección de su variada obra contó con la colaboración de Andrés Blanco Díaz, quien recopiló estos dos artículos prácticamente desconocidos, una parte de los textos de ficción, sobre todo los que llevan fecha de 1904, así como el trabajo periodístico titulado «Los últimos días».

7. «Los últimos días, mayo 28», en *Pluma y Espada*, Año I, número 12, del primero de junio de 1921.

Pero la labor periodística de López no puede ser reducida al tipo de periodismo militante. Como articulista, él abarcó temáticas muy diferentes⁸. En este breve estudio de los ensayos y cuentos de dicho autor no abordaremos, sin embargo, su variada producción periodística.

II

La constitución del saber científico moderno en el área de lo social estuvo orientada, en muchos de sus hitos fundamentales, por una intencionalidad. A más de iniciar una aventura abierta a las inmensas posibilidades del conocimiento, muchos de los pensadores sociales que trillaron el acceso al saber moderno postularon la intencionalidad de que este mero conocimiento apuntara a la fundación de un nuevo orden o bien a la reformulación del ya existente.

Un caso aparentemente paradójico de este tipo de relación que vincula el saber y el orden lo constituye Nicolás Maquiavelo. En *El Príncipe* él hace una contribución al concepto de autonomía de la teoría política e instituye el saber político en torno al cálculo, a la imaginación, a la eficacia de la acción política y a la capacidad de controlar y manipular las acciones de los demás. En el centro de este nuevo saber pareciera estar colocada únicamente la búsqueda descarnada del poder, desprovista de cualquier valoración ética, religiosa o de otro tipo. Sin embargo, al mismo tiempo que fundamenta este nuevo saber, Maquiavelo, en el último capítulo de su obra, considera que éste posibilita que el príncipe emprenda la tarea de la unificación nacional de Italia en torno a la creación de un nuevo orden, de un nuevo Estado.

8. Los temas más reiterativos en López son la política, la agricultura (por ejemplo, los días 18, 19, 21, 22 y 23 de mayo de 1917 escribió en el *Listín Diario* una serie titulada «La cuestión agrícola», en el mes de junio del mismo año y dispersos en los meses siguientes redactó una serie de artículos sobre el cacao dominicano), los impuestos, la economía, la educación, entre otros. Muchas de sus colaboraciones también figuran en *El Teléfono*, *El Nacional*, *El Dominicano*, *Pluma y Espada*, *La Cuna de América*, entre otros órganos de prensa. En todos sus artículos, López se presenta como un periodista conciso y pragmático, desprovisto de la retórica ampulosa de muchos de sus contemporáneos.

—Compadrito mío —le dije—, vamos al *Hotel Europa*. No estoy muy sobrante; pero nos daremos un atracón barato. Tengo una práctica exquisita para combinar *menús* de lo mejor y de menos costo. Allí hablaremos trasegando una botella de lo bueno, y ese humor negro se te volverá la alegría del mono, expansiva; pero tranquila.

Aceptó.

Si no recuerdo mal, se trasparentaba ya la última mitad de la botella de Burdeos, como una luna menguante, cuando fulguraban las miradas de mi amigo. Me había contado una de sus aventuras amorosas, idilio paupérrimo con una lavandera de Los Mameyes a quien conoció en una pulpería. Deteníase en los más nimios detalles y le interrumpí.

—La historia —le dije.

—Pero si te la estoy narrando.

—No. La otra. La de tus desventuras.

Se puso serio. Lo arrojaba bruscamente de sus ilusiones, de sus coloquios con los astros, y lo aterraba junto a las realidades de la vida.

—Sea —me contestó.

Y tomó la palabra pausadamente, como quien lee una obra científica.

—Los tíos —empezó— los tíos... Qué horrible plaga, si tienen hijos. Tú sabes estas cosas; pero ya que voy a hablar de mí quiero desfogarme y desarrollar el panorama de mi sombrío pasado. Cuando quedé huérfano, y a la mano cariñosa de mis padres sucedió la férula implacable de mis tíos, ya no hubo más dicha para mí. El chocolate francés, las pastillas de la botica, los bellos trajecitos, las prendas de la joyería, los sombreros finos, las palabras amables, todo era para mis primos. Yo era una Cenicienta varón, condenado a todas las miserias, a todas las durezas, a todas las reconvenciones, y no faltaba día en que el bastón de mi tío, que Dios haya en gloria, me midiese las costillas. Como tenía cierta disposición para hacer los recados y comprendía mejor las instrucciones de la jamona de mi tía que no pensaba sino en afeites y perifollos, vivía en la calle, abasteciendo su tocador. Que a comprarle cintas, que a buscarle perfumes, que a solicitar muestras de tela fina; y así me la pasaba de Seca en Meca, todo el santo día en la calle, vestido con los desechos de mis primos que, mayorcitos que yo, me daban aires de Judas de Sábado de gloria. No se cuántos apodos me pusieron en la escuela a causa de

tan estrafalaria vestimenta. Quién, me llamaba el *previsor*, porque mi ropa era la del año venidero; quién, *vaso de pulpero*, porque el continente era mucho mayor que el contenido; y otros me decían el *rinoceronte* por los colgajos que me sobraban. La escuela fue para mí un Calvario, porque no hay nada tan feroz como la inocencia. Si por algo se puede creer en Darwin es por los niños; son más malos que el gorila, y sólo la educación y la cáscara de vaca los arreglan.

Demás está decirte los locos deseos que me asaltarían. El miserable sueña siempre con piezas de estopilla. ¡Me zurraron tantas veces por el tiempo que perdía en la calle! Creían que jugueteaba con mis compañeros, y no era así. Me extasiaba ante los escaparates y las vidrieras de las tiendas admirando los caprichos del arte y de la industria reunidos allí. La imaginación se me acaloraba y no sé; pero a veces me entraban unas ganas locas de arrebatarse algo de esos productos del lujo humano y salir corriendo a manosearlo, a contemplarlo de cerca bajo la bóveda de algún puente del Guayubín.

La imagen de mi madrecita no se me había borrado del alma. La confundía con la Virgen y les rogaba, indistintamente, a ambas, ya que le diese un râmpano a mi tío en la mano con que me pegaba, ya que se le paralizara la lengua a mi tía; ya, en fin, que me hicieran muy rico para disfrutar, con toda holgura, de la vida.

De esa manera llegué a la adolescencia. Una noche, después que hice mi plegaria y me dormía soñando despierto en todos los goces que conocía de referencia, se me apareció, envuelta en luminosa nube, no sé si la Virgen o mi madre.

—Pancho —me dijo— ¿sufres? ¿Qué deseas?

Me asusté; pero viendo la dulce mirada que me dirigía y que me llegaba al alma, cobré valor y le respondí:

—Padezco mucho y deseo gozar.

—Bien —me replicó—. Eso depende de ti. Ahora llegarán tres damas hermosísimas. Cada una tiene rica dote. Tú escogerás y puedes ser feliz según la elección que hagas.

Entonces, como en comedia de magia, llegaron, sin abrir puertas ni romper el techo, las tres mujeres anunciadas. ¡Dios mío! ¡Habría querido verte ahí perplejo, descuajarado, indeciso ante la necesidad de desechar dos de aquellas maravillas!

La mayor tenía altivo continente, su mirada era imperiosa, negra como los ojos su reluciente cabellera, y bajo la nariz aquilina sombreaba un vello ligerísimo como menudo cedaceo de la noche, su correcta boca de labios delgados.

Seguía la otra, la de cabellera castaña y mirar suave e insinuante. Realzaba su belleza con joyas costosísimas, y tenía algo de mundano como esas Venus que estremecen de placer los nervios y el espíritu. Su aire zalamero y ladino le daba cierto parecido a esas niñas mimadas, que no encuentran resistencia a sus caprichos.

Hice un movimiento y descubrí a la tercera, que se ocultaba modestamente tras las otras. ¡Qué hora fatal, qué momento tan funesto! Mi eterna perdición estaba decretada. Figúrate una niña como de quince años, con todas las curvas deliciosas del desarrollo, carne elocuente, himno a la castidad que inspiraba amores puros e ideales; y sobre aquel cuerpo semivelado por las gasas, un rostro de blanco y con rosado cutis, delicado como pétalo de rosa, enjambre de seducciones, con dientes como abejas cándidas que elaborasen la miel de los besos de sus labios tiernos, ni gruesos ni sutiles; con ojos de mirada sedosa; y encerrando tantos encantos en óvalo perfecto, al que servían de marco las pobladas crenchas, rubias como las hebras de una mazorca de maíz no madurada.

Quedé en éxtasis no sé cuánto tiempo. Todo mi ser la contemplaba.

La Virgen me puso la mano en el hombro.

—Y bien —me preguntó—. ¿Cuál escoges?

—¡Dámela, dámela! —le grité.

—¿Cuál?

—¡Ésa, la de los ojos azules y la rubia cabellera! ¡La de belleza inmortal y alma de ángel! ¡Ésa, la más joven, la más hermosa, la que no tiene igual!

Ella se acercó y me besó en la frente.

—Te lo agradezco y te amaré, —me dijo—. Has despreciado a la *Autoridad* y a la *Riqueza*, por seguirme. Yo soy la *Poesía* e inspiraré tus cantos. Yo templaré las cuerdas de tu lira, y ella condensará las alegrías y los dolores de tu pueblo. Tú infundirás la gloria. Cuando los amantes quieran expresar su amor repetirán tus estrofas; y desde el fondo a lo más alto, en todas partes habrá una partícula de la esencia de tu alma; pura como el azul de los cielos.

—¡Bendita seas, amor de mis amores! —le respondí.

—Aguarda aún —me replicó—. Antes de nuestros desposorios, debo decirte algo más. Optaste por mí, y ello implica una renuncia a los goces mundanos. No dormirás en mullidos colchones, no catarás vinos generosos, no te vestirán los sastres afamados. Cuando aburrido dé no tener con qué comer en el Hotel Europa quieras disfru-

tar placeres ideales y banquetes de amor y de ilusiones, ven a mí, que yo te besaré en la frente y soñarás todo lo agradable y lo grandioso. ¿Aceptas?

Se calló mi amigo y estuvo pensativo unos momentos.

—Y bien —le pregunté—. ¿Qué respondiste?

—Acepté, juré cuanto quiso. Desde entonces he rodado por todos los traspatios de la miseria. Mis cantos se ciernen sobre mí como una aureola de gloria; pero el mundo los celebra y me tiene como bestia de circo, hambriento para que trabaje. Desde entonces no hay ventura material que yo saboree.

—¿Y por qué no rompes con ese amor desgraciado? ¿Por qué no haces la corte a alguna de las otras dos damas?

—Ah, eso no. Yo podré sufrir a la luz del sol, en medio de los hombres, todas las miserias y las estrecheces más terribles, pero de noche, cuando retirado en mi tugurio me besa en la frente mi hada hermosa soy cuanto ambicioso; soy un rey y vivo en un palacio de mármol y de oro, mi barraca se ilumina con una luz penumbrosa, mi cama de papeles viejos se torna en rico lecho, mi hambre en satisfacciones, mi desnudez en sedas y brocados; me rodean artistas y bayaderas; alcanzo a ver paisajes admirables: oigo celestiales músicas, y me encuentro entre los brazos amantes de mi reina, mi diosa, la *Poesía* con sus nueve musas que entonan todas mis ficciones. ¡Paga la cuenta! que me voy... a soñar.

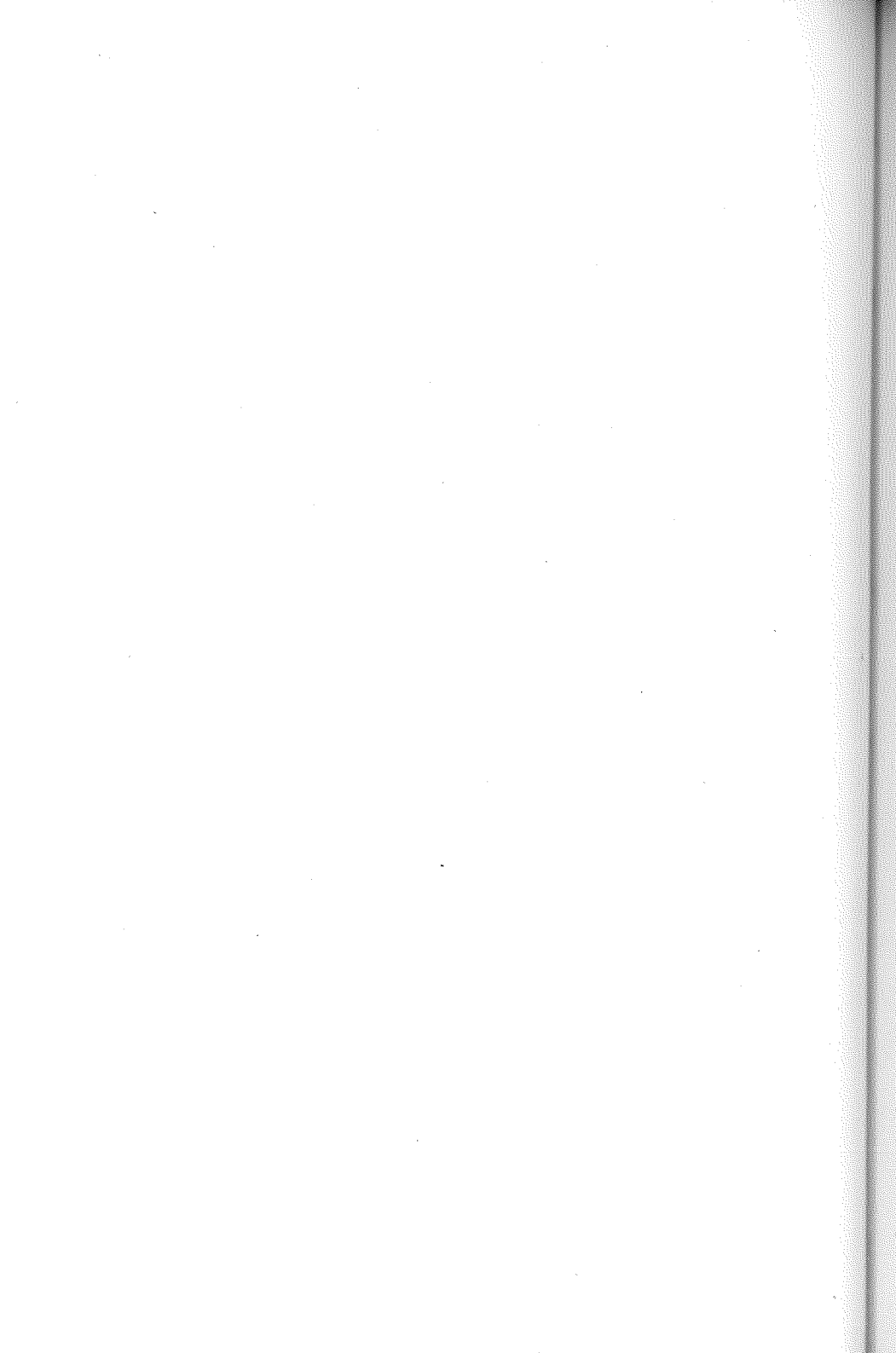
Ya no compadecí a mi amigo. Bajo la apariencia de un desgraciado era, a ratos, el hombre más feliz del mundo.

Portada de la primera edición de *Nisia*.

NISIA*

A Virginia Elena Ortea

* NA. Esta narración ha sido extractada de las cartas de un amigo. Falleció hace mucho tiempo, y ya no es indiscreción publicarla.



I

Al día siguiente de mi llegada al Cupei, la primera persona que vi fue una niña pálida y flaca, que se quedó mirándome desde la puerta de la cocina. Sus grandes ojos negros expresaban una sensación de extrañeza, de curiosidad, al mismo tiempo que de interés muy marcado. Eran lo único agradable de su figura, porque aunque nada en ella era feo, el raquitismo de su naturaleza retardada, revejada, privábala del encanto femenino. Mustia como planta que hubiese crecido en mal terreno, su delgadez era anormal, y la cara parecía desgastada para sacarle filo. Una carita larga, ovalada, con la nariz muy fina y los labios delgados, en corte algo diagonal al perfil. Revelaba, junto con la inteligencia, una malicia pronunciada.

Como continuase mirándome a la media luz del amanecer, le dije al fin con indiferencia:

—Buenos días, muchacha.

—Buenos se los dé Dios, Arturo.

Era raro que supiese mi nombre y le pregunté:

—¿Me conoces? ¿Quién te ha dicho que me llamo así?

—Ea, Virgen —me contestó—. Vaya una memoria la suya. Ese es el caso que hacen de los cristianos... ¿Se ha olvidado ya de que yo serví en su casa cuando estaba usted así todavía?

Y puso la mano a la altura de una vara del suelo. Como titubease aún en reconocerla, continuó:

—Hombre, recuerde. Su mamá se llamaba Doña Rosa, y usted era más condenado que Caín. Verdad que conmigo no se portaba tan mal, y yo por eso lo tapaba cuando hacía alguna de las suyas.

Cristiano, haga memoria. Yo estaba allá cuando aquellas pelas que le dieron porque se fue huido a pescar en una yola, y volvió empapado de la cabeza a los pies.

Ese incidente de mi vida infantil retrogradó de golpe mi imaginación a aquellos días y recordé con claridad a mi interlocutora. Sí. Era la misma: aquella chica traviesa e inteligente, algo endeble; pero que prometía, sin embargo, un desarrollo más rápido y más cabal que el que había alcanzado. Su madre, una pobre campesina de Isabel de Torres, la había puesto a servir en casa, y no venía a verla sino una vez al mes, cuando hacía el viaje para cobrar el salario. Un día llegó, achacosa, doliente, y recogió a la niña, diciendo que se la llevaba porque no tenía quien la asistiese en la enfermedad que la aquejaba; un mal que había atrapado mojóndose cuando llevaba al vecindario la ropa que acababa de planchar. Desde entonces no había vuelto a oír mentar ni a la muchacha ni a su madre.

—Ah, sí —le dije sonriéndome y dándome con la palma de la mano en la frente—. Tú eres Nisia. ¿Qué te habías hecho? ¿Dónde está tu madre?

—Enterrada —me contestó—. La pobre vieja murió del pecho. Si usted la hubiera visto. Jesús, si tosía que partía el alma oírla. Se puso como un hilo. Ahora estoy aquí, ayudando en la cocina. Por eso me ve así: porque cuando una está trabajando...

Y se miró desde abajo hasta el pecho casi aplanado de recién núbil, pasando revista a sus pies descalzos, y a su vestido roto y sucio. Con una volubilidad infantil había pasado del doloroso recuerdo de su madre muerta entre las angustias de la tisis, a una ráfaga de coquetería primitiva, ingenua, instintiva.

Cruzamos algunas palabras más y me retiré a mi cuarto a contemplar desde la ventana el riente espectáculo del sol, que asomaba grande, amarillo, por la cima de Isabel de Torres disipando las nieblas y destacando sobre el horizonte, como crespa cabellera, los árboles de oscuro verde que la coronan. Mientras veía las vacas lamiendo las piedras saladas del frente de la cocina, y el tumulto de gallinas que acababan de apearse de un guanábano y corrían a los platanales del cercado contiguo, el recuerdo evocado por Nisia se agrandaba, me volvía fresco a la memoria como el día en que cometí la travesura tan severamente castigada: y me sustraía completamente a lo que la rodeaba.

Fue una tarde cuando yo tenía ocho años. Nunca me había huido de la escuela, y ese día Tomás, uno de mis condiscípulos, mayor que

yo, convidóme a que nos robáramos la yola del viejo Chandi, que estaba anclada en el mar, cerca de la poza del Castillo, y nos fuésemos a pescar más allá de los arrecifes.

—No, —le contesté— lo saben en casa, y mis tíos me pegan.

—En verdad —me replicó— no debía haberte dicho nada. Tú eres muy blandito y siempre tienes miedo.

—¿Miedo yo? Búscame uno de mi tamaño y pónle una pajita a ver si no se la quito. No digo yo... Aunque sea más grande.

—Bueno, no digo que no; pero tienes miedo de huirte. Nunca lo has hecho, y ya va para tres años que estás en la escuela. Mírame a mí —exclamó cuadrándose con orgullo— ¡si voy dos días en el mes, es mucho!

—Sí, porque a ti no te pega tu papá. Además, me da vergüenza. Me quitarían también el puesto en la clase, y me pondrían de los últimos.

—¡Qué vergüenza, ni vergüenza!... Volverías a ganarlo. Confiesa que tienes miedo.

—Mira, Tomás, no vuelvas a decírmelo. ¡Miedo! Ahora verás. Vámonos y en la yola se sabrá cuál es más arrestado.

Tomás hacía de mí lo que le daba la gana. Tras de que era tan astuto como yo ingenuo, tenía tal cariño que mi voluntad se plegaba siempre a la suya y rara vez me tomaba la pena de analizar lo que me aseguraba, por estupendo que fuera. Yo reposaba en él, le tenía confianza ilimitada. Llegaba a tal extremo que después que me familiaricé con la Historia Universal por el texto ilustrado de Peter Parley, Tomás, mostrándome los retratos de grandes personajes que contiene la obra, me aseguró que descendía de Alejandro Magno y de César y que Napoleón era también su antecesor, muy cercano.

—Pero ¿cómo puede ser? —le pregunté sencillamente—, ¿si ellos eran blancos y tú negro?

—Ahí verás —me replicó con seriedad truhanesca—. Es que mi bisabuela era una negra muy bonita que estuvo en París cuando el imperio. Bonaparte la enamoró y tuvo con ella una hija, la cual vino a Haití y se casó con un General de Boyer. Después se averiguó que la negra tenía también sangre imperial, de Oriente y del Lacio. Era un retoño de cruzamientos regios en África. Tú sabes que Alejandro estuvo en Egipto, y que César era muy correntón.

A ningún otro se lo hubiera creído, pero, diciéndolo Tomás, ya para mí era cosa fidedigna.

Fuimos a la boca de Guayubín, a coger camarones para las carnadas, buscamos de paso los cordeles que Tomás tenía escondidos en las tapias de la Logia, y nos embarcamos en la yola, tomando la precaución de desnudarnos para que no se nos mojara la ropa.

Había un buen cardumen de jureles del otro lado del arrecife, y ya habíamos pescado algunas docenas, cuando tuve la desgracia de que se me volase el sombrero, un panamá de alas muy anchas propiedad del más irascible de mis tíos. Mi pobre madre me lo ponía para resguardarme del sol sin que aquél lo supiese, pues sólo lo usaba los domingos para jardinear en el patio, o cuando salía al campo.

La idea de perder el sombrero y de las desagradables consecuencias para mí y para mi madre me turbó tanto, que sin pensar en que era más fácil perseguirlo con la yola me arrojé al agua, y lo alcancé en unas cuantas brazadas. Tomás, que no tuvo tiempo de detenerme, absorbido como estaba atendiendo a su cordel, me gritó enfurecido que yo era un bárbaro, tirándome donde había tantos tiburones, y a la *godilla* vino a recogerme. Pero la dificultad estaba en volver a subir a la pequeña embarcación, sin que ésta se volcase. Tomás, por darme la mano, se olvidó de hacer contrapeso y la yola, perdiendo el equilibrio, se inclinó a un lado y se llenó de agua. Estábamos a unas cincuenta varas del arrecife, y el naufragio era horroroso por la vecindad de los escualos cuyos espolones triangulares habíamos visto cruzar cerca de nosotros, aterrorizando los jureles y las sardinas mientras duró la pesca. Como la yola se sumergía con nuestro peso, le atamos los cordeles y empezamos a nadar, vigorosamente, como quien lo hace por la vida, hacia las piedras. De cuando en cuando volvíamos las caras, llenos de espanto a ver dónde estaban los tiburones. Ya nos habían sentido, y se acercaban a nosotros. Afortunadamente, debían de haber estado lejos cuando se viró la yola, que si no...

—Aprieta, Tomás —le decía yo—. Si te cansas, suelta el cordel, que con el mío tiraremos de la yola al llegar a las piedras. Si no fuera por la ropa...

—¡Qué ropa, a estas horas! ¡Míralos! —me gritó horrorizado—. Ya casi están ahí. ¡Suelta tú también, y bracea de firme, que nos alcanzan!

Efectivamente los tiburones estaban ya a veinte o treinta brazas de nosotros. Pero las piedras quedaban muy cerca y con un esfuerzo

supremo, violento, resbalamos sobre ellas, y quedamos casi en seco, donde no podían llegar las voraces fieras.

Entonces, cuando el peligro había pasado y pude darme cuenta de toda su extensión y de mi imprudencia, fue que empecé a sentir miedo. Pero un miedo grande, que subía en intensidad a medida que pensaba en él, y que calculaba la probabilidad de que los tiburones me hubieran cogido entre sus múltiples filas de dientes cortadores como sierras, primero una piernita, luego otra, en seguida los brazos y cuando quedara solo aquel tronco ensangrentado y deforme, se lo comieran también. No era el miedo a la muerte. Era principalmente el horror a la sensación de la mordedura, aquella mordedura cruel que cortaba carne y huesos como quien rebana un jamón. Crac, crac, y el sangrero y la dentera... Porque aquello debía producir en los dientes de la víctima la misma sensación que cuando uno oye cortar *yagua*... ¡Qué momento más horroroso!

Me fijé en Tomás. Estaba lívido, aterrado, con las facciones desencajadas. Supuse que yo no estaría así, y el orgullo infantil me inspiró una jactancia cruel en aquellos momentos.

—Di ahora que tengo miedo. A ver cuál de los dos se asustó más. ¡Tú te estás muriendo!

Él no lo ocultó.

—¿Te crees que es cosa de juego? Mira esos malditos. Todavía están ahí. Dios mío, si me hubieran cogido... Y temblaba ante la idea de esa mordedura atroz que a mí también me había espantado. En mí la impresión era viva. Estaba objetivada. Yo había visto a José Calá, uno de mis discípulos, despedazado por un tiburón. Le llevó una pierna por el muslo, y ya volvía por el resto del chiquillo, cuando unos boteros que pasaban por allí recogieron el inanimado cuerpecito.

II

Nos quedamos sobre los arrecifes esperando a reponernos de la fatiga de tan violento esfuerzo, pues habíamos nadado como delfines en aquella asfixiante carrera por la vida. Además necesitábamos

no sólo que se nos aplacaran aquella respiración afanosa y los latidos rápidos del corazón que quería salirsenos, sino también que nos volviera el alma al cuerpo, pasándonos el tremendo susto que habíamos experimentado.

Cuando nos calmamos surgió otra cuestión imponente, al menos para mí. Al miedo retrospectivo sucedió el miedo a lo futuro. Si la ropa se había perdido, yo también era muchacho perdido. Por lo menos me desollaban en casa entre todos mis tíos. Buenos estaban ellos para esas ocurrencias. Mi tío Luis, especialmente, con su foete de caballo... Y sentía ya anticipadamente las mordeduras del cuero seco, haciendo verdugones y cortes en mi piel blanda de chiquillo, mientras el tío con un gesto feroz respondía a mis gritos de dolor desesperado con nuevos latigazos. Como si fuera la primera vez... Tantas me lo había hecho por simples tonterías. Y mi tío Antonio... Otro que tal, que pegaba de lo lindo y de corrido, aunque no era tan malo. El tío Juan... Ése no agarraba jamás el látigo. Era relativamente bueno. Pero me enterraba las uñas en la cabeza y me daba unos pellizcos que parecían brasas de carbón. Creo que más bien lo hacía por travesura.

Pero, aunque la ropa no se hubiese perdido, si la encontrábamos en el hueco de popa donde la metimos, sería toda ensopada, y ella me denunciaría en casa. Nada: de cualquier modo, pela segura. No iba a quedarme hueso sano... Si yo hubiera sabido... Habría dejado la ropa oculta en los matojos de la playa. Maldito Tomás, que tenía la culpa de todo.

Por fin el reflujo trajo la yola a nuestro alcance. La ropa estaba ahí, pero empapada completamente. Ya eran las cuatro, la hora de salir de la escuela y no habría tiempo de que se secase. La exprimimos con todas nuestras fuerzas y la pusimos a secar abierta, montada en varas, para que el aire la atravesara. Pero el agua del mar es rebelde, y se puso el sol, y cerró la noche, y la ropa tal como cuando acabamos de exprimirla.

—Y ahora, ¿cómo me hago? —le pregunté a Tomás.

—Lo que eres tú no puedes ir a tu casa. Hoy te matarían. Lo mejor es que nos vayamos a dormir entre la viruta de las casas que están fabricando en la Marina.

—¿Lo ves, Tomás? Por llevarme de ti. Si me hubiera ido a la escuela... Ahora estaría tranquilo cenando...

—Ay, hombre. A lo hecho pecho. Mañana veremos. Aprende de mí.

Nos dirigimos a la Marina, pero apenas hubimos entrado a una de las casas en construcción, Tomás, que no corría los mismos peligros que yo, y que no quería agravar su situación, me dijo:

—A la verdad, no veo para qué pasar una mala noche, y exponernos a que nos salga aquí algún muerto.

—¿Y cómo nos hacemos? —le pregunté algo impresionado.

—Muy fácilmente. Yo conozco un medio infalible para que no te suceda nada.

—¿De veras? Dímelo. Ay, Tomás, si no me pegaran...

—Es muy sencillo. Me lo enseñó mi abuelo, que como mi bisabuela era algo brujo. Coges una piedra, rezas un padre nuestro, y en seguida, cerrando los ojos, la tiras hacia atrás, por entre las piernas. Hecho eso, puedes entrar a tu casa, seguro de que ni verán que estás mojado, ni te culparán por la tardanza. Así voy a hacer yo.

—Tomás, cuidado si me engañas. Mira que si me pegan dejaremos de ser amigos.

—No seas zonzo. Haz lo que te digo. ¿Qué gano yo con engañarte? Verás con qué gusto cenas esta noche. Yo voy a casa atendido a eso.

No noté la sombra de sus últimas palabras. Como de costumbre creí en Tomás. Juntos subimos hasta donde él vivía y allí nos separamos afectuosamente.

Iba tan seguro de la impunidad, que todo rastro de temor se me había desvanecido.

Nisia me estaba esperando, sentada en el portón de la casa y me dijo:

—Ten cuidado. He estado aguardándote para prevenirte. No entres, porque te acaban. Hasta a mí me han amenazado con despedirme. Me mandaron a la escuela a preguntar por ti, y creyendo que vendrías más temprano dije que el maestro te había dejado en penitencia. Cuando oscurecía pasó él y dio la queja de que no habías ido esta tarde. Y así mojado no te escapas... ¿Dónde estabas tú?

—Yo, pescando. Pero no me harán nada. Ahora lo verás. Yo te contaré después lo que he hecho para salvarme.

Mi necia confianza en Tomás me sugestionaba por completo. Ni siquiera me llamó la atención el que Nisia notara en la penumbra que yo estaba mojado. Si ella lo veía a tan poca luz, ¿por qué no habrían de hacer reparo los otros? Pero, Tomás lo había dicho, y eso bastaba para que yo lo creyese a puño cerrado.

¡Pobre de mí!... Momentos después fui probando, uno a uno, el vigor con que los puños de mis tíos manejaban el foete.

III

La casa en que me encontraba ahora era la de los Cides, antiguos amigos de mi familia, que se prestaba a darme arriesgada hospitalidad, amparándome en la persecución política que sufría. Fracasó una intentona revolucionaria, y ahora todos los comprometidos andábamos errantes, la muerte pisándonos las huellas.

Sólo habitaban la casa el viejo Francisco, su mujer, María de Jesús, a quien llamaban Chucha, y dos hijos ya mayores, que pasaban el día en las labranzas, o monteando la crianza de cerdos a que se dedicaban.

Tenían muchos parientes, y en todo el *sitio*, de distancia en distancia, se distinguían casas habitadas por ellos.

A eso de las seis sentí pasos en el aposento, y una mano se apoyó en mi hombro.

—Que distraído está —me dijo Chucha, que era quien había entrado—. ¿En qué piensa, cómo le ha amanecido?

—Estoy bien, mirando el sol cómo sale.

—¿Y nadie lo ha visto a usted?

—Creo que no.

—Recuerde bien. ¿Nadie?

—Ah, sí. Al amanecer me encontré con Nisia, esa muchacha que había vivido en casa; y me conoció. Éramos muy amigos cuando chiquitos.

—Pues lo siento, porque esa muchacha es lo más travieso que hay en el sitio. Sabe Dios. Ahora estoy con cuidado, no vaya a ser que lo denuncie al Inspector; y entonces...

—No creo. Ella me quería mucho, y ahora se alegró de verme.

—No está demás, sin embargo, que me vaya ocupando de trasportarlo, para por si acaso. Lo llevaremos a donde Juan Luis, si esta muchacha hace alguna de las suyas. Ahora tendré que ponerla en el secreto, no sea que se dé por ofendida y resulte peor.

Pocos momentos después entró Nisia a traerme el café que me mandaba Chucha.

Se había vestido de limpio, y tenía una clavellina roja entre los cabellos, bastante alborotados.

Me fijé bien entonces en su fisonomía y empecé, si no a compartir los temores de Chucha, a sufrir algunas dudas. En la expresión picaresca e inteligente de la muchacha había alguna dureza que

trataba en vano de disimular ahora. Comprendíase al verla que aunque no fuese susceptible de llegar al crimen, por lo menos era una voluntad cerril, fuerte, capaz de sustraerse a la compasión, y aun de gozar causando mortificaciones, si ello satisfacía sus desig-nios o su amor propio. Flacucha y desmedrada en lo físico, moral-mente era un poder, un vigor en medio de los caracteres descoloridos que en el lugar la rodeaban.

—Ea, Arturo, en las que se ve usted. Si su mamita estuviera viva...

¡La pobre! —me dijo Nisia mientras yo tomaba el café.

—¿Y en qué me veo yo, muchacha?

—¿Usted se cree que una es zonza? Aquí donde usted me ve, sé bien lo que ha pasado, y por qué está usted aquí. Pero no tenga cuidado. Al único que hay que ponerle asunto es al General Juan Antonio.

—¿Por qué? —le pregunté con más interés del que aparentaba.

—Porque —me contestó acentuando mucho las palabras—, por-que es el Inspector General. Más ruin que ése, ni una gallina; pero, más malo, ni Caín. No hay a quien no le haya hecho alguna. Si huele que usted está aquí... Misericordia... —Y abrió los grandes ojazos como deplorando una catástrofe.

—Pero él no lo sabrá...

—Saber mismamente no. Pero algo deben haberle escrito del pueblo, porque anda reuniendo gente y poniendo emboscadas en los caminos. Estas gentes de aquí son unas aleladas y todavía no han percibido nada. No se fie; pero tampoco tema, que en cuanto yo repare algo, vengo y le aviso a tiempo.

Con esto se fue a atender a sus quehaceres, y yo me quedé pensando en los peligros de mi situación que consideraba aumenta-dos por la verdad que acababa de decirme Nisia respecto a los amos de la casa, más que por los preparativos del Inspector General. En efecto, mejores personas no se encontrarían en muchas leguas a la redonda; pero eran unas almas de Dios, sin astucia ni iniciativa, a quienes podría tal vez sorprender el tunante de Juan Antonio, asus-tadas como estaban, venciendo a fuerza de instintos arraigados de caballerosa hospitalidad, al temor de verse sorprendidos prestando servicios a un perseguido político.

El día continuaba avanzando para mí lentamente, entregado a mis preocupaciones y a la insoportable mortificación de verme obligado al encierro contra mi voluntad. Entre la grama del cercado vagabundeaban las gallinas, y por los escasos claros del frondoso

monte vecino veía atravesar de cuando en cuando los cerdos y las vacas. Las célebres décimas de Calderón en *La vida es sueño*, me venían amargamente a la memoria. Los irracionales tenían más libertad que yo. Podían pensar, como los campesinos, «el monte es más grande que la iglesia,» y vivir a sus anchas en el bosque, mientras que yo apenas lograba moverme entre cuatro paredes de tablas de palma cobijadas de yagua.

A mediodía entró el viejo Francisco con los pantalones de fuerte azul arrollados hasta la rodilla, descalzo, desnudo de la cintura arriba, con el revólver al cinto y el machete al hombro. Ya estaba en decadencia y no se quedaba en el campo todo el día como sus hijos, que almorzaban y cenaban todos juntos, sino que a eso de las doce venía a restaurarse con la taza de sancocho.

Llegó furioso del *conuco*, porque había encontrado las batatas y el maíz medio destruidos por las vacas *conuqueras* y por los puercos mañosos del Inspector, que habían abierto boquetes por entre los mayales del cercado.

—Ay, Chucha, —dijo al entrar—. Ya no se puede vivir aquí. Si vieras cómo me han puesto las labranzas esos malditos animales. Eso parte el alma a cualquier cristiano.

—No me digas... ¿Y por dónde entraron?

—¿Por dónde ha de ser? Por la palizada. Nada resiste con esas *conuqueras* de mi compadre Juan Antonio. Toda la mañana la he pasado remendando la cerca. ¿Y para qué? Mañana volverán de seguro. Lo mejor sería dejar que todo se perdiera.

—¿Y por qué no le dices a mi compadre que recoja sus animales dañinos?

—Sí. Gran cosa se remedia. Para que después con sacramento y todo me coja a mí o a los muchachos y vayamos a parar amarrados al pueblo. Y ahora más, que dizque está reclutando.

—Ea, Virgen Santa...

—Todo, todo perdido, —exclamó con dolor el viejo—. Un maíz que daba gusto, más alto que un toro. ¿Para qué sirve trabajar? ¡Ay, Chucha, más valiera morirse! —Y seguía repitiendo en voz baja: —Sí, morir, morir, morir... ¿Cómo nos hacemos?

—Francisco, ten confianza en Dios. No digas eso, —le interrumpió la vieja, llorosa; pero rebosante de confianza.

Dos golpecitos sonaron al pie de la ventana, y por la voz conocí a Nisia, que me dijo:

—No se asuste. Ahí viene el Inspector.
Y a poco la vi que desaparecía en el cercano bosque.

IV

Momentos después llegó el Gral. Juan Antonio, haciendo caracolear su caballo rucio, y saludando a voces a sus compadres.

—¿Dónde está esa endemoniada Nisia, comadre? —le preguntó a Chucha.

—No sé, compadre. La mandé a buscar leña y todavía no ha aparecido. Pero no debe tardar porque ya es hora de la comida. Ha llegado a buen tiempo, compadre. No vale la pena, un sancocho y una taza de café solamente; pero de buena voluntad.

—Gracias, comadre —respondió secamente—. Ahora ando en persecución de esa Nisia, que las ha de pagar todas juntas. Esa malvada va a ser preciso matarla.

—¿Pues qué ha hecho? —preguntó Chucha entre asombrada y medrosa.

—Nada... Que casi me ha matado a Pedrito. Ahí lo encontré en medio del camino, dando traspies y lleno de sangre, aturdido todavía del estacazo que le dio esa muchacha medio a medio de la frente. Creí que había cogido para acá, y me alegro de que no haya llegado, porque si la encuentro...

—Dios mío. No me diga. Esa muchacha tiene el demonio dentro del cuerpo. Pobrecito... —exclamó Chucha.

—¿Y es de cuidado la herida? —preguntó el viejo Francisco.

—No mucho. Pero ojalá que lo hubiera matado. Miren que dejarse estropear de una muchacha que no tiene carne para un pastelito. ¡Esa jipata, esa enclenque! Yo, porque, realmente, siendo mi hijo es faltarme el respecto herirlo. Si no, le pondría a ella una corona.

—Crea, compadre, que lo sentimos muchísimo, y que lo que es aquí no la consentiremos más.

—Ni tendría ella tiempo, porque a las emboscadas que le tengo puestas a un tal Arturo, un figurincito del pueblo que anda prófugo,

les advertiré que apresen a Nisia; y ni que vuelen los dos se escaparán.

Despidióse con esto Juan Antonio, y al momento vinieron a mi cuarto Francisco y Chucha, a llorar su desventura.

—Mire en la que nos ha metido esa muchacha —me dijeron—. Meterse con ese hijo del Inspector, que es más malo que su padre. Yo lo siento por usted y por mis hijos, agregó Chucha, porque ahora queriendo atrapar a la muchacha, nos vigilarán, y si lo descubren a usted, ¡pobres de todos!

—No se apure —le contesté—. Esta noche me mudo. Yo me iré para Tiburcio, no sea que vaya a ocasionarles algún contratiempo.

—Irse... Eso no. Todos los caminos están llenos de guardias y si lo cogen sería para nosotros eterno el remordimiento. Aquí se quedará usted hasta que no haya peligro; o hasta que sea preciso llevarlo a otra casa segura de la familia.

Durante una quincena las cosas siguieron en el mismo estado. El día lo pasaba en una inacción intolerable, encerrado en mi cuarto, solo con mis inquietudes y mis recuerdos. A prima noche tenía algún contacto con la vida exterior de los campos. Llegaban del monte los dos hijos de Chucha, y mientras les calentaban la cena, referían los incidentes del monte y las noticias de los movimientos del Inspector, que estaba furioso por no habernos podido aprehender a Nisia y a mí a pesar de todas sus precauciones. Pedrito estaba ya mejor de los golpes que le dio Nisia, pero la furia de su padre por lo que consideraba un fracaso, iba en aumento.

Un hecho de poca importancia me hacía cavilar mucho, ahora que pocos asuntos interesantes me ocupaban. Todas las mañanas encontraba encajado en la mal cerrada ventana un ramito de flores silvestres. Al principio no detuve la atención en ello, y después supuse que podría ser Chucha. Le pregunté y me dijo:

—Quizás serán de los muchachos. Tienen novia, y usted comprenderá. Después, no sabiendo qué hacer con los ramos, los guindarán en cualquier parte por no botarlos.

V

Una noche, como a los quince días de la visita del Inspector, sentí que tocaban a la ventana, y me dijeron en voz muy baja:

—Óigame, Arturo.

Era la infeliz Nisia, y me asomé a ver lo que quería.

—Yo, que vine a avisarle. Es preciso que se aliste a mudar de escondite, porque el General Juan Antonio va a salir con una ronda a registrar, casa por casa, esta misma noche.

—¿Y cómo has sabido eso? —le pregunté.

—En el vado del arroyo Caballo, cerca del camino. Yo estaba recogiendo ahí flores al oscurecer, cuando oí pasos y me oculté a la vera del monte, subiendo por el repecho de la barranca. Entonces vi que eran Juan Antonio y el capitán Acosta. Y Juan Antonio, en su caballo melado, le dijo: «Reúname gente buena, Capitán, para que hagamos esa recorrida.» —«¿Para qué hora, general?» —«Para la medianoche. Si está aquí lo cogemos en alguno de esos bohíos.» —Usted debe irse al momento a otra parte, o yo le avisaré para que se salga al monte cuando estén al llegar.

La muchacha había entrado tan de lleno en los asuntos que me interesaban, que no me había dado tiempo de preguntarle por sus propias desventuras.

—¿Cómo te has hecho para vivir en estos días? —le dije.

—Yo, en el monte. No le tengo miedo, ni a la oscuridad tampoco. Me gusta estar sola. Como hay tantas frutas no he pasado hambre. Con tal que no me atrape el General, estoy contenta. Aunque lo que es a mí —añadió con aire de desprecio— no me captura ese viejo enclenque.

—Cuéntame; ¿qué fue lo que te pasó con Pedrito?

—Nada. Que son muy propasados. Atenidos a la jefatura quieren hacer de una lo que les da la gana. Yo venía muy tranquila con mi leña, cuando me salió él por una encrucijada del camino. Parece que me estaba acechando, porque se me apareció de repente, y sin decirme nada me abrazó y me besó, y quiso tumbarme. Yo me le desprendí, y como me volvía encima, me agaché, agarré un trozo de la leña que se había regado y le pegué un trancazo medio a medio de la frente, que cayó redondito. Entonces, como es malísimo, me le acerqué, lo registré y le quité el revólver; porque si hubiera vuelto en

sí antes de que yo desapareciera, de seguro que me habría matado a tiros. Como son jefes... ¿Cree usted que hice mal? —agregó buscando mi aprobación.

—No, porque él fue quien te provocó. Pero lo mejor sería que te fueras al pueblo. ¿Por qué no vuelves a mi casa?

—Quizá antes lo habría hecho, aunque a mí no me agrada el pueblo; pero ahora no.

—¿Por qué?

—Porque no —me replicó con cierta dolorosa vacilación—. Prefiero quedarme aquí, aunque son tan abusadores. Cuando pienso que casi no se atreven a hablarles a las perdidas del pueblo que vienen a las fiestas, y que a mí que no he dado mi brazo a torcer, quieren tratarme como a las bestias en sabana... ¡Sería capaz de matar a cualquier animal de esos! —exclamó con acento de princesa ofendida.

Hablamos un rato, tratando yo de sondear ese espíritu selvático, noble y maligno a la vez.

—Vamos —me dijo al fin—. Prepárese. Avísele al viejo Francisco antes de salir, porque si viene Juan Antonio y aquél cree que usted está todavía aquí, en el susto se lo van a comprender.

VI

Pasé al interior para advertir a la familia, que ya se había dormido. Despertáronse sobresaltados, y su temor aumentó al ponerles al corriente de lo que sucedía.

—Bueno, —me dijo al fin la excelente Chucha—. Escóndase, pero no se aleje mucho, para que pueda volver en cuanto se vayan. Por mí se quedaría usted, aunque toda la familia se comprometiese, que no es para menos mi amistad con su difunta madre; pero el daño sería para usted. Yo le diera uno de los muchachos que lo acompañara. Si no lo hago es porque como registrarán notarían la falta y quizás sospecharían. Váyase solo. Si hubiere dificultad para volver, acuda a donde Toña, mi hermana, la de Juan Luis. Allá, detrás de la cueva, en la cabezada del Camú.

Me despedí, y cerca de la puerta encontré a Nisia, que me aguardaba.

—Venga por aquí —me dijo— y sígame. Yo conozco esto como mis manos.

No había luna; pero la noche estaba tan serena que nuestros cuerpos interceptando la luz del lucero proyectaban vagamente su sombra en la alfombra de yerba amarillenta.

—¡Jesús, qué hermosa noche! —me dijo Nisia—. Parece que han fregado las estrellas con hojas de guayaba. Mire cómo brillan.

—¿Sabes tú cómo están prendidas en el cielo? —le pregunté.

—Yo no. Pero me importa poco. Son bonitas y me gustan. Ojalá poder irme allá. Dicen que son muy grandes.

—¿Tú sola? —le pregunté con malicia aludiendo a algún novio.

—Para no ir bien acompañada, mejor sería estar íngrima por allá arriba.

Cuando llegamos a la empalizada que daba a la loma, saltó al otro lado con la agilidad de una cabra, y me dijo:

—Agárrese bien y suba. Así, con cuidado, no vaya a hacerse daño ni a producir ruido. Ahora, quedémonos aquí, a ver lo que pasa. De este lado no hay veredas, ni trillas y no vendrán.

VII

No duró mucho el acecho. A poco rato vimos diez hombres en la puerta tranquera. Sin ruido alguno la saltaron, cercaron la casa, y el General Juan Antonio tocó entonces a la puerta, llamando a grandes voces a su compadre Francisco, quien encendió luz y enseguida abrió.

Tres o cuatro penetraron en la vivienda con los remingtons montados, al cinto el revólver, el sable y el cuchillo, y comenzaron el registro.

—¡Aquí está, aquí está! —oímos gritar a poco rato.

Todos se precipitaron al interior, amedrentando con terribles amenazas a la familia.

—¿Dónde se ha escondido, compadre? —le preguntó Juan Antonio a Francisco con acento feroz—. Diga, compadre, porque si no,... con sacramento y todo lo entierro.

—Compadre, por la Virgen Santísima, yo qué sé —respondió el viejo.

—Por Dios, compadre, —exclamaba Chucha sollozando.

—Padrino, si aquí no ha venido nadie, —decía uno de los muchachos, mientras los otros quedaban pasmados de espanto, esperando una tragedia.

—¿Y esta cachucha que he encontrado aquí? —preguntó Juan Antonio mostrando la mía que se me quedó olvidada—. Vamos a ver, ¿de quién puede ser esta cachucha de seda? Los del campo no usan eso. Ésta es de ese figurincito del pueblo.

—Compadre —le interrumpió Chucha—. Ésa es de Nisia, que se la regalaron en Puerto Plata, y desde que hizo lo que hizo no ha vuelto por ella.

Y luego, titubeando ante la idea de jurar en falso, añadió:

—Se lo juro por Dios Santísimo, compadrito.

—Bueno, amarren a mi compadre y a mi ahijado. En el cepo averiguaremos la verdad. Y si no declaran... Ay, comadre... ¡me temo que usted va a guardar luto!

Con los lazos de una hamaca ataron por los brazos al padre y al hijo, y entre los lloros y las súplicas de Chucha y de sus otros hijos, salieron con ellos para meterlos en el cepo en casa de Juan Antonio.

VIII

—¿Quiere usted que los salvemos? —me preguntó con firme energía Nisia—. Venga. Yo conozco a Juan Antonio. Es más cobarde que las gallinas. Ya lo he espantado otras veces. De noche no sirve para nada.

Echó a andar por entre el monte, sin esperar mi respuesta, y yo la seguí, arrebatado por la decisión tan resuelta de la niña.

—¿Y qué piensas hacer? —le pregunté.

—Casi nada; pero eso bastará. Ahora atrechamos, llegamos antes que ellos a casa del vale Juan, y un poco más adelante tengo yo una cosa que le pone los pelos de punta a Juan Antonio.

En menos de un cuarto de hora llegamos, y a tientas se puso a buscar entre los grandes árboles del monte. Del hueco de una ceiba enorme sacó un calabazo, una vela y una caja de fósforos. Encendió, y colocó la vela dentro de aquella esfera casi perfecta. No pude contener la carcajada. El calabazo tenía cuatro agujeros correspondiendo a la nariz, los ojos y la boca. Parecía una calavera ígnea, el esqueleto de un demonio haciendo gestos en las tinieblas.

La colocó sobre una rama en medio del camino, y entonces me dijo:

—Pronto. Vámonos allí, que hay un mayal, lleno de hojas secas. En cuanto asome la gente de Juan Antonio le prendemos fuego, y usted les dispara un tiro de revólver de manera que oigan silbar la bala.

Estaba orgullosa, satisfecha de su ocurrencia, y no hubiera renunciado a aquella travesura por todo el oro del mundo.

No tardamos en oír las voces. Cantaban décimas como todo el que teme a la oscuridad, y de repente, al doblar el camino y enfrentarse al iluminado calabazo, que hacía una mueca horrorosa, cesó todo ruido.

—¡Ahora! —me dijo Nisia, encendiendo la hojarasca que había amontonado entre las mayas.

Se levantó la llamarada. Estallaron las pencas del mayal como innumerables mazos de triquitraques, y yo disparé en dirección a la ronda, con la puntería muy alta.

—¡Ave María Purísima! —gritaron dando rienda al miedo que ya sentían a la vista del calabazo.

Me dispararon ocho o diez tiros; y presas del pánico echaron a correr, dejando en libertad a Francisco y a su hijo, que no se explicaban lo que sucedía.

—¡Somos nosotros! —les gritamos—. ¡Espérennos. No se asusten!

Con el corta-plumas les libré de sus ligaduras, y les invité a salvarse.

—No, —me contestó Francisco—. Yo no puedo. Tengo familia y usted no sabe quién es mi compadre. Mañana no quedaría nada en casa. Puercos, vacas, caballos, labranzas, todo me lo acabarían y quedaríamos a pedir limosna. Prefiero ir a esperarle a su casa. Le

diré que el muerto me dijo que le avisara si él volvía a meterse conmigo, y le regalaré un caballo. Con eso nos dejará en paz.

Seguimos conversando un rato, manifestándonos él, a Nisia y a mí, su agradecimiento.

—Si no hubiera sido por ustedes —decía— sabe Dios si hasta nos fusila y se queda con todo lo nuestro. ¡Es tan malo mi compadre!

—Pero también por culpa nuestra es que usted se encuentra en estas cosas.

—Sí, pero eso es un deber. No hay hombre sin hombre. Que me vea sin un bocado que llevar a la boca el día que no dé refugio al perseguido.

Nos despedimos, y ellos siguieron para la casa del Inspector, a entregarse.

—Vamos donde Chucha —le dije a Nisia— a ganarle las albricias.

—Verdad, no había pensado en eso. La pobre vieja... Y feo que llora. ¿No se fijó? Parecía un gato sujeto por la cola, —me contestó saltando de la compasión a su ingénita malicia.

Chucha estaba despierta todavía, en un lloro desde que se llevaron a Francisco y a su hijo. Cuando le referimos lo sucedido y la probabilidad de que aquéllos volvieran a la salida del sol, se desató en protestas de agradecimiento.

—Dispongan de mí, de mis hijos, de todo lo mío. Lo mismo que si fuésemos sus esclavos. Es prudente que pasen unos días fuera de aquí, pero yo les procuraré donde alojarse. En llegando Francisco, iré donde mi hermana Toña, la de Juan Luis, a avisarle que ustedes van a esconderse allá, para que les tenga todo preparado.

—Gracias, —le respondí—. Creo mejor que nos pasemos unos días en el monte, porque ahora se ocuparán mucho de nosotros en todos los bohíos. Háblele para más tarde.

—¿Y cómo se va a hacer usted, que no está acostumbrado a dormir bajo los árboles?

—A todo se habitúa uno cuando hay necesidad.

—Entonces —dijo ella dirigiéndose hacia la cocina—, voy a darle a Nisia cecina y plátanos para que tengan provisión. Ella se los cocinará.

No tardó en volver con una petaca de yagua repleta de provisiones, y se las entregó a Nisia, la cual le dijo:

—Barajo, siña Chucha, ¿cree usted que vamos a poner fonda en el monte?

IX

Asomaban los claros del día cuando salimos al camino real. Nisia me miró la cara, y con ternura maternal me dijo:

—Ay, qué fatigado está usted. Si se le ve clarito que necesita reposo. Venga, que lo voy a dejar donde duerma seguro.

A poco andar enfrentamos las cuevas del Cupei, pintorescos macizos de piedra calcárea, en las estribaciones de la loma opuesta al pico de Isabel de Torres, y frente a preciosas sabanas de grama y de pajón, que dan un tinte claro y risueño al severo verde oscuro del valle. Las telas de araña tendidas sobre la yerba y salpicadas de gotas de rocío, parecían collares de brillantes ensartados en hilos de blanquísima seda. Un tesoro incalculable de joyas de poeta, extendido con profusión sobre el extenso manto verde; tesoro que la primera caricia de los rayos del sol desvanecería en impalpable vapor, para remontarlo al espacio y convertirlo en otra riqueza de nubes de rosicler y de plata. Del basamento del macizo calcáreo, al pie de la entrada de la cueva, brotaba el manantial del Camú, frío, cristalino, sonoro, que deslizándose entre las bocas del valle, contemplado a derecha e izquierda por majestuosas montañas, aumenta su caudal, ensancha su cauce, y llega al llano convertido en poderoso río.

Me abstraí contemplando el hermoso panorama, divagando sobre la extraña cueva de dos pisos superpuestos, formada por la filtración de la gota de agua, que desgastó las partes más blandas de la piedra.

—¿Pero usted no se acuesta, Arturo? —me preguntó Nisia, trayéndome bruscamente a la realidad—. Le he arreglado una cama de hojas secas, para que repose. Entre, que aquí le tienen miedo a la cueva y nadie se atreve a pasar de la boca.

Muy avanzado el día desperté. A la entrada de la cueva estaba Nisia llorosa, sentada sobre la piedra, apoyada la mejilla en la palma de la mano.

—¿Qué tienes? —le pregunté con cariño.

—Yo, nada.

—¿Y por qué lloras?

—Probablemente será el humo. Como he estado asando una carnita y unos plátanos... Venga y coma.

diré que el muerto me dijo que le avisara si él volvía a meterse conmigo, y le regalaré un caballo. Con eso nos dejará en paz.

Seguimos conversando un rato, manifestándonos él, a Nisia y a mí, su agradecimiento.

—Si no hubiera sido por ustedes —decía— sabe Dios si hasta nos fusila y se queda con todo lo nuestro. ¡Es tan malo mi compadre!

—Pero también por culpa nuestra es que usted se encuentra en estas cosas.

—Sí, pero eso es un deber. No hay hombre sin hombre. Que me vea sin un bocado que llevar a la boca el día que no dé refugio al perseguido.

Nos despedimos, y ellos siguieron para la casa del Inspector, a entregarse.

—Vamos donde Chucha —le dije a Nisia— a ganarle las albricias.

—Verdad, no había pensado en eso. La pobre vieja... Y feo que llora. ¿No se fijó? Parecía un gato sujeto por la cola, —me contestó saltando de la compasión a su ingénita malicia.

Chucha estaba despierta todavía, en un lloro desde que se llevaron a Francisco y a su hijo. Cuando le referimos lo sucedido y la probabilidad de que aquéllos volvieran a la salida del sol, se desató en protestas de agradecimiento.

—Dispongan de mí, de mis hijos, de todo lo mío. Lo mismo que si fuésemos sus esclavos. Es prudente que pasen unos días fuera de aquí, pero yo les procuraré donde alojarse. En llegando Francisco, iré donde mi hermana Toña, la de Juan Luis, a avisarle que ustedes van a esconderse allá, para que les tenga todo preparado.

—Gracias, —le respondí—. Creo mejor que nos pasemos unos días en el monte, porque ahora se ocuparán mucho de nosotros en todos los bohíos. Háblele para más tarde.

—¿Y cómo se va a hacer usted, que no está acostumbrado a dormir bajo los árboles?

—A todo se habitúa uno cuando hay necesidad.

—Entonces —dijo ella dirigiéndose hacia la cocina—, voy a darle a Nisia cecina y plátanos para que tengan provisión. Ella se los cocinará.

No tardó en volver con una petaca de yagua repleta de provisiones, y se las entregó a Nisia, la cual le dijo:

—Barajo, siña Chucha, ¿cree usted que vamos a poner fonda en el monte?

IX

Asomaban los claros del día cuando salimos al camino real. Nisia me miró la cara, y con ternura maternal me dijo:

—Ay, qué fatigado está usted. Si se le vé clarito que necesita reposo. Venga, que lo voy a dejar donde duerma seguro.

A poco andar enfrentamos las cuevas del Cupei, pintorescos macizos de piedra calcárea, en las estribaciones de la loma opuesta al pico de Isabel de Torres, y frente a preciosas sabanas de grama y de pajón, que dan un tinte claro y risueño al severo verde oscuro del valle. Las telas de araña tendidas sobre la yerba y salpicadas de gotas de rocío, parecían collares de brillantes ensartados en hilos de blanquísima seda. Un tesoro incalculable de joyas de poeta, extendido con profusión sobre el extenso manto verde; tesoro que la primera caricia de los rayos del sol desvanecería en impalpable vapor, para remontarlo al espacio y convertirlo en otra riqueza de nubes de rosicler y de plata. Del basamento del macizo calcáreo, al pie de la entrada de la cueva, brotaba el manantial del Camú, frío, cristalino, sonoro, que deslizándose entre las bocas del valle, contemplado a derecha e izquierda por majestuosas montañas, aumenta su caudal, ensancha su cauce, y llega al llano convertido en poderoso río.

Me abstraí contemplando el hermoso panorama, divagando sobre la extraña cueva de dos pisos superpuestos, formada por la filtración de la gota de agua, que desgastó las partes más blandas de la piedra.

—¿Pero usted no se acuesta, Arturo? —me preguntó Nisia, trayéndome bruscamente a la realidad—. Le he arreglado una cama de hojas secas, para que repose. Entre, que aquí le tienen miedo a la cueva y nadie se atreve a paşar de la boca.

Muy avanzado el día desperté. A la entrada de la cueva estaba Nisia llorosa, sentada sobre la piedra, apoyada la mejilla en la palma de la mano.

—¿Qué tienes? —le pregunté con cariño.

—Yo, nada.

—¿Y por qué lloras?

—Probablemente será el humo. Como he estado asando una carnita y unos plátanos... Venga y coma.

Pero había tal tristeza en su semblante que insistí en saber la causa de sus lágrimas. A mucho rogar me lo dijo:

—Había visto, apenas me acosté yo, una *ciguapa* que atravesaba por el monte. Probablemente era hembra, y había estado atisbándonos, mientras estuvimos en la boca de la cueva.

—¿Y qué tiene eso de particular? —le pregunté por no atacar bruscamente su inveterada superstición de campesina ignorante.

—¿Qué?... ¿Usted no sabe? Las ciguapas se enamoran siempre de la gente. Cuando ven dos enamorados conversando, si la ciguapa es hembra se muere la mujer, y si es varón se muere el hombre, a poco tiempo. Y aunque nosotros no somos enamorados, ella ¿qué sabe?

—Tú que sientes esos temores, ¿no tendrás?...

—¡Yo! —exclamó con acento de dignidad ofendida—. ¿Yo? No sé lo que haría antes que ocuparme de ninguno de los mozos de aquí. ¡Tan propasados!

—¿Y estás segura de que era hembra la ciguapa que viste?

—Creo que sí. La divisé desnudita en pelota, como andan siempre; los cabellos largos hasta las corvas; india ella; ni fea, ni bonita; con los pies al revés de los cristianos; es decir, los calcañales adelante y los dedos hacia la espalda. Me miró con unos ojos negros, tristes, que daban lástima; y en seguida desapareció entre los árboles. Yo tuve ganas de despertarlo; pero usted dormía tan bien, que me dio pena.

—Me hubieras llamado, y te lo habría agradecido. No sabes las ganas que tengo de ver una ciguapa.

—Ay... Porque usted no es de aquí, e ignora las cosas que han pasado. Una hija de Chucha murió de eso. Estaba para casarse, y una ciguapa que se había enamorado de su novio los vio conversando a la vera del arroyo. Pues al mes la enterraron. Le dio una cosa que nadie sabía lo que era, y ni el adivino pudo curarla. Y mire que se bregó. A cada rato sucede una. El hijo del vale Juan murió lo mismo. Si usted hubiera visto todo lo que tenían para el matrimonio... Parecía cosa del pueblo. Pues lo sorprendió con la novia la ciguapa, una vez que iban a una fiesta, y no escapó. Lo enterraron también.

—No creas en ciguapas —le contesté; viendo el terror que le inspiraban—. No hay tal cosa.

—¿Que no? Dios nos libre de ellas. —Y casi temblando se santiguó—. ¿Que no hay ciguapas, Arturo? ¿Y la que yo acabo de ver?

—Quizás sería alguna vecina...

—¿Desnuda? Ni que hubiera perdido la vergüenza. Hombre, ¿quién sale así de su casa? Ciguapa era. Yo se lo aseguro. Dios nos libre de una desgracia. Lo que soy yo, ya tengo el presentimiento de que algo malo va a sucederme.

—Muchacha, no seas tonta.

—Usted sabe que no soy medrosa, ni poquita. Algo debo de haber visto para creer. Si aquí hasta hay hijos de ciguapas, porque no han faltado mujeres tan sinservires que hayan querido esas cosas del otro mundo. Por miedo, probablemente; y figúrese si ésas habrán podido dar razón de lo que es una ciguapa...

X

La cueva estaba muy cerca del camino, y aunque las gentes del campo sienten por ellas temor supersticioso, podían haber visto el humo del fuego encendido por Nisia. Pensé, pues, en refugiarme en otro lugar más apartado, y después del frugal desayuno le dije a mi compañera de desgracias:

—¿Dónde quieres ir? Yo no pienso quedarme aquí. Podrían descubrirnos.

—Donde usted quiera. Todos los lados del monte son iguales para mí.

—¿Te atreverías a subir al pico de la loma?

—¿Yo? Cómo no. A usted sería a quien le costaría mucho trabajo, si no está acostumbrado. Hay que subir en cuatro pies y eso sofoca mucho. La vertiente es muy empinada.

—Eso no es nada. Si no tienes mejor lugar donde esconderte, acompáñame.

Yo tenía desde hace tiempo deseos vehementísimos de encaramarme allá arriba, de envolverme en el celeste manto de nubes blanquísimas que como un turbante ciñen la frente de nuestra hermosísima montaña. Era un sueño que acariciaba con vago deleite; placer de aquéllos que mientras no los saborea no queda el

alma satisfecha. Además, no podía darse asilo más seguro. Ni aun el humo, confundiéndose con las nubes, podía denunciarnos.

Emprendimos la ascensión de la escabrosa vertiente por el Suroeste, que es el lado más accesible. Nos servíamos de pies y manos, agarrándonos de las viejas raíces descarnadas, dedos enormes con que la poderosa vegetación de bosques vírgenes se aferraba al suelo ríspido, disparado contra el cielo.

Subíamos muy lentamente. A cada seis u ocho varas era preciso sentarse, recostados a un árbol, o sobre alguna piedra saliente, empotrada con solidez en el suelo, para cobrar aliento. Y en cada estación asomaban nuevas tierras, se ensanchaba en muchas leguas el panorama de filas de lomas de todos los tonos del verde, hasta hacerse azules y confundirse con el cielo. Por el Noroeste apareció al fin un trozo del mar, alto como una montaña azul florecida de blanco.

Hubo un momento en que temí una desgracia. Nisia, queriendo tantear un desvío menos áspero, para economizarme fatiga, pisó una piedra en falso, y resbaló por la pendiente.

Apenas tuve tiempo de darme cuenta del accidente para ir en su socorro, cuando oí que me gritaba:

—¡No se mueva, que se mata!

Se había agarrado a uno de los troncos, y ya estaba en pie, ágil como una cabra, ganando el terreno perdido en la caída.

Llegué a la meseta jadeante, acosado por la sed, próximo a desfallecer. Nisia lo comprendió y me dijo:

—No se apure, que ahora le traigo agua.

Yo creí que era por calmarme, y le contesté dudando:

—¿Pero cómo? Hemos dejado el arroyo a unas cien varas de aquí, cuesta abajo.

—Usted, porque no es del campo. Si no se encuentra en los huecos de las piedras, hay muchas *piñas*, que están llenas; y si no, aparecerá algún *bejuco de parra*.

Desapareció entre el bosque, y a poco volvió con una parásita grande, como de una vara de circunferencia, con las hojas dispuestas como las del lirio; y presentándomela con un tubo de carrizo.

—Beba —me dijo.

La miré con aire de incredulidad, y ella puso entonces cuidadosamente la planta en el suelo, para que la examinase.

Cada penca, formando con la superior inmediata un hueco en media luna, dejaba espacio como de un decilitro, lleno completa-

mente de agua cristalina, recogida de la humedad de la atmósfera, y que yo absorbí con fruición hasta saciarme, valiéndome del tubo de carrizo.

Nisia, orgullosa de su erudición selvática, empezó a darme a conocer sus recursos contra la sed donde no hubiese fuentes ni ríos.

—Dios sabe mucho —me decía—. Donde no ha puesto ríos ni manantiales, regó la piña e hizo crecer el bejuco de parra y el jobo, que tienen agua. Al bejuco se le da un corte arriba y después otro abajo, y enseguida se lo lleva uno a la boca. Con una vara tiene uno un vaso de agua pura. La raíz del jobo está llena de agua también: pero es en la marea llena. En marea seca no tiene. Por eso es que nosotros, los del campo podemos pasarnos días y más días en el monte. Qué tomar, no nos falta.

Atravesamos la meseta, caminando hacia el Norte como un kilómetro, y todas mis fatigas quedaron recompensadas pródigamente cuando desembocamos a la vertiente septentrional cortada bruscamente, a plomo los primeros metros, sobre la piedra calcárea ennegrecida por el tiempo.

La vista encajonada entre el macizo de árboles a derecha e izquierda, se abrió de repente sobre el espacio inmenso, dominando el más hermoso paisaje que ojos humanos hayan contemplado.

Al frente la ciudad, como una decoración mágica, paleta de pintor, salpicada de todos colores, sobre un vastísimo fondo azul y verde. Por el Este la sinuosa costa se perdía hasta confundirse el cielo, el mar y la tierra en una bruma indefinida, a muchas leguas de distancia, más allá de la Punta de Sosúa. Por el Oeste, detrás de la Loma de las Bestias, como hemicyclo de cristal, el puertecillo de Maimón, oculto entre los cerros; y más allá tierra y agua en cantidades incalculables, destiñéndose, disolviéndose del verdi-negro al azul y al ceniciento de las grandes distancias que apenas percibe la vista.

Era como si la tierra se desplegara a mis ojos en enorme mapa, en plano, a vista de pájaro con el dibujo vivo, animado de todos los objetos. La tierra viajaba y acudía ante mí a que la contemplase como nadie la ve; en gran asamblea, toda junta, para que admirase multitudes terráneas. La ciudad se detallaba con minuciosidades preciosas. Las casas como de muñecas, formando agrupaciones policromas de no soñado efecto decorativo. Veíanse como hilos los arroyos que riegan a Puerto Plata y por sus calles, con aceras como listones, traficaban puntos negros, lentos, insignificantes. Era el

hormiguero humano reducido a su proporción con la inmortal naturaleza. Del ruido que levanta el movimiento de la gente no llegaba nada a la altura. El silencio no se interrumpía más que por la eólica canción del viento entre las ramas.

La península de la Fortaleza se precipitaba al mar, como una tortuga verde salpicada del blanco de los calizos bastiones, y a semejanza de una caña roja se erguía el Faro en medio de ella, mientras que los muelles, cual rayas negras de un plano, cortaban a lo largo la herradura del Puerto.

No sé cuánto tiempo permanecí en aquella arrebatadora contemplación de mi terruño. Mi temperamento divagador me llevó a los días infantiles, en que, todo imaginación, todo vida interna, contemplaba desde el llano, en cualquier rincón de la ciudad, la majestuosa Isabel de Torres y soñaba con que yo, por algún poder sobrenatural, había logrado cubrir de palacios desde la orilla del mar hasta la cumbre del monte; leguas y más leguas de espléndidos edificios levantados como a conjuro de la lámpara de Aladino, con acueductos, gas, alamedas, paseos, estatuas, bibliotecas, fábricas; cuanto hay y cuanto no hay de ornato y de comodidades: la maravilla de las maravillas del orbe, para que nada en la creación fuese igual a Puerto Plata. Y el gobierno de ese emporio urbano... Ahí hacía yo nuevos primores, dejando atrás las imaginaciones de Laboulaye sobre los Estados Unidos, fraguando, envuelto en unos mamelucos de pursiana, la organización del Paraíso moderno. ¡Cuántas veces no volví de estas grandezas fabulosas con unos cuantos rebencazos aplicados por entregarme al perfeccionamiento de mi obra cuando me encargaban la labor más modesta de barrer el patio o llevar algún recado!

XI

Al caer la noche, vino a buscarme Nisia, a tiempo que una nube nos envolvía, ocultándome como un telón el espléndido panorama.

—Ya está lista la cena. Venga —me dijo—. ¿Ha dormido?

—No. ¿Y tú?

—¡Yo! He estado recogiendo leña, y después me puse a cocinar. Aquí es agradable el fogón. Hace mucho frío. Creía que usted se hubiese puesto a caminar para quitárselo. Son tan bonitos los árboles y las yerbas aquí arriba. Y hay algunos que no se encuentran allá abajo.

De buena gana habría ido a contemplar esas riquezas de la flora; pero había oscurecido, y la nube obstruía hasta la penumbra del crepúsculo.

Cenamos, y Nisia me indicó unas piedras socavadas para que durmiese en el hueco que dejaban, a fin de estar más abrigado, muy cerca del lugar en que había preparado la cena. En seguida se fue, diciéndome que muy cerca había otro hueco en que ella se acomodaría.

El frío era excesivo para el abrigo de que yo disponía, y a eso de las diez aún no me había dormido, mortificado por la temperatura. Daba vueltas sobre las hojas de mi cama, cuando vi a Nisia que venía en puntillas con una brazada de leña y la acomodó sobre el fogón para que ardiera. Sin duda, la pobre niña había sentido el mismo frío que yo, y al recoger leña para calentarse, acordándose de mí, con maternal bondad me trajo combustible y avivó el fuego.

No quise decirle nada, y fingí que dormía. Ella se quedó contemplándome un rato y luego se marchó en puntillas, como había venido.

El grato calorcillo, esa caricia voluptuosa del aire tibio que lame el cuerpo templando los nervios excitados, me devolvió el sueño, y me dormí pensando en aquella niña servicial, que me atendía tanto y a la cual quizá no volvería a reunirme en la vida. ¡Amarla!... Ni por asomo se me hubiera ocurrido esa posibilidad. La quería como a un chico simpático en sus travesuras. Y ella... No. De seguro que ni lo había soñado. No estaba todavía en edad de eso, ni sus gustos selváticos podían inclinarla por ese lado a mí, que sólo accidentalmente vivía en el campo. Tenía un alma noble, y nada más.

XII

Muy temprano volvió a despertarme el frío, punzándome los pies como alfileres. Me levanté, y para entrar en calor recorrí los alrededores por entre el bosque de árboles robustos, limpio de bejucos, sin más vegetación menuda que el tapiz de musgo que cubre el suelo y los troncos y las orquídeas acurrucadas en las ramas, confundéndose con las cenicientas palomas cabeciblancas, que empezaban a interrumpir con sus arrullos el silencio del monte. La variedad de musgos era grande, desde los más diminutos, de verde claro, hasta los de bronce viejo semejando perfectamente una pluma de gallina. Palmas raras, con grandes hojas de leguminosas en lugar de pencas, alternando con las yayas y las manaclas, todo húmedo de rocío, envuelto en la niebla matinal, formaban el espeso bosque, cerrado arriba, y en el suelo como templo gótico sembrado de columnas que comenzaban a bifurcarse y a semejar arcos a la altura del ramaje. Seguí una cañada, a ver si terminaba en alguna laguna; pero a poco andar encontré a su extremo unos profundos sumideros, estrechos pozos desgastados en la piedra pizarrosa sobre que se asienta la gruesa capa de mantillo, y por los cuales se precipitan las aguas pluviales de la cumbre al seno ubérrimo de la montaña, que se empapa como una esponja y se desagua desde los seiscientos metros de altura por los numerosos arroyos que brotan de sus laderas y fertilizan los ricos valles del contorno.

Ya entrado en calor con el paseo, volví al punto de partida. Nisia estaba preparando el frugal almuerzo cerca de donde yo había dormido, para aprovechar el fogón del día anterior. Parecía una evocación fantástica, una divinidad de aquel empinado monte virgen, que surgía de las entrañas de la tierra a la media luz del amanecer. Estaba en cuatro pies, con los carrillos inflados soplando el fuego, vagamente delineada detrás de la columna de humo, mientras que las primeras llamaradas que surgían como lenguas anaranjadas al contacto de su aliento, pintaban sus negros cabellos con brillo metálico amarillento como una aureola de oro hirviente, en que ardían las orquídeas rojas con que se había engalanado la cabeza.

Me quedé mirándola, impresionado por su pintoresca figura, y cuando ella notó mi presencia se irguió como avergonzada de que la sorprendiese en esa posición.

—No creí que volviera tan pronto —me dijo—. Por eso no está todavía el desayuno. Ha hecho un frío...

Mientras comíamos la carne asada y los plátanos, hice alusión a la inclemencia de la temperatura en la noche anterior, y enseguida agregué:

—Acabemos, para irnos. Aquí no se puede vivir así.

Nisia interrumpió su comida y fijó en mí sus negros ojos alarmados.

—¿Y dónde iremos? —me preguntó.

—A casa de Juan Luis. Si continuara aquí me enfermaría. Tú también te ocultarás allá.

Se le aguaron los ojos y casi entre dientes me dijo:

—Lo que soy yo, no iré. Si usted no puede aguantar ¿qué remedio queda? ¿Pero yo, en casa de esa Ana Rosa? ¡Jamás! Prefiero esto. Y hasta usted debía ver cómo se queda en el monte aunque sea más abajo, que hay calor. Esa María Antonia no es buena y su hija dice apártate. Me lo da el corazón. Y Juan Luis, ni mandado a hacer: un cicatero de *cancamancola*. Cuando yo se lo digo... Ahí lo va a pasar mal.

—Peor es el monte. Decídete. Vamos a buscar abrigo allá.

Pero se empeñó en que no, prefiriendo su vida errante de bestia alzada, pintándome con los más feos colores a todos los habitantes de la casa de Juan Luis, como para prevenirme contra ellos.

—Ya que usted no se lleva de mí, váyase —me dijo al fin—. Yo lo conduciré hasta el vecindario, para que no se pierda. Pero créame. Me lo da el corazón. No le va a ir bien.

Emprendimos la marcha, cuesta abajo, silenciosos, mortificados con la próxima separación. En un descanso que hicimos a media halda, Nisia se desprendió la orquídea que llevaba en los cabellos, y me la ofreció como recuerdo de despedida.

—¿Te gustan mucho las flores? —le pregunté.

—Sí —me respondió bajando los ojos.

—¿Y las clavellinas? —le dije asaltado por el recuerdo de las flores que encontraba en mi ventana.

Titubeó un momento y al fin me dijo:

—Sí, también. Son las más bonitas de por aquí.

Luego me mostró la casa de Juan Luis, me indicó cómo debía acercarme, y se quedó allí mirándome bajar después que le dije adiós.

Ya llegaba yo al valle cuando oí gran ruido a mis espaldas, como de una avalancha que bajase por la cuesta. Me volví, y casi al alcanzarme, rodaba desde lo alto, quebrantando arbustos y descortezando troncos, una gran piedra que había notado donde me despedí de Nisia.

Sesgué el cuerpo, a tiempo que aquélla me gritaba:

—¡Cuidado, Arturo! ¡Échese a un lado, que lo mata!

Y corrió hacia mí hasta medio camino; pero al ver que me había salvado, viró hacia la derecha y desapareció entre la espesura.

Yo me quedé cavilando un rato. La piedra estaba bien asegurada allá arriba y era inconcebible que hubiese rodado espontáneamente. Suponer que fuera Nisia también era absurdo. ¿Cómo, pues, se había precipitado en dirección mía? Era un misterio.

XIII

Me estaban esperando desde la víspera, de manera que quedé bien instalado en cuanto me di a conocer. Los únicos que me recibieron mal fueron los perros. Hasta una docena de canes flacos, con las costillas de relieve como barrilitos largos, que se recostaban unos en otros, a semejanza de bueyes unidos, para no caerse al ladrar.

Los de la familia se informaron cariñosamente de cómo había pasado el día y la noche anterior y me prepararon café excelente, que me sirvió Ana Rosa, la hija de Toña.

Desde que la vi, me causó una impresión agradable. Belleza rústica, resplandeciente de robustez, y de inocencia rara en la mujer de los campos expuesta a tantos asaltos y seducciones, parecía que iban a reventar sus carnes de puro tersas y sanas. Alta y bien conformada, sonrosado el color por el frío de la sierra, sus grandes ojos negros entornados daban extrema dulzura al rostro circundado por la espesa cabellera negra que en gruesas trenzas le caía a las espaldas.

Apenas se atrevió a mirarme turbada con mi presencia, encendida en ondas de carmín que, como marea, le subían por el rostro.

Casi no cruzamos palabras, y al llevarse el pocillo, sin levantar la vista, me dijo:

—Si se le ofrece algo, llámeme. Estoy en la cocina.

El pudoroso recato de Ana Rosa, junto con su adorable hermosura en reciente florecencia, hiciéronme tan grata impresión, que a cada instante sentía deseos de llamarla, sin saber para qué. No me había enamorado de ella, pero gozaba viéndola. Era un doble placer espiritual la contemplación de su belleza, y la idea de que me encontraba ante una persona virtuosa y pura. A menudo me ha ocurrido eso después que entré más de lleno en la vida. Una sensibilidad especial, que no es el amor del sexo, me inclina hacia la belleza en cualquier forma que se me ofrezca. Una hermosura física, una exquisitez intelectual, una virtud de oro puro, me atraen con simpatía extrema, sin llevarme a las exaltaciones del transporte amoroso. Me producen un arrobamiento semejante al que despierta una escultura magistral o un cuadro primoroso. Sin embargo, alguna tendencia femenina hay en ese sentimiento, porque celebro más cualquiera de esas bellezas en la mujer. Siempre recuerdo gratamente una de esas admiraciones tácitas, que me obligaba, años después, a alargar mi camino a la oficina cuatro veces al día, por mirar a una joven, idealmente hermosa, de quien no estaba enamorado. Aquella nutrición de estética llegó a hacerme tan indispensable como cualquiera otra.

Antes de mediodía me decidí a llamar a Ana Rosa. Tenía ahora un pañuelo de Madrás rayado de rojo, artísticamente atado a la cabeza, y un traje blanco, con florecitas rosadas. Su piel mate, con cutis de recién nacido, sin sombra de afeitado, sin otro cuidado que el agua limpia del arroyo, parecía hecha de pétalos de rosa y albos lirios. Me pareció sentir su fragancia, y que cada nuevo arrebato asomado a sus mejillas era emanación de aroma que se difundiría por la estancia.

No supe qué decirle, y a poco se retiró con tanta turbación como había entrado.

XIV

Los días transcurrieron y con ellos se estableció la confianza entre todos los que habitábamos la casa. Me había crecido el cabello,

la cara se me cubrió del vello fino de la primera barba, que no me rasuraba; y tenía ya todo el aspecto montaraz de un campesino. Me vestí de *fuerte azul* y de *listado* para asemejarme más a mis anfitriones, y por aburrirme menos, salía con ellos, descalzo y con sombrero de guano, a las labores del conuco y al pastoreo de la crianza semi-cimarrona que tenían.

Un día fuimos a *herrar* y señalar los becerros y las novillas, encerrados desde la víspera. Juan Luis no había querido convocar *junta* para ese trabajo; pero avisó a los dos hijos de Francisco, quienes llegaron desde muy temprano.

Panchito, el menor, era novio de Ana Rosa, y se adelantó con éste camino del corral, que estaba al lado de una ceja de monte, a orillas de la sabana, no lejos de la casa. Noté alguna mala voluntad en él o por lo menos no tanto cariño como en su hermano José María; pero no me fijé mucho en ello, atribuyéndolo más bien a su atropellamiento por apartarse con Ana Rosa.

Comenzamos el trabajo. Cogíamos los novillos, y luego pasándoles un lazo por las patas delanteras, los repasábamos por las otras, y de un tirón desde el frente del animal le juntábamos los cuatros, con lo que caía violentamente de costado. En seguida Juan Luis retiraba el *lechino* del fuego y se lo aplicaba en el anca al torete. Chirriaban los pelos y la carne al contacto del hierro ardiente, y junto con la espesa nube de humo blanco se difundía el olor a cuerno quemado, mientras que el torete, haciendo convulsiones de dolor, poniendo en blanco los ojos con una desesperación casi humana, forcejeaba en vano por desasirse del lazo. Panchito les raspaba la cauterización hasta dejarles en carne viva las enormes J. C. del hierro; y luego las mujeres les untaban en la carne roja una media naranja agria llena de ceniza, como antisepsia de la operación, mientras Juan Luis desenvainaba el cuchillo, y en un santiamén les rebanaba los dos trozos de la oreja para hacerles la marca de bocado y horqueta.

Habíamos terminado la mitad del trabajo cuando aparecieron en el lejano confín de la sabana tres jinetes, a todo el andar de sus caballos. De cuando en cuando los circunstantes se volvían para mirar las tres figuras, que agrandaban a medida que se acercaban. Cuando llegaron a mitad de la sabana, María Antonia lanzó un grito:

—¡Válganos la Virgen! —exclamó palideciendo—. ¡Es mi compadre Juan Antonio!

Y volviéndose hacia mí, me dijo:

—¡Pronto, pronto! Salte la cerca y escóndase.

Todos, palideciendo, suspendieron el trabajo. Ana Rosa, por un movimiento impensado, corrió hacia mí agarrándose a mi brazo, no sé si para protegerme cubriéndome con su adorable cuerpo, o si buscando instintivamente auxilio en mí.

Panchito, con acento severo, mirándonos rabiosamente, le gritó:

—¡Ana Rosa! —llenando de reconvención el acento de esas dos palabras.

Pero antes de que yo tratara de salvarme, la expresión de todos los semblantes había cambiado. A una angustia sucedía otra.

Por el extremo opuesto de la sabana más próxima a nosotros, avanzaba a todo correr, baja la formidable cabeza, amenazadores los agudos cuernos, la cola tendida, *Azabache*, el padrote negro, el toro más corpulento y fiero del sitio que tenían atado a un árbol, para curarle una herida que había recibido.

Como una furia corría hacia los tres jinetes, y éstos, que al principio no hicieron caso, se detuvieron un momento, y viendo que la cosa era de veras, volvieron grupas y salieron a todo el escape de sus caballos.

Azabache ganaba terreno por momentos, disparado sobre el Gral. Juan Antonio, que llevaba a la cintura un ancho cinto rojo. Lo alcanzó, de una formidable cornada lo sacó del arzón, enganchado por una pierna, y luego lo arrojó como a tres varas de distancia, lo mismo que quien lanza una bola.

Juan Antonio quedó como muerto y el toro, después de olerlo, lo pisoteó dos o tres veces, y se alejó despacio, bramando furiosamente.

Me pareció ver entonces, deslizándose por el monte, la pálida y delgada silueta de Nisia. Sin duda saboreaba el placer de sentirse libre de la persecución encarnizada que le hacía aquel implacable enemigo, y bendeciría la casualidad que la trajo a contemplar la desgracia.

Todos, menos yo, corrieron a auxiliar a Juan Antonio; y aun sus compañeros volvieron grupas cuando, al salir de la sabana, notaron que el toro se alejaba.

Juan Antonio tornó en sí pocos momentos después, y se negó a que lo llevaran donde su compadre Juan Luis, rogando que lo condujeran a su casa. Mientras le restañaban la sangre, los de a caballo fueron a buscar refuerzos por el vecindario, y no tardaron en volver acompañados de seis hombres. Con la hamaca que tenía

en la capotera de la silla improvisaron una litera, y le llevaron camino de su casa. La herida no era peligrosa; pero ya podíamos descansar Nisia y yo, pues con el susto y la rasgadura había lo menos para un mes de cama.

Sin duda andaba en persecución de la muchacha, pues apenas se convenció de que su herida no era grave preguntó si no habían visto a aquélla por los alrededores.

XV

Antes de que llegaran mis compañeros, salí del corral y me encaminé hacia donde había estado amarrado *Azabache*. Quería ver si por ahí podía distinguir aún la persona que entreví en el bosque, o encontrar alguna huella que me diese la certidumbre de que era Nisia.

Al llegar al árbol, sin intención me fijé en el cabo del lazo, y no me quedó duda de que lo que acababa de suceder era obra de la muchacha. La cuerda no estaba rota, sino cortada, y aquel recurso extravagante tenía el sello de su traviesa inventiva.

En lo que estaba cavilando sobre las rarezas de Nisia, que no me daban aún toda la fisonomía de su carácter, porque no lograba atinar con el hilo que las unía, ni me era posible creer a ciencia cierta que eran suyos algunos actos que lo parecían, llegaron Ana Rosa y María Antonia. Los hombres se habían ido acompañando al Inspector, cumpliendo con el compadrazgo, y el toro andaba desgarrado monte adentro. Yo no me atreví a comunicarles mis sospechas, no fueran a divulgarlas y a empeorar la situación de Nisia.

Nos volvimos para la casa, y a poco andar Ana Rosa y yo nos adelantamos un poco a su madre.

Contra su carácter de continuo alegre y expansivo, Ana Rosa guardaba silencio, y en su semblante se veía pintada la tristeza.

—¿Qué tienes? —le pregunté.

No pudo contestarme, y creciéndole la pena rodaron dos lágrimas por sus mejillas

La asedié a preguntas, creyendo que su estado se debía a la impresión que recibió cuando las escenas de que había sido protago-

nista Juan Antonio; y traté de calmarla con los banales consuelos de costumbre.

—No es eso —me dijo cuando logró dominarse—. Es que Pan-chito se ha vuelto otro. Ha cambiado como de la noche al día en esta semana.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada. Cuando sea tiempo le contaré. Ahora no puedo.

—¿Será que ya no te quiere?

—Ojalá fuera eso. Es peor.

—Ah, ya comprendo... Andará detrás de otra.

—Tampoco. Aunque no faltarían razones para temerlo. Varias veces ha mentado a Nisia en sus conversaciones conmigo, y hace días la encontré en la aguada y me amenazó, diciéndome que yo tenía la culpa de todo lo que iba a suceder. Dígame, yo que no me meto en nada, ni con nadie.

—Y tú, ¿le has dado motivo a alguno de los dos para eso? Cuéntame. Yo soy tu hermano. Te serviré con el cariño del más afectuoso de los hermanos. Dímelo todo.

Me miró melancólicamente; una mirada de triste dulzura que sentí como una caricia que llegaba al alma. Después me dijo:

—¿Todo? Ahora no. Cuando usted se vuelva al pueblo. Pero de antemano se lo aseguro. Culpa, ninguna tengo. Yo sé que usted me quiere... como un hermano. Tendré confianza en usted.

XVI

Al cabo de un mes ya la herida de Juan Antonio estaba casi curada, y Juan Luis autorizó a Ana Rosa para que fuese a una fiesta que con motivo de un bautismo daba otro compadre suyo. Como era muy lejos de la residencia de Juan Antonio, y tras de no conocerme nadie, ya yo tenía todo el aspecto de un campesino, decidí ir, por acompañar a Ana Rosa y a su madre. Éstas me presentarían como un lejano pariente, llegado de los campos de Santiago.

Bajo una espaciosa *enramada*, con amarillento techo de palmas, se celebraba el baile, que estaba en su mayor animación cuando nosotros llegamos. Surgía del suelo el polvo ennegrecido, y uniéndose

dose al denso humo de las lámparas de petróleo, sin chimenea, oscurecía el aire, y era preciso que la vista se acostumbrara a aquella luz que se filtraba trabajosamente por la atmósfera coloreada de tonos sombríos, para poder distinguir bien las personas. Algunas mujeres hacían frituras en las cercanías de la enramada, y el olor de la grasa quemada y la transpiración de los labriegos y criadores, producían un aroma acre, penetrante, desfallecedor para pulmones no acostumbrados a esos vahos de zábila tan fuertemente condimentados.

Bailaban un fandango, y desde el primer momento toda mi atención la cautivó la dama, una airosa muchacha que, la falda recogida levemente con ambas manos, se deslizaba cadenciosamente como si no tocara el suelo, mientras su compañero la seguía, haciendo figuras galantes, hidalgas, en que todo el honor es para la dama, y todo el simulado rendimiento amoroso corresponde al hombre, que la persigue cortésmente.

De pronto tuve que atender a la música. No había hecho caso del monótono acordeón, ni de la tambora y el güiro que componían la orquesta. Pero oí la voz de Panchito. Era él quien rascaba el güiro y cantaba en porfía con otro.

Su mirada ardiente, preñada de amenazas, se clavó en Ana Rosa, con quien no hablaba hacía días, y le cantó así, mientras la pobre niña palidecía:

*La mujei que me é jinfi
no gosará de su amante.
Conbide gente ai belorio:
no té pensando en casaise.*

En lo que el otro cantador le contestaba, Nisia, a quien yo no había visto todavía, se acercó a Panchito, le dijo algo al oído, y enseguida desapareció en la oscuridad.

Panchito, mirándome provocativamente, cantó al llegarle otra vez su turno:

*Si tu pecho é pá lo sombre
como lo jué pá la jembra,
sai pá juera, traicionero,
a repondei de tu deuda.*

El fandango terminó con esa copla retadora, y en el arremolinamiento de la gente, que cubrió el espacio reservado a la pareja, desapareció Panchito. Yo me había quedado en pie, recostado al marco de la puerta, y conversaba con Ana Rosa, a quien tenían media muerta de susto las coplas y las miradas de su novio. En cuanto a mí, no estaba tranquilo. Repentinamente se había hecho luz en mi espíritu, y ahora comprendía lo que ocultó Ana Rosa: que los celos devoraban a Panchito, y que yo era el involuntario causante de sus dudas y de sus amargas cóleras. Todo podía echarse a perder para mí, porque la hidalguía campesina no transige en ese punto. El rival debe morir o matar, y con la mano tinta en sangre va el sobreviviente, radioso de orgullo, a reclamar los favores de la dama.

Pero, ¿y el viejo Francisco, y Chucha? ¿Con qué conciencia podía yo pagarles su hospitalidad y su cariño combatiendo con su hijo? ¿Y cómo me hacía para eludir un lance que se me venía encima con la brutalidad de una bomba?

De estas vacilaciones me sacó el mismo Panchito. Acababa de rogarme Ana Rosa que lo evitase todo, que me resistiera a pelear si él insistía, cuando sentí una mano que se posaba en mi espalda.

Era Panchito.

—¿Será preciso? —me dijo en voz baja, casi silbándola de furor entre los dientes—: ¿Será preciso que lo llame cobarde ante la gente, o que le dé una bofetada para que usted entienda?

Se me encendió la cara, me subió como una vanda de sangre a los ojos, y volviéndome le dije, en voz muy baja también:

—Espéreme allí. Ahora mismo.

E inclinándome a Ana Rosa, murmuré a su oído:

—Voy a buscarte una copa de guarapo. Vuelvo en seguida.

—No, no salga. Quédese aquí —me contestó angustiada—. Por la Virgen Santísima, no se vaya.

—Te lo juro —le respondí—. Quédate tranquila, que en seguida estaré aquí.

Y sin aguardar su contestación me dirigí hacia el grupo de árboles, a orillas de la cerca, cuya dirección había seguido Panchito.

XVII

No le veía entre la espesa tiniebla, pero en el timbre de voz le conocí la cólera desenfrenada, el ansia de matarme que le carcomía las entrañas.

—Prepárese, —me dijo—. Usted me ha ofendido y uno de los dos sobra en el mundo. Defiéndase.

—Panchito, le juro que no le he agraviado. No hay motivo para esto.

—¡Cobarde! —me gritó, haciendo ademán de sacar el revólver. Yo estaba desarmado, y le salté encima para tratar de quitárselo.

El afán de salvar la vida, y esa cólera que da vértigos cuando se entra en lucha y la sangre se sube a la cabeza, me centuplicaban las fuerzas. Como dos serpientes, enroscados uno a otro, bregábamos el jayán y yo, sin ventaja aparente, defendiendo él su arma y yo haciendo desesperados esfuerzos por arrebatársela, sin perder por eso ocasión de herirnos con los pies, con los puños, con los dientes, locos de furor, maltratándonos en silencio mientras crecía la alegre algazara de la fiesta. Pero ya me ahogaba de fatiga y todavía el forzado gañán resistía con el mismo vigor que al principio, como una fiera montaraz, con el sudor acre, oliente a vaho de macho cabrío. Anhelosa la respiración, exhaustas las fuerzas, ya no podía sujetarle y con las últimas que me quedaban le clavé los dientes en el pecho, para darle siquiera esa herida antes de morir.

El dolor de la mordedura acabó de enloquecerlo. De súbito me soltó, y poniéndome ambas manos en los hombros reunió todas sus fuerzas y de un empujón me rechazó. Rasgáronse sus carnes, y dando traspiés fui a caer de espaldas a algunos pasos de distancia.

Todo iba a acabar para mí en ese interminable instante en que me venía la muerte encima. Vi la luz al frente, por el hueco de la puerta de la enramada. Era la última vez. De repente un cuerpo se interpuso entre mí y ella, sonó un disparo, en seguida otro, y yo quedé sin sentido.

XVIII

No me daba cuenta de si vivía o estaba muerto. Son tan vagas las nociones que tenemos de la otra existencia, que en momentos así no se sabe si estamos del lado acá o del lado allá de la tumba.

Me sentí empapado de sangre, y sobre mí el peso de otro cuerpo. Traté de moverme para probar mi estado, y entonces oí un quejido.

Me incorporé, y el otro cuerpo rodó a mis pies, quejándose nuevamente.

—¿Quién eres? —le pregunté.

—Nisia. Estoy muriéndome...

—¿Cómo? ¿Muriéndote? ¿Y de qué?...

—A mí fue a quien hirió. ¿No está herido usted también?

—No. Pobre muchacha... Voy a buscar gente para que te socorran. Espérame un momento.

—No, por Dios, Arturo. Quédese. Duraré muy poco, y si usted se aleja... No. Mi único consuelo es morir teniéndole a mi lado. Además, he de decirle algo. Tengo que pedirle perdón.

—¿A mí? ¿Qué me has hecho?

—Yo he sido la culpable de todo. Siéntese y levánteme un poco la cabeza, para contárselo.

Le coloqué el brazo como una almohada, y Nisia continuó:

—Es que yo lo quiero tanto, que no podía conformarme con que fuera de otra. Locuras, pero una no piensa y es así. En el pueblo tal vez será de otra manera... Yo, perdí el juicio. Y no me atrevía a decírselo... Lo que yo bregué, lo que yo luché por declarárselo... Pero nada. En cuanto lo veía me llenaba de vergüenza, y no me salía. Por nada del mundo me hubiera atrevido. Sabiendo hacer cartas... quién sabe... Las cartas no dan la cara...

La sangre le manaba, haciendo borbotones, del pecho, y tenía otra herida en una pierna. Se calló un momento, mientras tomaba aliento, y a poco continuó:

—Yo era la que le ponía las clavellinas en la ventana de Chucha. Pero usted no hizo caso. Cuando decidió irse donde Ana Rosa, me volví loca, y desde entonces pensé en matarlo para que no fuera de ella. La piedra no se desprendió sola, la derriqué yo misma. Fui yo también quien hice venir a Juan Antonio a casa de Juan Luis, dejándome ver por esos contornos. Pero no podía. Al verlo en peligro

se me afligía el alma y me arrepentía. ¿Acaso hubiera yo podido vivir después que usted muriese? Por eso le di voces cuando precipité el pedrusco; y le corté el lazo a *Azabache* así que apareció Juan Antonio. Mire usted, a Panchito quien lo llenó de celos fui yo. Lo alboroté, lo volví loco, lo excité más esta noche; y estaba presenciando el pleito, oculta detrás del mango, pensando en que ya usted no sería de ninguna otra. Pero, cuando vi que usted iba a morir, no pude. Es que es imposible. Corrí y me puse de por medio y recibí los dos balazos. Así se acaba mejor. Lo que suceda, no lo veré. Sobre todo, la última vez que le mire, le veré vivo...

Las lágrimas me corrían por las mejillas. Nisia las sintió caer sobre su frente, y estremeciéndose me dijo:

—¿Usted llora? ¿Me quiere un poquito siquiera? Ya voy a morir. Déme un beso. Ah, siémbreme unas clavellinas donde me entierren, a orillas del camino.

Me incliné sobre su rostro, y ya que no de amor, imprimí sobre sus labios un beso lleno de ternura, de gratitud eterna por esa pasión tan espontánea y tan arrebatada.

Con el esfuerzo que hizo por devolvérmelo, murió Nisia. Gracias a la energía de su voluntad había durado lo suficiente para dedicarme su primera y su última caricia.

XIX

Cuando me vi con aquel cadáver en los brazos, aquellos fríos restos de la niña que me había amado tanto, y que murió gustosa porque no me mataran, se conmovió mi alma, y no sé si amor o compasión la animaban; pero sentí dolor cruelísimo y hubiera trocado mi vida por la suya. Yo era inocente, pero no lograba consolarme de no haber comprendido aquella alma rudamente apasionada, para que el idilio hubiese suprimido la tragedia.

El baile había comenzado de nuevo, y como mofándose de mi pena, de mis lágrimas, de aquel cuerpo inanimado que momentos antes ardía de pasión, llegaban a mi oído los acordes de la música y las coplas y décimas de los cantadores, ajenos a mi tribulación.

—¿Qué hace usted ahí? —me preguntó Ana Rosa—. Ha rato que estoy buscándolo. Me dijo que volvería al momento: y yo, temiendo que hubiera pasado algo...

—¡Acércate y mira! —le interrumpí.

—¿Qué, Panchito? —me preguntó horrorizada mirando el cadáver—. Esos dos tiros que oí. ¡Dios mío! Y yo que creía que era celebrando la fiesta, como se acostumbra. ¡Qué peligro ha corrido usted!

—No, no es él. Es la pobre Nisia.

—¡Virgen Santa! —exclamó arrodillándose junto conmigo ante el cadáver.

Entonces le referí todo lo que había pasado, sin decirle las razones que tuvo la pobre Nisia para proceder como lo hizo, y exigiéndole el secreto, para no comprometer a Panchito. Ana Rosa me oía con el alma, pendiente de mis palabras, añadiendo un nuevo dolor a mi dolor reciente, porque en el abandono sincero de los momentos supremos, todo su interés era por mí, cuando en la lucha mi antagonista era su pariente, y además su novio. No pensaba en fingir aquella infeliz, sino que se iba tras del sentimiento sin preocuparse de analizar las conveniencias.

—Vamos a avisar, para que la recojamos y cese la fiesta.

—Avisaré yo —me contestó—. Si usted se presenta así, lo arrestan enseguida. Usted lo que debe de hacer es irse a casa, ensillar mi caballo y huir sin esperar el día. Mañana se lo diré a mi familia, y mientras tanto, inventaremos cualquier pretexto para que mamá no se alarme. Coja la vereda ahora mismo, que yo voy a dar aviso.

Le tendí la mano, ella la estrechó con efusión entre las dos suyas, diciéndome adiós, y partí al momento.

Pero, ya en la puerta del cercado, volví sobre mis pasos, e inclinandome sobre el cadáver de Nisia, le di el último beso en la frente.

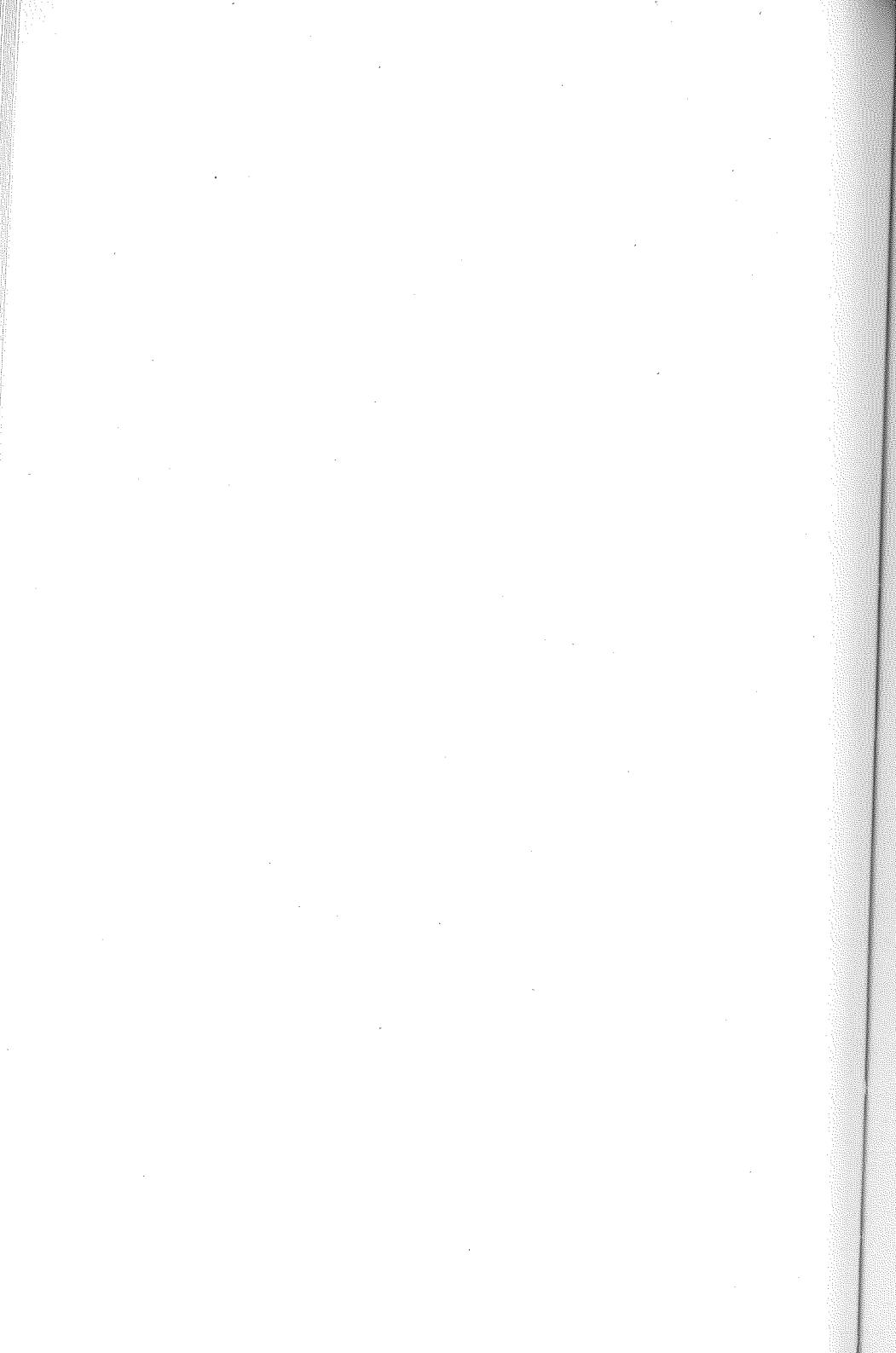
Aún permanecí al otro lado de la cerca bastante tiempo para oír los gritos y las exclamaciones al levantar el cadáver y para ver cómo el baile se convertía en velorio.

No partí en seguida, como me aconsejó Ana Rosa, sino que la aguardé en su casa, para recomendarle que conservara siempre el secreto, y que plantara clavellinas matizadas sobre la tumba de Nisia, a orillas del camino. Era lo menos que podía hacer en obsequio de Chucha. Tenía que ahorrarle el pesar de la condenación de su hijo en gracia a la hospitalidad que me había acordado. Ello era fácil, con alguna discreción, porque Juan Antonio había de descuidarse en la

averiguación del crimen, tratándose de persona como Nisia, a quien odiaba tan marcadamente. Además, yo quería conservar su diáfana pureza al recuerdo de Nisia. La venganza que lo hubiera empañado, ¿acaso me la devolvería viva y amorosa, levantándomela de la tumba humilde que iba a consumir los restos de la pobre virgen?

Me alejé de esos lugares, el día siguiente al del entierro. Ana Rosa se despidió de mí jurando que jamás se casaría, y yo llevaba en el corazón la incurable herida que había de matarme: un ideal irrealizable. Estaba enamorado de la muerta, de la adorable virgen cimarrona, y a medida que transcurren los días, al cabo de años que me parecen siglos, su imagen se refresca siempre en mi alma, adorándola más en proporción al tiempo que pasa. Siento desgracia de Ana Rosa; pero me mata el dolor, me mata el remordimiento de no haber amado a tiempo a Nisia. Si se pudiera desandar en el camino de la vida... De este lecho de dolor en una sala de hospital extranjero, pasaría al tálamo nupcial, a las faldas de la enhiesta Isabel de Torres. Pero ¡ay! ni el error ni la muerte se redimen. Es más fácil recoger el vaso de agua derramado en la arena, que borrar una falta o rehacer una vida.

**OTROS CUENTOS
PUERTOPLATEÑOS**



EL DIOS: AMOR¹

Para él no quedaba felicidad en la tierra. Se había acostumbrado a mirar la dicha por los ojos de su amada, y cuando ella los volvió hacia otro, quedó como ciego para el placer. Extrañaba que hubiese gente satisfecha en un mundo en que sólo se goza cuando no se piensa, oscurecido el cerebro por las ilusiones o por la embriaguez. Era cosa hecha. Se acabó todo.

¡Aquella traición le había anonadado! ¡Margarita, el ángel de sus sueños, la mujer ideal que no ofendía ni con el pensamiento, le engañaba! ¡Cómo, se decía él, ese candor infantil, esos arrebatos amorosos, esa pureza de todas horas, era mentira! ¡Cuánta hipocresía en esa infiel!

Fernando era pobre, y se alistaba laboriosamente al matrimonio, llevando una a una las piezas del altar que a su amor erigía, cuando empezó a revolotear en torno de Margarita, Edmundo el heredero rico. Ella quería a Fernando; pero secreteaban consejos infames a la niña, hasta que flaqueó su amor. De un lado pobreza, del otro fausto y poderío... Mercurio venció a Cupido.

*
* *

Su desesperación no hallaba consuelo en los primeros días. Cuando volvió en sí, pensó en vengarse; pero necesitaba alas, tenía

1. Publicado en *El Lápis*, Año II, número 24, del 18 de enero de 1892. El autor retoma este texto y lo reescribe en 1897, publicándolo en 1898 con el título de "Venganza frustrada", el cual aparece en este volumen.

que crecer para que le fuera dable herir a la ingrata devolviéndole alguna amargura de las que había vaciado en su pecho. Matarla... no valía la pena. Que viviera, que sufriera. La muerte... ¿acaso no sería abrirle las puertas de mejor vida? No, el tali6n. Diente por diente. Quería inventar un suplicio lleno de crueles tormentos y de dolorosas novedades.

*
* *

La política. Ése es el camino. Adelante, adelante. Escal6n por escal6n hacia arriba. Hay en ella tantas nulidades que los mozos de talento s6lo necesitan ambici6n para elevarse como espuma. Fernando se admiraba de que le rodeara tanto cerebro ciego. "Atinan por el olfato como los perros —decía—; pero ver... no tienen ojos". Estudiaba y luchaba para subir. De arriba se hiere mejor. Por fin lleg6. Su venganza le obsesionaba: era su idea fija, porque el amor, que le poseía m6s que nunca, había tomado ese disfraz.

*
* *

La suerte misma favoreci6 su desquite, economiz6ndole por menores cobardes. Edmundo, incapaz de amar, había olvidado a Margarita sin cumplir sus promesas, y continuaba envileci6ndose y arruin6ndose. La comparaci6n era suficiente venganza. El despreciado, en las nubes; el preferido por especulaci6n, hundi6ndose en el fango.

*
* *

Fernando quiso extremar su venganza; herir en la vanidad a esa mujer desechada de su rival, que por orgullo no podía solicitar nuevamente. Los estudios habían pulimentado su inspiraci6n, era un buen poeta y escribi6 una comedia en que desparramaba su despecho y sus celos. ¡Oh! la habría de hacer sufrir mucho. Los

personajes principales eran una mujer que engañaba a su novio, creyéndole locamente enamorado; pero mientras ella acariciaba en secreto al otro amante, el novio se prometía a una niña honrada y pura, a quien amaba de veras. En los detalles había algunos tonos crueles como éste: estaban en dulce coloquio, y ella le pregunta si aún quiere a la otra. “—No seas bobita, pichón. Si jamás me apasioné de ella. Fue más bien curiosidad; un capricho por el traje escotado que llevaba el primer día que la galanteé” —contesta él.

El estreno de la comedia metía ruido en Puerto Plata. Era el primero de un mozo de la población. ¡Y qué mozo! Un talentazo que se había encumbrado y debía producir grandes cosas. Y luego, que se mantenía tan secreto el argumento, y no se admitía a ningún extraño en los ensayos, para sorprender completamente.

Margarita asistiría con su familia, a la que Fernando invitó con muchas instancias para que no faltara. Y la joven tenía grandes deseos de ir, de presenciar el triunfo, de batir sus rosadas manecitas, porque, aunque todo parecía olvidado, le amaba ahora más que antes de engañarle.

*
* * *

Fernando no la perdía de vista, apostado detrás de bastidores. A medida que se desarrollaba la acción palidecía Margarita y las torturas que sufría se le retrataban en el semblante atribulado. Celos, dolor, decepción la herían sin piedad como alevosos enemigos. Pensó ofenderla en la vanidad y le daba el golpe en el corazón. Las impresiones de la primera dama, era ella quien las estaba sufriendo, y ya en las últimas escenas del tercer acto, cuando todo se desenlazaba, y descubriáse que el novio no la amaba, su expresión era de agonía.

Como si un nervio simpático la uniera a Fernando, éste, desde su apostadero, sufría lo mismo que ella. Al verla padeciendo tan horribilmente; mil veces se arrepintió de lo que había hecho. Se conoció a sí mismo. Vio la intensidad de su amor, y la venganza le fue más amarga que el acíbar.

*
* * *

El público se entusiasmó hasta el delirio. Cuando cayó el telón al finalizar el último acto, los aplausos se sucedían largos y atronadores. Agitaban las mujeres sus pañuelos y abanicos, los hombres sus sombreros, y multitud de voces llamaban al autor al proscenio.

Se levantó el telón lentamente, y apareció Fernando pálido, demudado, y prosternándose, fija la mirada suplicante en Margarita, exclamó:

—¡Mi comedia es mentira! Él la amaba, la ama, la amará siempre.

EL AGUADOR¹

Le vi pasar cuando le conducían vivo al cementerio. Un momento no más, y la lúgubre escena quedó grabada a cincel en mi memoria. Lento el andar, negro el traje, la lividez del curtido semblante helaba el alma; detrás de sus ojos tristes de pecador arrepentido, había lágrimas cuajadas que el mundo no daba tiempo a derretir. Apoyábase sobre dos sacerdotes que rezaban el oficio de difuntos en sollozante melopea, acompañada por dobles de campana y roncós quejidos de tambores destemplados. Salía de este mundo por la via-crucis, apurando gota a gota la muerte infamante del condenado. Seguía el piquete, fusil al hombro, sujetando las cuerdas anudadas a sus manos, y luego un gentío inmenso que iba a presenciar el suplicio. ¡Con qué dolor se despediría de la vida, de la ilusión, de los rayos del sol poniente que por la última vez herían sus ojos! ¿Qué pensaría esa alma a quien los hombres negaban la perfectibilidad y, como si fueran Dios, condenábanla para siempre arrojándola del mundo? ¡Quién sabe!

•
• •

Más tarde hablé con el cura que le administró los sacramentos. El desgraciado le había hecho una confesión general, rogándole que la

1. Se publicó en *El Lápiz*, Año II, número 25, del 14 de febrero de 1892.

publicara, a fin de ser útil, siquiera con eso, a los hombres que le mataban.

Su historia era muy sencilla como los dramas terribles. El dolor se ha hecho tan común que las tragedias no necesitan de la complicada tramoya que nuestra imaginación suele añadirles. Arrojamus un papel al aire, lo seguimos, y sea cual fuere el viento que sople, la cadena de nuestros pasos es una urdimbre dramática, la sociedad prefiere dominar a enseñar; castigar a prevenir; y vamos por una selva oscura en que el tigre y la zorra son los prototipos.

*
* * *

El pobre muchacho ignoraba quiénes le echaron al mundo. Nadie le refirió esas cosas. Reconstruía su vida, vida triste, desde el punto en que le ayudó la memoria, y recordaba confusamente sus primeros días en poder de la vieja que le crió, y a quien llamaba madre; pero no debía serlo, porque le trataba con dureza de madrastra con hijos. Todavía era un toconcito contra el suelo cuando se halló de la noche a la mañana montado sobre un burro con su aparejo de paja y cuero crudo que le ampollaba la piel; sus aguaderas de mimbre y sus cuatro *bidones* de latón, recorriendo las calles de la ciudad, gorjeando como un pájaro el pregón estrafalario de su mercancía: “—marchantico, un viaje de aaagua— que se vende y no se acaaaba—” desde que salía el sol dorándole las carnes asomadas con inocente impudicia por las rasgaduras del sendo traje hasta que empezaba a cubrirle la noche con el velo de sus sombras. De Dios abajo, nadie se cuidaba de él. ¡Qué humor de ají caribe el de la vieja! Palos si gruñía en un rincón por la escasez de la merienda; palos si no escamoteaba al dueño algunos reales de la venta; palos si el “yelo”² matinal le retenía acurrucado como gato friolento en su montoncito de paja y se andaba de remolón al levantarse. Llevaba siempre en las espaldas un cónclave de cardenales nombrados por el palo. Tenía presente la primera vez que robó para sí. Fue un día en que no le

2. Frío (Emilio Rodríguez Demorizi, *Del vocabulario dominicano*, Editora Taller, Santo Domingo, 1983. De ahora en adelante ERD.)

guardaron nada en casa; se le pegaban de hambre el pecho y las espaldas, y le hacía cosquillas el tufo apetitoso de una fonda de chinos. Sisó un real. De ahí siguió, y como la vieja le zurraba porque se comía la rapiña, concurrió entre viaje y viaje a las jugadas de raya que organizaban sus compinches en *Los Castillitos* y se aficionó al vicio. La suerte le protegió en los comienzos; después, perdía, perdía siempre, y la ansiedad del azar y el castigo cruelísimo lo iban pervirtiendo más. Algunas veces se fijaba en los otros chiquitines que no se ponían ropa ajena; los miraba ir al colegio. ¿Que irían a hacer ahí? ¿A aprender? Bah, eso era cosa de aquella otra gente. De seguro que a él no le entraba nada de eso...

Del templo no conocía sino el olor a incienso percibido al pasar trotando a horas de misa, y las sonrosadas imágenes entrevistas desde el atrio cuando aguardaba a los padrinos de algún bautizo para pedirle su medio, listo a disputarlo a trompazo limpio, o a pelear si la fiesta era de "padrino mezquino, cabeza de pepino", como gritaba a los cicateros. Tenía idea de Dios, cogida al vuelo, hoy en una frase, mañana en otra; pero no se preocupaba averiguando lo que nadie le había enseñado voluntariamente.

Así fue creciendo en ese ambiente pútrido que por grados lo inficionaba. Ya grandecito, cuando había robado gallinas, escamoteado dulces y frutas, roto vidrios a pedradas, y hecho cuantas travesuras le enseñaban sus compañeros, llegó a mayores, y un día jugó el burro, lo perdió, y no hubo otro camino que fugarse para escapar al castigo. Vagabundeó por todo el Cibao. Sirviente al principio, jornalero luego, panadero más tarde, después repartidor, en cualquier cosa se improvisaba competente, y así fue pelechando hasta que le dio comezones el amor al terruño, le entraron ganas de bañarse otra vez en *La Poza del Castillo* y regresó a Puerto Plata.

No tardó mucho sin que le reclutaran para soldado. ¡Qué serie de penalidades! El galgo adiestrado a la caza, siquiera recibe todos los días su pitanza y las caricias del amo. Pero nuestros soldados han de ansiar la matanza, porque sólo hallan su festín como los cuervos. Sucios, asquerosos, hambrientos siempre, maltratados por sus jefes si lamentan su estado miserable, parece que de intento los someten a la dieta de los leones que servían para el martirio de los cristianos. Perros de presa es lo que con el sistema de hoy levanta la sociedad para su defensa. ¡Ay del mañana si se resuelven a morder la mano que los degrada y los castiga!

*
* . . *

Ya era sargento. Estaba de guardia en la Gobernación una mañana, todavía amodorrado con las últimas nieblas del sueño que al despertar nos circundan, cuando vio venir hacia la iglesia una encantadora joven, envuelta la cabeza y el airoso busto en la mantilla, asomando el semblante como se destacan del cáliz los tersos pétalos de una flor al entreabrirse. Le pareció que continuaba soñando. Vaga era aún la luz del sonrosado crepúsculo; silencio apacible; no se movía la copa de los gigantes laureles de la plaza, y aquella visión celestial avanzaba ledamente, sin quebrantar las gotas de rocío pesadas en la yerba. Vio que un nimbo de claridad la rodeaba; figuróse aspirar el aroma desprendido de su cuerpo y en el místico alucinamiento creyó tener delante una aparición de la Virgen, e involuntariamente dobláronse sus rodillas y se encontró de hinojos ante la hermosísima criatura. ¡Qué simpático atractivo el de sus rasgos, y qué imponente su aire de pureza!

Volvió en sí, y ya no la veía sino de espaldas: sólo el cadencioso andar y la majestad de su finura.

Pero sus facciones quedaron grabadas por una eternidad en el corazón del sargento tomado por asalto. Amor lo dominaba con toda la plenitud de posesión que dan las sorpresas, donde toda resistencia es imposible.

Desde entonces sólo pensó en ella, en igualarse a ella, en ser amado de ella.

Pero, ¿a qué viento encaminar los pasos para llegar a su objeto? Ignoraba lo que vale la moralidad como base y como fuerza. Nadie se lo había enseñado. Raciocinaba falsamente, y la sociedad en que vivía, perdidos tan ciegos como él, no eran quiénes para sacarle de tinieblas, sino más bien para llevarle al garete hacia donde eran más espesas creyendo salir a las refulgencias de la luz. Tenía las alas de la hormiga: un caudal de buena intención falta de brújula. Quería llegar a lo alto rápidamente y no le atrajo el brillo de su carrera, ni le deslumbró el brillo de la ciencia, ni le emuló la honra de la sana política, ni conocía la opulenta cosecha de los negocios. ¿Érale dado, acaso, traslucir siquiera cosas que han menester de educación bien dirigida? Conocía el exterior del mundo, la corteza social, andaba bien vestido como casi todos los que algo valían, y aún no faltaba quien fuera acreedor de todo su mérito al sastre, y creyó el infeliz

que lujo, ostentación, por cualquier medio obtenidos, constituían la alta esfera y daban el colmo del aprecio.

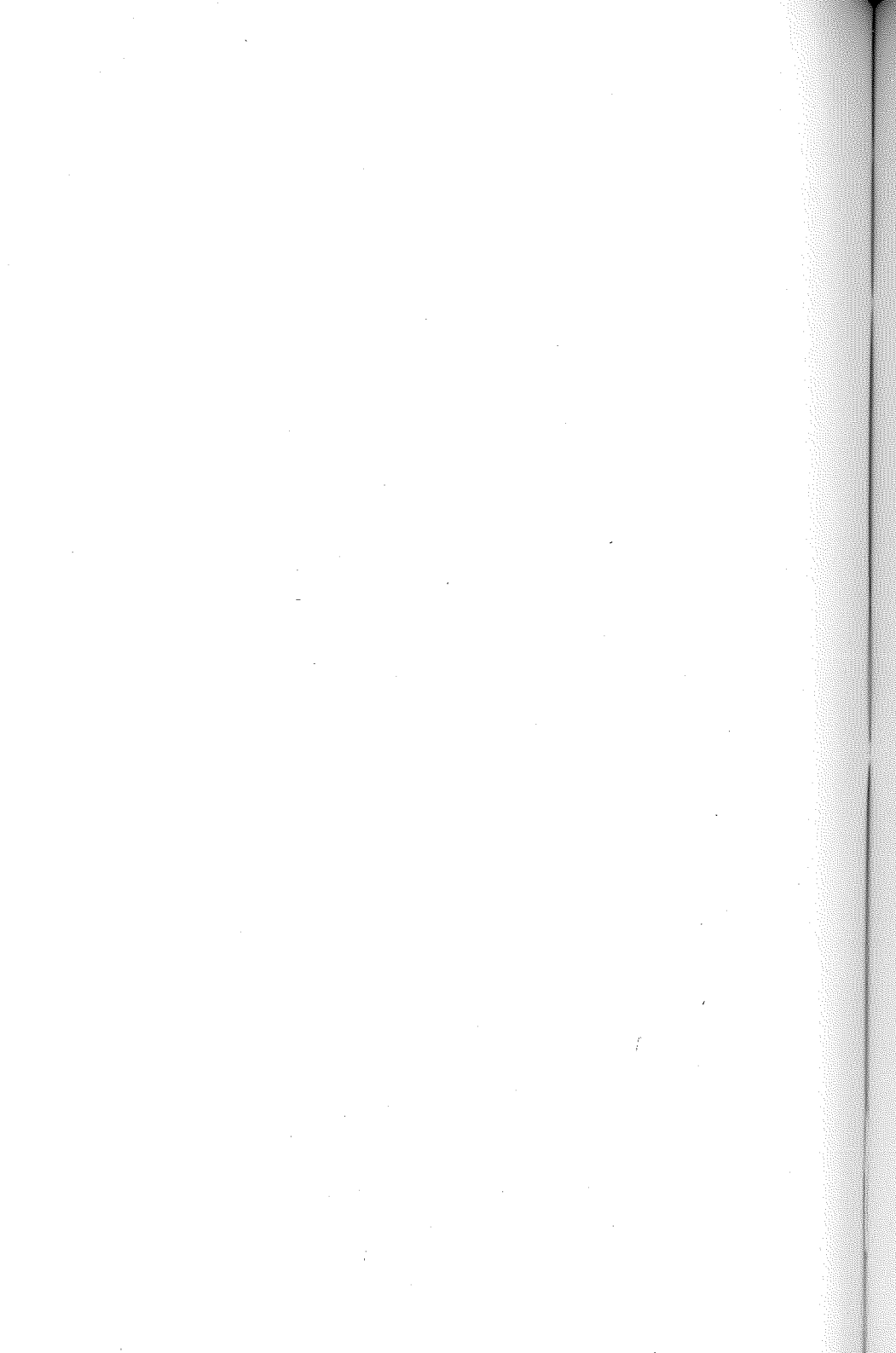
Se aguaba los sesos reflexionando alocadamente. ¡Oh! los buenos caballos, el revólver con cache de nácar, los limpios vestidos de casimir de lana pura, el reloj esmaltado y la áurea cadena... ¿cómo reunirlos y presentarse de aspirante a la mujer que amaba? Todos los caminos tapados. El juego, tenía mala estrella. El trabajo... se va con mucha lentitud. El robo... Le repugnaba; habíase emancipado de tan feo vicio; pero ¿cuál otro recurso le quedaba, si una pasión violentísima le exigía que la satisficiese?

Así titubeando, por desgracia suya fue a hacer compras a una tienda. Cuando llegó, el cajero ingresaba una fuerte suma. Aquella caja repleta de onzas era una tentación irresistible para su moralidad bamboleante. Si él la poseyera... ¡Qué sueño! Boato, amor, dicha, todo lo encerraba esa caja en sus entrañas de hierro. Iba y venía rondando la tienda. La cuestión era atreverse. ¿Volvería a ser ladrón?... Por una sola vez; por última vez... después nunca lo repetiría.

A la medianoche no pudo más. Saltó la empalizada, fracturó una puerta, y a golpes de palanca empezó a descerrojar la caja. Se negaba a abrir como las mandíbulas de un epiléptico. Él no esperaba tanta resistencia y empezó a aturdirse. De pronto vio luz. Le sorprendían los serenos. Se consideró perdido, y abalanzándose sobre ellos golpeó de muerte al primero con la barra, y a su vez, recibió una herida que le impidió ganar la calle. De ahí a la cárcel, luego al tribunal, del tribunal al patíbulo.

*
*
*

—¿Es eso justo? —me preguntó el cura al acabar su relación—. Aquel infeliz no era un malvado. El abandono de la sociedad le condujo al crimen fatalmente. No estaba en sus facultades evitarlo saliendo de la esfera viciosa a que lo recluyeron desde su nacimiento. Para propia garantía de la sociedad era necesario que interviniera y redimiese con la educación a ese ser, capaz del bien o del mal según el impulso que le dieran. De otro modo, sólo la casualidad podía hacerlo bueno. La sociedad fue cómplice del crimen con su indiferencia, y luego lavó su falta... ¡matando al infeliz! Ni siquiera intentó una regeneración.



VENGANZA FRUSTRADA¹

Fernando había empezado a notar desde días atrás, que el gesto de su futura suegra se avinagraba de un modo alarmante y que su voz, las raras veces que le hablaba, tenía tonalidades tan duras, tan agresivas, que las palabras más inocentes sonaban como un insulto.

—Pero, ¿qué tiene tu madre? —solía preguntar a Margarita.

Y ella, que andaba también fría y esquiva, contestaba contrariada:

—No sé. Cosas tuyas...

Lo que hubiera sido tan claro para un extraño, sobre todo fijándose en ciertas visitas de Edmundo, un joven rico y calavera, continuaba siendo misterio para Fernando. En vano se entristecía el ovalado semblante de Margarita, y se velaban sus grandes ojos negros, como si oculto remordimiento se los entrecerrase. La miraba, y hubiera creído sacrilegio dudar de aquella virgen de candorosa hermosura, con su correcto perfil griego, tranquila hasta en la vigorosa esbeltez de sus formas, sin un contorno audaz que turbase la dulzura del conjunto.

Tardaba tanto en comprender, que la suegra se impacientó.

—Caballero —le dijo— ¿cuándo se casa usted?

—Dentro de un año, doña Pancha. Sólo han transcurrido dos de los tres años que me concedió usted.

1. Publicado en el *Listín Diario*, Volumen XVIII, número 2558, del 17 de enero de 1898.

Ella lo interrumpió con cólera mal reprimida:

—Pues mi hija no puede aguardar más. ¡No puede continuar perdiendo el tiempo!

—Bien sabe usted —replicó con humildad Fernando— que si fuera por mí ya estaría hecho. Pero los pobres no podemos resolver diciendo y haciendo. He comprado casi todo el mobiliario y en lo que falta...

—¡Eso puede usted ahorrárselo! —repuso agriamente doña Pancha—. Sus visitas no me convienen. Margarita se ha arrepentido. ¿Sabe usted lo que son tres años? Usted tiene la culpa. ¡A las mujeres no se las hace esperar tanto!

Estaba Fernando tan enamorado que aún entonces no comprendió de una vez, y acariciaba la esperanza de que Margarita estuviese ajena a las veleidades de su madre. Ni siquiera le inspiró un presentimiento la estudiada ausencia de la joven, y se reiteró corrido, pero confiado en la apelación que a su amor le haría en cuanto la viese.

Ella evadió ocasiones, no respondió a sus cartas apasionadas, tiernas, llenas de desesperación las últimas como gritos de un corazón doliente que se empeñaba en creer todavía, y al fin la evidencia de que Margarita era la prometida de Edmundo fue lo que vino a convencer a Fernando de su desgracia.

Creyó que para él no quedaba felicidad en la tierra. Se había acostumbrado a mirar la dicha por los ojos de su amada, y cuando ella los tornó hacia otro quedó ciego para el placer. Pero cuando volvió de su dolor mudo, reconcentrado, solitario, pensó en vengarse. Se le convirtió en idea fija, porque el amor, que lo dominaba más que nunca, había tomado el ropaje del odio.

La reacción lo hizo hombre, y se propuso distinguirse, crecer, para que no le faltasen medios de herir a la ingrata y devolverle los sufrimientos que le había causado. Matarla —decía él— no vale la pena. Que viviera, que padeciese, que cada día encerrara para ella un nuevo y refinado tormento.

Estudió, intervino en política, luchó a brazo partido, y al fin comenzaron a lucir para él los mejores días, a tiempo que Edmundo, disgustado de Margarita, había renunciado al matrimonio y la humillaba, entregado a los vicios, con el espectáculo del envilecimiento del hombre que había amado.

Fernando inició entonces su venganza. El estudio había depurado su inspiración y escribió una comedia en la cual desparramaba su despecho y sus celos. ¡Oh! había de maltratar sin compasión su

vanidad. Los personajes principales eran una mujer que engañaba a su novio, creyéndolo enamorado locamente; pero mientras ella correspondía en secreto al otro, el novio se prometía a una niña honesta y bella, a quien amaba de veras.

En los detalles había tonos crueles como éste: estaban en dulce coloquio y ella le pregunta si aún quiere a la otra.

—“No, amada mía —contestó él—. Si jamás me apasioné por ella. Fue más bien una curiosidad. Un capricho por el traje escotado que llevaba el primer día que la galantéé.”

El estreno de la comedia hacía ruido en Puerto Plata. Se esperaban cosas buenas, y como se mantenía en secreto el argumento, aumentaba el deseo de conocerla. Margarita asistiría porque estaba ardiendo en ansias de presenciar el triunfo, de asociarse a él batiendo sus rosadas manecitas. Aunque todo parecía olvidado, ahora amaba a Fernando más que antes. El remordimiento y la reciente desilusión habían dado nuevo vigor a la pasión dormida.

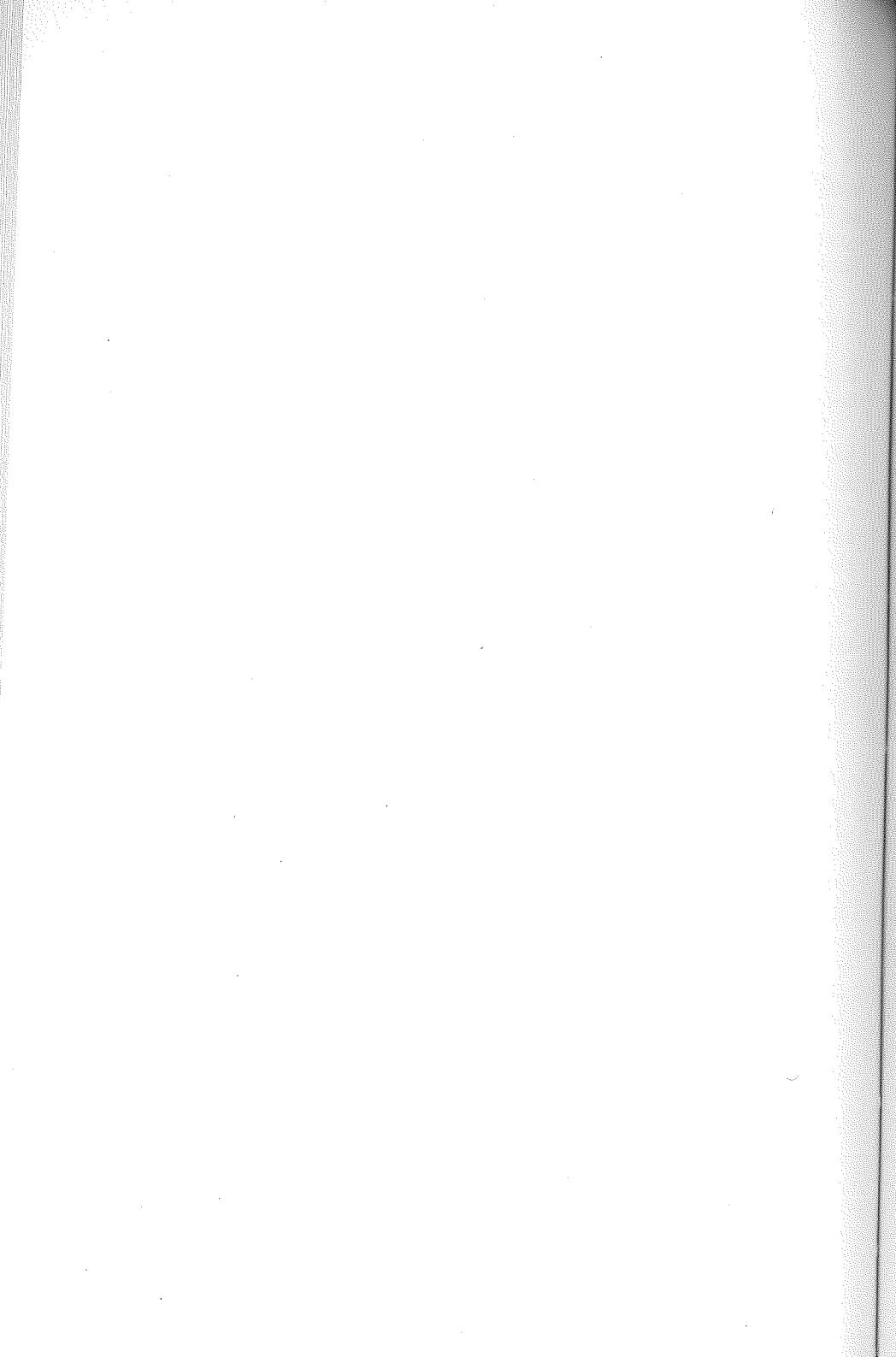
Desde que se alzó el telón, Fernando no la perdía de vista, apostado detrás de bastidores. A medida que se desarrollaba la acción palidecía Margarita, traicionándole el semblante las torturas del alma. Celos, dolor, desengaños, la estaban hiriendo despiadadamente.

Él pensó ofenderla en la vanidad y le daba el golpe en el corazón. Las impresiones de la actriz era ella quien las estaba sufriendo, y en las últimas escenas, cuando todo se aclaraba desvaneciéndose las dudas respecto al desamor del novio, su expresión era la agonía. Y Fernando, como si un nervio simpático lo uniera a ella, sufría lo mismo. De lo hondo de su ver veía levantarse absorbente, imperiosa, la imagen de ese amor que creía muerto.

Cuando el público delirante, con atronadores aplausos llamó al proscenio, alzóse el telón lentamente y apareció Fernando pálido y demudado. Se prosternó, fijando la mirada suplicante en Margarita, y exclamó:

—¡Mi comedia es mentira! ¡Él la amaba, la ama y la amará siempre!

Santo Domingo, 15 de septiembre de 1897.



CARA SERIA, CORAZÓN ALEGRE¹

La noche estaba lluviosa, desagradable, oscura. De afuera del rancho en que estaba la guardia del cantón no se oía más que el agudo canto de los grillos y el golpear monótono de las gotas de lluvia sobre las pencas del platanal vecino. De cuando en cuando cortaban los cocuyos la masa de tinieblas con su luz fosforescente, como estrellas voladoras.

En el campamento había corrido la voz de que esa noche sería asaltado, y en espera del enemigo nadie dormía. Poco a poco fuéronse formando grupos cerca de la lamparilla humeante. Unos acostados, otros en cuclillas, cuales de pie, todos trataban de matar el tiempo haciendo a media voz reminiscencias de mejores días, o refiriéndose los últimos sucesos chistosos que abundaban entre aquella gente joven y dispuesta a alegres aventuras.

Junto a la puerta que daba al camino real cinco mozos formaban tertulia aparte, de pie, apoyados en los remingtons, ofreciendo contraste extraño, la esbeltez de las figuras y la gracia varonil de los semblantes con el traje abigarrado y maltrecho en que se habían convertido sus vestiduras, sufriendo los azares del campamento.

La conversación había decaído un poco, y uno de los interlocutores propuso que cada cual refiriese con sinceridad su última aventura galante.

—A ver, empieza tú, —le dijo al más joven.

1. Publicado en el *Listín Diario*, Volumen XVIII, número 2576, del 7 de febrero de 1898.

No se hizo rogar el interpelado. Sacó picadura, la lió en un trozo de hoja de mazorca de maíz, encendió, y después de aspirar con fruición la primera bocanada, empezó así:

—¿Recuerdan ustedes la última vez que estuvimos en X? Entonces mi desgraciado *flus* no había sufrido aún los crueles deterioros que le ha causado el servicio. Era un traje presentable, hasta elegante, sin más tacha que un par de agujerillos que le había abierto una bala. Podía dejarme ver sin que temiesen que iba a pedir una limosna, y pronto me relacioné con toda la juventud femenina que, dicho sea sin alabanza, no me acogió muy mal...

—Ya lo creo —le dijo socarronamente el mayor—. Como que te escribieron más de quince declaraciones y cinco niñas pidieron en competencia tu mano.

—No tanto —rectificó él con jactancia—. No me ocurrió nada de eso, pero convendrás conmigo en que en casa de las González se molestaban cuando no iba a tomar el café, y que una de las Pérez me ofreció con insistencia zurcirme los dos malditos agujeros de la bala.

—Las obras de misericordia nunca se abonan al haber amoroso —observó uno de los oyentes.

—Si me interrumpen no sigo —replicó algo amoscado el narrador.

—Pues continúa, Julio, que te oímos.

—Ni me acuerdo ya bien por dónde iba... Ustedes son muy impertinentes. Decía que no me acogieron mal, y ahora verán. Trabé amistad con un joven del lugar, quien me presentó a su prometida, Antonia Trigo, y pronto noté que la muchacha me encontraba simpático y... no lo ocultaba mucho.

Cada vez que me miraba, o me estrechaba la mano lo hacía tan significativamente que al fin salté por sobre todas las consideraciones que debía al nuevo amigo, y le declaré mi pasión a la muchacha.

Me animaba, por sobre todo, la circunstancia de que era mucha su seriedad y su reserva, y ustedes saben lo que dice siempre el Comandante: "cara seria, corazón alegre".

Al principio me acogía con mucha dulzura... Me estaba alentando sin soltar prendas, yo asediándola, con el mayor respeto, a cumplimientos. A pesar de lo que dice el Comandante no me atreví a ninguna licencia, temeroso de que el más mínimo propasamiento la escandalizase.

Cuando la estrechaba (hablo metafóricamente, porque yo... ni esto...) se contrariaba objetándome que sentía por mí la más sincera

amistad; pero que de ahí no pasaba, porque el respeto que se debía a sí misma, a su novio... a qué sé yo qué otras cosas, no se lo permitía. Y se acercaba a mí, y casi sentía su aliento sobre la mejilla al decírmelo. Pero el maldito respeto me contenía, y me quedaba inmóvil como un tronco, pensando en la pureza de aquella niña, que en aras del deber sacrificaba sus simpatías.

Visitaban la casa, además del novio y yo, un mocito de cara de ardilla y un señor *al mezzo del cammin de nostra vita*, como dijo Dante, lleno de todas las trastiendas, mañas y escepticismos aprendidos en treinta largos años que llevaba comiendo civilmente el pan del Estado. ¡Maldito socarrón! Afortunadamente, sólo después he comprendido la malicia de ciertas sonrisitas que se permitía dirigirme al sorprenderme dirigiéndole a Antonia miradas de ovejito entristecido.

La asiduidad de esos dos caballeros, que creció en los días en que conocí a la joven, y la facilidad con que casualmente se encontraba sola Antonia con cada uno de ellos, alternativamente por supuesto, empezaron a ariscarme, y resolví observarlos, ya que el novio, hombre flemático, no se ocupaba de eso. Los novios golosos son muy cómodos. Con tal de que la prometida sea puntual en guardarles confituras, se dan siempre por satisfechos.

Una noche, al entrar a la casa, oí rumor de conversación en voz baja. Cuando dos personas se hablan en voz baja, o murmuran o hablan de amor: eso es inmanejable. Puse en el mismo diapasón mis pasos. Me asomé en puntillas y... Antonia y el mocito, cogidas las manos, estaban hablándose casi al oído. —“Bueno, me dije, quizá están murmurándose. Tonterías de amigos... Lo mejor es no notarlo.” —Y volví sobre mis pasos sin hacer ruido; tosí y avancé entonces taconeando. Antonia y el mocito estaban ya a distancia honesta, dándose noticias del próximo baile.

Quedé huraño, porque de todas maneras estaba mal hecho. Si, Antonia se permitía tijeretearme con aquel miquito, ello denotaba falsedad en su carácter. ¿Por qué, en todo caso, si era aficionada al pecadillo de la murmuración, no me escogía a mí por cómplice contra aquél? Indudablemente yo tenía mejor figura, y la quería con un amor absoluto e invariablemente respetuoso.

Continué observándola, porque ella exageraba cada día el respeto a sí misma y a su novio, y a todo, cada vez que yo le hablaba de amor.

Una tardecita, ya oscureciendo, andaba yo por la plaza cavilando alguna frase galante e ingeniosa con que iniciar mi visita a Antonia, cuando vi entrar en casa de ésta a don Saturno, el maldito caballero de edad... limítrofe.

Me dio una corazonada. Ese perverso iba a algo malo. Lo seguí, y minutos después que él penetré yo también en la casa, con pisadas de gato, para que no me sintiesen.

En el balcón oí ruido seco, uno de esos chasquidos que dan dentera cuando no se concurre a producirlos.

¡Algún atrevimiento de ese endiablado don Saturno!... pensé, y seguí hacia la antesala.

Me quedé escandalizado. Furioso como un león, pude contemplar a Antonia, que en los brazos de don Saturno le devolvía el beso recibido del sátiro viejo.

—¿Y qué hiciste? ¿Qué dijiste? —le preguntaron en coro los cuatro compañeros.

El joven aspiró con delicia su cigarrillo, y arrojando contra la luz la bocanada de humo, respondió:

—La miré con soberano desprecio, y adoptando el gesto más trágico que encontré en mi repertorio, le dije: "¡Antonia! ¡Mi debilidad puede arrastrarme a faltarle a un amigo; pero a tres, jamás! ¡Puede usted considerar retiradas mis pretensiones!" En seguida di media vuelta a la derecha y salí sin añadir palabra que diese a entender a la ingrata que lamentaba lo ocurrido.

Una carcajada acogió el final de la historia; pero de súbito se interrumpió el regocijo. Sonaron tiros en las avanzadas, y al momento respondió a ellos la estruendosa gritería del campamento asaltado: voces de mando, cornetas, tambores, y el estampido de las primeras descargas. Los del grupo se apresuraron a reunirse a su compañía, y Julio, con el remington en balanza, botó el cigarrillo, y mientras corría a vanguardia y cargaba el arma, murmuraba todavía: "¡Antonia, Antonia! ¡Cara seria, corazón alegre!"

LA GUABINA Y LA ANGUILA¹

Quellé, un pescador de río, recibía frecuentemente de sus marchantes el encargo de que les llevara anguilas de *Los Mameyes*, donde se crían muy suculentas.

Al principio la pesca no iba mal. Quellé tiraba su cordel en las pozas situadas entre Los Jazmines y Mr. Irving y siempre atrapaba hasta una docena por día de los blancos peces serpentinos que, por más que diga el Deuteronomio, no tienen escamas y son excelentes.

Pero, hasta los peces escarmientan. Al cabo de un año ya las anguilas no picaban y Quellé pasaba la pena amarga, sin poder colectar los cuartos que le producía la pesca.

—Esto no puede seguir así —se dijo una tarde.

Y poniéndose en traje de Adán se lanzó al turbio arroyo, a perseguir las anguilas.

Zambulle aquí, zambulle allá, cayeron lentamente las sombras, se oscureció la tierra y Quellé no había logrado asegurar una sola anguila. A veces llegó a echar garra a alguna; pero como si fuera una brisca de jabón serpentina, se le deslizaba entre las manos e iba a refugiarse, bien escondida, en alguna cueva o entre las raíces del higo cimarrón que crece en la orilla izquierda. Doquiera zambullía aquel cuerpo negro musculoso, hipopótamo antillano, el vacío se realizaba en torno suyo, huyendo los peces a muchas varas de distancia.

1. Publicado en *Oiga*, Año I, número 9, del 16 de diciembre de 1903.

—Saben más que el diantre estas anguilas—se dijo Quellé—. Voy a dedicarme a las guabinas.

Y al día siguiente trajo una nasa de caña amarga, y la fondeó en la poza de Mr. Irving.

Las guabinas, que habían visto a las anguilas esconderse con buen éxito en las cuevas subacuáticas de la barranca, no titubearon en entrar a la nasa, atraídas por el magnético olor a cangrejo muerto.

—Lo que es aquí no nos cogen—se decían—, porque si a las anguilas no han podido atraparlas en las cuevas, que son tan pequeñas, lo que es aquí se fastidia el hipopótamo ese.

Se almorzaron los cangrejos muertos y entonces quisieron salir de la nasa. Tarea inútil. Vueltas y más vueltas y no daban con la salida.

—Esto es demasiado seguro—dijo la más vieja de las guabinas—. Estamos enterradas en vida. Esto es un *in pace*.

Quizás hubiera seguido quejándose a no interrumpirla Quellé, quien sacó la nasa del agua y, al verla llena de peces, exclamó:

—Gracias a Dios, no todos son anguilas. Si no hubiera guabinas, ¿qué sería de nosotros los pescadores?

LA POLÍTICA CIMARRONA¹

Juan Nepomuceno era campesino y vivía con su mujer en la sección de *Los Domínguez*, en Puerto Plata.

Su *estancia* era una prueba de la laboriosidad de los padres de Juan, y una demostración de la haraganería del actual poseedor. Árboles frutales viejos había muchos. Los mangos, los caimitos, los nísperos, los aguacates abundaban; pero del platanal sólo se veían escuálidos ejemplares, y no se encontraban ni para remedio batatas, maíz, auyamas y víveres de cualquier clase.

—Hombre, compadre —le decía su vecino Marte—. ¿Por qué no hace usted una tumba a la orilla del arroyo y la siembra de frijoles? Ahí se darían excelentes.

—Compadre... Usted no me conoce. Yo soy hombre justo y no le hago daño a quien no me provoca. ¿Qué perjuicio me han hecho esos palos para que yo les caiga a hachazos? ¿Qué la tierra y la yerba para que yo empuñe un machete o una azada y emplee mis fuerzas contra ellos?

—Pero, compadre, no veo entonces de dónde puede usted sacar el pan nuestro cotidiano.

—No se apure por eso, que días habrá flacos y malos; pero yo tengo mi hacienda. Para eso está la política. Cuando empuño el *brogó* y suben los míos, lo menos que pesco es una ración de un peso oro diario, y entonces ve usted a su comadre Toñica estrenando un *túnico* cada quince días.

1. Emilio Rodríguez Demorizi informa en *Cuentos políticos* que este texto apareció en 1904 en *La Cuna de América*, Año II, número 45, del 8 de marzo de 1904.

—¿Y mientras tanto?

—Ah, unas van de cal y otras de arena. Los días malos abren el apetito para los buenos. Si uno se la pasara siempre rollizo y mantecoso, ¿cree usted, compadre, que habría valientes en la tierra? Eso se querrían los tiranos, para durar hasta el fin del mundo.

Juan Nepomuceno se mezclaba en todas las cuestiones suscitadas por el choque entre los intereses agrícolas y los pecuarios.

Si un cerdo se metía en el cercado de un amigo del héroe y le comía las batatas, y el dueño de ellas cogía un arma y acababa con la vida del invasor, Juan Nepomuceno se ponía de parte del agricultor, y era de oírlo razonando y gesticulando.

—La propiedad —gritaba— necesita garantías. ¡Las batatas, los plátanos, la yuca no tienen patas! Se están quietecitos dentro del conuco. ¿Cómo es posible que en una zona agrícola se deje en libertad a sus naturales enemigos los cerdos, para que acaben con una riqueza pública no agresiva? No. ¡Que amarren los puercos, que son los que tienen patas!

En cambio, si el caso era contrario, es decir, si su amigo era el amo del puerco, entonces se desataba contra los vegetales.

—Miren —decía— que matar un pobre puerco porque, satisfaciendo una necesidad, se come unas tristes hojas de yerba. No hay respeto para el derecho de vida. ¡Es preciso sostener el derecho de inviolabilidad de la vida del cerdo! Es un ser viviente y hay que respetar su existencia. ¡De lo que sucede a la supresión de la vida humana por simples hurtos no hay más que un paso! ¡Viva la libertad! ¡Viva el derecho!, como gritaba Napoleón, encaramado en las pirámides.

Pasaron meses, unos pocos, durante los cuales Juan sufrió muchas miserias y formó una cuenta más larga que un rosario en las pulperías del Camino real.

La misma Toñica, quien era la resignación en pasta, estaba ya furiosa.

—¿Qué hará esa gente? —se preguntaba a dúo el matrimonio. Por fin, una tarde llegó Juan a la casa con la cara de Pascua.

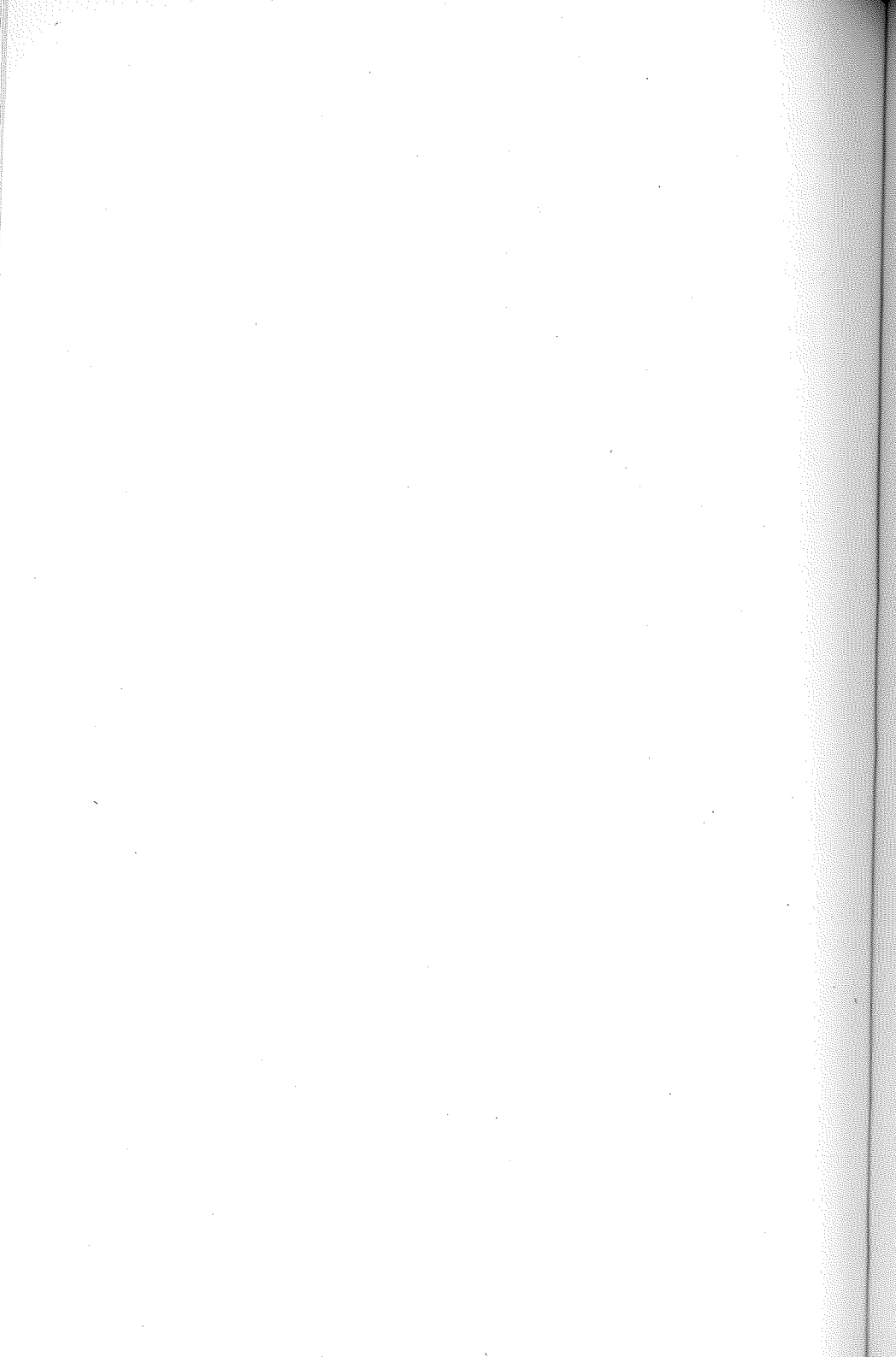
—Alégrate y prepárame una buena cena de arenques —dijo a Toñica—. Esta noche es la cosa y ponemos un cantón en Los Mameyes.

Cenó, abrazó a su consorte y se fue para el cantón.

En la madrugada se oyó un nutrido tiroteo, y a eso de las ocho de la mañana se aparecieron cuatro hombres en casa de Toñica, conduciendo el cadáver de Juan.

A los gritos de la viuda llegó el vecino Marte y, contemplando el cadáver de su compadre, exclamó:

—Eso da la política cimarrona. ¡Bien se lo decía yo al pobre de mi compadre!



LA GUERRA¹

La guerra hacía estragos en todo el territorio de la República. El sistema adoptado, sistema de política a secas, tendía a afirmarse. Destruída la riqueza en todos sus detalles, enflaquecida la producción, la doctrina de Malthus prevelece en su trágica resultante. Las subsistencias no alcanzaban para mantener a los quinientos mil dominicanos y, en lugar de recurrir a la Economía Política para aumentar la riqueza del país, nos prosternábamos ante la guerra para que redujera la población al límite de las subsistencias disponibles. El mismo sistema de quien, quedándole corta la camisa, en vez de agregarle lienzo se hiciera amputar las extremidades de ambos brazos.

Eso sucedía allá en 1876², cuando hubo, en un año, cuatro gobiernos sucesivos en la República. Vivía entonces, en la calle del Comercio, en Puerto Plata, una honorable familia, de la cual era hija la señorita Teresa, linda como una aurora, con la cabellera negra como la noche que termina, y los ojos brillantes, decidores como el día que, con el sol, asoma en el Oriente. Era un alma genuinamente latina: fanática, apasionada; pero por un solo ideal, importándole poco todo lo demás. Contaba de edad veinte años y el porvenir le sonreía con todos los encantos de la vida.

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año II, número 37, del 13 de marzo de 1904.

2. En este año se sucedieron los 4 gobiernos siguientes: el de Ignacio María González, Ulises Francisco Espaillat, de nuevo Ignacio María González y finalmente el de Marcos Antonio Cabral.

Amaba locamente, ilimitadamente al joven Pío González, el cual, aunque correspondía esa pasión con idéntica intensidad, adoraba también la patria e, ignorante del mundo y desconociendo las tristes verdades sociológicas que descartan todos los generosos entusiasmos juveniles y sólo piden calma y reflexión, se había lanzado calurosamente a la guerra, sin aspiraciones personales; pero ardiendo en grandiosas esperanzas para la República.

El enemigo tenía sus avanzadas a hora y media de la ciudad, en la subida de Muñoz por el Este, y en la subida de San Marcos por el Oeste. Consideróse indispensable desalojarlo de esas posiciones y fue organizada una expedición con la columna azuana que guarecía la plaza y algunos jóvenes voluntarios, entre los cuales se contaba Pío.

La subida de Muñoz, atacada de frente, es una posición casi inexpugnable. Es una cuesta agria, ríspida, sin más acceso que un camino estrecho, dominado en toda su extensión por los fuegos de la cumbre, que los revolucionarios habían atrincherado. Sólo es fácilmente vulnerable por los flancos o por retaguardia, guareciendo, en el primer caso, a los asaltantes la manigua espesa que cubre el terreno; y en el segundo el nivel del camino, que es más alto que el que ocupan los defensores del cantón.

Teresa, cuando supo que Pío iba a salir con la tropa, lloró, rogó, se desesperó para que él desistiera de su propósito; pero todo fue inútil. Él creía que su honor exigía ese peligro y se afirmó en concurrir a la batalla, aunque en la tierna despedida fijó para muy próxima fecha el día de la boda.

Al día siguiente Teresa salió a la calle temprano, llena de angustia por saber noticias de la acción que debió trabarse al amanecer. Nadie sabía aún cosa alguna del resultado. Al cabo de horas vio a un amigo que había salido con la tropa el día anterior.

—¿Qué hay? —le preguntó—. ¿Qué ha sucedido? ¿Cómo estás aquí? ¿Y a Pío, le ha ocurrido algo?

—No sé sino que la pelea fue reñida y que hubo muchos muertos y heridos. Yo estaba atrás, con la retaguardia.

—¡Ay! —gritó Teresa, llevándose la mano al corazón—. ¡Me lo han herido, me lo han matado!

Corrió a su casa, y la puso en movimiento.

—¡Todo el mundo a averiguar, a traerme noticias pronto! —ordenaba llorando.

Las que se obtuvieron eran desastrosas. El jefe, confiando en el arrojo de la tropa azuana, y desechando todas las enseñanzas de la táctica y de la estrategia, había ordenado el ataque de frente y casi toda la valerosa falange había sucumbido al fuego enemigo. Los pocos que sobrevivieron encontráronse en la necesidad de huir abandonando sus muertos y sus heridos. Pío, marchando a la cabeza de los asaltantes, había sido el primero en caer apenas avanzó algo en el repecho.

La consternación de la familia de Teresa era grande. ¿Cómo dar la terrible nueva a esa alma fervorosa que sólo vivía para su amor? Con mucho tiento, trago a trago fueron preparándola para lo peor, hasta que al fin le descubrieron la tragedia en toda su horrorosa desnudez.

Estuvo loca unos momentos, y el raudal inagotable de sus lágrimas bañaba sus mejillas pálidas como la cera.

—¡Oh! —decía—. ¿Para qué quiero vivir? ¿Qué cuerpo es éste el mío que sigue viviendo después que ha perecido su alma? Y tú, buen Dios, ¿por qué eres tan malo? ¿Qué te he hecho yo, qué te había hecho él para que consintieras en esta barbaridad? ¿Cómo quieres que te bendiga, después que me haces este daño? Yo creí que eran impíos los Pérez porque blasfemaron cuando perdieron toda su fortuna. Yo creí que lo era también el viejo Tello cuando se le quemó su casa y renegó de ti. Yo censuré siempre a los que se quejaban sin reverencia de tus designios. Pero ellos no perdían sino cosas materiales, lo que se destruye y se vuelve a fabricar, lo que el hombre encuentra desparramado sobre el haz de la tierra y lo reúne y se lo apropia. Yo no, yo he perdido lo irremplazable, lo insustituible, lo que una vez destruido ni tú mismo puedes reconstituir idénticamente. ¿Cómo quieres que me conforme, que me resigne, que celebre que hayas permitido que me lo sacrifiquen por y para los hombres? ¡Oh, buen Dios, qué mal has hecho!...

Y como si ese fuera su único pensamiento, como si en todo su cerebro no hubiese otra imagen que su amado muerto a balazos, repetía horas enteras, sin parar:

—¡Qué horror! ¡Qué horror! ¡Qué horror!...

Dios, dicen filósofos humoristas, no conoce otra palabra que «más». Cuando favorece a alguno con sus dones, no se cansa de protegerlo. Todo se lo torna en oro y satisfacciones. Cuando, por lo contrario, resuelve fustigar a alguno, nada hay que no le salga tuerto. Le sobreviene una desgracia y cuando cree que ahí termi-

nará la adversidad, se le encima otra, como formidable montaña, y vuelve a quebrantarlo.

La guerra no había ejercido aún todo su cruel imperio sobre la infortunada Teresa. Cuando pasaron días y se obtuvieron informes más circunstanciados de la acción, súpose que la finca de sus padres, situada al pie de la subida, en el fragor de la pelea había sido incendiada, quedó sin casa y sin cercas y, no solamente se perdieron todos los animales que contenía, sino que las reses del vecindario se comieron todos los cultivos.

Quedó, la infausta niña, sin amor y sin fortuna. Sus padres, agobiados por el dolor y la miseria, sucumbieron, y ella, pálida, triste, invocando la muerte que por crueldad no se la lleva, se acerca lentamente a la tumba, herida por la guerra, sin haber tomado parte en ella.

UN HONORABLE¹

Don Sisenando Menganúchez era un modo de pro, hijo de excelente y distinguida familia. No era bello, en el recto sentido de la palabra; pero de él podía decirse lo que un inglés de *Turquilancito* expresaba de su mujer, una señora honrada aunque muy fea: "¿Quién va a fijarse en la cuarta de cara, cuando del lado abajo hay vara y tres cuartas de vestido de seda lindísimo, y arriba una cuarta de sombrero que me cuesta diez pesos oro?" Don Sisenando se vestía de lo mejor, en casa de José Nicolás, y aunque su rostro no hizo nunca conquistas amorosas, hubo niña romántica que se tragó por los vestidos de nuestro conquistador los mixtos de un paquete de fósforos de peine.

Don Sisenando era medianamente estúpido. Tenía cerebro e inteligencia simiescos; pero acompañábale una enorme fuerza de voluntad y, al fin de leer muchísimos libros buenos y malos, logró obtener un barnicito de erudición que, entre los tontos, le granjeó fama de sabio.

Un incidente inesperado decidió su vocación. Estaban en un tris de perderse unos intereses de familia y Don Sisenando, mediante una comisión de cincuenta por ciento, se empeñó tanto que logró salvarlos.

Como acontece comúnmente, sólo se divulgó la mitad del hecho: las diligencias fructuosas de Don Sisenando, la salvación de la fami-

1. Publicado en *Oiga*, Año I, número 39, del 23 de abril de 1904.

lia gracias a sus esfuerzos; el desinterés del acto, pues se ignoraba lo de la comisión. Y quedó consagrado como la honradez más prominente de Puerto Plata.

La prensa se encargó de agrandar el muñeco de paja, con sus apasionados ditirambos. Desde entonces no se refería a él sino llamándolo "el honorable", "el honrado", "el patriota".

Y Don Sisenando se dejó llevar de la corriente, adormecido por los cantos que por doquiera inspiraba su "abnegada honradez."

Fue un honrado *profesional*.

¿Que se trataba de anexar el país a la Unión Americana? Allá va la protesta de Don Sisenando.

¿Que había brollos en Haití? Protesta al canto. ¿Que el Gobierno no se portaba bien? Ruidosa protesta de Don Sisenando.

En protestar se pasaba la vida, sin trabajar ni hacer nada de provecho. Ya se ve: no le alcanzaba el tiempo para esas vulgaridades.

De cuando en cuando metía algún contrabando, o hacía alguna otra maulería; pero esas eran picardigüelas necesarias para conservar al país una reputación intachable. Cuestión de patriotismo nada más, que depuraba de máculas la acción.

Pero la reputación de Don Sisenando crecía sin cesar, y ya era un *Isabel de Torres* de honradez, cuando le dieron un importante empleo de Hacienda.

Entonces comenzó a sufrir Don Sisenando. Los especuladores, los contrabandistas, los logreros le hacían insinuaciones de grandes negocios, un poco turbios, con la Hacienda pública. Pero la maldita reputación estaba de por medio, y Don Sisenando tenía que decir *nones* a todos los negocios.

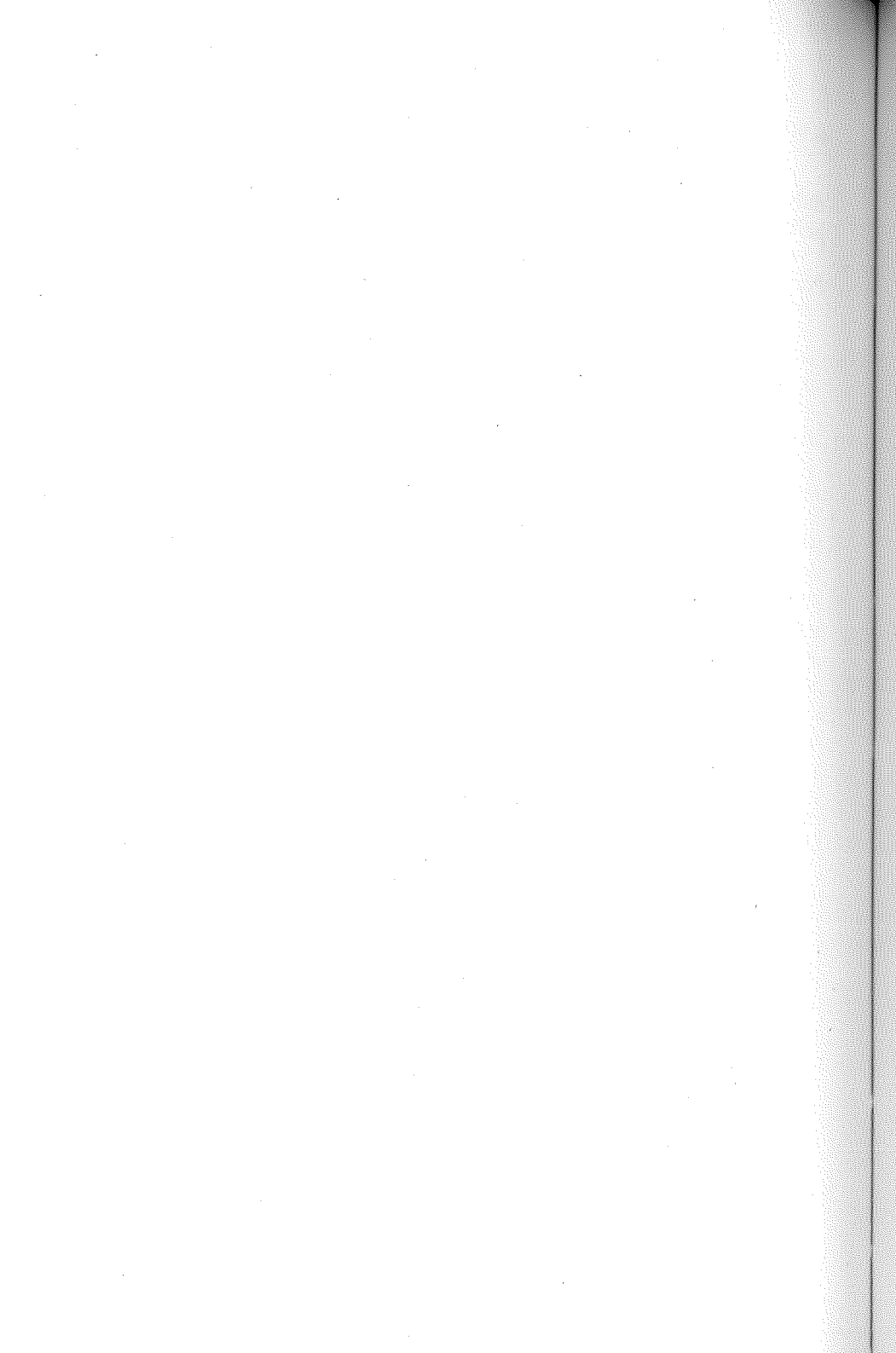
Un día su organismo no pudo más en esa tremenda lucha interior y se vio de fiebre con delirio.

Yo era uno de los admiradores del honorable, y fui admitido en su alcoba.

—“¡Oh! —decía él—. Maldita reputación. Me sucede ahora como cuando mozo. Un día, por parecer fino y delicado, protesté y me retiré a mi fonda favorita porque servían con mucha frecuencia bacalao. ¡Y yo adoraba el bacalao! ¡Ése era mi plato predilecto! ¡Pero la gente juzgaba de mejor gusto la carne de ternera, y yo, infeliz, le hice ese sacrificio! A mí que me gustan los chanchullos. Yo he sido contrabandista para ganar con qué estarme en *dolce far niente* y criticar a los demás. Y ahora, ahora que está en mis manos la hacienda grande, ahora que puedo darme un baño de oro, no me es

dable *por mor* de esa maldita reputación que me han hecho los periódicos. ¡Ah maldita plaga!

—¿Conque te gusta el bacalao, eh? —dije yo, *saliendo*. Y agregué: Por eso les sale un *marisquito* a todos estos honorables de *doublé*.



POR QUÉ LOS BOTARON!...

Francisca había sido en sus mocedades joven de rompe y rasga. Armaba un zafarrancho hasta en la mismísima iglesia, y su amante era el género masculino. Coqueta, veleidosa, lo único que le faltaba para lucir en su oficio era la limpieza. Más puerca que ella, los cerdos solamente. Sobre su piel blanca se veían siempre barras berrendas de tierra y grasa.

Cuando la anexión a España se dedicó a la especie peninsular, y quería acaparar a todos los *blancos* que llegaban a Puerto Plata.

Sabido es que en la ciudad el carnaval es fiesta tan celebrada como las nacionales. Cuando se dice *carnes tolendas* hasta los viejos echan una cana al aire, y los bailes de empresa, de máscaras, menu-dean en todos los barrios, concurridos por todas las mozas de vida airada, o de algunos *pasos*, y por los hombres de toda condición social, los cuales se dejan explotar de lo lindo por las bailadoras y los cantineros.

El martes de carnaval de 1862 estaba Francisca en un baile de máscaras en el barrio de los Guamachos, desesperada porque los *blancos* se daban mucho al ébano, como buenos españoles; y todo se le volvía imitar bailes de bayaderas, para llamar la atención de los hombres, sin resultado aparente alguno.

Al fin, despechada, mortificada en extremo por esta estéril lucha, agarró a un sargento por la muñeca, y extendiendo el brazo sinies-

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año II, número 47, del 22 de mayo de 1904.

tro, que parecía de mármol rosado berreando en negro, le dijo, apretando los dientes:

—Paisano, míreme *er cute*. ¡Yo *sor fina*!

Transcurrieron años, nací y crecí yo y envejeció ella, y una vez que me dio por recoger datos populares sobre la guerra de Restauración, la interrogué a la puerta del rancho en que vivía.

—Dígame, siña Francisca, ¿por qué fue que los criollos se alzaron contra los españoles?

—Jijo —me contestó— eso tiene su ma y su meno. Por ahí han dicho y han escrito muchísimaj cosaj; pero na e sieito. Yo sí sé la beidá.

—¿Y no me la dice, siña Francisca?

—A mí no me guta jablai poique toavía quedan muchísimoj desatrao que le jasen una maidá a cuaiquiera. Pero a ti sí te boy a decí.

—Pues desembuche.

—¿Tú quié sabej? Pue jue poique ya nojotra no queríamoj sino blanco. A lo crioyo le cotaba quedaise sin jembra o di a Haití a bucaila. Suponte tú que lo criollo paresían mimamente mono mai betío, mentre que loj blanco toitico se paresían ai retrato dei Padre Eteino que ta en liglesia.

Me quedé pasmado ante la originalidad de la causa de la guerra que aducía siña Francisca; pero después pensé que el corazón es más noble que el estómago y que con posterioridad a la lucha Restauradora ha habido tantas guerras...

—Quién sabe... —me dije...

NO LE PEGUES, ALQUÍLALO¹

Tengo un amigo de un buen humor incommovible.

Cuando le hacen alguna mala partida, y en este mundo a cada rato las hacen, se queda tan tranquilo como si tal cosa hubiera pasado.

El año de gracia de 1903, Periquito, envidioso a más no poder de mi amigo, convocó una reunión de notables de Puerto Plata, para hablar de cosas importantes a la localidad, y en la ocasión dijo:

—«Que Antonio Ortiz —así se llamaba mi amigo— era un hombre perjudicial. Que parecía cuerdo; pero había vehementísimos indicios de que era loco. Supónganse ustedes... viste de blanco en el verano, que es cuando hace calor y hay polvo, de manera que los fluses, con el sudor y la tierra se empuercan en dos días, mientras que un flus de casimir dura meses y más meses, lo cual es un verdadero ahorro. El tal Antonio se permite también el lujo de adorar a su familia, y eso cuesta caro. El otro día su mujer llevaba un traje mejor que la del pulpero de la esquina del Parque, que vende treinta pesos diarios. Y eso es un escándalo, señores, que sólo cabe en la cabeza de un loco... Y como ese loco puede pervertir las costumbres locales, porque algunos le creen sensato, lo mejor es sitialle por hambre, hasta que se vaya de aquí.»

—¡Sí, que se vaya ese loco! —respondió la asamblea.

Y desde entonces para todo lo que emprendía Antonio había un obstáculo. Escribía sobre la explotación de las riquezas naturales del

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año II, número 49, del 5 de junio de 1904.

país, y los buenos burgueses mofletudos, reposando la panza en un balance, se sonreían con sorna, guiñaban el ojo a su mujer, y decían:

—Es un poeta. Miren que hablar sobre el aprovechamiento de la basura como abono y de la sustitución de la semilla de maíz por otra más productiva...

Y cuando Antonio sabía de estos regüeldos de la hartura lanzados sobre sus opiniones, exclamaba:

—¡Ah maldad! ¡Llamar poesía la creación de riqueza!...

Por fin, los ataques de Periquito fueron descarados.

Ya no se ocultaba para conspirar contra el hombre de buena voluntad. En las plazas, en las sociedades, en los restaurantes, dondequiera se le oía exclamar:

—Las cosas de ese loco. ¿Quién le va a hacer caso a un desequilibrado, que ve morocotas en los montones de basura? Es un poeta... ¡Bah!...

Los amigos, a quienes Dios confió la delicada misión de enredar la madeja, le traían a Antonio el eco de la animadversión de Periquito, y le excitaban a tomar ruidosa venganza.

—No —les decía Antonio—. Yo no quiero pegarle. Algún día lo alquilaré.

Y como en este mundo sucede siempre lo que debe suceder, aunque algunas veces es tan tarde que no vale la pena para el favorecido, aconteció lo que se realiza todos los días: que la situación varió, y los negocios de Periquito quedaron del lado abajo, tan aplastados, que nada sacó de la quiebra.

Al cabo de algunos meses, ya la escobilla no devolvía al flus sus marchitos colores, y Periquito iba vestido de esperanza, por lo verde de la indumentaria.

Entonces Antonio, no sé si compadecido o malicioso, le ofreció una colocación en su tienda, y Periquito quedó colocado.

—Ya lo alquilé —me decía después a media voz Antonio—. Y le he tapado la boca con un pedazo de plátano. Ya no me cree loco.

BUSCANDO UN PRÓCER¹

Fermín Avendaño era un hombre feliz. Es decir, su dicha no era completa. Tenía buena presencia y gustaba, generalmente, a las muchachas; las peripecias de la política le habían proporcionado un empleo bien remunerado en Hacienda; y ya había logrado que lo admitieran de socio en el *Club del Comercio* y en la *Fe en el Porvenir*. Pero el infeliz Avendaño era plebeyo de cepa y, en sus ansias de engrandecimiento, no se contentaba con las ramas. Quería raíces de alta prosapia, y como en África no hay condes ni duques ni los andaluces que poblaron a Puerto Plata eran de sangre real, sino desechos del presidio, desistió de buscar sus ascendientes en el almanaque de Gothá y se dio a buscar en los anales patrios algún abuelo que fuera Prócer, aunque de proceridad cimarrona.

Su padre se había llamado mientras vivió, Chucho Avendaño. Escribió Fermín al interior preguntando a los veteranos de la independencia si en los ejércitos de la naciente República había militado algún Avendaño, y recibió varias contestaciones descorazonantes. Unos decían que no, otros que José, o Francisco, o Pedro Avendaño. Pero por parte alguna aparecía Chucho.

—¡Malditos viejos! —decía Fermín—. ¡Miren que morir como unos granujas, cuando pudieron hacerse matar heroicamente por un haitiano o por un español!...

Sin embargo, no desmayaba. Con la cabezudez de un hijo de Aragón proseguía sus averiguaciones, hasta que un General anciano

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año II, número 57, del 31 de julio de 1904.

del Cupei, le informó de que Chucho Avendaño había servido en el ejército restaurador cuando éste sitió a Puerto Plata.

—Al fin... —se dijo Avendaño—. ¡Al fin apareció el prócer!...

Y escribió a cuantos Generales y oficiales sobrevivían del glorioso ejército, para que, con sus datos, le ayudaran a reconstruir la hoja de servicios de Chucho Avendaño.

La alegría de Fermín no tenía límites. Quería, en todos los tonos, hacer ostentación de esa nobleza encontrada en su estirpe; golpear con ella la faz del pueblo y hacer ver que, si en su abolengo no había *condeses* ni *duqueses*, había próceres, patriotas eminentes que fundaron esta República de la que todos disfrutamos... cuando estamos por arriba.

Después de darle muchas vueltas en el entendimiento resolvió organizar un gran baile, con mucho champagne y pudín, durante el cual se olvidarían las cartas en que se proclamaba la gloria del Prócer; y al día siguiente se celebrarían solemnes honras fúnebres, en alivio de su alma.

Llegó el gran día en que se recibieron las primeras cartas referentes al Prócer, y Fermín las guardó cerradas, para abrirlas durante el brindis de medianoche en el baile.

Todos los convidados, con la copa del rubio vino en la mano, brindaban por el Prócer, cuando la lindísima señorita comisionada rasgó el sobre de la primera carta, de entre varias colocadas en una bandeja, y leyó así:

—«Conocía a Chucho Avendaño en los primeros meses de la guerra de Restauración. Era el *cocinero* del General Pepillo, y le sirvió varias veces de posta para la correspondencia con los españoles que fue causa del fusilamiento de ese caudillo.»

Fermín palideció al oír esas frases. Esperaba ser proclamado hijo de un prócer, y resultaba serlo de un cocinero rural, traidor a la patria.

—¡Eso es mentira! —gritó—. Pero aunque fuera cierto, yo protesto que, en su lugar, hubiera servido lealmente a la patria.

Todos reconocieron la nobleza de Fermín, y los varones le abrazaron, mientras las hembras le dirigían finos cumplimientos.

LA HORA DEL ARRIERO¹

Al pie de la subida de San Marcos vivía, allá por la década del 70, la familia de Juan González, rodeada de las comodidades que le permitía su condición de campesino rico.

Tenía una hija, Teresa, que era el encanto del hogar. Desde que alcanzó los diez años la enviaron a la ciudad, a casa de su madrina, a fin de que recibiera buena educación y se convirtiera en una señora digna de frecuentar los salones y lucir en ellos como una rosa entre las demás flores.

La chica era inteligente, y a los quince años parecía un ángel, física y moralmente. Los poetas cantaban sus ojos de azabache, su ondulante cabellera, su boca nido de amor, y se extasiaban ante la majestuosa esbeltez de su cuerpo de griega estatuaria.

Como adornos intelectuales descollaba en música, en pintura, en bordados y en toda esa múltiple habilidad que tanto embellece a las mujeres bien educadas.

Todas sus apariciones eran triunfos. En los bailes, en las veladas, en las reuniones, hasta en la iglesia la joven se veía siempre rodeada de una corte de admiradores.

Pero Teresa parecía no tener corazón. Nadie podía alabarse del más leve favor amoroso concedido por ella. Amistad, una poca. Así, un tomín, para no resultar intratable. Fuera de eso, como el mármol, insensible.

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año II, número 59, del 14 de agosto de 1904.

Despreció los mejores partidos. Los ricos, los inteligentes, los valerosos, todos fueron rechazados. Quería vivir libre, señora de sí misma, recorriendo sin trabas los bosques de San Marcos, bañándose en el poético río, como una de sus ninfas, sin que nadie lo impidiera.

Pasaron algunos años y Teresa regresó a San Marcos, a vivir con su familia, que no cabía en sí de orgullo por tan frondoso retoño.

Algún tiempo después empezaron a circular en la ciudad rumores desfavorables para la joven. Se acentuaron tanto que la madrina de Teresa, indignada contra la murmuración, se trasladó un día a San Marcos, a fin de desmentir, a su regreso, con lo que allá viera, la maligna propaganda.

Encontró a su conpadre Juan todo lloroso, agobiado con la pesadumbre tremenda de su deshonra. ¡Ay! ¡Todo era verdad! La víspera había dado a luz Teresa, sin que se supiese el nombre de su cómplice, pues no había querido declararlo.

En la casa había un rancho donde se hospedaban todos los trajinantes; pero eso no arrojaba luz alguna, porque por allí no pasaban y se paraban más que los arrieros que iban y venían de Santiago con sus cargas.

—Entre usted y háblele —terminó Juan—. Quizás a usted, comadre, se lo confiese todo.

La madrina penetró al aposento y habló, enternecida, con Teresa. La interrogó cariñosamente, y ésta, conmovida, se lo refirió todo. Sí, había sido un arriero de los que trajinaban por ese camino.

—¿Cómo? —replicó asombrada la madrina—. ¿Tú que despreciaste a los jóvenes más notables del pueblo?...

—Ay, madrina, —contestó Teresa—. Es que ellos no llegaron a la hora del arriero.

ARTURO¹

Arturo era huérfano. Lo habían criado unos parientes que por caridad lo recogieron; y creció encogido y tímido como los que no pueden decir «mi casa», «mis padres».

Hay niñeces sombrías. —«¿Quién es tu mamá?» —«Yo nací sin madre». —Pobre chico el que responde así. Se prematura su entendimiento. Luego vienen las comparaciones, seguidas de timidez y desconfianza. No le celebran las gracias, no tiene brazos amorosos en que refugiarse. Para él no hay centavos, no hay juguetes, no hay bonitos trajes, y para los demás sí hay. Así fue viviendo Arturo desde sus primeros años. Le acompañaban el desprecio o la compasión pasajera. ¿Qué más podía pedir?... ¿Acaso alguno tenía obligaciones con él? Y cuando los otros chiquillos cogían el sol retozando y alborotando, él se estaba callado en un rincón, queriendo explicarse esas misteriosas diferencias. ¿Por qué él no tenía papalotes ni bolas para jugar con los demás? ¿Por qué no le besaban? ¿Por qué le llamaban malcriado, ásperamente, en lugar de acariciarle, cuando reía o brincaba o corría, si no estaba triste?

Cuando tuvo los siete años compraron la casa vecina los Moreno.

Tenían dos hijos, Jorge y Rosalinda; el varón le llevaba un año a Arturo; la niña tenía uno menos que él. ¡Tamaño sucesos! ¡Chiquillos

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año II, número 63, del 11 de septiembre de 1904.

al frente! Quería aproximárseles; pero no se atrevía: ellos tenían de todo, y les daban un medio los domingos. ¿Si lo recibirían bien? ¡Ea! me atrevo, se dijo, y se acercó a los dos pichoncitos. Fue a propósito de una bola que habían perdido, y que Arturo encontró; magnífico pretexto: intimaron. Desde entonces reconcentró en ellos todo su cariño el pobre huerfanito. En aquella casa le cobraron afecto; le llamaban cuando sus parientes no le tenían ocupado, y creció con los Moreno esa hermandad de la infancia, siempre juntos, arañándose y reconciliándose en seguida, más apegados que antes.

A los quince años, cuando le azuleaba el bozo los labios, aunque no era lindo tenía la belleza del hombre; era grave, fuerte y bueno. La armonía varonil de sus facciones trigueñas le hacía simpático, y el timbre de voz, que comenzaba a vigorizarse, tenía un algo que agradaba. Deseoso de probar que no era nulo, había repasado ya todos los libros del pueblo y estaba medianamente instruido. Desde el año anterior el cariño que le tenía a Rosalinda se transformaba poco a poco; desatábase de un lado para anudarse reciamente por otro. Las expansiones fraternales fueron cediendo: hubo días en que casi no se hablaron, respetuosos, cortos como personas extrañas; avergonzábanse de que se les encontrara juntos; si estaban solos se ruborizaban, y al separarse no se hallaban bien. Por fin comenzó el peor de los síntomas: se hablaban en voz baja. Ése era el puente: quedó la fraternidad al otro lado y se juraron amor eterno. ¡Qué de cambios entre la aurora viril y la infancia que se acaba! ¿Quién rasga el velo de la inocencia y le muestra los secretos del mundo? El alma despierta generando pasiones, inventa su lenguaje y descubre su camino. En esa transición la vida es casi instinto.

Rosalinda se hermoseaba que era una bendición. Crecía como espuma, dejando sus gasas de niña por las formas de la virgen. A los trece estaba delgaducha y pálida: no se sabía lo que iba a ser. Pero después, se formó rápidamente, alegre ya desde que se entendió con Arturo. Se le redondeó el cuerpo espigadito y proporcionado, y la cara se puso en relación con los ojazos negros y la nariz perfilada, y los labios rosaditos que manaban miel y aroma, al decir de Arturo. Él se extasiaba mirándola tan graciosa, con su traje blanco y la cascada de pelo negro derramándosele como chorros sobre el pecho y las espaldas, siguiendo su movilidad de azogue, mientras charlaba como una cotorrita.

La familia no se apercibía, o miraba con buenos ojos esos amores, aroma de dos corazones vírgenes y soñadores. Pero aquéllos eran días fatales, se peleaba con los haitianos y las madres no tenían hijos, ni maridos las esposas, ni novios las muchachas, ni padres los pequeñuelos: todo lo devoraba el monstruo de la guerra. Consumida una remesa de combatientes, pedía otras, y los sacaban del hogar tibio y cariñoso, les ponían un arma en las manos, y adelante: a morir o a matar. No había edad para el servicio. Se escuchaban a menudo vocecitas tiernas salir de entre las filas veteranas, y acabada una pelea no era raro que resultara un pugilato entre dos héroes infantiles, tiznados de humo, que se batían por un trompo.

Se recibió parte de una derrota: más gente; a la carrera; y allá van mocitos. Reclutaron a Jorge, y Arturo pensó que no debía ir solo. Puesto que eran como hermanos, que corrieran la misma suerte. Se alistó de voluntario y le dieron una carabina. Debían buscar sus provisiones y estar listos a marchar al día siguiente.

En el salón todo era llantos y caras tristes, empalidecidas con la amargura del dolor. Esparcía el crepúsculo vespertino sus penumbras enlutando los objetos; los muebles oscuros se confundían con las sombrías paredes, y el gran retrato del abuelo, de ojos dulces y melancólicos, parecía mirar con desesperación la triste despedida. La madre los estrechaba en un solo abrazo; el padre les aconsejaba honra y valor en el ejército; y Rosalinda no sabía qué decirles, ahogada por los sollozos. Cuando Arturo le daba el último adiós ella le puso en la mano, a hurtadillas, una carta, desborde de pasión, en que le prometía fidelidad eterna.

Se incorporaron a las filas y momentos después, al toque marcial de pitos y tambores marchaba la columna vitoreando el pabellón tricolor que ondeaba sobre los entusiastas voluntarios, seguros de vencer luchando por la bandera de la República. El pueblo en masa contemplaba el desfile de sus hijos. De las aceras, ocupadas por la compacta multitud, los bendecían, y en todas las ventanas agitaban pañuelos húmedos de lágrimas. Al pasar por donde las Moreno, Arturo pudo aún ver a Rosalinda que le saludaba con la diestra, y todavía al bajar a la *Guinea*, volvió el rostro y divisó una manecita blanca que le decía adiós.

A los seis meses Arturo era sargento. Se había distinguido en las escaramuzas y en las batallas, y así le fue posible ascender a pesar de su excesiva juventud. El valor es de los enamorados. Porque Rosalinda viera su nombre seguido de elogios en una orden del día no hubiera vacilado en afrontar los mayores peligros. Y luego tenía una fe crédula en el amuleto que se había hecho con las cartas de su amada. Llevábalas colgadas en el pecho en un escapulario, junto con las flores que ella le había regalado, y parecía imposible que resguardado de ese modo una bala lo matara.

Mientras la lumbre del sol prestaba animación al campamento distraíase algo con la vida sembrada de agitaciones que endurece a los militares; pero cuando caía la noche con su silencio y sus tinieblas, acostado sobre la yerba con el fusil por cabecera, sólo pensaba en Rosalinda. La existencia pasada, sus dolores de que era ella único consuelo, su amor, sus esperanzas... Le parecía verla como el ángel de su guarda, hermosa y pura, consagrada a velar por él, haciéndolo feliz.

En eso enfermó Jorge. Los haitianos habían retrocedido a las fronteras, y como la convalecencia de su amigo había de ser un poco larga, obtuvieron licencia para regresar a Puerto Plata.

Llegaron el martes de carnaval, y encontraron la población entregada a las bullangueras fiestas de esa alegre locura de tres días. Contentos por las últimas victorias aquéllos a quienes no costaba un deudo, bullían por las calles, enmascarados unos, pintados otros, aturdiendo con la algazara y las risas; las comparsas bailando al son de guitarras y tiples acompañadas con güiros y tamboras, mientras ensordecía la grito de los chicuelos llamando a los disfrazados de toro. Al atravesar los dos amigos la *Guardia del río*, se acostaba el sol detrás de la *Loma de las Bestias* con resplandor rojizo como de lámpara que consume la postrer gota de aceite.

—¿Qué estarán haciendo ahora en casa? —preguntó Jorge a Arturo.

—Me atrevería a adivinarlo —contestó el joven, pensando en que Rosalinda le había escrito que todas las tardes antes de rezar la oración releía sus cartas.

—¿Conque te atreves?... Apuesto a que no atinas.

—Hecho. Voy mi caballo contra tu fusil a que los viejos están ahora a la ventana mirando las máscaras, y Rosalinda encerrada en su aposento.

—Apostado. Pero... se me ocurre una cosa... vamos a sorprenderlos.

—¿Cómo?

—Sencillamente. Aquí cerca vive nuestro amigo Alfonso. Conseguiremos en su casa dos caretas y dos faldas...

—Magnífico. Al momento.

A poco rato salían Arturo y Jorge de la casa de su amigo, cubiertos con un disfraz que improvisaron las hermanas de Alfonso. A Arturo no le había servido ningún traje completo y llevaba una falda sobre su uniforme, mitad sargento, mitad mujer con la peregrina vestimenta, que le hacía parecer un poco más alto.

Al doblar la esquina de la cuadra donde vivía Rosalinda, divisaron un hombre parado a la ventana. Conversaba con alguien que le atendía desde adentro. Arturo creyó que sería algún amigo de los viejos que les daba un rato de conversación.

—¿Lo ves?... —dijo a su amigo—. He ganado.

Y echó a correr dejándolo atrás.

—Veremos —le contestó Jorge.

Cuando Arturo llegó a la ventana palideció bajo su careta, y los puños se le crisparon hasta herirle las uñas la palma de las manos. Acababa de oír a Rosalinda decirle a su interlocutor.

—Sí, ¿quieres que te lo repita? Sí te amo.

Le alcanzó Jorge y muy alegremente gritó en tono de falsete.

—¡Gané o no!...

—Has ganado... ¡Sí... has ganado!...

Y luego por arrebató nervioso, se arrancó los galones de sargento, y los tiró contra el suelo. Pero casi al instante los recogió diciendo:

—¡No, es lo único que me queda!

Rosalinda y su nuevo amante se rieron mucho de la extraña figura y las raras acciones de Arturo, y por fin ella le preguntó:

—Y tú, mascarita; ¿qué papel representas?

—¡Yo...yo, el de calabaceado!...

—¿Calabaceado?... Pues lo siento mucho. Te doy el pésame. Te metiste a militar...

Y Rosalinda, radiante de alegría, hermosa como siempre, volvió a reírse a carcajadas, enseñando unos dienteitos blanquísimos orlados con sus labios de carmín. El otro se rió también.

Jorge había entrado alborotando la casa en busca de sus padres, y Rosalinda, al oír las exclamaciones de éstos, que lo habían reconocido, corrió a abrazarle, y le preguntó sobresaltada:

—¿Quién venía contigo?

—¿Quién ha de ser? Arturo.

Se le enrojecieron las mejillas y se quedó turbada; pero recobró la tranquilidad cuando se asomaron a llamar a Arturo, y ni sombra de él vieron en toda la calle.

EFFECTOS PSICOLÓGICOS¹

Hubo un tiempo, allá por la década del 70, que se vivía en Puerto Plata con el credo en la boca.

Había una considerable colección de guapos, fruto natural de las turbulencias belicosas de la época, y cada uno de ellos pugnaba por sobrepajar a los otros en hazañas de valor y aun de crueldad.

Mientras por el Sur de la isla florecían Baúl, Solito y Llinito, en Puerto Plata Cabosa y varios más hacían filigranas de valor y eran terror de la gente que, a pesar del miedo, se había conservado pacífica.

Como sucede siempre, a las aventuras arrestadas se unían las aventuras galantes y las diversiones más desenfrenadas. La gente dispuesta a morir está ansiosa de placeres y de esparcimientos. Quiere disfrutar a copa llena los placeres de su corta vida.

Una noche estaban reunidos en una casa de la *Guinea* varios candidatos a guapos, gente moza, de valor completo; pero aún sin nombradía: aficionados; mas no profesionales del valor.

Se organizó un bailecito, concurrieron algunas damas de poca historia todavía; y a eso de las doce de la noche Toribio dijo:

—Señores: ya hemos ocupado bastante la lengua. Vamos a darle trabajo también a las quijadas. Propongo un locrio, o un sancocho.

—¡Bravo! ¡Aprobado! —vocearon los demás caballeros, mientras las damas aplaudían.

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año II, número 64, del 18 de septiembre de 1904.

Uno ofreció plátanos, otro arroz, otro los avíos y Toribio se comprometió a traer las gallinas.

Cada uno salió a buscar su contribución, y Toribio, acompañado de Tomás, fue a *Cuba Libre*, a conseguir las gallinas.

Pero gallinas compradas, entre aquella gente del bronce, eran una abominación insípida. Ocurrencia exclusiva de *filorios patas blancas*. Era preciso robarlas.

Toribio le puso la proa al patio de un puertorriqueño llamado don Pepito, quien tenía en el gallinero unas pelonas gordísimas.

Saltaron los dos guapetones la cerca, metiéronse en el gallinero y, sea que hicieran ruido al entrar, sea que al meterles el pescuezo debajo del ala a las gallinas éstas produjeron algún sonido, ello es que la mujer del puertorriqueño, que estaba desvelada, sacudió a su marido, diciéndole:

—¡Pepito, levántate, que se roban las gallinas!

El hombre se puso en pie inmediatamente, cogió de un rincón su trabuco naranjero, agarró la vela y la caja de fósforo, y se dirigió a la puerta del patio.

Abrióla, rayó un fosforo, encendió la luz que dibujó su figura flaca y larga de Don Quijote, y con la mano derecha preparó el trabuco.

El compañero de Toribio se puso lívido del susto ante la aparición del dueño de la casa; pero no perdió la serenidad y, comprendiendo lo peligroso que era huir ante la boca del trabuco, le dijo a Toribio, que aún estaba dentro del gallinero:

—Cabosa, déjate de eso. ¡Suelta la gallina y vámonos!

El efecto fue instantáneo. La luz se apagó inmediatamente y se oyó el golpe de la aldaba cerrando otra vez la puerta del patio.

Cuando don Pepito se acercó al lecho en que reposaba su mujer, ésta le preguntó:

—¿Eran ladrones?

—¡Qué va! —respondió él, en voz baja—. ¡Lo registré todo, y creo que ni gallinas hay!

Media hora después hervían, en la cocina de la *Guinea*, las gordas pelonas de don Pepito, y el aquelarre de guapetones celebraba con ruidosas risas la ocurrencia del compañero de Toribio y la *flojera*, decían ellos, del prudente puertorriqueño.

UN BAUTISMO CAMPESINO¹

Poco antes de la anexión a España, entre los comerciantes alemanes establecidos en Puerto Plata se encontraba Mister Stoessel, hombre bueno y bebedor excelente, como todos sus colegas de entonces. Estaba establecido en la calle del Comercio y tenía sucursales rurales desde Sosúa hasta Tiburcio.

En el mes de febrero de 1859 señor José, vecino de la sucursal de Sosúa, tenía que bautizar un hijo, y convidó a la fiesta a Mister Stoessel.

El Musié, quien vio en el convite ocasión de echar un vistazo a la tienda de Sosúa, y de correr un trueno en regla, aceptó la invitación y, proveyéndose de algunas cargas de cerveza y brandy, y de fuegos artificiales, emprendió viaje un sábado en la tarde.

Al llegar a la boca de Cangrejo, por poco se ahoga el alemán, porque como ya estaba *half and a half*, como dicen los puertoplateños, se empeñó en pasar el río a caballo, y no siendo el penco muy nadador estuvo en un tris de irse a fondo con el jinete.

Por fin llegaron a Sosúa sin grandes deterioros y Mister Stoessel apenas les hizo caso a los sólidos de la mesa, porque se encontró con un *menú* algo extraño.

En cuanto se desmontó, señor José le gritó a su mujer:

—¡Pancha! ¡Trae unos *sangüiches* para que Musié Estose vaya haciendo boca!

Y apareció la señora con un plato lleno de pedazos de casabe intercalados con chicharrones gordos.

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año II, número 65, del 25 de septiembre de 1904.

—¡Oh, qué raro! —dijo el alemán al ver la combinación.

—Sí —dijo señor José—. Aquí todo es criollo. Nada de jamones ni salchichones, ni pan de trigo. *Sangüiches* del país, amigo.

Mr. Stoessel, que no era muy poderoso de dentadura, rechazó los *sanwiches* y le fajó a la cerveza con furia teutónica. Su amigo señor José, que era políglota o cosmopolita en cuestiones líquidas, le ayudó tan concienzudamente en la tarea, que ya al oscurecer estaban en el francés: tomando brandy.

—Ah —dijo Stoessel así que estuvo oscuro—. Mande traer la carga de fuegos artificiales, señor José, para que los quememos.

Trajéronlos, y el alemán cogió algunas candelas romanas y las fue encendiendo en la puerta del camino. La enramada donde se celebraba el fandango estaba del lado del patio, y en redor de ella se encontraban todas las viejas que cuidaban a sus hijas bailadoras.

Cuando empezaron a cruzar el aire los ígneos disparos cromáticos, las viejas, creyendo que eran exhalaciones celestes, portadoras de ánimas del purgatorio, empezaron a darse golpes de pecho y a murmurar dengosamente:

—Dios mío, llévalas a buen lugar; llévalas a descansar...

Las más impresionadas pedían a la cantinera:

—Prepárame un refresco.

—¿De qué lo quiere? —contestaba ella— ¿De melado, o de miel de abejas?

Entre los espectadores, a la entrada del rancho, se oían diálogos como éste:

—Compai, esta fecha no se me olvidará en jamás de los jamases.

—¿Y por qué compai?

—¡Porque en día como hoy murió mi padre, y me di una hartura que ni el demonio!

—Barajo, ¿y tanto se le abrió el apetito?

—Como abrírseme no, que yo lo tenía de par en par. Fue que en el velorio había puerco asado y yo me robé una pierna. Ay, compai, me lo tapé.

—¿El qué, compai?

—El apetito, porque comí tanto que después estuve malo de la barriga quince días. ¡Qué desgracia! Sólo hay un padre en la vida...

El baile duraba desde tres días atrás, de manera que ya los convidados estaban desfallecidos, y a la medianoche se habían retirado a dormir.

En la salita de la casa quedaban Mister Stoessel y señor José, con una botella de brandy y dos jarros sobre la mesa que les quedaba en medio. Ya tenían la lengua estropajosa y la cara del alemán estaba roja como una pitahaya madura, mientras que a señor José se le entrecerraban los ojos y se le estiraban los labios hacia las comisuras, con una sonrisa triste y estúpida, invariable como si estuviera estereotipada.

Un pensamiento bueno acudió a la mente de ambos interlocutores que dialogaban con el idiotismo de dos ebrios perfectos.

—Vámonos a acostar —dijo Stoessel.

—Sí, vamos, que ya asoma el lucero de la mañana —replicó señor José.

Los dos se pusieron en pie, cada uno se dirigió a su respectivo aposento, y como cinco minutos después se oía roncar desapareciblemente.

De pronto cesaron los ronquidos, y un minuto más tarde se oyó en la salita la voz de señor José que decía:

—¿Quién está ahí? Responda o lo hiendo.

—¡Ah! —replicó otra voz que era la de Stoessel—. ¿Es usted, señor José?...

Rayaron un fósforo, encendieron el mechón, y podía verse a los dos, en camisa, cada uno con su jarro de brandy en la diestra, mientras se abrazaban con la siniestra.

Había sucedido que sólo quedaba ya una botella cuando los dos se retiraron a descansar, y como cada uno tenía ganas de rematarla solo, fingieron que roncaban, para engañarse mutuamente.

Cuando creyó el uno que el otro estaba bien dormido, se levantaron los dos, y a gatas se acercaron a la mesa. El uno agarró la botella por el fondo, mientras el otro la empuñaba por el pescuezo. Halaron ambos y, al notar la resistencia que ofrecía la botella, comprendió cada uno que otro la agarraba.

Entonces continuó la fraternidad alcohólica, la hermandad entre el teutón y el hispano-etíope y no se levantaron de la mesa hasta que sintieron que las mujeres se preparaban a colar el café, y vieron que los primeros claros del día, como un ojo enorme, luminoso, rompían la oscuridad del bosque por Oriente y apagaban las fulgurantes constelaciones que tachonaban el cielo.

Entonces ambos amigos, olvidados de la tierra, pisando el reguero de brillantes de rocío que alfombraba la yerba del campo, bajaron, tambaleándose, el repecho y despojándose de sus últimas

ropas se lanzaron a uno de los charcos del Sosúa, a recibir sobre las hirvientes cabezas el chorro de agua fresca y cristalina que caía del salto, a tres pies de altura de la superficie del remanso.

Todo cantaba: la luz con sus mágicas armonías cromáticas; el bosque por los mil picos de sus aves canoras; el río con el retozo de sus aguas murmurantes; y los dos amigos, impuestos por la belleza de aquel ambiente de sin igual poesía cantaron también. El uno, una décima amorosa campestremente bella; el otro, un *lieder* de Heine lleno de ironía punzante y alegre a la vez, como un ají dulce con el aroma del picante.

NOSTALGIA¹

A don Tulio M. Cestero

Lidia tenía la frescura de la flor recién cogida. Su piel traslúcida y rosada, era una belleza independiente de las hermosuras del talle y de la cara. Un trasunto de virginidad sana y frondosa se desprendía de ese cutis terso, de morbidez clásica y tierno colorido, con matices que ningún artista encuentra en su paleta. Aquella mujer resumía las maravillas del cincel y los pinceles. Estatua y a la vez cuadro de inimitables luces, no se sabía qué encerrara voluptuosidad más casta: si las admirables curvas de su busto, o el tono suave de sus carnes.

Alberto sentía el doble orgullo de poseer por completo aquella mujer maravillosa, y haberla regenerado, levantándola del vicio, arrancándola a aquella abyección en que había caído, no como ángel rebelde, sino como ángel extraviado. Al cálido efluvio del amor, despertó en ella la castidad dormida y volvió a ser honesta de repente. Cerró en un solo día el paréntesis de sus locuras, de sus alborotados devaneos. Él se sentía satisfecho de esa regeneración, obra suya, consagrada por el matrimonio, y ella, al amor unía la gratitud por el hombre que la había salvado.

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año II, número 66, del 2 de octubre de 1904.

Hacia años que la dicha se aposentaba en aquel hogar. No había ni reminiscencias del pasado. De pronto Alberto comenzó a sentir sospechas. Los celos le mordían el alma, con la pertinacia de esa pasión absorbente, que ni a la hora del sueño abandona a sus víctimas. No se ensaña en los organismos vigorosos, que conquistan u olvidan aceleradamente, y cuando invade a los débiles, donde no halla resistencia, se posesiona de ellos por completo, exaltando esos pobres nervios, atesándolos, como cuerda delgada, hasta quebrarlos.

Ningún hecho alimentaba la suspicacia de Alberto. Era que adivinaba en su esposa una inexplicable transformación. Estaba como siempre, hermosa y tranquila; pero toda ella emanaba vahos de voluptuosidad, como si la mujer creciese en su ser, alcanzando proporciones dominadoras, haciéndose más tentadora que nunca en aquella crisis de hermosura, que acrecía la Venus a costa de la Psiquis.

Un día, más arisco que nunca, condensando sus sospechas en uno de sus conocidos, el pintor Urrutia, cuya asiduidad en rondar por su casa le quemaba la sangre, estuvo a punto de desahogarse, de tener alguna expansión con uno de sus íntimos.

—Arturo —le dijo— la mujer que engaña al marido ¿qué pena merece?

—¿Y a qué viene esa pregunta?

—A nada... Pero dame tu opinión. Yo no tengo ideas formadas sobre ese punto.

—Pues yo —le respondió Arturo, después de breve pausa— la mataría.

—¿Y qué harías del amante?

—Le mataría también.

—Sí, es el único remedio —replicó con exaltación Alberto, como hablando consigo mismo.

En seguida se contuvo y varió hábilmente de conversación. A poco se despedía de Arturo, pero éste le detuvo un momento, preguntándole:

—Hombre, ¿sabes que pienso decorar esta sala con pinturas al óleo? ¿Qué tal es Urrutia?

Se le encendió a Alberto la mirada con cólera feroz, y respondió:

—¡Qué! ¿ese mamarrachista? ¿Piensas ocupar a ese embadurnador de brocha gorda? Pues te va a echar a perder la casa. ¡Es un bruto!

Y salió enseguida oyendo apenas que su amigo le replicaba:

—Pues entonces buscaré otro.

Alberto se dirigió a su oficina; pero al llegar se devolvió, porque había dejado olvidada la llave. Era tan distraído desde hacía algún tiempo...

Al entrar al zaguán de su casa oyó el murmullo de una conversación animada, que sostenían en la sala. La presencia de los celos le indicó que se trataba de algo gravísimo. Avanzó en puntillas hasta el marco de la puerta, y con esa alegría salvaje de los que ven próxima la tragedia de su amor y con delicia apuran lo más venenoso de los celos, escuchó.

—No es cierto —decía Lidia—. Créeme, Arturo: son cosas de él, que está muy caviloso. Yo no he cruzado palabra con ese pintor: sólo le conozco de vista.

—¡Eres una infame y me estás engañando! Tu mismo marido acaba de quitarme la venda. En su ira me dijo más de lo que pasa entre tú y Urrutia que si hubiera hablado claramente...

—¡Canallas! —gritó Alberto, entrando de un salto, como un tigre, revólver en mano, con los ojos inyectados de sangre, épico en la furia de su imponderable cólera—. ¡Malvados!

Arturo giró la vista buscando una salida, y no encontrándola, se resignó pálido, avergonzado, a expiar su falta. Ella, presa de angustia, con intensa expresión de súplica en el semblante, cayó de rodillas, y juntando las manos las alzó lentamente, implorando perdón sin articular una palabra.

Esa actitud modificó la ira del esposo. Si no la hubiera visto así la catástrofe se consuma inmediatamente; pero toda su vida pasada surgió de golpe a su memoria; parte de la cólera se cambió en dolor punzante, amargo, por esa traición inaudita y, sin pensarlo, antes de castigar, la reconvención le vino a los labios.

—Dime, —le preguntó con voz vibrante— ¿por qué has hecho eso? ¿Qué te faltaba? ¿Cómo has podido fingirme un amor que no sientes?

Y ella, húmeda en llanto, hermosa y desesperada como una Magdalena, siempre de rodillas, ingenua, sincera, con voz entrecortada, le dijo:

—¡Perdón, perdón! Yo te amo siempre. Mátame, pero perdóname. Es que esos hombres han sabido aprovechar mi nostalgia del pasado... Luché por seguir honesta, pero llegaron a la hora fatal de los malos recuerdos...



MORALIDAD SOCIAL¹

(De las memorias de un empleado público)

A don Manuel F. Cestero y Sardá

Entré a casa con la dignidad de la dicha orgullosa.

Todas mis aspiraciones quedaban satisfechas. No tan sólo tendría dinero, mucho dinero ganado honrosamente, para todas mis necesidades, sino que ese dinero era una prueba de la confianza que inspiraba a la patria mi honradez nunca desmentida. Acababan de nombrarme Interventor de Aduana, sin que yo hiciera, por obtener ese empleo, más diligencia que aceptarlo.

Nada dije a mi familia. Quería un poco de comedia, sana y poética; esperar hasta el día siguiente para que cuando mi mujer me preguntara, con su dulce voz de contralto:

—¿Dónde vas tan temprano?

Responderle yo en tono de bajo profundo.

—¡A la ofiiiiiina! ¡A la Aduaaanaaa!

Y ahí las explicaciones, y la cara de Pascua Florida que pondría ella, y sus risas y sus lágrimas de purísima alegría, mientras el entendimiento dividíasele entre mí y el ejército de necesidades urgentes que había que satisfacer para ella y todos los de la casa.

Pero el elemento oficial me lo echó a perder todo.

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año II, número 67, del 9 de octubre de 1904.

De pronto empezaron a entrar en casa todos los amigos, todos los conocidos, todos los comerciantes, todos los aspirantes, todos los pobretes, todos los pedigüeños, haciéndome madrigales al revés; la felicitación delante y en las ancas el *fajazo*.

Mi mujer, acechando tras la celosía del aposento, se enteró, y en un paréntesis de visitas salíome al encuentro, entre alegre y enfadada:

—¡Hola! —me dijo—. ¿Conque eso te tenías guardado?

—Es que no estaba seguro —contesté por disculparme.

—¿No estabas seguro? De lo que no estás seguro es de tu programa. De cierto que estás pensando en continuar con la tontería de siempre: honradez, honradez, y quedar como un pícaro, sin poder pagarles a los acreedores, mientras los ladrones de marca son apreciados por la sociedad, porque le roban a uno solo y a todos los demás les pagan religiosamente.

—¡Ay, Julieta de mi vida! —le respondí—. No me acibares la dicha. Mi deber...

—¡Sí, a eso te condenas y nos condenas toda la vida: a deber y no pagar sino con lo que nos quitamos de la boca!

Mi madre, mi santa madre, tan honrada toda la vida, se enteró también de mi nombramiento y vino a felicitarme.

—Aprovéchate, hijo —exclamó con voz velada por el llanto—. Aprovéchate. Dios presenta muy pocas ocasiones en la vida.

—Mamá, no tema usted. El sueldo...

—¡Qué sueldo, muchacho! El sueldo es nada en comparación...

—Ah, no. Ni un centavo más ni un centavo menos.

—Hijo —replicó mi madre con dolorosa angustia—. Hijo, que vas a volver a los días sin pan y a las noches sin luz. Piensa en el porvenir, piensa en tus hijos...

Aquello me desgarraba las entrañas. La esposa era joven y tenía otra sangre en las venas. Pero mi madre, la matrona de honor vidrioso y extremado, el modelo de la ciudad, que tenía a punto de orgullo contarla entre sus vecinas, aconsejarme que me ensuciara las manos con los dineros del Estado... Al menos contaría yo con la aristocracia, con las honorabilidades de la ciudad que apoyarían mis propósitos caballerescos.

A poco rato llegó don Sisenando, el más acaudalado de los comerciantes de Puerto Plata, célebre por el desprendimiento de haber donado tres camas para un hospital donde iban a parar centenares de clientes suyos arruinados, y me dijo:

—Don Alberto, la discreción antes que todo. Es preciso parecer más bien que ser. Con mi casa usted puede hacer todo género de negocios sin temor de que el público se entere. Déme la preferencia.

—Gracias, don Sisenando; pero no sería delicado que yo me dedicara al comercio siendo Interventor. Así es que aplazo para más tarde la aceptación de su oferta.

—Pero, don Alberto, si yo no le hablo de comercio, sino de los *negocitos naturales* que usted puede hacer en la Interventoría. Yo pagaría lujosamente la exclusiva.

—Don Sisenando, yo considero los *negocitos* como los hijos. No los quiero *naturales*. Los quiero *legítimos*.

Don Sisenando abrió como una O la boca, enarcó las cejas y manifestó tanto asombro como si se encontrara ante el ave Fénix. En seguida se marchó.

Yo pensé el resto del día en la más amarga de las mortificaciones. Todos los amigos que venían a verme me pedían algo y, más o menos veladamente, me aconsejaban que robara. Pero eso era poca cosa en comparación al efecto que me causaron la opinión de mi madre y la de mi esposa, de los dos seres llamados en todo el mundo a aconsejar moralidad y honradez. Ellas también, ¡oh bochorno!, me aconsejaban que metiera manos criminales en las arcas del Estado.

*
* *

Pasaron meses. Unas veces cobraba mi sueldo, otras no alcanzaban los ingresos para ese detalle del Presupuesto, y un día cambió la política y quedé cesante.

La fila de visitantes, u otra fila de igual longitud a la del día en que fui nombrado Interventor, se situó a la puerta de mi casa. Pero los individuos de aquella tenían o ponían cara alegre, como quien oculta un cañón tras un jardín, mientras que los de ésta traían el cañón a vanguardia. Caras hoscas, caras feroces, de cobradores sin piedad, me presentaban la cuenta y si no pagaba, como sucedía, hacían un gesto feo y algunas veces soltaban una palabra descompuerta.

Y yo no tenía la culpa. Mientras creyeron que robaba me metían los efectos hasta por los ojos, me atosigaban, me perseguían para

que tomara a crédito, como si yo fuera una muchacha bonita los vendedores se ponían celosos por cualquier preferencia involuntaria que concediera a uno de ellos.

—¡Ah! usted le tomó a Tontico una docena de corbatas. A mí tiene que tomarme esta docena de camisas de crea, que son excelentes. Voy a mandarlas a casa de usted.

Y ahora no había consideración, no había piedad. Pícaro, estafador, maula decían de mí todos aquellos a quienes no había aceptado ni el diez por ciento de lo que me rogaron que llevara.

¡Sea todo por Dios!

Mi mujer, que ha tenido la amorosa delicadeza de no hacerme reconvenciones después que he palpado la inmoralidad social, a la cual provoqué y desafié con la protesta muda de mi honradez, no ha podido contenerse hoy, y me dice:

—Mira, las Fulánez, las Mengánez, las Perencejo y las Sutanejo que vivían metidas aquí, que me cargaban los muchachos y les celebraban tanto las impertinencias, no me han pagado la última visita y viven ahora metidas en casa del último Interventor. ¡Yo que llegué a creer que Conchita estaba enamorada de ti!...

Los vecinos no nos perdonan la más mínima infracción. Hasta se quejaron a la Policía de que mis chicos arrojan cáscaras de guineos a la calle.

Noté también la frialdad de todos los amigos. Gente que antes si me dolía una muela se aparecían con remedios y dentistas, que querían hasta quedarse a velar en casa por esa bobería, a penas se tocan el sombrero con la diestra para saludarme con la cara muy seria.

Y los mismos, ¡quién lo creyera! le sacuden el polvo, le dan palmaditas en el hombro y le hacen arrumacos y zalemas a don Patricio, que se ha robado cien mil pesos en la Aduana.

Eso me llamó a reflexión y un día, después que conversamos en casa sobre el estado miserable de la moralidad social no pude menos que decir a mi mujer:

—Los mismos que lamentan tener una cabeza porque con el sombrero que la cubre tienen que saludarme, sienten no tener doce cabezas para saludar con doce sombreros a don Patricio, cada vez que lo encuentran en la calle.

LA HICOTEA Y EL CABALLO¹

A los envidiosos de ayer, de hoy y de mañana.

Después que Dios arrojó del Paraíso a Adán y a Eva venía todas las tardes a sentarse al fuerte de Puerto Plata, donde están ahora las señales del Vigía. Ahí daba audiencia y oía los chismes y enredos de todos los seres vivientes.

Como era Dios, tenía más fortuna que los que vivimos en esta época: entendía el lenguaje de los animales. Una tarde que reflexionaba sobre la manera de mejorar al hombre, en el cual se le habían deslizado algunos granos del polvo con que hizo al tigre, al burro, al cerdo, al gato y otros animales, se le acercó, con paso tardo y desgarrado, una hikota.

—Buenas tardes, Padre Eterno —dijo, saludando con su cabeza angular, el animalucho.

—Así las goces —le contestó Dios—. ¿Qué se te ofrece?

—Ay, Señor. Vengo a poner una queja. Usted ha sufrido un error y le ruego que lo enmiende.

—¿Y qué error es ése? —preguntó Dios.

—Grande, Señor. Mire qué paticas me ha dado; y en cambio con qué patatas ha obsequiado al caballo. ¿Veo yo alguna yerba que me gusta y salgo del río a cogerla? Pues aunque yo la haya visto

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año II, número 68, del 16 de octubre de 1904.

primero, como tengo las patitas tan cortas el caballo con sus patas tan largas se me adelanta y se la come. Esto no puede seguir así. ¡Padre Eterno, remédíelo!

—¿Y qué quieres que haga?

—Una cosa muy sencilla, Señor.

—¿Cuál?

—¡Córtele las patas al caballo!

—¡Bandolera! —gritó el Padre Eterno lleno de indignación—. ¡Envidiosa! ¿Por qué no has pedido para ti patas como palmas de coco, en vez de rogar que se las corten al caballo? Maldita seas por una eternidad. Andarás hasta el fin del mundo arrastrándote ya que no has aspirado al crecimiento, sino a que los demás bajen a tu nivel.

Y desde entonces las hicotetas y los envidiosos sinservires han continuado arrastrándose, mientras que los caballos y los hombres de mérito van a distancia del polvo y del lodo del camino.

LA VERDAD ES INDESTRUCTIBLE¹

*A un periodista servil, de estilo
narcótico y alma cenagosa.*

Poseía España la isla de Santo Domingo cuando un Gobernador de la Colonia, cuyo largo nombre no recuerdo, imbuido de doctrinas absolutistas, resolvió, in pectore, que sólo fuera verdad lo que el poder público declarase como tal, resultando mentira indecorosa cuanto el mismo reprobese.

Entonces, como ahora, Samaná era el paraíso terrenal de la agricultura. Llovía tanto que el arroz no necesitaba de llanuras inundables, sino que prosperaba en los cerros, bastándole para su ubérrima fecundidad el agua con que las repletas nubes lo regaban. En cambio, Azua y Monte Cristy eran, como en la actualidad, regiones en que la acción del regio sol no era completada con la disolvente eficacia de las lluvias. No había ahí esperanza para la agronomía. Enterraban la simiente después de algún raro aguacero, germinaba, y el calor, cociendo la tierra como ladrillo al horno, hacía morir la planta y después la achicharraba. Era como un infierno, en el cual sólo prosperaban, diablos espinosos, los ceñudos cactus que recogían humedad de la atmósfera con qué mantener sus pencas y sus agudas espinas.

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año II, número 70, del 30 de octubre de 1904.

Un año durante el cual la sequía fue tan fuerte que evaporó hasta la última gota de agua de los ríos y no fue posible cosechar ni a la vera de los cauces, los pobladores de Azua y de Monte Cristy se reunieron, deliberaron y acordaron dirigirse al Gobernador de la Colonia pidiéndole que dictara alguna providencia que remediara el gravísimo mal que padecían.

Con la sequía era inútil recurrir a las acequias o *rigolas*, pues los ríos de que se podía derivarlas estaban secos. En pozos artesianos nadie pensaba, pues aunque desde antigüedad muy remota fueron conocidos en Asia, no había en la isla quien tuviera noción de ellos. ¿Qué hacer, pues?

El Gobernador frunció el entrecejo, sentóse ante su escritorio, reflexionó un rato y luego, dándose una palmada en la frente, brilló en sus severos labios la sonrisa, y exclamó:

—¡Por vida de Cristo! Una cosa tan sencilla y no se me había ocurrido. ¿Para qué soy autoridad sino para disponer que las cosas sean como mejor me venga en ganas? Voy a dar un decreto.

Y después del preámbulo de rigor escribió el siguiente articulado:

1º. A contar de esta fecha sólo lloverá en Samaná el martes y el viernes de cada semana, una hora en la noche de los días señalados.

2º. El resto de las aguas pluviales que acostumbran caer en ese término municipal caerá, por partes iguales, en Azua y en Monte Cristy.

3º. La agricultura de esas dos regiones será en lo adelante próspera y fecunda.

Terminó echando una rúbrica que parecía un Maelstron por lo arremolinada, y envió copias del decreto a las partes interesadas.

—Yo veré ahora, —se dijo— si esas gentes no prosperan con las medidas de mi autoridad.

Pero las nubes, como era de esperarse, ni se dieron cuenta del decreto. En Samaná el agricultor continuó con el lodo hasta las rodillas; pero regocijado con el espectáculo de sus florecientes cultivos, que daban cientos por uno, mientras en Azua y en Monte Cristy el pobre campesino, cubierto de polvo en los caminos públicos, contemplaba el triste espectáculo de los campos calcinados, de la tierra gris y polvorosa, sedienta de las lágrimas de las nubes, impotente para alimentar otros hijos que la punzante guazábara y la indigna alpargata que alzaban sus mofletudas pencas erizadas de espinas, como burlándose de la desolación general.

Volvieron los pobladores a dirigirse al Gobernador, expresándole la ineficacia de su decreto, y el mandatario les contestó:

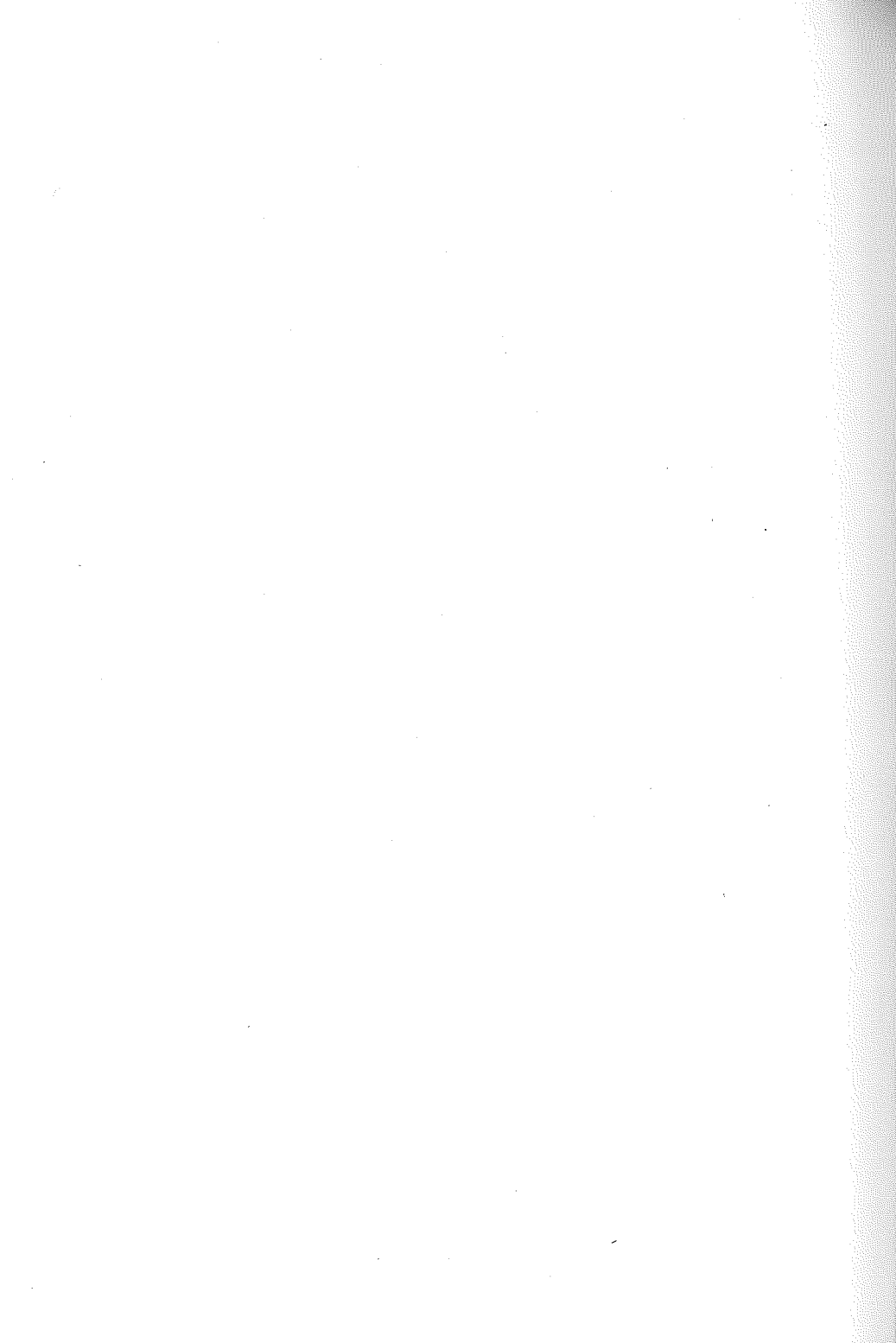
—Que se cumpla mi decreto.

A lo que los interesados respondieron:

—La verdad es indestructible.

Desde que me refirieron ese cuento, en Puerto Plata, lo recuerdo cada vez que oigo negarle méritos al que los tiene.

La inteligencia, el valor, la honradez son dones que el Ser Supremo concede a la criatura, y por más que una opinión ignorante o apasionada los niegue, ellos brillarán como diadema refulgente, en las sienes en que Dios tuvo la misericordia de colocarlos. La verdad es indestructible por más que digan los envidiosos y los mal intencionados.



ANANCAEUM¹

Al Lcdo. don Enrique Henríquez

Se estaba muriendo de tristeza. No había sufrido ningún dolor excesivo en esos días; pero el sedimento de todas las penas, de todas las aflicciones, de todos los desengaños de una juventud agitada se había ido posando en su corazón y sin saber precisamente por cuál sinsabor más amargo que los otros, la alegría huyó de él sin dejar la más leve huella de su paso.

—Cúrame —le dijo a su hada protectora, un hada de grandes alas verdes—. Cúrame o me extinguiré. ¿No ves que sufro, que mi sonrisa es pálida y descarnada, como si sonriese una calavera?

—Hijo mío —le respondió el hada— tu curación es fácil. Un solo átomo de alegría que te reste bastará a salvarte. Ven.

Y le cargó en sus brazos, al través de los campos, de los ríos, de los mares.

—¿Hacia dónde me conduces? ¿Está distante todavía? —preguntaba él, ansioso de llegar.

—No te impacientes. ¿Ves esa sombra blanca y rojiza que se descubre en lontananza? En esa ciudad se encierra tu dicha.

Llegaron al fin. El hada detuvo el vuelo en una calle solitaria y silenciosa.

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año II, número 71, del 6 de noviembre de 1904.

La luna alumbraba con claridad fantástica el semblante de una hermosísima doncella, sentada a la puerta de su habitación, callada y melancólica. Sus cabellos brillaban como madeja de hilos de oro, y con su mirar lánguido parecía un ensueño de amor en una imaginación de veinte años.

—Apodérate de su corazón —le dijo el hada, señalándosela—; en él encontrarás el remedio prometido. Desentraña el átomo de alegría que te queda. Hazla reír una vez, tan sólo una vez, y será tuya. La risa es la savia del amor.

El joven contempló a la doncella y quedó locamente enamorado. Pero estaba tan triste que ni aún en esa ocasión suprema encontró un saludo de regocijo que dirigirle.

—Ánimate —le dijo el hada—. Haz un esfuerzo y sonríe. Yo te ayudaré.

Él conjuró todas las energías de su ser desalentado y, como un susurro, le dijo al oído:

—Ámame, hermosa. Por el tesoro de tu corazón te doy la vida. Mírame. ¡Que tus ojos me enciendan con su llama y florecerá mi corazón como los rosales a la tibia caricia del sol!

Pero el esfuerzo, en vez de producirle una sonrisa, agolpó las lágrimas a sus ojos, e hizo más lóbrega la tristeza que velaba su semblante.

La doncella le miró, indiferente a ese melancólico rocío, con el cual no germina el amor, y le replicó:

—No amaré sino al que despierte la risa anestesiada en mi corazón. Ven risueño y serás mi idolatría. Yo estaré aquí hasta que venga el que deseo, el mancebo sonriente y regocijado que lleve como una aureola el reflejo del placer sobre la frente. Sacude tu tristeza y te amaré.

El joven dirigió al hada una mirada suplicante.

Pero ella le tendió los brazos.

—¡No! hay remedio. Ven —le dijo; y le llevó de nuevo, atravesando montes, ríos, mares, al lejano país de donde le había traído, incurablemente sombrío y taciturno.

DON MATEO¹

Aunque el espiritismo ha entrado en menguante, todavía ocurren casos típicos, que mantienen el honor de la bandera.

Ejemplo incontestable es don Mateo, quien frecuenta la más selecta sociedad de celebridades, desde Adán hasta las de la fecha, y por no irse al otro mundo a visitarlas las llama a éste con la mayor frescura, como si se tratase, no ya de amigos íntimos, sino de subalternos obedientes.

En días pasados se discutía al pie del Fuerte, entre varios generales estratégicos, que han mandado divisiones hasta de quince hombres de tropa cívica, sobre el paso del Mar Rojo y los errores de Faraón al lanzar su ejército sobre las traidoras arenas.

—A mí no me habría sucedido eso —decía el general Fico—. Yo habría provisto las plazas a razón de dos vejigas de toro por cabeza, y en cuanto avanzaran las aguas habría dado la orden de soplar, siguiendo la marcha como un cardumen de toninas.

—¡Qué vejigas, ni qué toninas! —interrumpió el general Candito—. ¡Lo que hubieran parecido era una comparsa de *diablos cojuelos* en San Andrés! Miren que ocurrírsele a un militar recursos tan poco marciales...

—¡Y qué habría dispuesto usted si fuera Faraón, para que venga con esas *vascuencias!* —gritó, alterado ya, el general Fico.

—¡Pues muy sencillo! ¿No se trataba de atravesar el mar? Habría reunido cinco acorazados y diez transportes, y Santas Pascuas. ¿No

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año II, número 72, del 13 de noviembre de 1904.

era un gran rey? ¡Nosotros sin ser Faraones, tuvimos la *Capotillo*, y ya tenemos barcos de humo para la guerra!

—Haya paz, caballeros —dijo don Mateo—. Mañana les resolveré el punto.

—¿A lo menos va usted a consultar muchísimos libracos?

—¿Libros? —replicó don Mateo con una sonrisita desdeñosa y guiñando los ojos maliciosamente—. ¿Libros? Buena tontería. Mañana invocaré a Faraón mismo y a Moisés. Ellos descifrarán el enigma, como me lo han descifrado ayer Jenner y Napoleón respecto al sitio de Puerto Arturo.

—A ver, ¿qué dicen ellos? —interrumpió con mucho interés el general Fico.

—Pues dicen que los japoneses son unos changuitos sin inventiva, porque ya debían haberles quitado la ciudad a los chinos blancos que la tienen.

—¿Cómo?...

—Muy sencillo. Napoleón está por los globos dirigibles. Con dos o tres que elevaran los japoneses una noche podrían dejar caer sobre la ciudad algunos quintales de dinamita, y no quedaba un ruso vivo ni una casa en pie.

—¿Y Jenner?

—Jenner es más civil y por lo tanto se horroriza de una destrucción tan completa. Cree que con un gasto de tres o cuatro mil pesos se podría tomar, *enterita*, la ciudad. La vacuna no es obligatoria en Rusia y, por lo tanto, hay muy pocos vacunados en el ejército. Vacunando a todos los soldados japoneses sitiadores se dispararían luego algunos obuses sobre la ciudad, cargados con potes de cultivo de microbios de viruelas y, naturalmente, a los veinte días se entraría, sin combate, a ese campamento de variolosos que no podrían contagiar a los japoneses inmunizados.

Don Mateo no permite que se dude de sus selectas relaciones ultraterrestres, y con la seguridad más encantadora habla de ellas a cuantos quieren oírle.

—A mí no hay quien me engañe —decía en una ocasión—. Tengo quien me avise lo más mínimo, lo más secreto que se maquine contra mí. Yo tenía una cocinera muy pérfida que me sisaba vilmente el diario. Se había confabulado con el carnicero, y mediante el diez por ciento de la compra me servía unos bisteches de pescuezo espantosos, que parecían suelas de zapatos, dándomelos por filetes de ternera. A la verdad, yo no lo notaba. Pero una noche vino mi

hermano Alejandro y me denunció toda la trama. Fíese uno de cocineras traidoras.

—¿Y dónde vive ese hermano de usted, que no le conozco todavía?

—¡En Saturno! —me contestó con el mayor aplomo.

Me quedé admirando aquella locura disciplinada, juiciosa, segura de sí como la razón misma; y notándolo don Mateo, prosiguió:

—Verdad. No me acordaba de que tú no sabes. Es Alejandro el Grande, que ha vuelto a desencarnarse algunos años ha. Somos íntimos.

Don Mateo les tiene hecha guerra sin cuartel a los médicos.

Siempre anda a caza de enfermos y, apenas alguno de sus conocidos se quebranta invoca el espíritu de Hipócrates y se aparece con la receta.

—Póngase una macarela en el vientre —le decía a un maestro de escuela.

—¿Por casualidad la traerá usted ahí, don Mateo? —le contestó.

—Sí, señor.

—Pues sancóchemela y agréguele unos plátanos verdes que son muy eficaces. ¿Es de uso interno o externo? —agregó por puro cumplimiento.

—Hombre, Galeno no me explicó el punto...

—Bueno, pues entonces lo resuelvo yo. Prefiero el interno. La medicina debe ponerse en contacto con la enfermedad. Pero active. El caso es fulminante. Soy capaz de comérmela con los ojos.

En cuanto don Mateo alcanza a ver alguna señora desmesuradamente fea, de esas expulsables por razones de estética, ya está recogiendo datos para su poli-biografía al través de las edades y de las encarnaciones, y siempre resulta ser alguna dama galante y poderosa que purga sus conquistas o sus devaneos de existencias anteriores. Según ha averiguado, *la Galipota*, con su adorable locura serena y honesta, era la mismísima La Valliere redimiéndose de su amor al *Rey Sol*; y a cada rato nos codeamos por ahí con Cleopatra, con Ninón, con Mad. de Recamier, con Lucrecia, convertidas en espantables ejemplares zoológicos.

El mismo don Mateo es espiritualmente de ilustrísima prosapia.

En días atrás el Gobernador le hizo un desaire y así que don Mateo estuvo a cinco cuadras de distancia, la indignación no le cabía en el pecho. Estaba verdaderamente peligroso, con los ojos inyecta-

dos de sangre, crujiendo los dientes, mascando las palabras. Si el Gobernador hubiera cometido la imprudencia de seguirle...

Desgraciadamente, yo estaba más a mano.

—¡A mí! —me gritó— ¡A mí! ¡Hacérmelo a mí! Lo que pasa en esta tierra... No hay jerarquías. No hay respeto. ¡Un plebeyo a mí!

—Por Dios, don Mateo... —decíale yo tratando de calmarlo.

—¡Es que no puedo tolerarlo! ¡Es que mi condición no me lo permite!...

Y bajando entonces la voz, hablándome casi al oído, añadió:

—Sabe usted de quién soy hijo.

—De don Sisenando...

—¡Bah! ¿Quiere usted que se lo diga?

Yo me preparé a alguna tremenda confianza de misterios de familia. Temí que el respetable don Sisenando resultase con derecho a intentar el divorcio. Pero don Mateo agregó:

—Julio César me declaró dos años ha, llamándome hijo, que cuando me concibieron su alma estaba en el cuerpo de mi padre. ¡Saque usted la consecuencia!

Yo la que saqué fue que en esas cosas no debe uno fiarse ni de los muertos. ¿Quién se salva de una mala partida espiritual?

Pero el colmo de la ingenuidad de don Mateo es lo que me refirió algunos días ha.

En su casa se celebran sesiones con muchísima frecuencia, a las que asiste, naturalmente, una chica que ha criado.

—¡Gran noticia, amigo mío, gran noticia! —me dijo un día.

—¿Qué? ¿Ha vuelto usted a emparentar con César?...

—No, amigo mío. Más alto; mucho más arriba. Regocíjese, que Dios ha visitado mi casa.

¡Dentro de unos meses vendrá al mundo el nuevo Mesías, en las mismas circunstancias que el primero!

INDIFERENCIA¹

A don Fabio Fiallo

La tierra reverberaba los ardientes rayos del sol, y se veía la dilatación del aire al tocar ese suelo gredoso medio calcinado. A su contacto, como retorciéndose dolorosamente, se levantaba en lengüetadas sinuosas transparentes, y hasta cierta altura parecía que oscilaba la forma de las cosas, perdiendo su inmovilidad las líneas, como si el paisaje entero estuviese sepulto en una laguna rizada por las ondas.

Entre la yerba amarilla, por la evaporación de sus jugos, rumiaban perezosamente algunas vacas extenuadas, tristes, agotándoseles la vida en aquella atmósfera caldeada y enervante, que debía resecales los pulmones. Apenas daban sombra los árboles desperdigados en el campo, con su follaje ralo, heridos por el calor y la sequía, semejantes a enfermos calvos con la piel pegada de los huesos. A lo lejos, como una cinta de plata, caprichosamente extendida, brillaba el río coronado de ligera niebla, y en el lado opuesto, en una eminencia pelada, árida, interrumpida por rudas defensas de terraplenes, estaba el campamento, sombrío y silencioso, tendidos los soldados al rigor del día, transpirando bajo ese implacable sol de los meses estivales.

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año II, número 73, del 20 de noviembre de 1904.

De pronto sonaron con su timbre estridente las cornetas, vibraron las voces de mando, y los soldados, saliendo de su sopor perezoso, corrieron a las armas y erizaron de bayonetas las líneas del campamento. En lontananza, de un confín de la sabana, avanzaba la columna enemiga, con sus uniformes oscuros y sus armas relucientes, sinuoseando por la torcida trilla como enorme sierpe negra de plateado dorso, reflejando al sol destellos siniestros.

Poco a poco la visión se hacía neta, clara. Se percibían los detalles de la masa antes confusa, y sobrevino ese silencio precursor de la catástrofe, ese anticipo de la muerte, por el cual cada uno palidece, se ve al otro borde de la tumba, piensa en los seres queridos, en las delicias de este mundo de que puede ser bruscamente arrebatado, y ansía salir pronto de esa angustia, interrogar la esfinge, acabar.

La columna de ataque hizo alto, rompió el silencio el simultáneo montar de mil martillos, y enseguida la horrrisona descarga, atronadora como si se desgajasen los cielos, y por sobre ella el vocerío furioso de las tropas, mientras los agresores, entre el humo, cargaban a toda carrera, diezmados, ciegos, ebrios por la carnicería y el olor de la pólvora; hundiendo los pies en la sangre de los que caían en primera fila, ganosos de atravesar la zona mortífera, saltar aquellas trincheras de cuyas espaldas chamuscadas hacían llover la muerte sobre ellos.

Coronaron la eminencia, salvaron los terraplenes, y durante un rato continuó la espantosa lid cuerpo a cuerpo, salvaje, épica, sin mando, sin plan, individualmente, en la más cruel y sanguinaria lucha por la existencia. Dar la espalda era morir, dar el frente también era morir.

De pronto se alzaron como rugidos los gritos de victoria de los asaltantes, y los revolucionarios, diezmados a su vez, silenciosos, heridos por el pánico, abandonaron la resistencia y huyeron a la desbandada, perseguidos encarnizadamente, sucumbiendo en detalle, la opuesta ladera del cerro empapada con su sangre.

Horas después reinaba el silencio de la muerte. La columna de ataque siguió marcha, y las reses huían mugiendo ante el incendio de la sabana que las empujaba hacia el río, mientras se carbonizaban los cadáveres de los héroes del día, mezclando al aire irrespirable, al humo, el nauseabundo olor de la grasa quemada.

Meses después volví a atravesar el mismo campo, y me pareció más horrible que el día de la batalla, que en ese pavoroso oscurecer alumbrado por la rojiza llama del incendio.

El sol ascendía coloreando la opulenta y risueña hermosura del paisaje, al través de la atmósfera serena, clara, fresca de una mañana de mayo. Se había cubierto la sabana de una vegetación exuberante, con ansia desenfrenada de crecer, que todo lo invadía. Sobre la yerba verde, espesa, se balanceaban aún, al soplo de la brisa, las gotas de rocío como reguero de brillantes, y de trecho en trecho asomaban sus dormilonas cabezas las vacas hartas, apaciblemente satisfechas, rumiando aquella vegetación nutrida con la sangre de tantos centenares de valientes. Allá arriba, entre la fronda cerrada de los árboles gorjeaban regocijados los pájaros; mientras que abajo retozaban los tallos, se hinchaban los renuevos enredándose entre los carbonizados cuerpos insepultos, sirviéndoles de único sudario y chupándoles los jugos que no evaporó el incendio.

Cuando gané la eminencia y de una ojeada abarqué el vasto escenario, hiciéronme daño aquellas oleadas de alegría inconsciente, aquella profusión de luz, de verdura, de transparente azul de cielo. La Naturaleza, indiferente a la sombría tragedia del año anterior, cubría el duelo inmenso con un inmenso regocijo, con una palingenesia superpuesta a los dolores inenarrables que la precedieron. Vientre gigantesco, después de saciarse se sentía feliz, cumpliendo su exclusiva misión penelópica de tejer y destejer incesantemente, reproduciéndose, generando sin conciencia de lo pasado, del presente y del porvenir, sin averiguar siquiera por qué ni para qué murieron los que servían de elementos a la reproducción. Matriz sin corazón ni cerebro, ella no veía en la ruina, en la muerte, en la desolación repleta de amarguras, sino aportadores de materias primas para una nueva generación.



VARIOS



DOLORES¹

CAPÍTULO V

Se casaron al cumplirse el plazo estipulado que esperaban los dos jóvenes con esa ansiedad curiosa y novelera que nos empuja bruscamente en los primeros años de la vida. A esa edad se quiere saltar por sobre el tiempo y caer en medio de lo futuro para sorprenderle todos sus arcanos. Quisiéramos tener cien ojos y cien brazos, como los monstruos de la fábula, para verlo y palparlo todo. Un cerebro no alcanza y abusamos de él, inquietos, infatigables, sometiéndolo a todo género de incursiones por los cuatro vientos del espíritu. Ninguna condición nos satisface; el bien y el mal; la dicha y la desgracia nos atraen con igual fascinación. Sibaritas de aventuras, cualquier tensión de nervios la relamemos y saboreamos con placer inexplicable para las otras edades. Una puesta de sol en Puerto Plata, cuando en el intermedio del día que muere y la noche que despierta parece que un pirotécnico divino se encarga de iluminar fantásticamente los cielos de mi tierra, o un ciclón, cirugía espantosa de la naturaleza amputándose para curarse, lo mismo da tratándose de una imaginación joven: tanto gusta de lo uno como de lo otro; lo suave y lo recio, la paz y la guerra le encantan de igual modo, con tal de que le sacudan y le impresionen vivamente. Caba-

1. Se trata del capítulo V de la novela *Dolores* y fue publicado en *El Lápiz*, Año I, números 11 y 12, del 4 y 19 de julio de 1891 respectivamente. En una carta del 15 de marzo de 1893 dirigida a Rafael Merchán ("Archivo literario de Hispanoamérica", *Revista Dominicana de Cultura*, Vol. I, No. 1, noviembre de 1955) César Nicolás Penson afirma que la novela *Dolores* de José Ramón López acababa de ser publicada en Venezuela. Los escritos que López publicara en ese país durante los varios años que ejerció el periodismo en Venezuela no han sido recopilados en una edición para su conocimiento por parte de los dominicanos.

llero el magín sobre ideal de vigorosas alas, embriagado con el aroma de ilusiones en flor que bordan el camino.

Dolores se casó muy enamorada y tenía, como todas las mujeres, el instinto sagrado de la maternidad vagamente sentido; pero no faltaban otros motivos pueriles en el apresuramiento de la boda. Quería dejar de ser soltera, husmear esa otra vida, que se fingía como los cuentos orientales, llena de encantos misteriosos ocultos en cada rincón del palacio de sus sueños. Cada detalle de los que se realizan tan pocas veces en la vida de un individuo, era un placer a que se entregaba con delicia imponderable: los preparativos para montar casa, los regalos, las amonestaciones, el traje de boda... de cada cosa discutía y hablaba largamente con las de la casa y con las amigas que venían a felicitarla, y gozaba con fruición en estas etapas de la nueva vida que emprendía.

Y Juan, más o menos, se encontraba en caso idéntico. Si de verla a enamorarse escasísimo fue el trecho, del amor al matrimonio fue muy corta la distancia. Procedía en esto como todo aquél a quien azusan más los llamativos de la carne que los del alma y los del entendimiento. Estaba enamorado, no del espíritu, sino de la estatuaria de su novia. Era un tanto ligero de cascos y aún más de corazón y de pasiones, y por añadidura mozo robusto, rebosándole la vida por cada poro; había en él exceso de fuerza, de vida y lanzada su imaginación a una senda cualquiera, el poderoso impulso llevábalo hasta el fin con prisa velocísima. Esta disposición particular de su temperamento, secundada por la juventud, por los ilusionadores años de su novia, le transformó completamente, haciéndolo serio, formal, laborioso y amante, de manera que no había peros que objetarle, y en pocos meses se había vuelto candidato modelo al matrimonio. Además, ya tenía veinticinco años: era tiempo de sentar cabeza, y se proponía ser perseverante en sus nuevas ideas.

La boda se celebró de noche. Debía asistir solamente la familia de Lola y los amigos más íntimos. Al novio no le quedaban otros parientes que unos muy lejanos en Santo Domingo de donde eran originarios sus padres, que emigraron cuando las invasiones haitianas, y murieron en Mayagüez sin dejar otro hijo que Juan.

Cuando llegaron a la iglesia la encontraron llena de gente. Toda la concurrencia de la plaza se había trasladado en tropel al templo para presenciar la boda. Los jóvenes, y sobre todo las jóvenes, se desviven por ver un enlace: es un ensayo, un aprendizaje con modelo.

La novia estaba lindísima con su traje blanco, su corona de azahares, y su velo cuya ligera transparencia dejaba adivinar más bien que ver aquel rostro gordito y simpático; turbada en ese momento, sin atreverse a levantar la vista, porque era el centro de tantísimas miradas que le hacían ruborizar. ¡Y qué de cosas, qué de ideas revolotearían confusas en la mente de Dolores cuando se levantó del confesionario donde rápidamente había dicho sus pecadillos!... Unos minutos más y sería esposa; podría entregarse sin reservas al hombre que adoraba. No más besos furtivos, caricias robadas a la vigilancia maternal. Podrían amarse a la luz del sol, y cantar como las aves del monte al aire libre y en un mismo nido las delicias de la pasión que embargaba sus almas. Miradas de ilusión, como geniecillos de luz y alegría, atravesaban su imaginación sucediéndose como vértigos, dejando perfumada estela de dichas y esperanzas en su corazón. Tenía al lado a Juan; no lo veía; pero llegaba hasta ella el calor de su cuerpo, de aquella criatura que en breve le pertenecería para siempre.

Pronunció un *sí* débil, casi inarticulado. Lo decía con el alma y no con los labios.

Juan recordaba sus días de soltero. No había pensado mucho en lo que sacrificaba a su nueva condición, y en el instante decisivo encontróse como el que despierta en medio de inesperado peligro. Todo era cierto. Lo que había considerado fantasma lejano y misterioso, preñado de enigmas, seductor por la novedad y repulsivo por lo eterno, llegaba, le sorprendía y se apoderaba de él.

Libertad de soltero, parrandas, francachelas, amores libres y pasajeros... todo, todo lo devoraba el fantasma, atándolo y sometiéndolo quizás a qué régimen insoportable. Era tarde para arrepentirse. Por otra parte, se había visto perplejo al escoger entre su novia y el celibato. Iba a paladear delicias nuevas, la felicidad conyugal, la vida moralizada. ¡Cuántos ataques al matrimonio día por día, cuántas defensas sin cesar con la repetición de los casamientos!... Y en lo que todos, de un modo u otro caían voluntariamente, con seguridad debía ser cosa muy buena. Además, ¡qué feos y qué desgraciados son esos solterones con las orejas peludas y la cabeza calva, sin dientes, arrugados, débiles, achacosos, sin un hijo, careciendo de la mano amante que les acerque un vaso de agua!... Pagan muy caro su egoísmo. ¡A casarse! ¡Todo antes que ese horror!

Los curiosos no querían que se les escapara pormenor alguno de la ceremonia. Se apiñaban, se empujaban unos a otros para hacerse

cargo de las más pequeñas menudencias del grupo que formaban los novios y los padrinos. Sobre todo la novia, que es siempre la figura más interesante.

—Cómo los mira aquella cuarentona jipata, vestidora de santos. Se los quiere comer con los ojos —decía uno de los concurrentes, señalando a una de edad indescifrable.

—Pues yo soy enemiga del matrimonio —secreteaba otra de edad también problemática, temblorosa por una enfermedad de nervios, flaca y desgarrada hasta parecer un palo de escoba vestido, con una semilla de cajuil por cabeza—. Soy enemiga de esas cosas, y he rechazado partidos muy buenos.

—¿Lo ves, Miguel? Ya se casó Dolores... y al pronunciar estas palabras una trigueña encantadora, de expresión alegre y vivarachá, hacía un mohín de enojo que le cuadraba a las mil maravillas.

—Bien; y nosotros nos casaremos también. No hay que apurarse. Acuérdate del refrán que te enseñé: *Qui va piano va sano e va lontano*.

—Para refranes estoy... si siquiera fueran... *amonestaciones*.

—Ya llegarán.

En otro grupo hacían apreciaciones sobre los novios. Siempre hay quien tenga que hablar en voz baja para no avergonzarse.

—Mira: de esta noche no pasa: o me pides, o se acabó.

—Que te oye tu mamá —respondió el aludido poniendo gesto alarmadísimo.

—Qué bien vestida.

—Parece un cirio pascual, una vela esperma. Ya no hay gusto —objetaba una fea.

Y así continuaba el cuchicheo, la apreciación rápida y picante, el juicio lacónico e irresponsable, dentellada al pasar, fundiéndose todo en un zumbido confuso como aleteo de abejones.

Desde el principio de la ceremonia dos mujeres, cubierta la faz con el abrigo, se habían puesto de pie sobre unas sillas a distancia del altar mayor, arrimadas a la pared, ocultando el cuerpo tras un adoratorio de la nave izquierda, y desde allí miraban la bendición nupcial.

Fulguraban odio y rabia los hermosos ojos negros de una de ellas.

Era Gertrudis, que vino con una amiga a cerciorarse de su desgracia.

¡Cómo hacían dúo sus maldiciones mentales a las bendiciones verbales del cura!

Miraba con ansiedad, paso por paso, la consumación de su sacrificio. ¡Y no poder gritar, vocear con fuerza que ella amaba a ese hombre y lo merecía más que la otra!... serle imposible entorpecer la boda, o negarse allí mismo ruidosamente, estrangulando a la rival cuya sola presencia le crispaba los nervios...

Se estaba ahogando. Sentía como si una mano le oprimiera la garganta, y se le apretaban las mandíbulas como si quisieran hacerle astillas la dentadura. ¡Qué suplicio! Para eso había venido fingiendo deseos de pasear, de distraerse, engañando a su familia y a la amiga que estaba a su lado sin sospechar a qué intensidad alcanzaban sus padecimientos... El mayor anhelo de su vida, sus sueños, sus ilusiones se desvanecían por obra de Dolores, y de ese Ministro del altar que leía un libro viejo alumbrado por el cirio que le sostenía el monaguillo. Sin alas ya sus frágiles esperanzas caían en su corazón, que en lo adelante sería un triste cementerio.

A tiempo que Juan decía *sí recibo*, Gertrudis se quedó fría, y como un suspiro desfallecido sólo pronunció esta palabra:

—Ya...

Sintió flojedad invencible en todo el cuerpo, y se recostó contra la pared con los brazos caídos.

Su amiga se sobresaltó.

—¿Qué tienes? —le dijo.

—Nada; un poco de cansancio.

Oía como un confuso rumor los consejos que mascullaba el cura a toda prisa, como quien se apura en terminar, y creía que el mundo se acababa para ella. Estaba próxima a desmayarse. No había bastante aire; la garganta se le oprimía más... Por fin, le corrieron dos lágrimas que enjugó en silencio, y se sintió menos mal.

Cuando la iglesia se estaba quedando vacía, salió con su amiga, y regresó a su casa desesperada. ¡Qué horizonte brumoso! O el convento frío y oscuro, o la venganza sañosa y fiera eran los únicos refugios que percibía su amor. Suicidio u homicidio moral. De todas maneras un crimen.

Los invitados acompañaron el matrimonio hasta el domicilio, una bonita propiedad de Juan en el extremo norte de la calle de Mirasol, donde debían tomarse el chocolate. Cosa de media hora, para que no se dieran ni recibieran felicitaciones a secas. Es la primera mala pasada que les juega la sociedad a los casados: obligar-

los a estarse constreñidos, ceremoniosos, sin hablarse, mientras la reunión indiferente se divierte a sus anchas.

Cuando iban a despedirse, las muchachas formaron un grupito conspirador que presidía María, la rubia pretendida de Antonio, que no le quitaba los ojos de encima. De aquel parloteo alegre y picaresco sólo se oían unas que otras frases acompañadas de mímica de aprobación o negatoria, y risitas comprimidas.

—No, yo no, tú.

—Pues a ti te toca.

—Atrévete; si yo no sirvo para eso.

Y todas se arremolinaron en derredor de María, empujándola con sus deditos de carne sedosa.

Entonces llamó aparte a Lola, la llevó al aposento y salió a poco rato con las manos llenas de flores y de trocitos de gasa de la corona de azahares y del velo blanco tras el cual Dolores disimulara el rubor durante la nupcial ceremonia. La cercaron las demás muchachas y les repartió los despojos de esa reliquia de la bendición de su amor arrebatada a la novia.

—Mira ese botón de azahar —le dijo María a Antonio— ¿sabes lo que significa?...

—Si no me dices...

—Pues la que lo guarda se casa al año. Conque...

Empezó a retirarse, después de un cumplido moldeado, la concurrencia negra y blanca; los sendos fraques, con sombreros de copa, y trajes de afiligranadas labores, olientes y vistosos, ropajes de la gracia y la elegancia femenina que llenaban la sala; hasta que sólo quedaron doña Amparo y don Carlos. La pobre madre lloraba a lágrima viva, y el padre trataba inútilmente de evitar que su voz fuese trémula y que se le aguaran los ojos. ¡Infelices!... ¡Cómo iban a encontrar solitario y triste su hogar en lo adelante!... Ya no resonaría allí ese timbre de voz fresca y argentina que lo alegraba con sus risas. Su hija sería feliz; pero, ¿y ellos?... Rotas bruscamente sus costumbres, no verían de continuo ese rostro en que ambos se miraban buscando un destello de felicidad, un efluvio de amor tierno y cariñoso. Serían en lo adelante dos plantas sin riego. Cesaba el goce de verse revivir en el vástago. No se moría su hija, pero se eclipsaba para ellos. El casamiento del único sucesor es una felicidad amarga. Se va, prefiere a otro... deben sentir celos los padres.

Aquella separación dolorosa se consumaba intercalándola con recomendaciones y consejos. A Dolores, que fuera buena y cum-

plida, exacta en sus deberes; que no olvidara las advertencias de su madre. A Juan, que quisiera mucho el angelito de Dios que le entregaban; que la considerara como ellos, que con tanto mimo la habían criado.

—Pobrecita —decía la madre—; no me la vayas a hacer sufrir. Ten paciencia y aconséjala cuando sea de lugar, que es muy joven y hay que conducirla. Si falta, será por inadvertencia; pero lo que es por mala no.

—No tenga cuidado, doña Amparo. En lo que de mí depende será feliz —contestó Juan muy conmovido.

—Mira, Juan, ahora son dos hijitos los que tengo. Te querré como a ella. Ámala y cuídamela.

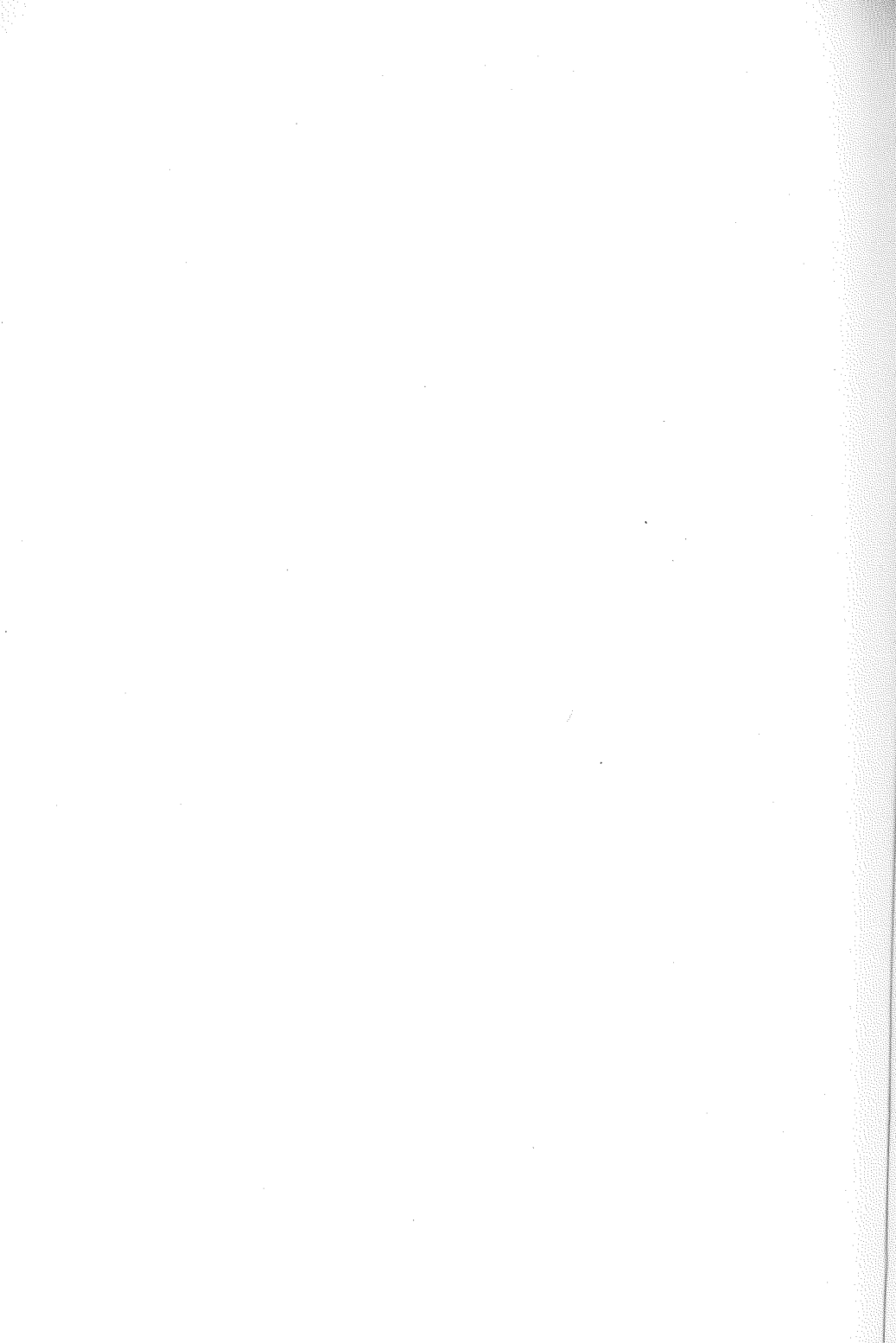
Y luego, arrojándose llorosa en brazos de Dolores, le dijo:

—¿Conque no te veré más, hija querida? ¿Conque nos separamos?

Mientras tanto, don Carlos le echó el brazo sobre el hombro a Juan, y conversaban en voz baja.

—No, nos veremos a menudo, mamá —contestaba Dolores—. Ya iré allá con frecuencia; y Ud. también vendrá por acá. ¿Nos vemos?...

Al fin, violentándose salieron los dos viejos de la sala primorosamente adornada. Al bajar la escalinata de la galería dieron el último apretado abrazo a sus hijos, y siguieron cabizbajos, con el alma desgarrada, hacia su casa. Solos... Ese era el triste pensamiento que se alojaba tenaz, despiadado, hiriente, en el corazón de ambos.



TEMIENDO EL DIVORCIO¹

(Escenas de actualidad)

—Pero ven acá, desalmado. ¿Por qué entras así, con esa cara de acontecimiento fúnebre? Tú maquinas el divorcio. ¡No me lo niegues, embustero! ¡Te lo he conocido en la manera de mirarme!

—¡Uf! ¿Ya comienzas, Dilia? Déjame reposar, que vengo fatigadísimo.

—¡Sí, gran tunante! —replica Dilia. Y luego, retorciéndose las delgadas manos; brillantes como azabaches los ojazos incomparables en que se engruesaba una lágrima; contraída la comisura de los labios sonrosados, en el primer espasmo del sollozo, agregó con su argentino timbre de voz, velado ahora por lo intenso de la angustia: —Sí, fatigado... Y me lo dices. Fatigado de corretear detrás de esas pícaras. ¡Y les habrás prometido divorciarte de mí para casarte con ellas! Malo, cruel... Ya tú no me quieres; y yo... y yo...

Los sollozos le cortaron la voz, y a intervalos, como si le costara dolorosísimo esfuerzo arrancarse las palabras, seguía diciendo:

—¡Y yo te... Que no puedo más... Tan joven y tanto como sufro!...

Arturo la miraba, compadecido de ese dolor a la vez tan grande y tan fútil. La amaba además; y, aproximándose, le dio un beso en aquellos labios tentadores, olientes como una rosa recién abierta.

1. Publicado en el *Listín Diario*, Año VIII, número 2336, del 12 de abril de 1897. Este texto, como los dos siguientes, fueron publicados bajo el seudónimo de Pancho Acedera.

—Pero si no pienso en nada de eso, amorcito mío. ¿No ves que te quiero siempre? Bésame.

Alzó la frente, orlada por la copiosa cabellera negra, como severo marco de una pintura encantadora, y ya iba a besarlo también, ansiosa de creer, de consolarse, cuando se le abrieron desmesuradamente los ojos, y con la mirada fija, vidriosa, de una loca; cerrados los puños, casi silbándole las palabras, nerviosa más que nunca, le dijo:

—¡Y ese cabello! ¡Ese que tienes en el hombro! ¡Sí, míralo bien, y atrévete a desmentir esa prueba, infame!

Él se sobrecogió. ¿Qué maldita casualidad venía a hacer verosímiles las pueriles sospechas de Dilia? Quizá, pensaba, al pasar por alguna ventana... ¿Por qué no tendrán cuidado al peinarse, las mujeres? Porque se le iba a volver loca su mujercita en uno de esos accesos de celos desesperados, nerviosos.

Se atrevió a mirar, y se tranquilizó.

—No seas niña. ¿No ves que es una cana?

Una sonrisa le iluminó a Dilia el semblante bañado en lágrimas, como se alegra el espacio si por entre las nubes asoma el sol abri-llantando las gotas de lluvia; y, tomando entre sus finos dedos la cana preguntó:

—¿Y de quién es?

—De mi madre. Al besarme, sin duda. Acabo de salir de casa.

—¿De veras, no me engañas, corazoncito mío?

—No. Si yo te quiero tanto...

—¿Y no te divorciarás nunca?

—Nunca.

—Júramelo. Quiero estar segura.

—¿Por qué?

Ella reclinó la cabeza en el pecho de Arturo, queriendo ocultar aquel angélico semblante, pudorosa, tímida ahora, y en voz baja, como si se avergonzara de decirlo, le contestó:

—Porque si te divorcias... me muero.

CARTA A UNA SEÑORITA¹

Señorita: Ha fiado usted mucho en mi estómago, y ésa es la entraña más ingrata y más desmemoriada. ¿Cómo ha podido pretender usted causar una impresión durable galanteando a ese devorador incesante que cada cuatro horas pierde la noción de los favores, y clama por otros nuevos para relegarlos a su vez a olvido ignominioso? Siempre que yo veía sus primores reposteriles, sus hojaldres, sus almíbares, sus cristalizados policromos, arco iris de despensa, les dirigía una mirada golosa, pero melancólica. Víctimas estériles del monstruo, despertaban por un momento sus entorpecidos nervios, lo desperezaban, le hacían pensar vagamente en la mano fina y sedosa que batió sonoramente en copa de cristal, con argentina cucharilla, aquellas claras hasta esponjarlas y blanquearlas como copos de nieve. Y hasta ahí llegaba su borroso espiritualismo. Engullía, se saciaba, y tras un prosaico bostezo esfumábase la imagen de esa mano delgada y aristocrática, de esa preciosa mano de usted que me comería a besos y que huele a ámbar y a rosas, a pesar de las emanaciones del caldero.

Perdóneme la franqueza, señorita. Cuando dos estómagos se han comprendido, la confianza nace espontánea y expansiva. No hay intimidad como la de la mesa. Es la comunión, el paraíso de la carne. En siendo la gula quien presenta a dos personas, no tardan en poder decirse las verdades. Óigame, pues, que aunque nuestro espíritu ha

1. Publicada en el *Listín Diario*, 8 de mayo de 1897.

podido permanecer indiferente a nuestro cariño, puede que mis palabras le sirvan a usted para trances venideros; para gobierno, en el porvenir, de su conducta. Por deleznable que haya sido nuestro afecto, crea que no desespero de verla algún día interesando más sugestivamente a algún mancebo espiritual, amoroso e inteligente.

Pero eso sí, ponga los ojos y el entendimiento más en alto. Apunte usted al cerebro, al alma, que esa es la puerta principal del corazón. Por ahí es que se entra dominador, triunfante, irresistible; mientras que el estómago es apenas como la escala de la servidumbre, por donde se avanza con humillación y con vergüenza, para ser mal recibido, sin poder pasar nunca hasta la sala. Le parece a uno que en esa escalera sólo debe encontrar Maritornes grasientas y fornidas, y nunca señoritas como usted, vaporosas, angélicas, exuberantemente bellas.

Renuncie al *Manual del repostero* y aficiónese a otras lecturas, si no más dulces, más brillantes. Los Lúculos se acabaron con la antigua Roma, y ahora cualquier polluelo prefiere a una golosina un rato de conversación amena e interesante. No es preciso que estudie ciencia. Para eso hay que comenzar temprano, y además correría usted el riesgo de volverse una Mari-sabidilla, cosa a que los hombres le tenemos miedo. Basta con que comience usted por las novelas, y se dé un barnicito y se tome prestada alguna chispa, aunque sea momentos antes de llegar el pretendiente. Créame: ése es mejor anzuelo que los dulces. Nadie va a ejercer de examinador, y con unas cuantas superficialidades se va lejos, teniendo como usted una carita adorable, unos ojos lánguidos, cuya blanca córnea no se enrojece ni con los picantes vapores de la cocina. Cada vez que usted me miraba así, con ese aire de cordera mansa, si no hubiera sido porque el estómago mediaba en el asunto...

Fíese usted del alma. Anide en ella. Ésa sí que es opulenta y dadivosa como un noble millonario. Cuanto ponga en el corazón germinará frondosamente y le será devuelto centuplicado. Pero, por Dios, señorita, renuncie a ese tonel de las Danaides que se llama estómago. ¿Llenarlo? Empresa es tan desvariada como la del loco aquel que con un jarro pretendía vaciar el Océano.

Prepárese para lo venidero. Si usted me oye, su próximo pretendiente no podrá conservar junto a la franqueza, la serenidad mía. Turbado su espíritu, agitado por las dulces emociones del amor ideal, cada una de las frases vivientes, cinceladas, artísticas con que le habrá agitado usted en las cortas y adorables entrevistas, siempre

cortas ¡ay! para el amante conquistado por el alma, evocará en su memoria la candorosa imagen de usted, pura y dulce como Psiquis, con sus labios de grana húmeda y palpitante, su perfil griego, sus ojos... Nada digo de sus ojos, que por ellos la conocerían. Esos ojos lánguidos, hermosos, a través de los cuales se transparenta el Infinito.

Renuncie al estómago. Es indomesticable y desagradecido, porque no tiene memoria y jamás ha comprendido el amor. El día que usted hable al alma y sea su plática un chisporroteo brillante, deslumbrador, encendido, no tendrá que chamuscarse haciendo confituras y será la reina de la moda, la diosa de los salones, el espíritu embellecedor y embellecido en torno al cual, como mariposas, girará el tropel de enloquecidos pretendientes.

Elimine al monstruo. No piense atarlo con cadenas confitadas. Él es torpe, es insensible, es ingrato... Quien lo galantea, como dice la escritora, «ha arado en el mar».

Besa sus diminutos pies, verdaderas joyas que llevaría yo en palmita de manos, preferibles mil veces a todas las golosinas de la tierra, su humilde servidor y amigo

PANCHO ACEDERA



A...

Soñé contigo anoche, amada mía, un sueño delicioso.

Yo estaba junto a tu lecho tendido de blanco, y tú yacías en él, arropada con lienzos más blancos aún, hermosa y pálida como recién cortado lirio. Tenías adelgazadas las facciones, pero serenas, dulces, con expresión de beatitud angélica, suelta a lo largo del lecho tu negra cabellera, en que hacía cambiante la luz mortecina de los cirios, y ceñida la frente con una corona de azahares.

Estaba contemplándote, mudo por el dolor que me desgarraba el alma, secos los ojos hasta que Dios se apiadó de mí y pude romper a llorar como un niño.

¡Habías muerto pura, amada mía! ¡Habías muerto antes de tu pecado, y vírgenes vestidas de blanco podían llevar las albas cintas de tu féretro!

¡Qué sueño tan delicioso ese que soñé contigo anoche, amada mía, ése; en que podía llorarte sin ocultar mis lágrimas al mundo!

1. Publicado en el *Listín Diario* del 31 de mayo de 1897. El autor retoma este texto posteriormente y en cierta medida lo reescribe. El resultado es publicado en 1908 con el título "Sueño delicioso", el cual se encuentra en esta misma edición.



LA NOVELESCA¹

Doña Luisa, en traje de calle, se pasea por el salón, afectada, y dice:

—¡Ay, qué mujer tan desgraciada soy yo! ¡Quién le hubiera dicho a mi mamá, cuando me cuidaba con tanto mimo y ñoñería, que estaba criando a una desdichada!

Me casé con las ilusiones en flor. Mi alma estaba como inundada por el perfume de ese inmenso jardín que la loca de la casa se había forjado. Y, ¿en qué se convirtieron esas flores? En un marido muy honrado y formalote; pero que no comete un desliz, que no da argumento para ninguna novela; que me deja a mí, alma soñadora, sin poder apropiarme el papel de ninguna de esas heroínas de dramas y poemas que todo el mundo admira. Vamos a ver: ¿puedo yo ser Ofelia con semejante hombre? No. Él no es un Hamlet, y si me ve algo así de juicio (*haciendo con la mano derecha el signo de locura*) al momento manda a buscar un médico y entre los dos me convierten el aposento en una botica. Por supuesto, se perdió el papel. Adiós poema, adiós drama con un marido tan curandero. En lugar de arrojarme, después de eso, en un charco del Guayubín, no me queda voluntad más que para tomarme una dosis de bromuro. ¿Que quiero ser Desdémona? Pues aunque encuentre un Yago que le sople al oído insinuaciones perversas sobre mi honra, es inútil esperar que venga Juan furioso y me estrangule, y vea yo su faz

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año I, número 9, del 31 de mayo de 1903.

horriblemente hermosa por la pasión de los celos, y sienta la dulce presión de sus dedos sobre mi cuello. ¡Dulce sí, porque mientras más apriete prueba mayor será de que más me ama! (*Todo lo que antecede accionándolo con la acción propia de los hechos supuestos.*) No, Juan no hará eso. No es hijo de gentes. Es hijo de un Código y de una ley, todo previsión, todo prudencia. Maldita prudencia, enemiga de la pasión, enemiga del Arte. Vendrá Juan a aconsejarme suavemente, paternalmente, ¡desabridamente, diría yo! Que no haga esto, que evite aquello, que evada lo de más allá, y en último caso acudirá al Divorcio, que desata y no corta el lazo, es decir a la solución sin sangre, sin pasión, sin drama, y quedaré yo, Desdémona sin tragedia, como pasto de murmuraciones vulgares, sin impresionar ni interesar a nadie, en el mismo caso de Shakespeare, si al escribir su tragedia no hubiera atinado con Otelo.

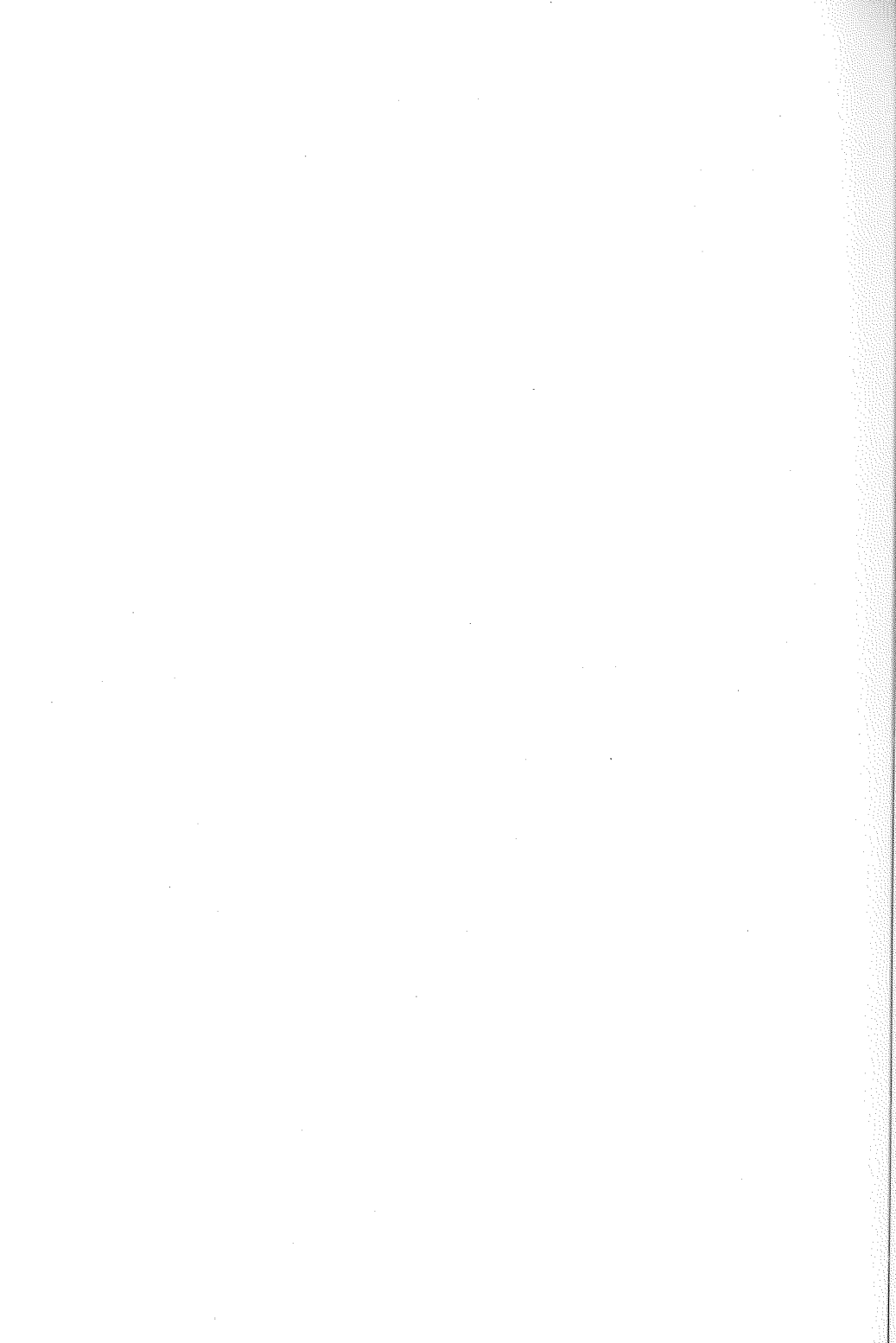
Y los hijos... Qué dichosa me hace su cariño. Cuando quiero dormir, comienza a berrear Tomasito. ¡Cállate, muchacho, cállate por el amor de Dios! —le digo yo. Y él, es decir, Tomasito, levanta entonces el diapasón, ¡y grita! ¡y grita! ¡y grita! para que vayan a cogerlo. Y al fin me levanto y lo cargo, y lo regaño por su lloro, y él me dice: —*¿Y cuando tú era chiquita, no lloraba si tene meo?* ¡Oh, gran Dios! Tú que dizque sabes tanto, ¿por qué no los dejas mudos hasta la edad en que se les pase el miedo? ¿Quiero salir? Pues llora Francisca para que no la deje. ¿Nos sentamos a la mesa? Pues Toñito mete las manos en la sopera, si no hace cosa peor.

¿Y los criados? ¡Oh, institución endemoniada, para martirio de las amas de casa! De seguro que la inventó algún santo envidioso, alguno que vivía en una cueva, o debajo de un puente, y sintió dolor por el bienestar ajeno. ¿Están felices? —se preguntó—. ¡Pues allá van criados! Y desde entonces no hay dicha posible en casa alguna. A mí en días pasados se me murió una sirvienta. Yo había comprado unas pastillas venenosas, para los ratones. Creyó que eran confites. Se las robó, se las comió y... ánima del Infierno. Porque no creo que, en razón, pueda decir del Purgatorio. Otras son haraganas, otras chismosas, otras conversadoras, de tal manera que no se puede en casa murmurar a nadie. El otro día, sin mala intención, dije que las Copernic eran pelonas. Yo lo sé de buena tinta; porque conozco al pulpero que les vendió cabulla y al boticario que les proporcionó la anilina para hacerse cabelleras de pelo negro. Pues al día siguiente encontré a las Copernic con más hocico que un marrano y más escasas de palabras que un diccionario patuá. Póngome a averiguar

y saco en limpio, por la criada de ellas, que la criada mía las había informado de lo que dije.

¿Qué haré yo, Dios mío, entre mi marido, mis hijos y mis criados? Tengo que ser Luisa a secas, sin un solo capítulo de novela, de drama ni de tragedia, sin nada que me saque de esta vulgar burguesía en que paso la vida. Si siquiera Juan se metiera a bandido y cometiera aunque sea una docena de crímenes espeluznantes... Pero, no, don Juan Buensentido, para lo que sirve es para tratar de apagar en mí la noble llama del ideal, y a menudo me dice: «Yo, Luisa, procedo del pasado al presente. Cuando me creo desgraciado, comparo mi situación de hoy con los hombres, con la desnudez, con las miserias que pasé en mi primera juventud y me creo enteramente feliz. Tú, que no has pasado nada de eso, debes ir del presente al futuro: pasar revista a tu hoy y pensar en las desgracias posibles de mañana: la muerte de tus hijos, la muerte de tus padres, la pérdida de tus bienes, la completa miseria, en fin. ¿Qué dejas para esas cosas, si hoy te crees la mujer más desgraciada, por un desliz de los niños o una falla de los sirvientes?»

¡Ah! don Juan Buensentido, don Juan Sinalma, don Juan Sinpasiones... Si yo pudiera cogería el mundo y estaría dándole vueltas al revés, hasta que volviéramos a encontrarnos en los tiempos de Don Juan Tenorio, cuando los hombres andaban con los bolsillos vacíos: pero el pecho lleno de un corazón enorme, un corazón donde anidaban las pasiones y los arrebatos, y no tenían ni una buhardilla el juicio y la razón, que ahora quieren gobernar el mundo.



REVOLUCIONARIOS URBANOS¹

El hambre aquí es estéril. En otras partes usted ve un ripioso, flaco, descolorido, con el hambre pintada hasta en las uñas. No lo mire con desprecio, considérelolo, como dice de la ebria la canción *La soularde* de Ivette Guilbert. Quizás es un inventor. El apetito no satisfecho ha aguzado el talento de ese abstemio y ha descubierto, tal vez, una máquina o una sustancia útil.

Aquí no. En cuanto usted los ve de la pelambre descrita, júrelo: ahí va un revolucionario urbano, porque aquí el hambre no inspira pensamientos sanos, sino un afán de matar o morir comiendo.

Los revolucionarios dominicanos de todas las épocas, salvo una rarísima especie cada vez más escasa, pertenecen a una gran familia cuya clasificación zoológica, para que sea científica, latina, podemos sintetizar con esta palabra: la *Famélica*. Los géneros y especies de la familia son diversísimos y convendría personificar así los principales: *famélico heroico*, *famélico rural*, *famélico urbano*.

El *famélico heroico*, tiene hambre también; pero un hambre mixta, de plátanos y gloria. El *famélico rural* le tiene unas ganas furibundas a las vacas y a las batatas del vecino, y simultáneamente les declara la guerra a ellas y al gobierno. El *famélico urbano* es el más sabio y menos imprudente de todos. Hace, principalmente, labor literaria y labor verbal y huye sistemáticamente a las ocasiones de que le agujereen el pellejo.

A lo mejor se encuentra usted con un caballero envuelto en una levita de paño viejo que por el color puede tentar el apetito de un

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año I, número 7, del 26 de julio de 1903.

burro. Por dondequiera le sobra tela, con lo cual se demuestra que cuando se la cortó el sastre el individuo era mamólatra y estaba más gordo.

—Hombre —nos dice—. ¡Qué gobierno tan perro! ¡Miren que haberle cogido *fuá* a los yankees, como si el país no estuviera plagado de héroes, que pululamos por todas partes sin colocación! Pero así le he escrito una carta—petardo al compai Niní, el héroe de Perro Muerto. ¿Quiere usted que se la lea?

—No, señor. Gracias. Yo no me meto en esas cosas.

—¡Cómo! ¿Un hombre como usted, un patriota, no se interesa por el decoro de la República? Le aseguro que cuando el compai Niní lea mi carta empuña el *brogŕ* y va a arder a tiros Perro Muerto.

—Y no quedará una vaca viva...

—Ah, ya lo creo. Los bienes siguen la suerte del propietario, hasta en el reino vegetal.

—Hum... No se fie del compai Niní.

—¿Qué no me fie?... Gusto que usted hubiera visto el 90 lo comprometido que estaba.

—Pero el 90 no hubo mayor cosa.

—¡Que no hubo! —grita el *famélico urbano*, levantando los brazos y enarcando las cejas—. ¿Que no hubo? ¡Y ya yo tenía un escusado en casa del compai Trinidad para esconderme! Miren, hombre. ¡Dizque no hubo nada el 90!

En materia de *bolas* no hay quien iguale al *famélico urbano*. ¿Que la revolución salió desbandada? No, hombre, esas son cosas de Alcachofa. Ahora verá usted cómo repolla por el Bahrucu.

—O por Turquilán.

—No, señor. Usted verá. ¿A que de aquí a diez días está sitiando la capital?...

—Desde el calabozo del Profeta...

—¡Ay, amigo, cuánto lo siento! Usted parece ya un servil gobiernista. Ha perdido la fe en la sagrada causa revolucionaria.

—Ay, amigo. Mire para allá. Aquél que nos atisba es de la *secreta*.

—¿De la *secreta*? Pues, adiós. ¿Cuándo triunfaremos para retorcerle el pescuezo a tanto servil?

Y el *famélico urbano* se va a plantar el cantón verbal en otra esquina.

2. Carabina de cañón corto y calibre grueso (ERD).

NOCHES DE INSOMNIO¹

A Josefita Cestero

La figura atlética de Otelo surge de las sombras, y mientras admiro sus formas de Apolo etíope, me habla sin palabras, me satura de sus ideas, de sus sentimientos; pone su alma dentro de la mía, y me hace vivir con una intensidad desconocida. Mi mundo moral se ensancha. Cada idea se magnifica, toma cuerpo inmensamente mayor que antes, y siento que ya no soy yo sino un ser de mentalidad enorme, con una sensibilidad cubicada, que disfruta en un solo cerebro y en un solo corazón de las ideas y del sentimiento que no cabrían en millares de hombres.

¿Habrá vivido Otelo en Shakespeare? ¿Encontraría el poeta aposentado en su corazón el tipo de la tragedia? Envidiable y compadecible entonces. Porque el punto culminante de la humanidad es ese desbordamiento de la pasión, ese afinamiento de la impresionabilidad, que no deja ocioso un nervio, que pone a contribución todas las facultades, que muerde, hiere, besa, y llega al paroxismo o al desmayo de un zarpazo o de una caricia, viviendo a la vez todas las vidas.

1. Bajo este título genérico figura la serie de éste y los tres textos que siguen a continuación. Los últimos dos tienen los subtítulos indicados en este volumen. El conjunto se representa aquí reunido a pesar de que el autor no los publicó consecutivamente. Este texto escrito en 1898 fue publicado en *La Cuna de América*, Año I, número 32, del 29 de noviembre de 1903.

¡Yago! También estás ahí. Déjame, traidor, a solas con Otelo. Ese negro es el león. Es noble, es grande, me fío de él. Tú eres la zorra cobarde y engañosa. Tú eres el limo que enturbia la linfa de los torrentes salidos de madre... Sí, lo sé; pero no me lo digas. Yo sé que nadié llega a poseer por completo el corazón de una dama. Sé que la infidelidad, siquiera mental, empaña los más sinceros, los más delicados, los más ardientes amores. De repente una sombra pasa por su frente, y se distraen, mirando sin ver, sus ojos. ¡He ahí la infidelidad! Es que ha cruzado por su mente el recuerdo de otro hombre. Contempla su imagen con arrobamiento, y su alma se entrega, aunque sea un segundo, a aquella alma que habría deseado poseer. ¡Despierta, perjura! ¡Vuelve el éxtasis! Aún estoy aquí y ni las sombras han de tocarte. Eres mía, tan sólo mía. ¿Lo oyes? No hay virtud, no hay crimen. Sólo hay fidelidad y perjurio. Para la primera todos los premios, contra el segundo todos los castigos, todas las venganzas, todas las represalias. Con o sin derecho, lo que el corazón exige. El derecho, en amor, es la necesidad de amar.

Pero es Yago, el réprobo, el agrio, el mezquino. El horizonte de mi alma se ha hecho infinito y él se prevalece de esa visualidad inmensa para guiar mis miradas hacia las perspectivas monstruosas. Basta que me insinúe un indicio para que yo vea toda la escena pasada y la reconstruya punto por punto... Sí, yo también me fijé, malvado. Un rayo del sol moribundo de la tarde doraba sus cabellos, circundando de un nimbo su cabeza. Parecía bajorrelieve de capilla, en el marco de la ventana. Estaba pensativa, y de pronto se irguió y volvió hacia el interior de la habitación.

Yo adiviné sus pasos, uno a uno. Me traicionaba con el pasado, con la tumba de la memoria. En la ventana se acordó del ser que alguna vez, allá lejos, a la espalda del presente, hizo palpitar su corazón; y fue al cofre, a contemplar de nuevo el lazo que adornaba su talle el día que el mancebo le pareció más hermoso y más galante. ¿Y yo? ¿No soy el más enamorado, no tengo pasión para enterrar bajo la mía todas las que le precedieron?... No me hagas sentir el vértigo de púrpura, el vértigo que ciega...

Eres tú, hermosa mía. Con los primeros rayos de la aurora que entran a mi alcoba, llega también tu dulce imagen, sonreída, suave, casta. Yago se avergüenza, huye, desaparece. Otelo se entenece, y veo con claridad la verdadera escena. Paloma sin hiel, buena y pura; diosa de las primeras luces tenues del día, de los tonos suaves del amanecer, perdóname. Un resplandor brillante luce dentro de mí,

alumbrándolo todo. Veo ahora que no conturbó tu espíritu un recuerdo de ayer. Quizá, —dichoso yo si fuese cierto— pensabas en mí, y fuiste a contemplar algo que encarna ese recuerdo. No te alejes. Quédate en el corazón, rocía con tus miradas ese cerebro, y Otelo, el africano rebelde, será manso; y Yago, el odioso, el cruel, el implacable, no osará murmurar en la sombra sus protervos consejos.

1898

NOCHES DE INSOMNIO¹*A Josefita Cestero*

Los cuatro barcos, como grandes gaviotas rasando, al volar, la cresta de las olas, pasaron uno tras otro la boca del río y se lanzaron al mar abierto, al insondable azul lleno de misterios, Caja de Pandora para muchos, Estigia de algunos, espejo en que se retratan, renovadas sin cesar, las expediciones en pos del vellocino de oro.

Al poniente lucía el sol sus últimos resplandores. Era un crepúsculo admirable, con todos los matices ricos del azul, del rojo y del amarillo. Una nube de lila oscuro aclaraba sus tonos hacia el radio, y el borde brillaba con la intensidad de oro en fusión, deslumbrante, espléndido, mientras encima de ella reverberaba como cirio anaranjado, un copo de niebla, centelleando con la lucidez de una estrella.

Al tocar el disco del sol, enorme, rojo, la línea del horizonte, se sonrosaron las aguas y dibujáronse sobre la dorada luz del cielo cinco rayos azules como inmensas colas de cometas, abanico gigantesco abierto en la inmensidad por el lado de Occidente. Semejaba la soñadora mano de la noche extendiéndose enamorada para recibir en su lecho al sol que volvía de la carrera triunfal, a sus mórbidos brazos, en el silencioso recogimiento de la alcoba.

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año II, número 53, del 3 de abril de 1904.

La poesía de la Naturaleza caía en somnolencia, dormitando a las últimas luces del crepúsculo. En torno estaba la inmensidad; arriba, el infinito azul tachonándose de estrellas; abajo, el vasto mar, apenas rizado por las olas que orillaban, como encajes blancos, las leves espumas.

El mar es feo, es brutal. Bestia monstruosa tendida de espaldas, en lugar alguno se le ve fisonomía, en ninguna parte tiene cara. El mismo enorme torso que ofrece en el Ecuador lo presenta a los cincuenta grados de latitud, a millares de millas de distancia. Tiene la estética de lo monótono. La vista, la fatiga siempre con las mismas invariables líneas; el oído, lo cansa en todos los tiempos con la eterna canturía quejumbrosa de sus olas. Cuando despierta y se despereza es cada vez con el mismo salvaje ímpetu, con la misma ciega furia, sin que el apasionamiento de las fuerzas desencadenadas logre dar expresión a la monstruosa espalda que constituye todo su organismo.

Hasta el sabor de sus aguas tiene el gusto con que simbolizamos las penas. ¡Ha sido causa y testigo de tantas catástrofes! ¡Mensajero del dolor, nadie te ha surcado aún con los ojos enjutos! Los que se confían a tus aguas azarosas dejan siempre en la costa que se borra en lontananza la esencia del alma, y van tristes, con el pensamiento fijo en los seres amados que dejaron en tierra, peregrinando de espaldas, la mirada vuelta hacia ellos. El caudal de lágrimas que ha caído en tu seno es lo que lo ha amargado, y la pesadumbre de tantos dolores lo que desequilibra tus aguas y las precipita rugientes sobre la playa, devolviéndole los restos inanimados de tus víctimas.

¡De ti, la costa, que es bella, que es poética, que dibuja sin cesar nuevos panoramas cambiando la decoración a cada instante con sus verdes y sombreados valles, o sus empinadas montañas que se coronan de luz y de nieblas atravesando el infinito de arriba!

Ya se han hecho densas las tinieblas. Como hoteles flotantes se ven los cascos de la escuadra que navega en conserva, ennegrecidos por la noche, atravesados por los puntos de luz blancos, rojos y verdes de sus señales de marcha. Yo busco algo allá arriba. Miro a Júpiter que comienza a despuntar en Oriente, hecho una bola roja, gallardo, hermoso como galán cuyos ojos se animaran al rescoldo de la memoria de su prometida. Es su astro favorito. *Ella* lo ha escogido entre los solitarios errantes del espacio, y quizás a esta hora dirige su dulce y melancólica mirada.

Démonos cita ahí, hermosa mía. Ya que no puedo deleitarme contemplándote, ya que no me es dable reflejarme en el límpido cristal negro de tus pupilas, que las miradas de ambos converjan hacia el Hércules de nuestro sistema solar, y al encontrarse ahí se reconozcan y se acaricien.

.....

El mar se tranquiliza. Se hinchan las olas y el crucero se mece como una cuna trágica que tiene algo de ataúd. Una marejada enorme revienta en la popa y se deshace sobre el puente, inundándolo y batiendo contra la obra muerta, en desaforado vaivén, cuanto había flotante sobre el piso. Y yo, me he vuelto supersticioso. Pienso en ti y me creo libre de todo peligro...

.....

Tú duermes. Es la hora del reposo para las conciencias tranquilas, para los corazones no tocados por la adversidad. Mañana, hoy mejor dicho, porque ya el otro hemisferio, bañado en oleadas de luz, traspuso el meridiano; hoy es tu onomástico. Si al despertar un susurro lleva a tu oído una caricia, una congratulación llena de amor y de fervientes votos, no te alarmes, no te sobresaltes. No será que haya perecido en los senos de este abismo, sino que por un esfuerzo de voluntad mi alma habrá ido a saludarte.

Adiós. Pero no, no me despido. Se dicen adiós los que se separan, y yo te he dejado el corazón y me he llevado tu celeste imagen en la milagrosa retina del espíritu.

NOCHES DE INSOMNIO¹

VÍSPERA DE BODAS.

A doña Josefa Cestero de López

Un ángel refulgente, hermoso como Ganimedes, con las alas azules y la mirada de destellos rosados interrumpe la soledad de mi última noche de soltero y me invita a atisbar por entre la juntura de la puerta que conduce a esa otra sala de la vida, los días felices que me esperan.

Mi cuerpo no se mueve, ajeno a estos placeres anímicos. Es mi espíritu quien se incorpora y, de manos del ángel de alas azules, se asoma a la puerta de la dicha.

Alumbrada por una luz tan suave como la del astro de la noche, está ella, la que va a ser mi compañera, en actitud de Venus casta, aguardando mi llegada. Su belleza corporal es insuperable. Es belleza de detalle y de conjunto. Los ojos son hermosísimos, la cabellera parece el manto abierto de la noche; su boca, preciosa y diminuta, es un nidal de besos ideales; su nariz delicada, es el término medio inatacable, ni grande ni pequeña, de perfecto perfil griego; su barba, redondeada, no ofrece una línea que no sea suave, adorable; no despierta la voluptuosidad; pero dobla las rodillas e impone la adoración. Y todo tan armónico, tan proporcionado. No sobra ni falta cosa alguna, ni tamaño alguno, ni hay relación que no sea conforme y apropiada.

¡Oh, mi amada del alma! Tu sola presencia modifica mi espíritu, y siento al verte, al saturarme de tu imagen, cómo se alejan de mí las pasiones mundanas, los sentimientos poco elevados, las asperezas que el ambiente ha incrustado en mi ser. Combatido, atropellado, traicionado, yo sentí la cólera anidarse en mi pecho como un ave de rapiña; yo probé el espíritu embriagador de la venganza, dulce y

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año II, número 54, del 10 de julio de 1904.

agradable al principio, amargo cual retama a la postre. Yo sé de la infidencia, de la arteria, de la desmoralización social, que prescinde del alma y endiosa el bolsillo repleto. Yo sé que los seres débiles desprecian el espíritu elevado si no lo ven sobre pedestal de oro. Pero ante ti, divina compañera, depongo la cólera, depongo el odio, depongo la venganza, y renuncio al oro que no se purifique pasando al través de las más honestas diligencias. Tú eres mi piscina lustral, y al baño de tu mirada se lava mi espíritu hasta de la sombra de las manchas.

Leo en la expresión del ángel que esa inmensidad no es todo, que aún hay más en la nueva etapa de la vida.

—¿Aún se puede ser más feliz? —le pregunto.

—Mira ese jardín —me contesta extendiendo la mano en dirección contraria a ella.

Entonces fijé la vista en los preciosos arbustos que cubrían el piso.

—Están florecidos. Abre las flores —me dijo el ángel.

Parecían magnolias, con sus grandes pétalos blancos cerrándose unos contra otros en las puntas. Abrí una y ¡qué adorable portento! En el seno de la flor, como en cuna perfumada, agitábase, en lugar de los pistilos, una criaturita, hermosa como las deidades con sus carnes de color de aurora y la sonrisa de primavera.

Miré al ángel, con ojos interrogadores, y me dijo:

—Será tuya, así como las otras flores.

La felicidad turbó, tan grande eran mis facultades mentales. ¡Pero esta nueva vida casi me convierte en Dios! ¡Cómo! ¡Yo tendré facultad de dar la vida, de crear seres elevados, hombres, dueños superiores del mundo! Luzbel y Prometeo por menos excitaron los celos fundados de los dioses. El uno adquirió la sabiduría profana, el otro la luz material, y se creyeron sagrados. ¡Y yo, que voy a obtener el don divino de crear la verdadera vida!

—Llévame, llévame de aquí, ángel, o yo perderé el juicio —grité a mi acompañante.

Él me tomó de la mano, y los labios de ella, como una flor viviente, se entreabrieron con dulzura, en divina sonrisa, diciéndome:

—Hasta mañana.

Y el ángel, conduciendo otra vez mi alma a mi cuerpo, me dijo:

—Te he mostrado la felicidad. No faltarán amarguras en tu nueva vida; pero, si eres sabio comprenderás que ellas son como los aperitivos: sabores fuertes para que el paladar aprecie y desee los

otros. La vida no es valle de lágrimas. Es jardín paradisiaco del cual no arroja Dios sino a los inconformes que no estiman el *Haber* de la vida y sólo se fijan en el *Debe*, en las cargas pesadas que abruman a los débiles. La Creación es una obra sabia, en la cual hay un día tras otro día, y dos nunca son iguales. Compara, y siempre hallarás consuelo, porque difícilmente el día de la comparación será el más amargo de los transcurridos.

NOCHES DE INSOMNIO¹

EL PRIMER HIJO

A José Ramón López y Cestero

Aquella espléndida magnolia, con pétalos de cera blanca y perfumada, que vi la víspera de bodas, se ha abierto al fin, y de su seno ha brotado, como adorable flor de vida, como complemento divino y decisivo de amor, un precioso hijo.

Yo estaba en ascuas. —¿Si será feo? ¿Si será bonito? ¿Si será inteligente? ¿Si carecerá de talento? —me preguntaba con esa inquietud que provocan los acontecimientos importantes próximos cuyo carácter ha de influir en la suerte de quien los espera. Y Dios ha sido clemente. Mi hijo no tiene un defecto aparente. Grande la cabeza, como los capaces de elevada inteligencia; hermosos los ojos, bonitas todas las facciones, ya, si muero pronto, puedo llevar a la otra vida la confianza de que mi existencia se prolongará honrosamente en este mundo, por delegación en mi hijo.

Yo lo veo, por una penetración extrahumana, en el porvenir, asistiendo a la escuela, tornándose lentamente de bestiecilla traviesa en alumno estudioso y de ahí, como flor que se convierte en fruto, enseriando su ser moral en hombre de provecho.

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año II, número 55, del 17 de julio de 1904.

Ahí entran las gotas de acíbar en la copa de miel que me escanciaba el hijo amante. Yo no podré, ¡oh desgracia!, iniciarlo en el conocimiento práctico del mundo. Yo, que le habré enseñado toda la teoría posible en la niñez y en la adolescencia, no podré timonearlo en la vida completa, en la vida múltiple de la virilidad. Ya estaré viejo, achacoso, y cuando mi hijo vaya a las reuniones, a los bailes, a las fiestas, donde la sociedad, como un prado de abrojos ofrecerá a la vista sus lindísimas flores, ocultando debajo de ellas las espinas, estaré en el lecho, o baldado en la silla de extensión, sin poder decirle a ese hijo de mis entrañas, que estará en peligro:

—¡No toques esa flor! ¡Debajo de ella hay un manojo de espinas!

¡Oh! ¡Dios mío! ¿Por qué no me inspiraste el matrimonio más joven, de manera que mis primeros hijos pudieran ser mis camaradas de más cariño y más confianza? Pero tú has dispuesto que las divisiones del corazón no se abran de una vez, sino sucesivamente, y yo estaba cerca al medio del camino de la vida cuando pude abrir la puerta del matrimonio.

¿Quién supiera a tiempo lo inconmensurable del corazón? Pero los años no más lo dicen. Pasé toda la primera juventud amando recuerdos, la patria, mi madre y mis hermanos. No hay más allá, me dije, en la tierra. Y vi a tu madre, hijo mío, y la amé con toda la fuerza con que amaba lo demás. La amé ciegamente, sin juicio, sin discernimiento, con el fuego de la pasión. Si no hubiera sido, como es buena, la habría amado del mismo modo. Ya sí llegué al límite, me dije. De ahí no pasaré. Estoy en la última frontera del amor. Y surgiste tú, mi delicado, mi adorable florecimiento y, no ya desde que te conocí, desde que naciste, sino desde que fuiste concebido, te amé con todas las potencias de mi alma, con toda la capacidad de mi corazón, como si esta entraña no estuviera ya ocupada por otros seres adorados. ¿Hasta dónde llega, es que no tiene barreras la facultad de amar?

Yo no odiaba ya, cuando tú naciste. Mi alma, regenerada, lo más que alcanzaba era a mirar con indiferencia algunas cosas. Pero desde que estás en este mundo un dulce sentimiento me hace mirar con interés todos los seres, comprender que el afecto debe irradiar de nosotros y envolver cuanto existe dentro y fuera de este mundo.

Crece, crece, mi hombrecito. Crece y cumple mi ideal de la familia, que consiste en que la generación siguiente sea siempre mejor que la progenitora, hasta alcanzar el tipo de la perfección. Crece y recompénsame tanto amor, tanta devoción, tantas aspiraciones para ti, siendo bueno, siendo grande, siendo útil, teniendo

gran desarrollo de corazón y de cerebro, que es lo que distingue de los demás a los hombres que valen mucho en comparación a sus prójimos.

EL SOLTERÓN¹

El año de 188... estuve en Port-au-Prince, la vasta capital haitiana. Tenía hambre de hablar castellano a pasto, de hablarlo sin cortapisas hasta saciar el ansia de que mi alma se desahogara con su instrumento natural, el habla con que arrullaron el sueño de mi infancia, con la que susurré las primeras palabras de amor al oído de mi novia, con la que me expresé al luchar por esta patria, no española; pero de alma española, genuinamente latina.

La nostalgia, con sus sordas penas embrutecedoras, me atenaceaba el espíritu. Yo buscaba algo que me recordara la patria, que no fueran esas generalidades de la tierra, el aire, el cielo, las estrellas, casi idénticas en la pródiga faja de los trópicos.

Por fin supe que en el Portal San José, afueras de la ciudad, vivía un señor francés llamado Francois que se había criado en el Cibao.

*
* * *

Me le presenté y trabamos amistad desde el primer día. Su existencia era triste. Vivía presa de penas que no tienen nombre, penas sin alivio que mordían incesantemente su corazón como desgarraba el buitre las entrañas de Prometeo.

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año II, número 64, del 18 de septiembre de 1904.

Una tarde rompió a llorar delante de mí y cuando quise consolarle y le pregunté la causa de su tristeza, exclamó:

—¡Fresolina tiene la culpa! ¡Fresolina es la causa de mi desgracia!

—¿Y qué le ha hecho Fresolina? —pregunté.

—Ha sido el origen de mi desventura. Me enamoré de ella con toda la pasión de un primerizo a los treinta años, le ofrecí matrimonio y... me rechazó despiadadamente.

—¿Y por qué —repliqué con el egoísmo de los que no padecen— por qué no enamoró usted a otra? Una de las ventajas del Trópico para los varones es que hay más mujeres que hombres.

—Ah, usted no puede comprenderme. Yo estaba demasiado enamorado y el amor no retoñó en mí. Fresolina se moría por otro; por un capitaleño muy hermoso que vivía entonces en el Cibao y que me vengó casándose con otra. Yo, en tanto, languidecía, envejecí esperando y, cuando me percaté de ello, ya era un anciano.

—¿Y eso es tan gran desgracia, señor Francois?

—¡Oh! —exclamó, cubriéndose los ojos con las manos— lo que he sufrido por haberme quedado célibe es indecible. Mi hermana Carolina se casó y tuvo dos hijos. Con esos sobrinos quise llenar la soledad de mi corazón. ¡Pero, yo no era su padre! Yo no tenía autoridad para guiarlos, para corregirlos, para formarlos a mi imagen. Crecieron y cuando yo esperaba que fuesen las flores de mi corazón, tornáronse calaveras incorregibles, se perdieron, murieron sin honra ni provecho, y mi pobre hermana sucumbió también, amargada por inconsolables dolores.

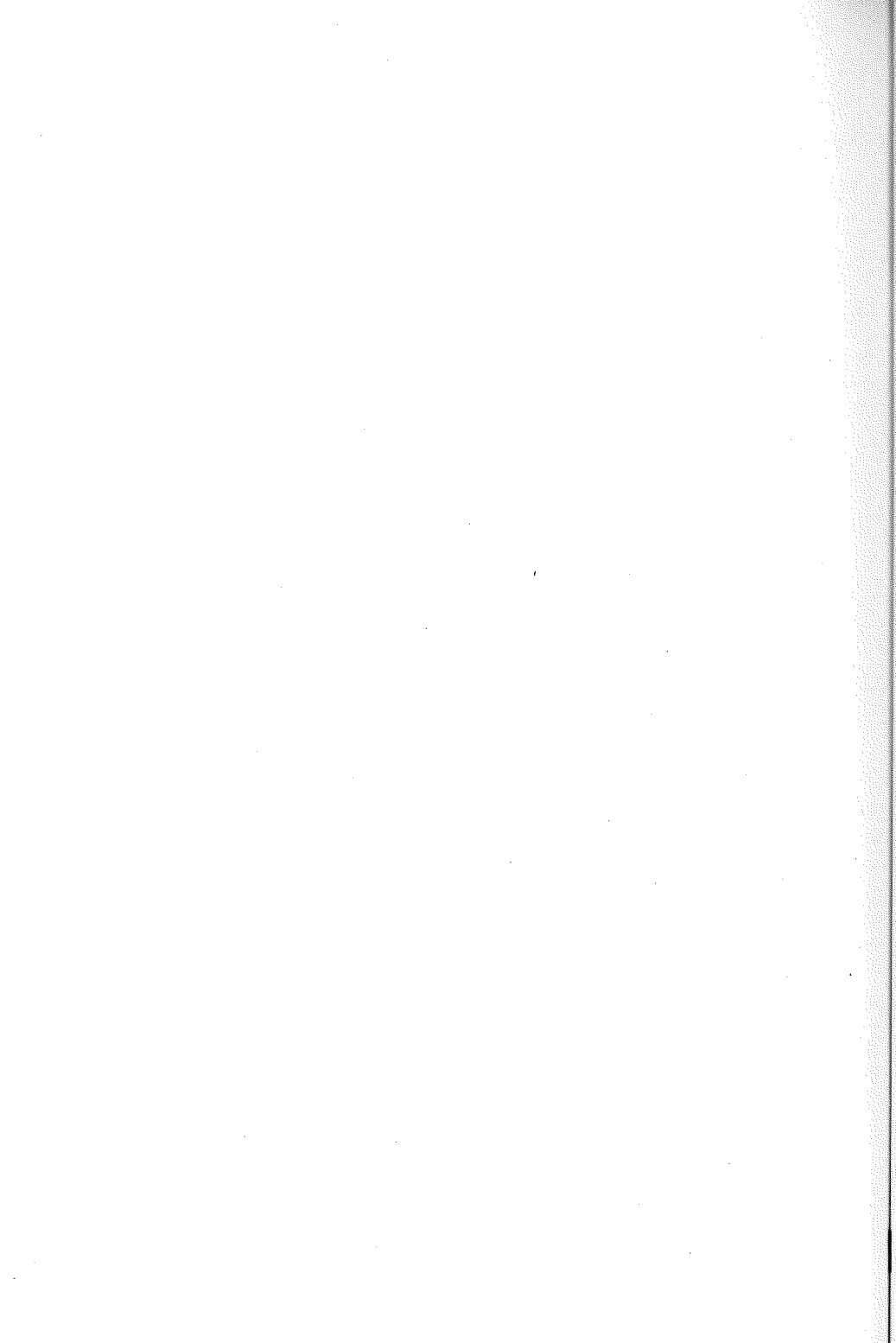
—Pobre señor Francois... —murmuré, comparando la desolación de aquella alma infecundada con la lujuriosa vegetación que crecía en ese llano alumbrado por la luz clara y suave de la tarde mientras alegraban el oído las melodías del ruiseñor y la armónica canción del viento entre las ramas.

—¡Ah! usted no puede hacerse idea de las torturas de la soledad del corazón —prosiguió Francois—. ¿Para qué trabajo yo, único vástago de mi raza, único miembro de mi familia, hombre sin herederos naturales como un rosal que nunca ha florecido y ya está muy viejo para florecer? ¿Qué atractivos puede encontrar en el mundo quien sabe que ni una lágrima humedecerá su fosa ni una plegaria subirá a la altura en sufragio de su alma? No, yo me iré a la otra vida con el dolor inmenso de la misión incumplida, de la indiferencia por ella mientras hubo capacidad para realizarla y la desesperación después por no ser posible llevarla a término.

Esa enorme muerte del día con sus tristezas vagas e informes, había comenzado ya. El sol se había puesto, por el golfo de Gonaives, y al tocar su disco anaranjado con la línea de las aguas, un rayo verde como la esmeralda de un rajah de las Indias, cual luz de raro cirio, se había levantado al nivel del horizonte. Con la brevedad de los crepúsculos tropicales el manto azul de los cielos ennegreció como un crespón de luto, y esos ojos innumerables de lo infinito, las estrellas, se abrieron dirigiendo su límpida mirada hacia la tierra.

Francois, con una amargura indescriptible, repitió llorando:

—¡Fresolina tiene la culpa! ¡Fresolina es la causa de mi desgracia!



SUEÑO DELICIOSO¹

¡Qué delicioso lo que soñé contigo anoche, amada mía!

Estabas tendida sobre el lecho, blanco, como un copo de algodón; envolvían tu rígido cuerpo níveas sábanas, y, como una flor de hielo, tu hechicera faz pálida se destacaba en la almohada, coronándola una aromosa guirnalda de azahares. Dos cirios ardían con luz mortecina a tu cabecera y piadosos familiares y amigas lloraban a tu alrededor y elevaban fervientes plegarias al Altísimo.

Pasaron horas en que mi corazón, martirizado, padeció siglos de intensísimos tormentos, y tu cuerpo de divina escultura, ruina de la celestial morada de tu angélico espíritu, encerráronlo en el ataúd, blanco como tu alma, y las niñas más castas agarraron las albas cintas del féretro cargado por los hombres más honorables de la villa. Un acompañamiento numeroso, sombrero en mano, seguía, afligido, la luctuosa caravana.

Una voz, enronquecida por la embriaguez, me despertó.

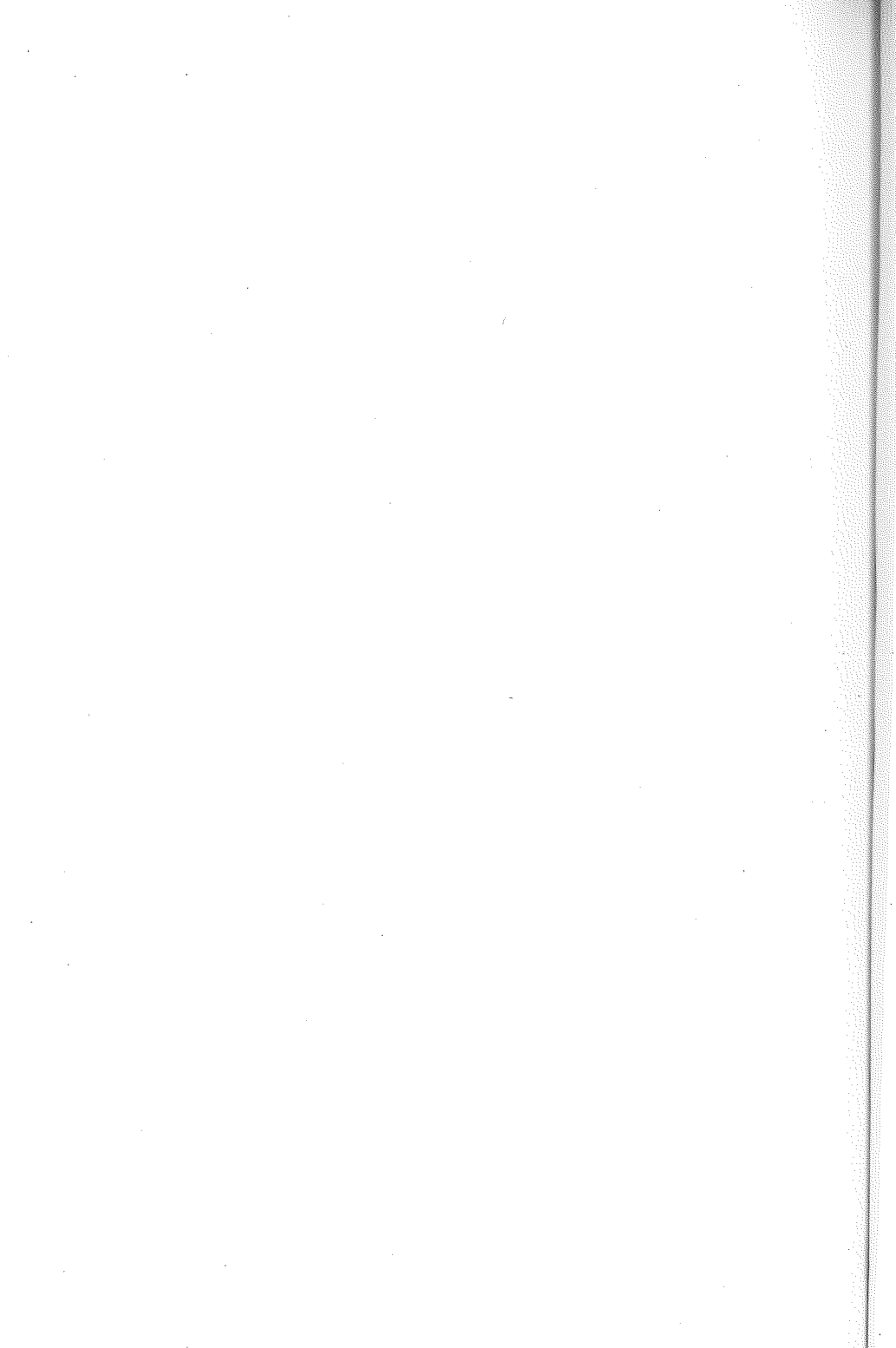
¡Eras tú, amada mía, que regresabas de una orgía a tu sótano, borracha, befada por los pilluelos madrugadores!

¡Estás viva aún, marchita, deshonrada, cuando te soñé anoche muerta entre los brillantes resplandores de la virtud!...

¡Qué sueño tan delicioso el que soñé anoche, amada mía!

¡Qué sueño tan delicioso!

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año III, número 55, del 19 de enero de 1908.



IDEAL Y REALIDAD
(CUADRO IDEO-REALISTA)¹

A doña Josefa Cestero de López

PERSONAJES:

Ideal Srta. Ana Julia Mallol,
Realidad Srta. Carmela Bauduy,
Pureza Srta. María Bory,
Esperanza Srta. Ana Virginia Viñas,
Amor Srta. Flor de María Domenech.

El teatro representa un jardín. En el fondo, cada una en un trono. Ideal, vestida de azul, y Realidad, de rojo. Por el foro entran tres ilusiones: Pureza, vestida de mariposa blanca; Esperanza, de mariposa verde; Amor, de mariposa rosada.

PUREZA.— *(Dirigiéndose a Ideal).* ¡Salud! reina del alma. Recibe, moderna Psiquis, nuestra ofrenda. *(Las tres ilusiones se inclinan reverentemente y presentan, cada una, un ramo de flores a Ideal).*

IDEAL.— *(Recibiendo las flores).* Gracias, consoladoras del espíritu, medianeras entre el alma de la humanidad y su divina esencia. ¿Puedo servirlos?

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año III, número 72, del 17 de mayo de 1908. Fue representado en el teatro de Monte Cristi en la velada del 11 de abril de 1908.

PUREZA.— Sí, Ideal. Vengo, mensajera de un alma conturbada, a pedirte rumbos, a suplicarte que la orientes en esa tétrica noche de la vida. No acierta con la estrella que ha de guiarla e, inquieta y desconfiada, ignora lo que ha de hacer.

IDEAL.— ¿Y no puedes decirme la causa de su aflicción?

AMOR.— Yo la sé. Su corazón de núbil, ante el cual se abre ahora la puerta de la vida, desconoce aún las secretas congojas que lo afligen. Al través del marco se extiende el horizonte y, en su confín, se destaca lá arrogante figura de un gallardo mozo que atribula el alma femenina a que me refiero. Desasosegada, inquieta, no sabe qué resolver. Experimenta raras sensaciones. Un perfume excitador a veces, enervante otras, tortura su espíritu, y aún no le dice la razón qué es lo que siente.

IDEAL.— Es la fiebre de amor, que entorpece su vista y tortura su razón. Ama, y la pasión —esa niebla purpúrea que todo lo anima, que todo lo remoja, que es el verdadero nervio del alma— la arrastra, la precipita centuplicando las actividades de su ser.

ESPERANZA.— Yo también creo así. Está enamorada y he sentido que con frecuencia se refugia en mí e impulsada por mis frágiles alas, se remonta hasta tu cielo, ¡oh Ideal!, confiada en que cristalizarás sus dulcísimos ensueños.

REALIDAD.— (*Poniéndose en pie y con entonación mordazmente burlesca*). ¡La ingenua!... ¡la inocente!...

Todas miran azoradas, a Realidad.

IDEAL.— (*Poniéndose de pie, evidentemente mortificada*). ¿Inocente?... ¿Y por qué?...

REALIDAD.— Porque debiendo cimentar en la roca aspira fundar en el éter. ¡Cuando hay que caminar sobre el barro de la tierra, lo útil es el pie, no las alas!

PUREZA.— Realidad, no materialices la vida. Lo mejor del hombre es el alma que, cual en la violeta el perfume, hace que una forma insignificante sea buscada y celebrada como lo más precioso de la tierra.

REALIDAD.— (*Con sorna*). Poesía... palabras... música...

ESPERANZA.— Los cuerpos vivirán de otra cosa. Mascarán, beberán como los cerdos... El alma se apacienta en lo que tú desprecias.

AMOR.— El materializado pensará como tú, Realidad. Hallará el avaro gran placer en contemplar sus discos de oro o de plata, en oír el retintín de sus monedas. Es el asno que rebuzna de gozo ante el pesebre lleno de forraje. Pero, ¿compararías tú esa bestial alegría a

los cielos de pasión abiertos a la mirada de dos almas que se idolatran, que se embriagan en el embrujador perfume de ellas mismas, que se confunden en una y al conjuro de su amor nacen la bondad sin prejuicios, la poesía embellecedora, el infinito mundo psíquico, mucho más lindo y atrayente que el grosero mundo material?

REALIDAD.— En el mundo, pobre Amor, todo es número, todo es cantidad. El mismo verso es metro. ¡La música es nota, cantidad también!

IDEAL.— (*Contrariadísima*). ¡Horror! ¡Tú serías capaz de derribar a Dios y reemplazarle con Arquímedes! ¡Para ti es primero un tratado de Aritmética que una Doctrina Cristiana!

ESPERANZA.— Y no tan sólo de pan vive el hombre. La esperanza, que es ideal, le nutre a todas horas de su existencia.

REALIDAD.— No perdamos tiempo, Esperanza. Concretemos. El alma que envió a ustedes aquí está enamorada. Las emisarias que escogió indican que sus aspiraciones son castas. Ama, desea el santo matrimonio y espera la dicha. Es un ideal, pero, ¿se cristalizará de sí mismo o seré yo el agente cristalizador?

IDEAL.— (*Majestuosamente*). Es asunto mío. Conjunción de almas...

REALIDAD.— ¿De almas nada más? ¿Y el carnicero, y el panadero, y el aguador, y la cocinera, y el sastre, y el casero, y la verdulera, serán pagados con música y poesía? ¿Se conformarán con esa moneda de acuñación espiritual?

IDEAL.— Todo lo has nublado. El alma no se detiene en esas pequeñeces. ¿Es elegante, es bello, es jovial el galán? Pues con eso basta para amarle, que el amor se cobija de ilusiones y vive de esperanzas.

REALIDAD.— El amor es número, vive de números y sólo el riego de números, como el agua a la planta, lo hace florecer.

PUREZA.— Y la virtud, ¿no existe?

REALIDAD.— Sí, Pureza; pero come en la tierra y de la tierra. ¡Número también!

IDEAL.— (*A Realidad*). ¿De manera que tú, porque existe la planta con las raíces enterradas en el suelo niegas la flor?

REALIDAD.— No, hermana. Eres tú quien quiere que exista la flor sin el tallo que la sostiene. Cuando la realidad está adulta de ella brota, como pomposos y olientísimos manojos de flores, el ideal que es la divina corona que ciñe la frente de la realidad. Por eso nos colocó el Eterno a una misma altura y, cogidas de manos, hemos de

marchar siempre juntas, porque no puede vivir la una sino al lado de la otra.

IDEAL.— (*Abrazando a Realidad*). Es cierto, hermana... Yo no soy sino el efluvio que se desprende de ti. Tú eres la rosa, yo el perfume. Forma y color se encarnan en ti. En mí el aroma. (*A las Ilusiones*): Id, mariposas del espíritu. Bajad a la tierra a decir a esa alma conturbada por el amor, cómo nos habéis dejado.

REALIDAD.— (*A las Ilusiones*). Decidle que cimiente su ideal sobre la realidad si no quiere que un leve soplo lo derrumbe.

(*Cae el telón*).

EL PLEITO DE BOTIJUELA¹

Un bohío en Botijuela, cerca del Paso de la Barca, a la margen izquierda del Yaque. Las paredes son de tablas de palma, el techo de cana, el piso de tierra apisonada. En un cajón de jabón, vacío, está sentado Aniceto.

ESCENA I

ANICETO

ANICETO—. ¡Rediós! ¡Y qué cansado me tiene la casa de Jimenes² con su endiablado trabajo de cortar campeche y pelarlo!... ¡Y total, nada! El sábado me pagan en buenos pesos mejicanos; pero en la

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año III, número 75, del 7 de junio de 1908.
2. Se refiere a la empresa de Juan Isidro Jimenes, el comerciante más importante de la Línea Noroeste. J. I. Jimenes fue favorecido con concesiones otorgadas por Ulises Heureaux a la vez que apoyaba financieramente el régimen de Heureaux. El ejercicio del liderazgo político de Jimenes implicó la ruptura con dicho régimen. Posteriormente organizó una expedición en el vapor "Fanita" contra "El Pacificador" cuyos objetivos fracasaron luego de desembarcar en junio de 1898. Néstor Contín Aybar en *Historia de la Literatura Dominicana*, Ediciones de la UCE, San Pedro de Macorís, 1983, adjudica a José Ramón López la autoría de una serie de diez artículos aparecidos en *El Teléfono* al ocurrir la expedición del "Fanita" y que se orientan a defender el Gobierno de Heureaux. El volumen X recoge dos de estos artículos de José Ramón López.

noche y al día siguiente se van casi todos los cuartos en la fiesta, y después paso una semana de perros en el corte, vistiendo mal, llenándome de espinas de tuna y de cayuco, y comiendo cuando pescó alguna hicotea en los caños...

Esto no puede seguir así, con estas manos teñidas de campeche, esta barriga pegada del espinazo y este *flus de papá bocó*. Voy a sembrar cacao. Con los doscientos pesos que enterré al pie del cambrón, aprovechando esta *cuaresma hembra*, a fines de año la siembra de plátanos empezará a dar los bastimentos, y cuatro años después ya estaré cosechando cacao.

ESCENA II

ANICETO Y ÁNGELA

ÁNGELA.— (*Entrando del aposento*). —Estaba escuchándote desde ahí dentro. Ya estás planeando otra vez, y en cuanto dejas el camino real y te metes en el monte, ya estás perdido, y con espinas que no te las sacas ni en tres meses.

ANICETO.— (*Enfadado*). —¡Ángela! No seas impertinente. ¡Tú, como no ves, crees que los otros son ciegos!

ÁNGELA.— Aniceto, cuando yo lo digo... Acuérdate de que el chivo tiene cuatro patas, pero sólo puede andar en un camino a la vez.

ANICETO.— No hablas cosa que no sea vascuencias. Abrir tú la boca y ponerme a temblar es todo uno, porque sé que vas a despotricar tonterías. Pero no tengo la culpa... Si en vez de hablar te sobara con cáscara de vaca o con cáscara de palo...

ÁNGELA.— Sí. Para eso es que sirves, verdugo. Del lado adentro de la cabeza es que está la razón y no en las manos que empuñan un garrote y le miden las costillas al prójimo. ¿Habría locura mayor que dejar un trabajo que da de comer para ponerse a sembrar cacao o cualquiera otra semilla?

ANICETO.— Pero es que tú no sabes lo que es el cacao. En Juana Núñez está ya el rico Silvestre cosechando el cacao, mientras que aquí, con campeche, sólo ha enriquecido la Casa...

ÁNGELA.— ¿Y se enriquece con ese cacao, Aniceto?

ANICETO.— Sí, Ángela. Me he informado bien con mi compadre Pancho el Tuerto, quien ha llegado de Macoris del Cibao.

ÁNGELA.— Bueno. Y para sembrar eso, y cuidarlo después, ¿de dónde sacarás cuartos?

ANICETO.— Tengo un entierrito ahí cerca del caño. Con cien pesos talo, tumbo, habito y cerco el terreno. Con cincuenta más siembro el cacao y los plátanos. En tres meses está todo listo. Vuelvo a picar campeche, tú te quedas al cuidado de las siembras, y desde los ocho meses ya no habrá que comprar bastimentos. Al contrario, venderás plátanos a cuatro pesos la carga.

ÁNGELA.— Bueno, Aniceto. ¿Y cuándo empezamos a cosechar el cacao?

ANICETO.— ¡Ehija, a los cuatro años... Pero, mientras tanto, los plátanos...

ÁNGELA.— ¿Y a cuánto se vende el quintal de cacao?

ANICETO.— Mujer, yo pienso venderlo, un año con otro, a diez pesos.

ÁNGELA.— ¡Hombre! ¡Qué poca vergüenza tienes! ¡Estar yo cuatro años cuidando ese cacao para venderlo a diez pesos!...

ANICETO.— ¿Y quieres más? Con las diez mil matas que sembraré cosecharemos doscientos quintales. ¡Son dos mil pesos por año!

ÁNGELA.— ¡Aunque fueran cien mil! No, y no, y cuchucientas veces no. ¡Primero se pica que venderlo a diez pesos!

ANICETO.— Bueno, di tú el precio.

ÁNGELA.— ¡A menos de veinte pesos no lo doy! Que aunque sea para vender hay que tener vergüenza.

ANICETO.— ¡Sí, a veinte! ¡Y don Juan que los pague! Bueno está él para pagar a veinte el quintal, cuando ya ves lo que da por uno de campeche!

ÁNGELA.— Pues los tiene que pagar, y si no, no embarca el cacao.

ANICETO.— ¡Y nosotros, mala cangreja! ¿Qué haremos con el grano?

ÁNGELA.— ¡Aunque nos muramos de hambre!

ANICETO.— ¿De hambre? Eso dices tú porque tu taita vive cerca y te hartarías allá. ¡Pero el cacao es mío, y tienes que convenir ahora mismo en venderlo a diez, o el diablo se va a llevar aquí al demonio!

ÁNGELA.— Anda, descastado, sinvergüenzón. ¡Dizque a diez el cacao!...

ANICETO.— (*Incorporándose violentamente y asiendo por el cuello a Ángela*).— ¡Sí, a diez, o te estrangulo! ¡A diez, pronto!

ÁNGELA.— (*Debatiéndose*).— ¡No, a veinte, a veinte!

ANICETO.— (*Dándole bofetadas*).— ¡A diez, a diez, mala cangreja!

ESCENA III

ANICETO, ÁNGELA, PANCHO EL TUERTO.

PANCHO.—(*Asomándose a la puerta del bohío*).— ¿Qué es eso, compadre? (*Entra y separa a los esposos*). (*Dirigiéndose a Ángela*): ¿Por qué el pleito, comadre?

ÁNGELA.— ¡Este condenado, que quiere vender a diez!

ANICETO.— ¡Esta cangreja que no baja de veinte!

PANCHO.— ¿A veinte qué?

ANICETO.— Un cacao que voy a sembrar aquí.

PANCHO.— Hubieran dejado esa lidia para de aquí a cuatro años.

¿Y a propósito, compadre, usted no sabe una cosa?

ANICETO.— ¿Qué?

PANCHO.— Que aquí no se produce el cacao porque esta tierra no sirve para eso.

ANICETO.— ¡Virgen santa! ¡Pelear por lo que no va a suceder!

ÁNGELA.— ¡Pero si se diera, a veinte, a veinte y a veinte!

(*Cae el telón*).

Monte Cristi, 1908

UN DESEMPEÑO¹

La sección de Las Aguas², en la provincia de Monte Cristi, es el suelo cuya topografía ha variado más en menor tiempo. El Yaque prepotente, furioso porque una gran balsa le cerró la desembocadura, inundó a principios del siglo pasado la extensa sección, y desde entonces, cada año, repitió el desbordamiento hasta que, al finalizar el siglo, le abrieron artificialmente el nuevo cauce por donde se trasegan al mar sus excelentes aguas. En el transcurso de más de cincuenta años de periódicas crecientes el río modeló nueva cara al terreno. De un lado carcomía, del otro levantaba y, cuando cesó en su obra demoledora y rellenadora, la capa vegetal, de aluviones perfectamente horizontales, tenía de tres a seis varas de espesor.

. . .

Siño Juan González vivía en Las Aguas y, a más de su mujer y un hijo, tenía millaradas de vacas en crianza libre, y algunos barriles de abejas. Era el hombre más rico de la comarca; pero no soltaba ni que le dieran duro por el codo. Su avaricia sólo tenía parejas en el

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año III, número 78, del 28 de junio de 1908.
2. José Ramón López era oriundo de este lugar.

campo, donde los que son avaros dejan pequeñitos a los Harpagones.

Los ahorros de *siño* Juan no eran solamente del sobrante, sino también de lo necesario.

¿Las vacas, los novillos? ... Todos eran para *un desempeño*, que nunca llegaba.

¿Las peluconas de oro españolas? ... Para *un desempeño* también.

Y mientras tanto la familia andaba vestida de *roba la gallina*, y no comía sino leche con miel de abejas.

Cada año vendía *siño* Juan quinientos novillos, y ni un centavo distraía del oro de la venta. Onza por onza lo enterraba, dentro de una gran botija, al pie de un campeche centenario, cerca de un caño poco distante del bohío.

*
* * *

El año de 1859 enfermó la mujer de *siño* Juan.

En pocos meses la infeliz viejecita enflaqueció tanto que parecía una lagartija, revolcándose sobre la barbacoa, los huesos poniéndole el pellejo, color de cera, como una tienda de campaña mal estirada.

Pero no había fresco de que *siño* Juan llamara médico ni modificara el alimento. Cocimiento de yerbas por única droga. Boruga endulzada por todo alimento.

—*Siño* Juan, llame al médico —le decían los vecinos.

—Todavía —replicaba él—. Esa genta cobra muy caro y Tomasa no está aún muy enferma.

—¿Y a usted qué si cobra mucho? ¿No tiene ahí millaradas de reses?

—¡Hum! Ésas son para *un desempeño*.

Y Tomasa continuó empeorando hasta que murió sin que el marido creyera que estaba en un *empeño* desempeñable con las onzas y las vacas.

Transcurrió un año y *siño* Juan cayó en cama.

Sus amigos trataron de que pidiera sus auxilios al galeno y *siño* Juan se enfurecía cuando se lo proponían.

—Lo que tengo es para *un desempeño*. Que me cure Ángela. Las yerbas no hacen daño y cuestan poco, mientras que esos médicos lo envenenan a uno. Mi dolencia es poca cosa.

Pero el mal se agravó y *siño* Juan se vio en el trance de la agonía.

Comprendió entonces que ya estaba de viaje para el otro mundo y llamó a un compadre y le dijo:

—Usted sabe que Tito se fue de aquí por hartón. No quería mantenerse de leche y miel de abejas sino que aspiraba a comer carne y a tomar café. Ello es que se largó. Debe de estar por Macorís. Si muero, mándemele aviso y dígame que el *desempeño* está donde me vio él aquel jueves de la Asunción cuando le di los dos planazos con el machete.

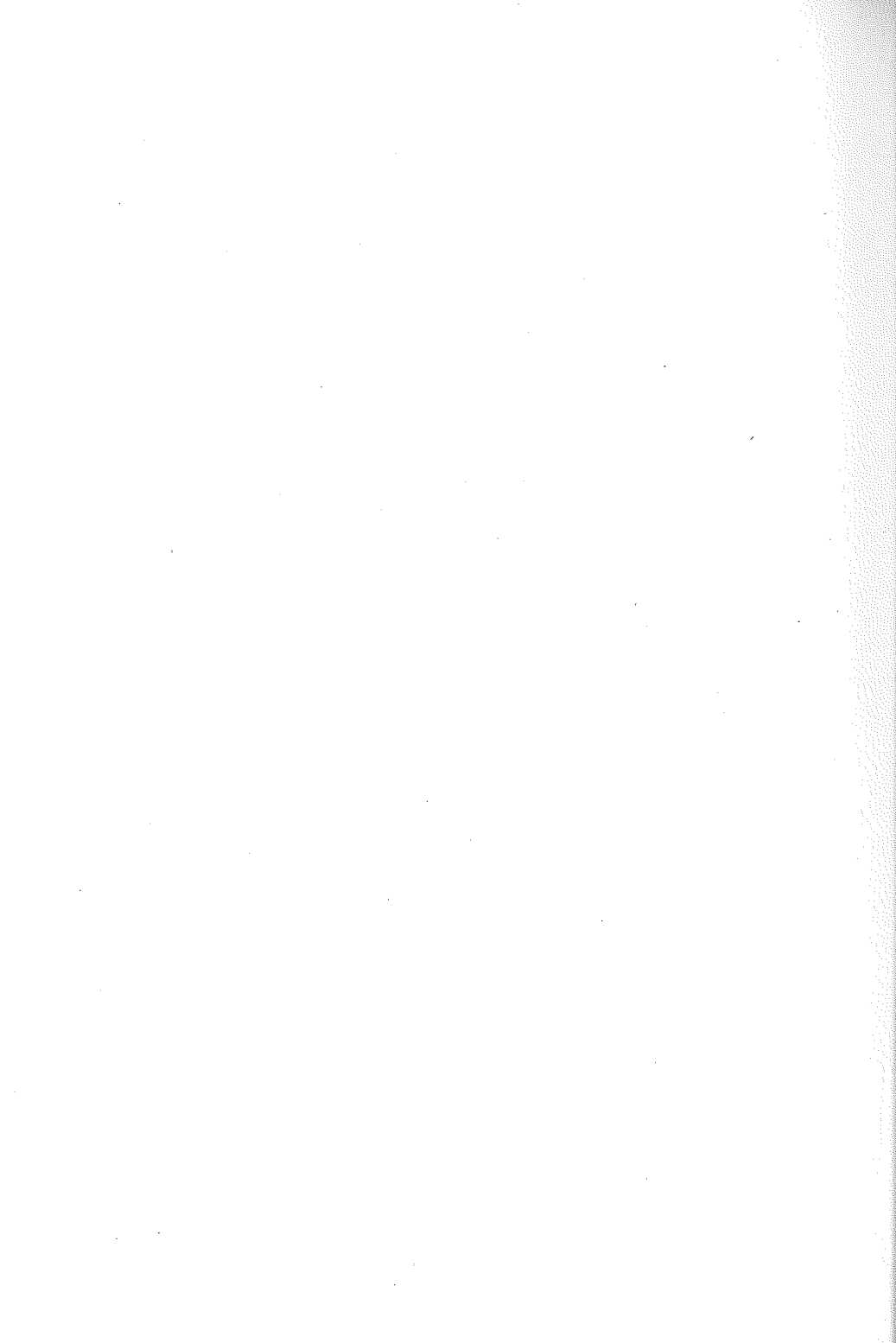
Y se murió.

*
* *

Un año después fue que Tito pudo llegar a Las Aguas. Cuando le hablaron del *desempeño* corrió al lugar donde había dejado, antes de ausentarse, el frondoso campeche.

Todo el lugar era una laguna y el árbol había desaparecido. Se secó el campeche con el agua y alguien había cortado el tronco para aprovecharlo.

—Taita, taita —exclamó Tito, mesándose los cabellos—. ¡En qué empeño me has puesto con tu *desempeño*! ¡Todo se perdió por tu avaricia!



MINIATURA¹

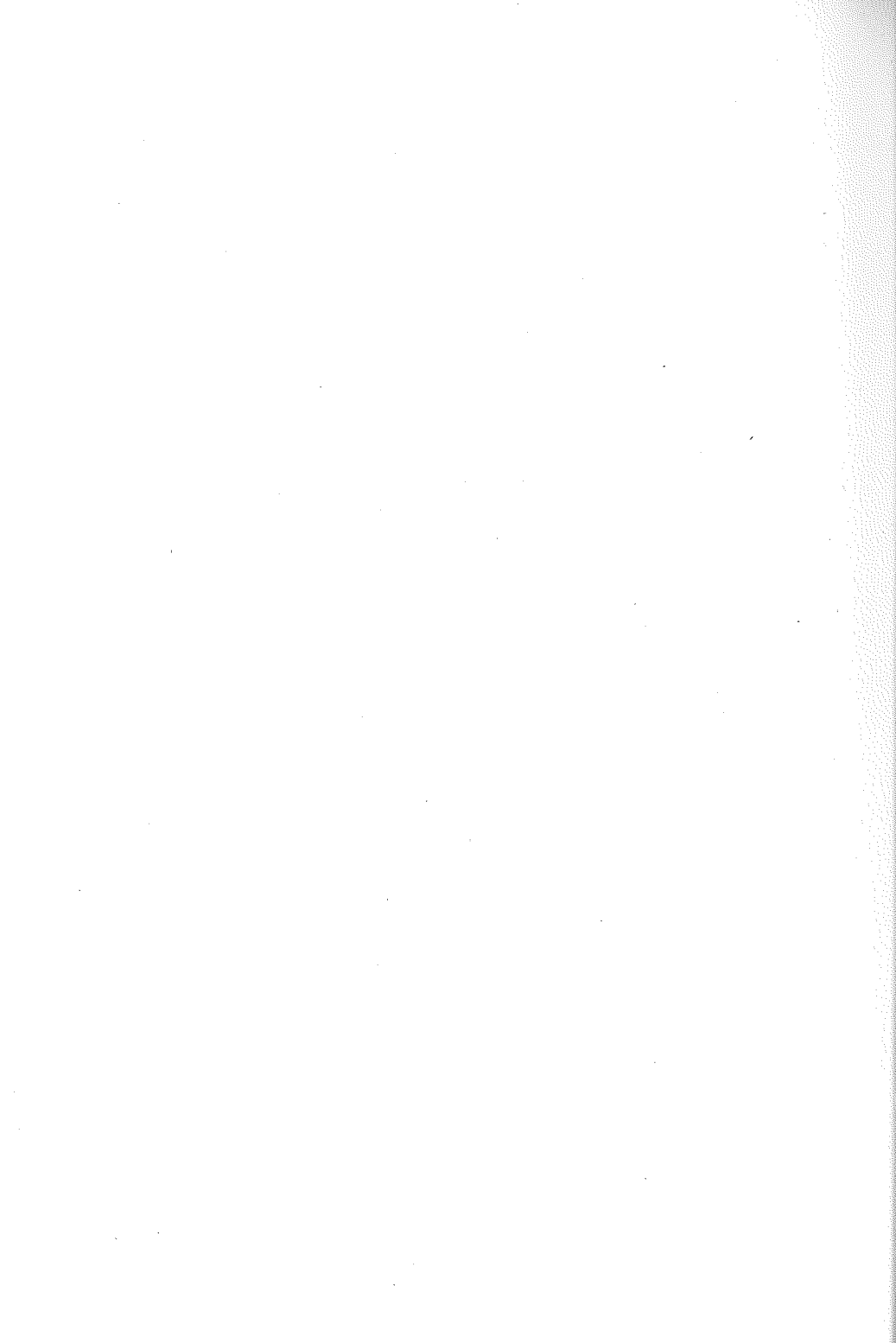
El maestro Jorge estuvo muchos años trabajando para el frito, hasta que se le ocurrió dejar memoria suya en una obra modelo de joyería. Que no le olvidaran después de muerto, y que se repitiera siempre: "¡Ah! ¡Si hubiera querido! ¡Vean de lo que era capaz!..."

Se le recrudecían viejas pasiones aplacadas, haciendo germinar su latente aspiración de gloria desinteresada.

Era un medallón como no se había visto otro en el pueblo. Trabajaba en él media hora todas las mañanas entre la primera y la segunda copa de aguardiente. Dedicaba a la joya lo más puro e ideal de su talento, y era de ver cómo iba poco a poco tomando vida aquel madrigal de oro.

Qué amorosamente creaba los pormenores; con delicadeza de seda manejaba el cincel y la lima haciéndola acariciar más bien que morder el oro. Lo filigranaba como preciosísima bordadura en hilos de araña, y el cincelamiento y los relieves formaban un marco de microscópica grandeza, de imaginación melódica poniendo a escote la más exquisita esencia de todas las Bellas Artes. Y en el centro se destacaba un busto diminuto que el maestro Jorge contemplaba con beatitud siempre creciente. Habíalo creado con la remembranza de sus primeros amores que tuvieron un desenlace trágico, y ponía en aquella fisonomía melancólica castísima blandura, y los ojos entornados eran el candor y la terneza. Se le veía el alma de

1. Publicado en *El Dominicano*, Año I, número 21, del 17 de mayo de 1909.



MINIATURA¹

El maestro Jorge estuvo muchos años trabajando para el frito, hasta que se le ocurrió dejar memoria suya en una obra modelo de joyería. Que no le olvidaran después de muerto, y que se repitiera siempre: "¡Ah! ¡Si hubiera querido! ¡Vean de lo que era capaz!..."

Se le recrudecían viejas pasiones aplacadas, haciendo germinar su latente aspiración de gloria desinteresada.

Era un medallón como no se había visto otro en el pueblo. Trabajaba en él media hora todas las mañanas entre la primera y la segunda copa de aguardiente. Dedicaba a la joya lo más puro e ideal de su talento, y era de ver cómo iba poco a poco tomando vida aquel madrigal de oro.

Qué amorosamente creaba los pormenores; con delicadeza de seda manejaba el cincel y la lima haciéndola acariciar más bien que morder el oro. Lo filigranaba como preciosísima bordadura en hilos de araña, y el cincelamiento y los relieves formaban un marco de microscópica grandeza, de imaginación melódica poniendo a escote la más exquisita esencia de todas las Bellas Artes. Y en el centro se destacaba un busto diminuto que el maestro Jorge contemplaba con beatitud siempre creciente. Habíalo creado con la remembranza de sus primeros amores que tuvieron un desenlace trágico, y ponía en aquella fisonomía melancólica castísima blandura, y los ojos entornados eran el candor y la terneza. Se le veía el alma de

1. Publicado en *El Dominicano*, Año I, número 21, del 17 de mayo de 1909.

ángel a la pequeñísima escultura y se adivinaba el amor intenso de aquella mujer por el que la reproducía con tan perfecta hermosura y con esa expresión impresionadora de santa enamorada y mártir.

Un día se iluminó radiante su rostro estrujado por los años.

Había acabado su obra. Él y la virgen de sus amores, unidos por las lágrimas, temporalmente separados por la muerte, vivirían después de ella, confundidos para siempre en uno solo por la gloria.

Un grupo de amigos admiraba la joya haciéndose lenguas en su elogio.

El señor Julián lloraba a lágrima viva con el maestro Jorge, y Carlos, el amigo joven, la ponía encima de las de Benvenuto Cellini, comparándola de memoria con unas copias que había visto.

En eso entró a la joyería un campesino y oyó las ponderaciones que del maestro se hacían.

—¿Conque este hombre hace oro? —preguntó mirándole supersticiosamente.

—No; trabaja en él.

—¡Ah! —contestó con desprecio—. Entonces... ¡Yo creí que lo fabricaba!

El maestro Jorge sintió una pena, un abatimiento que le desarraigaban el espíritu; pero cuando volvió los ojos y contempló la escultura que vivía idealmente, que le hablaba al alma con el recuerdo y la sublimidad del arte, se consoló.

INCOMPATIBLES¹

Llegó un día en que el maestro le dijo a Antonio: "Hijo, hasta aquí llego yo y no paso; te he enseñado lo que aprendí; si quieres saber más vete a estudiar a Puerto Plata, que ya tienes años para manejarte con el buen juicio que Dios te ha dado." A la verdad, no era gran cosa el plan de estudios que seguía el maestro Miguel, según le llamaban en Altamira, y Antonio, que había quedado huérfano, siguió al pie de la letra el consejo, y después de confiarle sus terrenos para que le enviase parte de la rentilla que producían salió una mañana muy temprano y vino a la capital de la Provincia.

Vivía pobremente, consagrando al estudio una tenacidad de monomaniaco. Absorbíase en la lectura y se olvidaba de todo, engolfado en ella; cuando dejaba el libro de la mano era feliz soñando ideales y utopías. Su única pretendida era la gloria y en sus olas vaporosas se elevaba a una esfera superior a las flaquezas y realidades de la vida, que su juventud y su aislamiento le ocultaban.

Pero la naturaleza empezó a hablarle, y las olas de su imaginación, acortándose, le obligaban a bajar al verdadero mundo. Sentía un hueco incegable en el corazón, que no llenaba ese mismo amor a la ciencia que él creía todo su cariño; se consideró solo en la tierra y echando de menos otros afectos que no había sospechado hasta entonces, le abatía un malestar, una displicencia, una volubilidad afectiva que jamás había experimentado y que nada alcanzaba a remediar.

1. Publicado en *El Dominicano*, Año I, número 22, del 18 de mayo de 1909.

Cuando abría la ventana de su cuartito y se asomaba para refrescar con el soplo de la brisa la sien acalorada, se estremecía y bajaba los ojos al cruzar la vista con la joven de enfrente, asomada también a su ventana. Al cabo de unos días supo que se llamaba Cándida. Bello nombre. Y la niña no le hacía quedar mal. No era una belleza griega de afilados rasgos y artísticos contornos; pero tenía un rostro alegre y simpático, fresco el cutis, llena de carnes, y un no sé qué cautivador. Poco a poco iba él notando esos detalles y embriagándose en ellos. Llegó el día en que le sostuvo la vista. Después arriesgó un saludo, siguieron los guiños, las señas, hasta que se decidió a escribirle. Pasaban horas en tierno arrobamiento contemplándose, cambiando emanaciones de amor los corazones de una a otra ventana. Se acariciaban las dos almas y hasta la carne, medio consciente en aquella armonía de afectos, entonaba un himno al platonismo.

Aquello no podía durar así. Pronto quedó enterada doña Angustias, la madre de Cándida, y Antonio se vio en la necesidad de pedirla (a la hija, por supuesto).

Concertóse el matrimonio para breve plazo y mientras llegaba, notó el enamorado joven que Cándida era algo tonta, y más dada a ocuparse de pequeñeces que a tomar en serio la vida; pero ya las cosas habían adelantado mucho; su corazón estaba comprometido y ¡qué diablo! ella no era mala. Con paciencia y habilidad podría educarla a su gusto. Le atribuía más ciencia al Maestro Amor de la que tiene, y aun llegó a esperar que algún día fuese ella, siquiera indirectamente, colaboradora en las obras que él escribía, y en las que fincaba todas sus esperanzas de gloria y de grandeza.

Pero su fe comenzó a debilitarse así que se casaron. Estaba entregado en cuerpo y alma a la composición de su gran poema épico *Caonabó*, y cuando con más vigor le acaloraba la inspiración se aparecía Cándida en el escritorio, y sus palabras eran como un vaso de agua helada.

Por ejemplo, un día, que estaba dando cima al pasaje en que el bravo indígena arenga a sus tropas, entra Cándida y le interrumpe diciéndole, toda asombrada, con las manos en la cabeza:

—¡Qué va a ser de nosotros, Antonio! ¿Sabes a cómo han subido los plátanos? Pues están a dos por real y medio, y no hay manera de conseguirlos más baratos. Que no fue poco lo que luché. Un cuarto de hora estuve regateando y no hubo fresco de que me rebajaran

una m^ota. ¡Si esto sigue así, ni con millones va a alcanzar para una pobre mesa!

¡La libertad en donde quiere crece,
y si abono de sangre le conviene,
cual río crecido a derramarse empieza
y de cada patriota la que tiene!

Antonio iba a continuar sin dar contestación a las palabras de Cándida cuando ésta le sacudió por los hombros, y mirándole con gran interés le preguntó.

—¿De qué bastimento hablas? ¿Será más barato que el plátano y la yuca? Porque si se da en todas partes... O será que tú le das otro nombre de esos enrevesados...

El pobre marido volvió el rostro y fijó en ella la vista sin decirle una palabra. Su expresión daba lástima. Sintió frío desconsolador en el alma ante esa discordancia de ideas, de carácter, de educación que mediaba como un abismo entre él y su esposa.

En vano procuraba instruirla. Escenas parecidas se repetían cotidianamente. Cándida no tenía en los labios más conversación que las comidas, el regateo, el curiosear del vecindario, las murmuraciones del barrio, y todas esas insignificancias, buenas como sazón de cuando en cuando; pero repugnantísimas al convertirlas en único pasto del espíritu. Con ellas mortificaba sin descanso al infeliz marido, y como él se refugiaba a olvidar trabajando en su escritorio, Cándida se empeñó en alejarlo de él, en que renunciara a escribir, a ver su nombre impreso; y deseaba ver en cenizas al odiado escritorio que le inspiraba celos porque le estaba arrebatando a su marido.

Éste fue cansándose de esas luchas y comenzó a sentir desvío por su esposa. Ella al notarlo —en su ignorancia— empleaba medios contraproducentes para atraer a Antonio y enamorarlo con el mismo amor que ardía en su corazón avivado con el perfume que no tiene salida para esparcirse.

Desgraciadamente, pidió consejo a doña Angustias, y la suegra se instaló entre el matrimonio y dirigía la campaña, sin tener como la esposa, el lenitivo del amor, que en cuestiones domésticas lubrica y atenúa la aspereza de los rozamientos. Desde entonces la lucha, que

había sido un tanto suave, se desencadenó en borrasca, y el hogar era un infierno.

Azuzada por doña Angustias, que lo imagina un buen remedio para lo que llamaban monomanía de Antonio, Cándida no se contentó ya con odiar tranquilamente los libros, sino que poco a poco fue destruyendo la biblioteca reunida a costa de tantas privaciones. Figúrese el que venere en los libros amigos fidelísimos lo que sufriría Antonio cada vez que le faltaba uno de sus autores de preferencia. Sospechaba de quién venía el daño, y tenía graves desabrimientos volviéndose más hosco a medida que le estrechaban con esas escaramuzas de guerrilla. Le trataban como al borracho a quien la familia intercepta los licores.

Ya la situación era insoportable. Un día, en que fue por casualidad a la cocina, encontró a doña Angustias y a Cándida avivando el fuego con algunos cantos manuscritos de su gran poema. Su gloria, sus esperanzas, su orgullo, lo destruían aquellas ignorantes, y se las iban a servir convertidas en el calor de un solo plato. Tuvo ganas de hacer extensivo a ellas el auto de fe. Pero se contuvo, y derramando lágrimas, salió para siempre de la casa.

CARTAS ARQUEOLÓGICAS¹

(Correspondencia que, en papel amarillento y tinta descolorida, ha llegado a mis manos desde un rincón de España en donde aunque no lo parezca, me queda algún pariente.)

Sierra Morena, octubre 7 de 1836.
Sra. Doña Patricia Cándida de Tragaderas.
Madrid.

Mi adorada esposa:

Creo que no estás bien de la sesera. ¿A qué persona de criterio y circunstancias se le ocurre desear que se acabe esta guerra carlista? Menos mal si fueras la esposa de un afrentoso civil; ¡pero... la mujer de un militar! ¡Mecachis! ¡Por los cuernos y el rabo del patrón Santiago! ¿No ves que la guerra civil es la zafra de los militares? Aquí me tienes que si no fuera por este habilidoso talento que Dios me ha otorgado estarías tú y estarían nuestros hijos a lo comido por lo servido, sin un triste real para mañana.

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año II, número 23, del 22 de septiembre de 1912.

Cuando era simplemente gobernador de esta provincia, con mil pesetas al mes, recordarás que con trampas y todo apenas alcanzaba para tus *lujitos* en Madrid, que bien te gustan. Entonces se me ocurrió solicitar la Jefatura de Operaciones en esta Sierra Morena, y las cosas variaron algo de aspecto. Como sigo siendo gobernador, y la Jefatura está dotada con 4,500 pesetas al mes suman las entradas legales 5,500 pesetas mensuales, con lo cual hay hasta para el interinado de los chicos.

Pero Dios me ha dado también ojos de lince o mejor, de rayos X para mirar al través del porvenir; y la ojeada ultra-cronológica que he dado me convenció de que no debía limitarme a las necesidades del presente sino arreglármelas también para el futuro. ¡Aquí de mis rasgos geniales! ¡Era preciso que la guerra perdurara al través del tiempo hasta que yo redondeara un modesto manojo de miles de pesetas!

Los carlistas eran un centenar de desarrapados, descalzos y hambrientos. Los campesinos les negaban hasta el agua, y si yo no andaba listo tenían que largarse de la Sierra, y con ellos se iba, de seguro, mi Jefatura, porque pacificado esto el Gobierno liberal de S. M. Isabel II habría mandado un melenuado literato a gobernar la tierra. ¿Cómo hacer a los campesinos aliados de los carlistas? Tú, de seguro, te habrías aturrullado, se te figurarían los dedos huéspedes y no atinarías con el *modus operandi*. Yo no tuve que pensar más de seis horas seguidas, con el índice a horcajadas sobre el caballete de la nariz. Tan sencillo... El medio era primitivo, rudimentarísimo. Bastaba solamente incendiar, pillar y matar a los pacíficos serranos. Y figúrate... Cada vez que incendiábamos una granja y mandábamos a vender el ganado a Tres Anclas, por ejemplo, *los campunos* de los alrededores voceaban contra S.M. (q. D. g.) hasta obscenidades. Que la reina esto, que la reina lo otro, que su madre, que su abuela, que su tatarabuela. En fin, que acababan con S.M. y con toda la real familia y le daban cuanto les quedaba a Simón, el jefe carlista.

Naturalmente, la rebelión se difundió con la rapidez de un reguero de pólvora encendido, y a poco no se oía en toda la sierra, cuando bajábamos al llano, otro grito que el de ¡Viva don Carlos! Ahí los esperaba yo. Es decir, no en el llano sino en el ensanche de la guerra. Ya tenía a mis órdenes 500 hombres efectivos y otros 500 imaginarios que me o nos, incluyéndote en la posesión, producían en raciones y extraordinarios cobrados unas 1,200 pesetas diarias. Ya era guardar algo. Pero entonces aumenté la imaginaria en 1,000

hombres más, con lo que pude mandar diariamente al Banco de España 3,600 pesetas.

Pero ya no hay hombres de mi temple y todo estuvo a punto de derretirse como la nieve con los rayos del sol. El general Simón iba a largarse por falta de municiones y aunque eso podía yo comunicarlo como una gran victoria y pillar un ascenso, no me convenía porque terminaba la zafra y... adiós mi dinero. En consecuencia llamé a la comai Chana, de quien yo sabía que era espía al servicio del General Simón, y le vendí muy baratos veinte mil cartuchos de carabina, dizque para revender a los cazadores de perdices. Desde el día siguiente comenzaron las avanzadas del tonto de Simón a tirotearnos, y cada tirito de esos lo comunicaba yo al Gobierno como tremenda y descomunal batalla que me colocaba en la interminable fila de los Alejos del país más *alejoso* del mundo.

En los días pasados por un tris me lo echa a perder todo el coronel de uno de mis batallones de a 25 hombres. No sé cómo se informó de que el General Simón, con todo su ejército, unos cien hombres, estaba imprudentemente acampado en una garganta de la Sierra, especie de callejón sin salida donde, con dos puñados de hombres, podríamos atraparlos como en una ratonera. Si no ando vivo me lo descompone todo aquel maleta. Pero llamé a la comai Chana y le manifesté muy reservadamente que lo que era Simón perecería antes de cuatro horas, porque yo sabía en qué garganta estaba acampado. Por supuesto, a la media hora la muy tunanta le había advertido y cuando llegaron mis tropas la trampa había sido montada a inversa y el tal coronel cayó prisionero con un ala rota. Lástima que no le rompan también la lengua, por impertinente. ¡Mira que pensar en concluir la zafra!... En cuanto a mí, me quedé en el llano diligenciando asuntos de administración.

No pierdo tiempo en lo referente a presentaciones. Con las que he comunicado al Gobierno habría para poblar dos continentes. Muertos y heridos... para rebosar todos los cementerios y todos los hospitales.

He robado a las absorbentes ocupaciones de la guerra tiempo para escribirte tan largo porque quiero hacerte religión de la buena y destruirte esas ideas pacifistas que no puede albergar más que el mezquino corazón de un labriego, un industrial, un comerciante, uno de esos que sólo piensan en el enriquecimiento por la producción. No, Patricia. Así no es. La plebe, a trabajar. Nosotros a cose-

char, chopo al hombro o espada en mano. La única sentencia sabia que hay en el mundo es ésta: «Destruye, que algo *te* quedará».

Un beso a los chiquitos y tú, Patricia adorada, no roas el corazón de tu

LEÓN SARNOSO TRAGADERAS

Por la copia JOSÉ R. LÓPEZ.

LA VERGÜENZA²

A los calumniadores

Cuando Nuestro Señor hubo concluido de fabricar el mundo notó que uno de los elementos morales indispensables a las criaturas era escasísimo, y no le alcanzaría para dotar de él a cada hombre.

De talento tuvo a su disposición toneladas. Países hubo en que se le fue la mano, y allí florecen los genios por carretones. De valor otro tanto. Tierras hay en que hasta las mujeres son Judithes y Carlotas Corday. De habilidad, no se diga. Los Metterniches y los Talleyrandes son legión e inventan cada día un nuevo *majarete* político-culinario. El hombre estaba casi completo. Sólo faltaba el precioso elemento, el escaso, aquél de que sólo tenía a su disposición Nuestro Señor algunos adarmes.

¿Cómo resolver el caso? No era asunto de dejar completamente ayunos algunos países mientras en otros se distribuía la escasa existencia del precioso elemento. Nuestro Señor dispuso entonces sortear minúsculos lotes, y así todas las naciones obtuvieron alguno.

1. Estas moralejas fueron publicadas en diferentes medios y en fechas distintas. No obstante, se les presentan al lector reunidas en un conjunto diferenciado.

2. Este texto y el siguiente fueron publicados en *Blanco y Negro*, Año IV, número 177, del 11 de febrero de 1912.

La Historia comprueba la insignificancia de la cantidad rifada. Hay cada pèrreña en los anales del mundo que queda relevada de prueba la aserción de que el Globo necesita más de la que hay.

Pero la situación, ya mala, se hizo intolerable siglos después cuando a un marinero italiano se le ocurrió descubrir la América, mediante un salario de veinticinco pesos al mes.

—¡Ah, lazzarone! —voceó Nuestro Señor—. ¡Me has reventado! ¡Todavía no he conseguido provisión para esas nuevas tierras, y ya las inventas! ¿Cómo me haré ahora?...

Y el Señor, con la mano en la mejilla, reflexionó profundamente durante seis días, olvidado hasta del desayuno, el almuerzo y la comida.

Al séptimo, como a mediodía, se puso en pie y, cual otro Arquímedes, gritó:

—¡Eureka!

Llamó entonces a un diablillo que por allí retozaba y le ordenó:

—¡Tráeme un mono y una zorra!

Cuando al poco rato le trajeron ambos animalillos les retorció el pescuezo, los echó en un gran almirez, majó los dos cuerpos y cuando estuvieron reducidos a papilla, rezó una oración sobre ella y distribuyéndola en una regadora sobre toda la América dijo, mientras hacía la operación:

—Vergüenza legítima no queda; pero ahí va un sucedáneo: *mali-cia zorruna*.

EL MÉRITO Y LA ENVIDIA

Un ángel atravesaba volando por sobre los círculos del infierno, llevando en las manos un ánfora rebosante del más exquisito de los perfumes.

Un descuido del celeste viajero hizo perder la gravedad al ánfora, y parte del contenido se derramó sobre el infierno. El barullo que armaron los demonios cuando el divino aroma se impuso sobre el

nauseabundo hedor a azufre y chifle quemados no hay palabras con qué expresarlo. Jamás ha podido medir el oído humano ese estrépito infernal de maldiciones y obscenidades.

Se presentó Demontre, el director de los talleres diabólicos, y estentóreamente voceó:

—¡Tierra, basura, fuego! ¡Échenlo todo a esa esencia para que desaparezca! ¡Pronto!

Y una legión de demonios se apresuró a echar sobre las gotas de aroma brazadas de tierra, brazadas de basura, brazadas de candela. ¡Y nada! Mientras más crecía la pila más intenso se hacía el divino olor a violetas. La tierra arrojada se perfumaba, trocábase en perfume la pestilencia de la basura, y el humo del fuego era deliciosísimo sahumero.

Demontre temblaba y se contorsionaba de coraje. ¡Unas gotas, tan sólo unas gotas, y nada era fuerte para aniquilarlas!

Al fin los mismos diablos se cansaron, y cuando ya la pila, más alta que la torre de Babel, perfumaba como un monstruoso pebetero, abandonaron el ímprobo trabajo.

Entonces oyeron una voz que, del cielo, les decía:

—¡Así el Mérito! ¡Mientras más hagáis por infamarlo más brillo le sacaréis!

LA INMUNDICIA Y LA COSECHA¹

A la plebe de la prensa.

Un rico propietario era dueño de extenso patio cubierto de maleza, y resolvió convertirlo en jardín y hortaliza.

Encontró a un pobre jardinero y le hizo proposiciones para el cultivo.

—Mi patio —le dijo— tiene cien varas cuadradas. Si te comprometes a sembrarlo de flores y de hortalizas te cederé diez varas en el

1. Publicado en *Blanco y Negro*, Año IV, número 182, del 17 de marzo de 1912.

rincón más lejano de la casa para que las coseches a tu provecho.
—Bien —dijo el pobre—. Acepto.

•
• •
•

La gente de escaleras abajo al servicio de la casa era traviesa. Cuando el jardinero empezó a preparar los arriates, a picar la tierra, que era mala, a hacer todos los preparativos de la siembra, los alquilados decidieron convertir en basurero y estercolero el rincón reservado al cultivador. Las horruras de la cocina, el estiércol de la cüadra, el polvo del barrido, todo iba a parar al rincón del humilde, quien sufría en silencio aquellas abominables desconsideraciones.

Pero cuando todo estuvo sembrado y empezó el crecimiento de las plantas se notó un fenómeno. La tierra estéril reservada al amo, a pesar del esmero en el cultivo, apenas proporcionaba nutrición a las plantas, que crecían entecas y pánfilas, mientras que el rincón del jardinero, abonado con las horruras, el estiércol y el polvo que arrojaban allí los alquilados era un milagro de lujuria vegetativa y las flores y las hortalizas alcanzaron tamaño, aroma y colores no igualados hasta entonces.

•
• •

Así acontece también con las reputaciones. La agresión injusta es para ellas mejor abono que el elogio inmerecido.

Cuando un canalla se encarama en un periódico y sacude la escoba llena de fango sobre una personalidad, esa personalidad crece y se avalora, porque es menos nauseante la enfangada escoba que el beso de Judas que podría dar el canallesco plumífero.

EL BERGANTÍN Y LOS RATONES¹

En tiempos de la Anexión fondeó en la ría del Ozama el bergantín español «Expósito», recién construido en El Ferrol.

El barco parecía en estado perfecto, y por uno de esos azares de los armadores el del «Expósito» que vivía en Santo Domingo, se encontró obligado a vender la embarcación.

Pedía por ella dos mil onzas españolas, y don Francisco entró en negociaciones con el vendedor. Dos días después se corrió la voz de que el trato era cosa hecha; pero al tercero don Francisco declaró que no daba por el «Expósito» ni un ochavo.

Aún no había estallado la guerra de Restauración, y en la vida sencilla y monótona de la claustral ciudad el acontecimiento fue la comidilla de todas las tertulias.

—¿Por qué se habrá arrepentido don Francisco?

—¿Qué tendrá el barco?

—Poca fortuna es la del armador, porque el barco es nuevecito...

Y así cada uno arriesgaba una suposición o una idea, sin que persona alguna acertase.

A don Francisco lo asediaban a preguntas sin que diera contestación satisfactoria, hasta que una tarde que le embistió la vieja más ladina, capaz de hacer hablar a un mudo, don Francisco respondió:

—¡Demontre! La víspera de comprar fui a la orilla del río, en la noche, y vi que por el cabo de que estaba amarrado el bergantín desembarcaban todos los ratones.

—¿Y por eso nada más rompió usted el trato?

—Por eso nada más. Los ratones saben mucho. Cuando abandonan la bodega y bajan a tierra es señal segura de que *el barco tiene algo podrido y se perderá pronto*.

Efectivamente, una semana después el bergantín fue fletado para cargar madera en Palenque, y a una milla de la boca del Ozama se fue a pique.

Los ratones navales saben casi tanto como los ratones políticos.

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año III, número 43, del 22 de mayo de 1914.

CON HUMO NO SE ASA PLÁTANOS¹

Había en una ciudad un niño de carácter fuerte, un nitscheano instintivo. Sus condiscípulos no podían fiar en él, porque de sus actos se desprendía este principio: «todo para mí, aunque diluvie.»

Un día se propuso quitarles a sus compañeros los libros con crómos que les habían regalado en la escuela para premiar su aplicación.

Cuando le habló del criminal proyecto a un camarada, éste le dijo:

—No te metas en eso. Por lo menos necesitas de las dos terceras partes de tus compañeros. Asociándolos puedes vencer a la tercera parte que queda.

—¡Pero qué zonzo eres! —contestó el «fuerte»—. Si busco la ayuda de las dos terceras partes tendré que repartir el botín con ellos. Y ¿qué me quedará entonces? ¡Yo soy el más guapo y me quedo con todo!

A mediodía, cuando salían de la escuela todos los niños, el «fuerte» les fajó a sus condiscípulos y le arrancó de las manos el libro al más pequeño. En seguida agredió a otro; pero éste le sujetó las manos, llamó a los demás y entre todos le dieron una tunda como no se había visto la compañera en todo el año.

El maestro de escuela, un hombre muy corpulento que hablaba arrastrando las erres, se asomó entonces a la puerta, preguntó por la causa del desorden, y así que le enteraron, agarró al niño «fuerte» por una oreja y lo encerró en el calabozo.

En la tarde, cuando le permitieron regresar a su casa, hambriento y maltrecho, el camarada se dirigió a él:

—No te lo dije: había que asociarse. La unidad no puede contra la decena.

—Sí; pero si no se mete el maestro...

—No seas loco. Aunque no se hubiera metido. Dos es siempre más poderoso que uno.

—¿Y mi valor?

—Anda, tonto. *Con humo... no se asa plátanos.* Si no es con brasas, solamente se tiznan.

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año III, número 45, del 8 de julio de 1914.

EL MOQUILLO¹

Había un Gobernador de la Provincia de Santo Domingo que era muy pesimista. De las cosas no veía más que el lado peligroso o nocivo, y ignoraba absolutamente el lado bueno.

Un día se le presentó un antiguo amigo, reputado por optimista, que de las cosas no veía más que el lado bueno y ventajoso.

—Compadre —dijo al Gobernador— tengo en la cabeza un magnífico proyecto para salir de pobre. En un año puedo ganar, limpios de polvo y paja, veinte mil pesos, con capital de no más de quinientos pesos... ¿Quiere Ud. ser socio poniendo la mitad del capital?

—Veamos primero el negocio, compadrito.

—Pues se trata de un gallinero. Con cuatrocientos pesos compro ochocientas gallinas ponedoras. Con los otros cien hago los gallineros.

—Bueno, ¿y qué más? —interrumpió el Gobernador.

—Como las gallinas pueden empezar a poner inmediatamente me siento a contar los huevos que pongan. Un día con otro, cuatrocientos huevos, no es mucho. Pero compro gallos leghorn, echo algunas gallinas, y las hijas pondrían doscientos huevos al año. A dos centavos uno, son cuatrocientos pesos. Como las gallinas en el campo comen poco maíz cada una nos dejará de ganancia tres pesos con ochenta centavos.

—Bueno, ¿y qué más? —interrumpió de nuevo el Gobernador, ya atufado.

—¿Todavía más, compadre? Pues tiene más: los pollos, vendidos a cuarenta centavos uno.

—Usted cuenta con las gallinas, los huevos y los pollos nada más. ¿Me quiere hacer el favor, divino compadre, de decirme si no cuenta con el moquillo?

—Pues el moquillo... —replicó turbado y tartamudeando el compadre— el moquillo unas veces da, otras no da... Pero tengo mucha suerte. A mis gallinas no les dará.

1. Publicado en el *Listín Diario*, del 16 de junio de 1919. En dicha publicación se indica que este texto fue tomado del *Lector Dominicano*, número 2, escrito para las escuelas dominicanas.

—¡Compadre! —tronó el Gobernador— haga usted su negocio sin mi cooperación. ¡Yo no me asocio a quienes no cuentan con el moquillo!

Unos días después llegó a la Gobernación un campesino que había sido un pobre soldado. Su aspecto revelaba bienestar. Estaba vestido de casimir, bien calzado, con reloj y cadena de oro, y un sombrero de Panamá.

—Parece que te ha ido bien —le dijo el Gobernador—. ¿Estás ganando dinero?

—No mucho, señor. Pero alcanza para las necesidades. Con la ayuda de Dios, mi familia y yo estamos bien.

—¿Y qué es lo que tanto te produce?

—Unas gallinitas, señor. Ahora crío gallinas. Tengo unas doscientas.

—¡Bah! —replicó despectivamente el Gobernador— ¡gallinas!... ¿Y el moquillo?

—No deja de darles de tiempo en tiempo; pero con el zumo de limón con ceniza las curamos entre mi mujer y yo. Trabajo nos cuesta... Pero se curan y siguen poniendo y sacando.

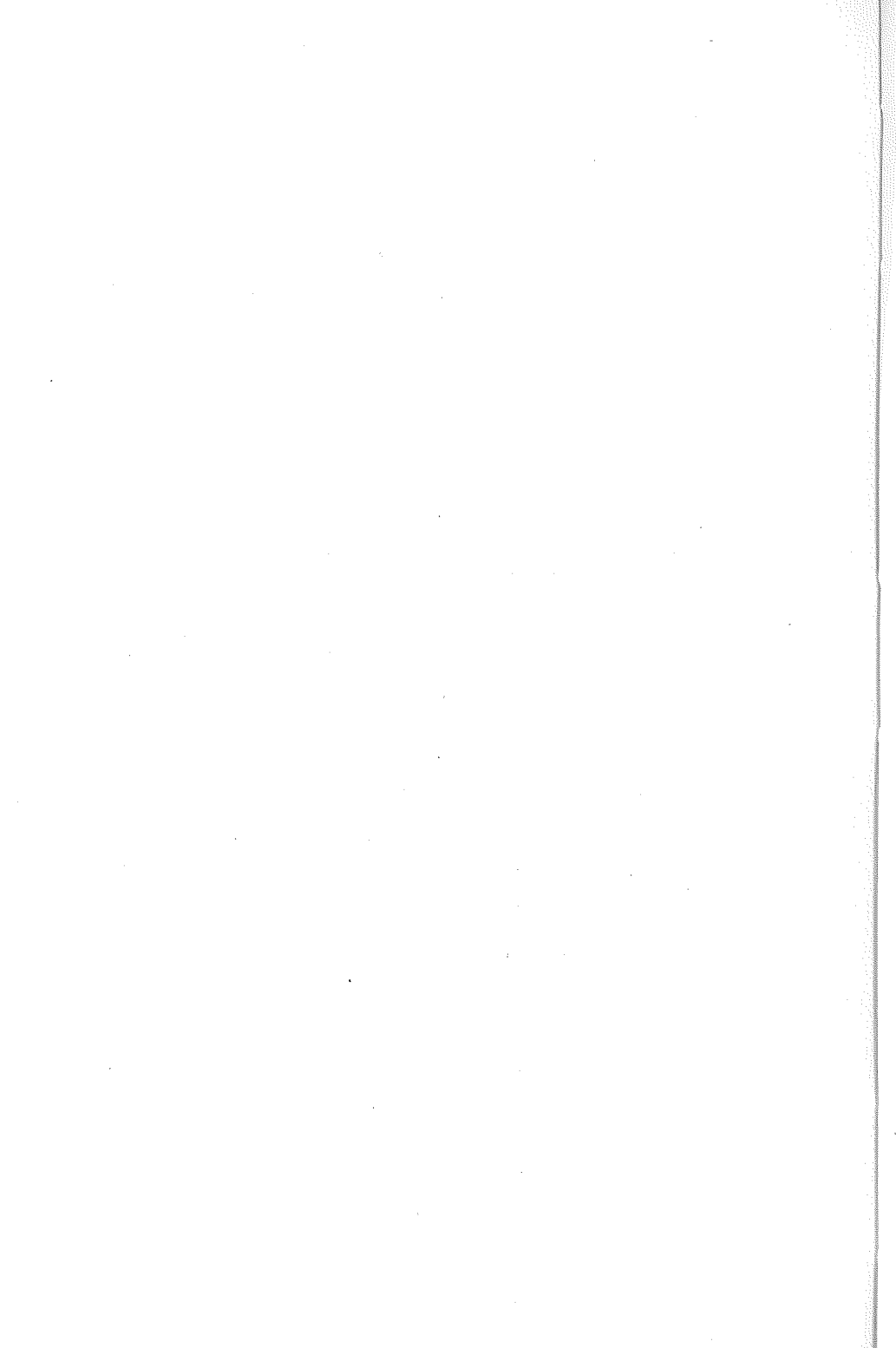
—¿De manera que, aun a pesar del moquillo tú te enriqueces con las gallinas?

—Como enriquecernos tal vez no. Pero si uno no se cruza de brazos sino que se faja con el trabajo, las gallinas dan ganancia para costear la vida y ahorrar algo.

—¿Con el moquillo?

—Con moquillo y todo. Nada hay en el mundo que no tenga su moquillo y, sin embargo, en todas las profesiones los inteligentes, laboriosos y perseverantes se enriquecen.

APÉNDICES



DATOS BIOGRÁFICOS

José Ramón López (1866-1922), hijo de José María López Escarfulleri y Juana de Lora, nació en Monte Cristi el 3 de febrero de 1866 y murió en Santo Domingo el 2 de agosto de 1922.

Se educó en Puerto Plata, de donde era su familia, y desde muy joven se dedicó al periodismo. A los dieciocho años fue perseguido por sus artículos en *El Regenerador*. Preso por segunda vez en 1886, logró escapar de la cárcel y abandonar el país.

Durante los once años que duró su emigración escribió en la prensa de Puerto Rico y sobre todo en la de Venezuela, donde fue redactor de *El Progreso* y de *El Tiempo*. Desde su regreso en 1897 colaboró asiduamente en el *Listín Diario* y realizó brillantes campañas en otros periódicos. En 1909 dirigió *El Dominicano*, diario político. En 1911 fundó *El Nacional* y fue el principal redactor de *Pluma y Espada*, publicación que volvió a aparecer en 1921. Colaboró asimismo en muchas revistas literarias, principalmente en *La Cuna de América*. Durante algún tiempo se dedicó a la enseñanza y fue director de la Escuela Superior de Monte Cristi. También desempeñó algunos cargos políticos y administrativos, como el de Senador y el de Director de Estadística.

José Ramón López es uno de nuestros mejores cuentistas, particularmente en sus narraciones criollas, llenas de espontaneidad y gracia, y un gran periodista, dotado de verdadero nervio y temperamento. Su estilo ágil, directo y sencillo, no siempre cuidado, representó una innovación en el periodismo de su tiempo, que —como dice Manuel A. Amiama— se resentía hasta entonces de un acento oratorio y grandilocuente.

Obras: *La alimentación y las razas*, Santiago de Cuba, 1896, 68 págs. (2ª edición, Santiago de Cuba, 1899). *Nisia*, Santo Domingo, 1898 (novela). *Cuentos puertoplateños*, tomo I, Santo Domingo, 1904, 245 págs. *La República Dominicana*, Santo Domingo, 1906, 123 págs. (Memoria oficial para la Exposición de Milán). *Geografía de la América antillana, en particular de la República Dominicana*, Santo Domingo, 1915, 85 págs. *La paz en la República Dominicana. Contribución al estudio de la sociología nacional*. Santo Domingo, 1915, 173 págs. *Censo y catastro de la común de Santo Domingo*, Santo Domingo, 1919, 69 págs. *Manual de agricultura*, Santo Domingo, 1920, 225 págs.

Una gran parte de su abundante producción política y de la literaria —cuentos y diálogos principalmente— sigue dispersa. No llegó a publicar una comedia que escribió en 1896 en colaboración con Virginia E. Ortea. De su novela *Dolores*, publicada al parecer en Venezuela hacia 1892, apareció un capítulo en la revista "El Lápiz". (Tomados de la *Antología de la literatura dominicana II* (Prosa), Editorial El Diario, Santiago 1944.)

BREVE ANECDOTARIO

Para la Academia de la Lengua —la que fija y da esplendor al habla— la anécdota viene a ser la relación breve de algún rasgo o suceso digno de mención notable.

Esta exactísima definición invita a que estemos de acuerdo con Mallarmé quien sostenía que como escritor se sentía más atraído por las anécdotas que por las fechas dado que en aquéllas siempre encontraba palpitando la vida, trazados los talentos y el espíritu que anima a las acciones.

La parábola vital de José Ramón López está matizada de anécdotas que completan el retrato psicológico de su rica y compleja personalidad.

Recogemos aquí algunas de las que han llegado a nuestro conocimiento, tal y como han llegado y que, en realidad, nos brindan un José Ramón López que convierten al escritor en servidor del lema que había escogido como norte de su actividad intelectual: Pluma y Espada.

— o —

Su carácter de polemista sobresale particularmente en el quehacer político en que su estilo, tan ágil como llano, sin dejar de emplear la ironía cáustica, como es uso, cobra filo de afinado cuchillo que hace sangrar sangre moral al objeto de su cálida emoción agresiva.

— o —

Enemigo jurado de toda dictadura pronto cayó en el desagrado de Lilís de quien José Ramón López ya había leído en Vargas Vila

que pertenecía a la historia pero a la historia natural.

Solía calentarse su pluma en este hostil sentimiento contra el despotismo y no es de extrañar por eso que estuviese familiarizado con todos los caminos del exilio, particularmente los que conducen a Venezuela o al más próximo Puerto Rico.

Estando ahí, en la vecina isla, exilado, en una ocasión un periodista borinqueño llenó una de sus columnas de justos improprios contra el tirano dominicano, lo puso, como se suele decir, cual no digan dueñas.

José Ramón López desde que se enteró salió al punto a la calle en busca del columnista y lo encontró y le metió por la boca el ejemplar del periódico en que había escrito contra el autócrata quisqueyano acompañando su gesto agresivo con estas palabras: ¡De mi país, fuera, estando yo presente, sólo yo puedo hablar mal, carajo!

Es fama que después de este enérgico gesto fue llamado por Ulises Heureaux que lo convirtió nada menos que en su propio secretario.

De la verdad de esto último no salimos fiadores aunque no es difícil sospechar que cuadre con la verdad histórica.

— o —

Más acentuado aire dramático presenta la otra anécdota que ahora recogemos y que concluye en un duelo en que a José Ramón López le tocó la mejor suerte.

Firme y entusiasta partidario de Ramón Cáceres, no podía, José Ramón López, sobrellevar con ánimo tranquilo, sin que se le encrespase el talante, ninguna crítica, ninguna censura, ni la más leve, a la política del valeroso y progresista líder mocano.

Augusto Chottin, varón de singular prestigio social y hombre de armas, se tomó la libertad de expresarse con duros adjetivos de la política y persona del pacificador de la Línea Noroeste.

Ello le valió unas páginas ardientes de José Ramón López y a éste un desafío de Augusto Chottin, que había concebido su reto en estos términos: dondequiera que nos encontremos debemos desenfundar las armas.

El encuentro se verificó en la calle Padre Billini, frente a frente donde estuvo situada años atrás la Casa de España.

Chottin, caballo en un lozano potro, que cabriolaba y piafaba, desde lo alto de su montura, tiraba al paso que José Ramón López,

que tenía atrofiado el brazo izquierdo, en él apoyaba su "pata de mulo" y apuntando con extraordinaria destreza hirió de cuidado a quien reputaba como enemigo de su ídolo político: Ramón Cáceres.

— o —

Deben estar rondando por ahí muchas anécdotas significativas que no tienen carácter político y que refiriéndose a otros temas presenten otros rasgos definidores y perfiladores de la personalidad del máximo de nuestros sociólogos.

Entre éstas cabe figurar aquélla que refiere la maledicencia popular que habiendo decaído el vigor físico de José Ramón López buscando afrodisíacos con qué curarse de sus deficiencias se puso en manos de la Ciencia Médica y que fueron tan frustratorios sus resultados que sólo le prestaron factores pintorescos con qué matizar las conversaciones entre amigos.

MONS. DR. OSCAR ROBLES TOLEDANO



ÍNDICE

NOTA

Manuel Rueda 7

PENSAMIENTO Y PRÁCTICA DE LO SOCIAL Y LO LITERARIO EN JOSÉ RAMÓN LÓPEZ

Ramonina Brea 11

CUENTOS PUERTOPLATEÑOS

Muertos y duendes	39
En el cielo	45
La opinión pública	47
Caras y almas	49
El origen del hombre	51
No hay	55
El general Fico	61
Leyenda indígena	71
Nepotismo	75
El baile	79
La divorciada	99
Hacerla a tiempo	103
“Al pobre no lo llaman para cosa buena”	107
El milagro de la Nochebuena	111

La revelación de la tumba	115
Por qué gustan las mujeres	119
Desconfía de la víctima	121
La opinión de San Pedro	125
Siéntate. No corras	129
¡Pa la caise!	133
“La política no tiene entrañas”	137
La experiencia	141
Al tiempo	143
Las mujeres políticas	145
Las dos artistas	147
El loco	151
Un infeliz	157
NISIA	163

OTROS CUENTOS PUERTOPLATEÑOS

El dios: Amor	207
El aguador	211
Venganza frustrada	217
Cara seria, corazón alegre	221
La guabina y la anguila	225
La política cimarrona	227
La guerra	231
Un honorable	235
Por qué los botaron	239
No le pegues, alquilalo	241
Buscando un prócer	243
La hora del arriero	245
Arturo	247
Efectos psicológicos	253
Un bautismo campesino	255

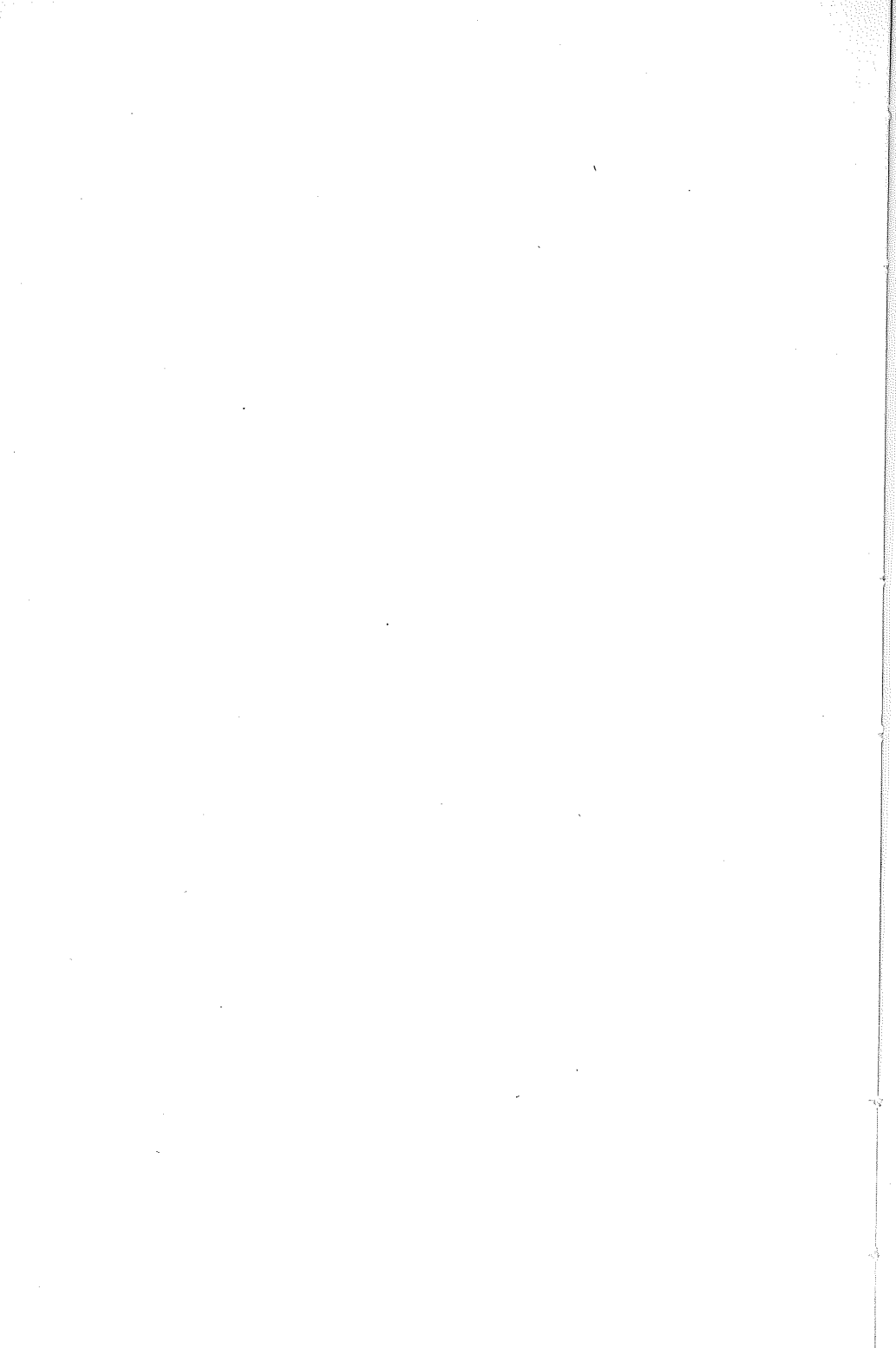
Nostalgia	259
Moralidad social	263
La hikota y el caballo	267
La verdad es indestructible	269
Anancaeum	273
Don Mateo	275
Indiferencia	279

VARIOS

Dolores	285
Temiendo el divorcio	293
Carta a una señorita	295
A	299
La novelesca	301
Revolucionarios urbanos	305
Noches de insomnio	307
El solterón	317
Sueño delicioso	321
Ideal y Realidad	323
El pleito de Botijuela	327
Un desempeño	331
Miniatura	335
Incompatibles	337
Cartas arqueológicas	341
Moralejas	345

APÉNDICES

Datos biográficos	355
Breve anecdotario	
Mons. Dr. Oscar Robles Toledano	357



Este libro se terminó de imprimir
el día 26 de febrero de 1991
en los Talleres Gráficos
de Editora Corripio, C. por A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana